

E.PASPORT



MÁS ALLÁ  
del ÁRBOL

Más allá del árbol  
© 2017 Esther Pascual Porta  
Todos los derechos reservados.

Gracias por descargar este libro electrónico. El copyright es propiedad exclusiva del autor y por lo tanto no se permite su reproducción, copiado ni distribución ya sea con fines comerciales o sin ánimos de lucro. Si disfrutaste este libro, por favor invita a tus amigos a descargar su propia copia. Gracias por tu apoyo.

# Más allá del árbol

E.Pasport

IR A...

## **Más allá del árbol**

**PRÓLOGO**

**CAPÍTULO 1**

**CAPÍTULO 2**

**CAPÍTULO 3**

**CAPÍTULO 4**

**CAPÍTULO 5**

**CAPÍTULO 6**

**CAPÍTULO 7**

**CAPÍTULO 8**

**CAPÍTULO 9**

**CAPÍTULO 10**

**CAPÍTULO 11**

**CAPÍTULO 12**

**CAPÍTULO 13**

**CAPÍTULO 14**

**CAPÍTULO 15**

**CAPÍTULO 16**

**CAPÍTULO 17**

**CAPÍTULO 18**

**CAPÍTULO 19**

**CAPÍTULO 20**

**CAPÍTULO 21**

**CAPÍTULO 22**

**CAPÍTULO 23**

**CAPÍTULO 24**

**CAPÍTULO 25**

**CAPÍTULO 26**

**CAPÍTULO 27**

**CAPÍTULO 28**

**CAPÍTULO 29**

**CAPÍTULO 30**

**CAPÍTULO 31**

**CAPÍTULO 32**

**CAPÍTULO 33**  
**EPÍLOGO**

## PRÓLOGO

No era muy tarde, pero era un día oscuro. El cielo estaba gris y una fina lluvia caía sobre la ciudad. Una niña que apenas contaba diez años esperaba sentada pacientemente en el banco de la puerta del colegio. Llevaba una hora allí quieta, aferrando el paraguas entre sus pequeños dedos y mirando de lado a lado en busca de su hermana mayor, que solía ir a recogerla después de las clases. Sin embargo, Iris no aparecía. ¿Podía haberse olvidado de ella? No. Siempre era muy puntual, algo tenía que haber pasado. Cuando ya pensaba que iba a quedarse en aquel banco esperando eternamente, reconoció el coche negro que se acercaba por la carretera. Frunció el ceño. Su madre nunca venía a buscarla. Dánae corrió para subirse a la parte trasera del vehículo, aliviada y preocupada a la vez. Quizá le había sucedido algo a Iris. La niña saludó tímidamente a su madre, que era tan hermosa como fría. La mujer no le dedicó ni siquiera una sonrisa. Tampoco le explicó por qué estaba allí. De hecho, a Dánae le pareció que estaba más huraña de lo habitual.

No tardaron en llegar a su domicilio. Se trataba de una pequeña casa adosada con un amplio jardín en la entrada. Las flores y las plantas estaban especialmente bien cuidadas. Entraron al salón, decorado con estilo minimalista y elegante. Todo estaba perfectamente colocado. Nada más entrar en la sala, la niña vio a su hermana sentada en el sofá. La invadió la ira. Iba a correr hacia ella para gritarle por qué no la había ido a buscar, por qué la había dejado a solas con aquella mujer que tanto la aterraba. Sin embargo, en cuanto se acercó, se percató de que la mirada de Iris estaba ausente. No veía las imágenes que se proyectaban ante sus ojos, sino que parecía estar muy lejos de allí, en alguna otra parte. Al verla así, no se atrevió a preguntar nada. Parecía triste. Iris no la besó en la frente como solía hacer, ni siquiera la saludó. Tan solo la miró un instante lo suficientemente largo para que la pequeña se diera cuenta de que sus ojos habían cambiado. Ya no brillaban con la intensidad de un cielo azul, no había dulzura ni amabilidad en ellos, se habían vuelto tristes, distantes. A pesar de su corta edad, en aquel instante comprendió que su hermana nunca volvería a ser la de antes.

## CAPÍTULO 1

### *Diez años después*

Los rayos del sol relucían a través de la cortina de la cocina, iluminando por completo la sala y anunciando la llegada del verano. Dánae estaba sentada en una silla, esperando a que se acabaran de hacer las tostadas para el desayuno. Escuchó pasos suaves que se acercaban hacia ella y se giró. Vio a su hermana y trazó una sonrisa incómoda.

–Buenos días, ¿has preparado el desayuno? –preguntó Iris con un tono de voz neutro, algo sorprendida.

–Sí –contestó sin darle más conversación. Sabía que por mucho que intentara hablar con ella, Iris se limitaría a responder lo justo y necesario. Dánae se había acostumbrado a la indiferencia con la que su hermana trataba a todo el mundo, a su constante estado de apatía.

Dánae a menudo se preguntaba por qué habría cambiado. Recordaba que cuando era niña, Iris era una chica amable y cariñosa, que solía cuidarla con todo el amor que su madre nunca les había brindado. Sin embargo, todo había cambiado aquella tarde.

Con los años, la distancia entre ellas había crecido irremediablemente. Ya ni siquiera parecían conocerse. Eran demasiado distintas. Dánae recordaba con nostalgia cómo la había admirado de pequeña. Le parecía perfecta, inteligente y dulce. Lo que más le dolía era que Iris seguía siendo la misma por fuera. Seguía moviéndose con la agilidad de una bailarina, esbelta y elegante con sus preciosos rizos castaños rodeando un rostro inusualmente delicado. Sin embargo, estaba vacía.

Dánae suspiró y analizó su propio reflejo en la mesa de cristal de la cocina. Definitivamente, no se asemejaban en nada. Ni siquiera parecían hermanas. Ella era de menor estatura y lucía una melena lisa y mucho más oscura, aunque quizá la mayor diferencia fueran sus ojos. Mientras que Iris tenía unos bonitos ojos azules, los de Dánae eran de un color extraño, algo parecido al violeta. En ocasiones, sentía la mirada curiosa de la gente, pero hacía tiempo que había dejado de importarle.

Una voz que conocía perfectamente la sacó de sus pensamientos.

–Buenos días –dijo su madre, con su característica voz severa.

–Hola –contestó Dánae con una sonrisa nerviosa.

–Tu padre ha llamado por teléfono, dice que quiere verte, que te espera en el parque –le respondió casi sin mirarla–. Me imagino que te habrá llamado al móvil, pero lo tendrás por ahí tirado, como siempre.

–¿Papá?–murmuró sorprendida, ignorando la queja de su madre. Hacía meses que no sabía nada de él–. ¿De verdad?

–Sí –se limitó a responder. Estaba claro que le molestaba hablar de él, a pesar de que hacía más de diez años que se había marchado de casa. A veces se preguntaba si sería casualidad que se divorcieran en la misma época en la que Iris había cambiado tan drásticamente. Quizá su hermana no había podido soportar la separación, pero nunca había tenido el valor de preguntárselo.

–Supongo que pasaré el día fuera con Papá –dijo Dánae–. No creo que venga a cenar.

Ni su madre ni su hermana contestaron, así que cogió una de las tostadas y se la llevó a la boca mientras se dirigía a su habitación. Se puso unos tejanos y una camiseta de manga corta. Después se peinó rápidamente y se dirigió hacia la puerta. Vio la chaqueta sobre la butaca, pero decidió no cogerla, ya empezaba a hacer bastante calor.

–Hasta luego –se despidió, de nuevo sin obtener respuesta.

\* \* \*

Aquel parque era inmenso. Cada vez que entraba en él la invadía una sensación de melancolía que no era capaz de explicar. Se adentró entre los centenares de árboles que había en la zona más alejada de los columpios. Casi no podía ver nada entre la vegetación y el camino de tierra parecía estrecharse cada vez más. Las copas de los árboles eran tan espesas que apenas se filtraban los rayos de luz, dejando a Dánae medio sumida en la penumbra. La chica llegó a un claro, dónde se encontraba un árbol con un gran tronco. La gente decía que tenía más de mil años, pero nadie podía estar seguro. Su padre solía apoyarse en él cuando la esperaba. Sin embargo, aquel día no había nadie. Miró hacia todos lados, en busca de vida. Nada. De repente escuchó una voz detrás de ella.

–Hola.

La joven se sobresaltó y se giró dando un respingo, para encontrarse con su padre. Lo miró enfadada.



–¡No me asustes así! ¿De dónde has salido? –le espetó.

El hombre sonrió al ver su reacción y le dio un abrazo.

–Te he echado de menos.

–Han pasado meses...–musitó Dánae con algo de reproche en la voz. Su padre era el único que la trataba con amor. Era la única persona en la que realmente podía confiar. Sin embargo, debido a su trabajo, tenía que pasar largas temporadas en el extranjero.

–Lo siento, este último negocio me ha llevado más tiempo de lo que esperaba.

Dánae iba a quejarse un poco más cuando vio que la mirada de su padre se dirigía hacia el árbol milenario que acababan de dejar atrás. Miró con curiosidad hacia ese punto.

–¿Pasa algo? –preguntó intrigada.

–No –dijo simplemente.

Pero la joven volvió a mirar hacia el árbol con recelo. De repente, vio que algo se movía detrás del tronco.

–¿Hay alguien ahí? –preguntó con inseguridad. Nadie respondió.

–¿Qué dices? Ahí no hay nadie...–dijo su padre. Sin embargo, Dánae sabía perfectamente cuando Carlos le ocultaba algo.

–Papá –dijo seriamente. El hombre pareció ponerse tenso y miró hacia el árbol de nuevo–. ¿Qué me estás ocultando? ¿Quién hay ahí? –presionó la chica.

–Nadie...–balbuceó nervioso.

Harta de que todo el mundo guardara secretos, echó a correr hacia el árbol. Algo se movió detrás del tronco con rapidez. Sin embargo, Dánae logró verlo por un instante. Era un hombre joven. Lo miró a la cara y fue a agarrarlo para que no se escapara. Pero lo único que consiguió fue darle un manotazo al aire. Se había evaporado. Se quedó en shock unos instantes. Una persona había desaparecido frente a ella como por arte de magia. Sin embargo, no fue aquello lo que más le preocupó. Lo que en realidad no pudo quitarse de la cabeza fue el color de sus ojos. Violetas, como los suyos.

–¿Qué significa esto? –preguntó alterada–. ¡Ese hombre se acaba de esfumar! Su padre se llevó las manos a la cara, sin poder creer lo que acababa de pasar.

–¡No deberías haber visto nada de esto! –farfulló enfadado, más consigo mismo que con la chica.

–¿Quién era? ¿Qué ha pasado? ¿Era algún tipo de truco? –preguntó agitada.

–Siéntate, Dánae, debo contarte algo muy importante –dijo, poniendo una mano sobre el hombro de la chica, tratando de calmarla. La joven obedeció y se sentó en una piedra bastante grande que había junto al árbol milenario. Su padre se puso a su lado–. Creo que ya eres lo suficientemente madura para saber la verdad –prosiguió. Dánae asintió sin pronunciar ni una palabra–. En realidad, no sé por dónde empezar.

–Yo sí –interrumpió la joven–. ¿Quién era ese chico? ¿Y por qué ha desaparecido? –No podía quitarse de la cabeza esos ojos llenos de sorpresa, igual de extraños que los suyos.

–Si empiezo por ahí, no sé cómo vas a reaccionar.

–Inténtalo –insistió.

La miró con cara de circunstancias.

–Es tu hermano –murmuró.

El corazón le dio un salto tan grande que creyó que le iba a estallar. Abrió la boca para decir algo, pero no le salió la voz. Miró a su padre con expresión desencajada. Dánae se levantó y echó a correr. No podía seguir mirándole a la cara. Probablemente aquel había sido el motivo del divorcio de sus padres. Ahora todo parecía cobrar sentido.

–¡Dánae! ¡Espera! –gritó el hombre, en un vano intento por detenerla. Pero no lo consiguió.

Dánae corría cada vez más deprisa, como si un lobo la persiguiera. Se perdió entre los árboles sin mirar atrás. Los rayos de sol se debilitaban entre la frondosa vegetación. Miró al cielo y a través de las copas de los árboles entrevió que se avecinaba una tormenta. Enseguida empezaron a caer grandes gotas de lluvia y Dánae salió del bosque, demasiado alterada para saber adónde ir. Entonces sonó su teléfono móvil. Lo sacó de su bolso y vio el nombre de su padre en la pantalla. Rechazó la llamada y lo guardó. Empezó a andar de nuevo, ahora más pausadamente, sin rumbo fijo. Pronto no quedó nadie por la calle, llovía ferozmente y estaba anocheciendo. Dánae llevaba horas vagando por las calles de la ciudad y estaba empapada. No había comido nada más que aquellas tostadas para desayunar, pero no tenía hambre, tan solo tenía un nudo en el estómago. El pelo le tapaba la cara y la golpeaba a cada paso, pero no parecía darse cuenta. Tan solo podía pensar en aquel chico. Su hermano. Se preguntó si su madre o su hermana realmente lo sabían. Probablemente, aunque no podía estar segura. Sin embargo, lo que más le llamaba la atención de todo aquello, era que su hermano tuviera

exactamente el mismo color de ojos que ella. Siempre había pensado que era una mezcla insólita del color de los de sus padres. Negros con virutas doradas los de él, azul celeste los de ella. Pero, ¿no era mucha casualidad que el chico tuviera exactamente la misma peculiaridad? De repente, sintió que se golpeaba contra algo con fuerza y cayó hacia atrás, aterrizando sobre un charco. Miró hacia sus pantalones mojados con incredulidad y, por fin, levantó la vista, enfurecida.

—¿Estás bien? —preguntó una voz masculina. Dánae vio a un chico, tan sorprendido como ella de encontrarse a alguien bajo aquella tormenta—. ¿Te has hecho daño?

La joven se levantó y lo miró de arriba a abajo. Le pareció extraño. Arqueó una ceja al ver que tenía los ojos azul oscuro con ribetes plateados. Nunca había visto un color igual. Parecía inexpresivo. El pelo negro le caía empapado sobre la frente. Llevaba un abrigo largo, por debajo de las rodillas. Sus tejanos y sus botas, igual que el resto, estaban empapados. No llevaba paraguas.

—¿Estás bien o no? —Parecía molesto. La chica se dio cuenta de que había estado demasiado rato mirándole.

—Sí —musitó enfurruñada. La había tirado sobre un charco, por lo menos podría ser un poco más amable.

Dánae decidió marcharse y emprendió de nuevo el paso. Se volvió tan solo un instante para mirar de nuevo a aquel extraño y se sorprendió al verlo girado, observándola.

—¿Qué miras? —le espetó. El chico la escudriñó con la mirada, en silencio. Dánae se esforzó para verle mejor la cara con la tenue luz de las farolas. Le pareció atractivo, pero la manera en que la miraba la inquietó. Sintió un escalofrío y se arrepintió de no haber cogido la chaqueta antes de salir. Miró al chico por última vez y Dánae echó a correr, esta vez en dirección a su casa.

\* \* \*

Aquel hombre se quedó bajo la lluvia unos segundos mirando cómo la joven desaparecía por las calles de la ciudad. Era más hermosa de lo que jamás hubiera imaginado. Aquellos ojos violetas y asustados le habían parecido hechizantes, casi mágicos. Quizá debería avisar a Lucas de que la había encontrado.

\* \* \*

Cuando Dánae llegó a casa, escuchó la tele. Entró al salón intentando no

hacer ruido y descubrió a su madre y su hermana dormidas en el sofá del salón. Con la edad, su madre no había perdido atractivo, sino más bien al contrario. Su pelo largo y rizado, tan parecido al de Iris, caía sobre un rostro igual de delicado. Al verlas así, le vino de a la cabeza la imagen de su hermano. Dio media vuelta y subió arriba a ducharse, no quería coger un resfriado. Mientras se ponía un pijama seco, se preguntó dónde habría vivido aquel chico. ¿Habría tenido una familia o se habría criado solo en un orfanato? ¿Cuál era su nombre? Quizá salir corriendo no había sido una buena idea después de todo. Quería saber más sobre él y había huido de la única persona que podía tener respuestas. Su padre. Aunque no le apetecía en absoluto hablar con él, no tenía otra manera de localizar al chico. Mientras pensaba en posibles alternativas, escuchó la voz lejana de su madre, discutiendo en el piso de abajo. Se asomó a la escalera y descubrió que estaba hablando por teléfono. Dánae se quedó allí, escuchando a escondidas unos instantes.

—¡Ni hablar! ¡Ya es muy tarde! —escuchó que gritaba su madre. Dánae miró hacia el reloj de la cocina. Tenía razón. Era casi media noche—. ¡No pienso decirle nada, Carlos!

¿Carlos? ¿Su padre estaba llamando a casa a esas horas? Dánae bajó las escaleras corriendo.

—Pásamelo, Mamá —dijo con decisión. La mujer la miró sorprendida y le entregó el auricular a regañadientes.

—Papá —dijo Dánae, tratando de dejar sus emociones a un lado—. Quiero conocerle.

—¿Dánae? —preguntó Carlos, preocupado—. ¿Estás en casa? Llevo horas llamándote al móvil. ¡Te he buscado por todas partes! Por favor, déjame explicártelo. —El tono de su voz sonó suplicante. Sin embargo, Dánae no tenía ganas de calmarlo ni de darle conversación. Iría directa al grano.

—Pregúntale al chico si puede estar en el árbol milenario en media hora. Le esperaré ahí —dijo Dánae. Su madre la miró atentamente, negando con la cabeza.

—¿De qué chico estás hablando? ¿Dónde piensas ir a estas horas con el tiempo que hace? —cuestionó, mirando por la ventana. La tormenta todavía no había amainado. La chica la miró con el ceño fruncido. Ya tenía casi veinte años, no necesitaba que le dijeran lo que podía y no podía hacer. Y mucho menos ella, que la había ignorado durante la mayor parte de su vida. ¿A qué venía

aquella repentina preocupación? La mujer se dio cuenta de la mirada que le lanzó la joven y supo que era inútil todo lo que le dijera. Saldría igualmente. Suspiró disgustada y se marchó escaleras arriba, sin decirle nada más a su hija. Al otro lado del auricular, su padre contestó preocupado.

—¿No es un poco tarde? Quizá será mejor que le veas mañana, cuando el tiempo esté más tranquilo.

—Creo que ya he esperado demasiado. Quizá veinte años te parezcan poco — espetó—. Necesito hablar con él.

—Está bien —accedió Carlos—. Enseguida estaremos allí —añadió, tratando de dejar de lado el comentario de Dánae. Pero la joven no había terminado de decir la suya.

—No quiero verte, quiero estar a solas con él —repuso.

—Como desees —contestó su padre, dolido—. Pero no podrás evitarme siempre. Dánae no contestó, no tenía nada más que decirle. Colgó el auricular, sin siquiera despedirse. Fue hacia la entrada de la casa y rebuscó por uno de los muebles hasta dar con una linterna. Cogió un paraguas, se puso una chaqueta y salió por la puerta.

## CAPÍTULO 2

Dánae avanzó a toda prisa hasta el bosque, impaciente por conocer al hombre que se suponía que era su hermano. Encendió la linterna para alumbrar el camino entre los árboles. Aunque llegó al punto de encuentro antes de hora, él ya estaba allí, con semblante nervioso. Lo reconoció al instante. El chico llevaba una simple camiseta blanca y unos tejanos. Le pareció curioso que no estuviera mojado, a pesar de no llevar paraguas ni chaqueta. Se acercó hasta él y lo apuntó ligeramente con la luz, para verle el rostro. Tenía el pelo negro y liso como ella, aunque lo llevaba bastante más corto. Miró fijamente a Dánae, con unos ojos violetas idénticos a los suyos. Parecía mayor que ella, rondando la treintena. La joven apartó un poco la luz del rostro de su hermano y se acercó lentamente. Se detuvo a un metro de él y lo observó largamente, sin atreverse todavía a decir ni una palabra. Se acercó un poco más y, a pesar de no recordar haberle visto nunca, sintió que algo muy fuerte le unía a él.

–Hola –murmuró cuando reunió el valor suficiente.

Él parecía estar todavía más tenso que ella. Al ver que la joven le sonreía suavemente, pareció relajarse y le devolvió la sonrisa.

–¿Dánae? –preguntó en un susurro.

–Sí.

–¡Has crecido tanto! –dijo con una sonrisa triste, acercándose a ella un poco más–. Te pareces muchísimo a él.

–¿A quién? –preguntó con curiosidad.

–¿No recuerdas nada? Ni siquiera a... –dijo, interrumpiéndose.

–Lo siento –contestó apenada.

–No importa –respondió con una mueca–. Eras demasiado pequeña.

–¿Demasiado pequeña? Entonces, ¿nos habíamos visto antes? –preguntó, intrigada.

Sin embargo, antes de que el chico pudiera contestar a sus preguntas, Dánae escuchó una voz masculina detrás de ella, que le resultaba vagamente familiar.

–¿No se acuerda de nada, Lucas?

Entonces ese era su nombre. Su hermano se llamaba Lucas. Dánae se giró hacia el lugar de donde provenía la voz. Aunque se esforzó, no logró recordar

dónde la había oído antes. Entornó los ojos para intentar ver al hombre que había hablado, pero la linterna no alcanzaba a alumbrar más allá de su figura. Estaba demasiado lejos.

–No, será mejor que te acerques a nosotros –dijo Lucas, dirigiéndose al desconocido. Después se volvió hacia su hermana con una sonrisa amable–. Dánae, quiero presentarte a alguien.

La chica asintió, nerviosa. De la penumbra salió un joven alto, vestido con una chaqueta larga y negra. Dánae no tardó en reconocer sus ojos azul oscuro y plateado. Era el chico con el que había chocado hacía apenas unas horas. ¿Sería tan solo una casualidad?

–¡Tú! –musitó, sorprendida.

–¿Ya os conocéis? –preguntó Lucas, totalmente desconcertado.

–Sólo de vista...–dijo el chico con voz neutra, sin apartar la mirada de los ojos de la joven.

–Entonces haré las presentaciones oficiales –dijo Lucas–. Dánae, este es Axel. –La joven continuó mirando a aquel chico tan extraño, incapaz de sonreírle. Consiguió trazar una pequeña mueca, intentando ser cordial.

–Encantado de conocerte –dijo Axel formalmente.

–Igualmente –contestó Dánae, desviando la mirada hacia su hermano y tratando de ignorar la presencia de aquel chico. Hubiera preferido estar a solas con Lucas, pero no quería ser grosera–. Necesito saber qué está pasando –dijo, sin poder aguantar más. Sentía demasiada curiosidad. Lucas movió la cabeza en señal de aprobación. Estaba dispuesto a responder a sus preguntas–. Esta mañana, ¿cómo has desaparecido? –preguntó dudosa. Lo había visto claramente, pero ¿podía haber sido una alucinación? Vio cómo Lucas vacilaba ante su pregunta. Axel lo miró simulando calma, pero en sus ojos de podía apreciar la duda.

–Es una historia demasiado larga de explicar –murmuró Lucas.

–Tengo todo el tiempo del mundo –insistió la chica, impaciente.

–No sé si estarás preparada para escuchar esto –susurró.

Dánae lo miró furiosa.

–¿Cómo? ¿Podéis dejar de ocultarme cosas? Creía que tú serías diferente.

Dánae dio media vuelta para adentrarse en el bosque, furiosa. Oyó cómo su hermano gritaba su nombre para detenerla, pero hizo caso omiso. Sin embargo, cuando estaba a punto de perderlo de vista, escuchó otra voz, llamándola. La reconoció al instante e interrumpió su huida. Dio media

vuelta, para encontrarse con la mirada de su padre.

–Dánae, esto no es justo –dijo–. Tu hermano no tiene la culpa de nada.

–¿De dónde has salido? –preguntó enfadada.

–No puedes huir siempre, Dánae –le dijo con ternura, acercándose a ella y tomándola suavemente por el brazo. La condujo de vuelta al claro, donde Lucas y Axel esperaban pacientemente.

–Papá –murmuró confundida–. ¿Qué está pasando? Me has ocultado que tenías otro hijo durante toda mi vida. Y por algún extraño motivo puede evaporarse como si fuera aire.

–Lucas no es mío –afirmó su padre. La noticia la dejó sin habla–. Solo tienes que hacer cuentas. Lucas tiene treinta años, ¿cómo voy a ser su padre? –Dánae lo miró desconcertada y frunció el ceño. Tenía razón. Su padre no llegaba a los cuarenta. Era imposible que fuera el progenitor de Lucas.

–Entonces, ¿es de Mamá? –preguntó dudosa. Su madre era diez años mayor que su padre. ¿Quizá antes de conocerlo tuvo un hijo? Al fin y al cabo, Iris era fruto de un matrimonio anterior. ¿Pero por qué lo habría ocultado? Sin embargo, antes de que pudiera seguir imaginando motivos, su padre negó con la cabeza.

–No es de Minerva.

–¡Pues cómo puede ser mi hermano! –espetó indignada.

–Él es tu verdadera familia. Lo siento mucho, Dánae.

La joven se quedó en silencio con la mirada clavada en el suelo mojado. Al cabo de unos minutos, se volvió hacia su hermano, pero él parecía no atreverse a mirarla.

–¿Eso qué quiere decir exactamente? –pronunció esas palabras con miedo, temiéndose la respuesta.

–No somos tus padres biológicos.

Dánae sintió que las rodillas le fallaban y Lucas la sostuvo por el brazo para evitar que cayera.

–¡Dánae! ¿ Estás bien?

La joven asintió, aunque estaba muy lejos de sentirse bien. Levantó la vista hasta el que había creído su padre hasta la fecha.

–¿Y mis padres biológicos? ¿Me abandonaron? –preguntó, sin poder creerse que todo aquello estuviera sucediendo realmente. Quizá se trataba tan solo de una pesadilla.

–No, ellos nunca te hubieran abandonado –explicó Carlos–. Murieron al poco



tiempo de nacer tú –añadió con tristeza–. Tu padre era mi mentor. Antes de morir, me pidió que cuidara de vosotros. Tenías tan solo unos meses, así que decidí adoptarte.

–¿Y Lucas?

–Yo ya tenía diez años –intervino su hermano–. Sabía lo que le había pasado a nuestros padres y no me hubiera podido integrar bien en vuestra familia.

–Por eso se quedó con unos amigos de vuestros padres –explicó Carlos.

–A pesar de mi edad, como no podían tener hijos les hizo muy felices tenerme en casa y me trataron como a su propio hijo.

–¿Ya no vives con ellos? –preguntó, al darse cuenta de que había hablado en pasado.

–No –respondió Lucas, bajando la mirada–. Murieron hace apenas un par de años –dijo entristecido.

Carlos se acercó hacia Dánae, preocupado porque no fuera capaz de asimilar toda aquella información, pero la chica asintió. Después de conocer la historia de Lucas, se daba cuenta de su suerte. Aunque Dánae no hubiera llegado a conocer a sus padres, habían confiado en Carlos para que la cuidara cuando ellos faltaran. Y no tan solo la había cuidado, sino que la había querido como a una hija. Siempre se había preocupado por ella. La joven jamás se hubiera imaginado que él no fuera su verdadero padre. En cambio, aunque aquella pareja le hubiera tratado tan bien, Lucas había tenido que crecer con la ausencia de sus padres, enfrentarse a su pérdida siendo tan solo un niño. Y en aquel momento, entendió por fin la actitud indiferente de Minerva. Nunca la había querido. Aunque siempre había sabido que no tenía una familia demasiado convencional, darse cuenta de aquello fue muy duro. Sintió ganas de llorar, pero resistió. Al fin y al cabo, aquello no era nada comparado con lo que había sufrido su hermano.

–Deberíamos marcharnos –dijo entonces Axel, rompiendo el momento–. Es tarde y hace frío –añadió. Dánae lo miró incrédula, ahora lo que menos le importaba era la temperatura.

–¡Espera! –lo cortó–. Hay algo más que necesito saber.

Lucas la miró interrogativamente, esperando a que formulara sus dudas. Aunque se moría de ganas de preguntar qué le había pasado a sus padres, había otra cosa que la inquietaba todavía más.

–Antes no me has contestado. ¿Cómo has conseguido desaparecer? –dijo con voz alta y clara. Si no hubiera sido por la oscuridad que les rodeaba, Dánae

hubiera visto la palidez en el rostro de su hermano. Carlos bajó la mirada. El único que parecía atreverse a mirarla era aquel chico, Axel, que había estado presenciando la escena todo el tiempo. Dánae no entendía demasiado bien qué hacía él en medio de aquel drama familiar, pero prefirió no preguntar. Dánae se limitó a sostenerle la mirada largamente, hasta que él se decidió a decir algo.

–De eso hablaremos otro día –dijo serenamente.

–Pero...–murmuró indecisa. Antes de que pudiera detenerlos, Carlos y Lucas se despidieron de ella.

–Debemos irnos.

–¡Esperad! –dijo la joven. Sin embargo, en un instante se difuminaron frente a ella, como si tan solo fueran aire.

Se quedó unos minutos boquiabierta, tratando de asimilar lo que había visto. No había sido su imaginación. Realmente habían desaparecido. Cuando su mente consiguió volver un poco a la normalidad, sintió una presencia a su lado. Dio un respingo, asustada. Lo había olvidado. Era Axel, él seguía ahí. Lo miró con una suspicacia.

–Te acompaño a casa –se ofreció él.

–No hace falta que...

–Es una orden de Carlos, así que vamos –espetó secamente.

La joven bajó la mirada totalmente descolocada. No tenía ganas de discutir más, así que asintió y empezó a andar, preguntándose qué habría querido decir. ¿Qué relación tenía aquel chico con Carlos y Lucas?

\* \* \*

Llevaban caminando un buen rato en silencio. La calle estaba desierta y el único sonido que irrumpía en la noche eran las gotas de lluvia que caían del cielo rojizo. De vez en cuando, Dánae podía percibir los rasgos de Axel entre la luz de los relámpagos y su paraguas. Se dio cuenta de que era muy atractivo, había algo misterioso en él. Notó su mirada en varias ocasiones, pero evitó mirarle. Sus ojos la inquietaban, tenían algo extraño. No sabía explicarlo, pero de alguna manera, no parecían humanos.

–¿De verdad no sospechabas nada? –preguntó de repente. Dánae se detuvo y bajó la cabeza. Negó tímidamente con la cabeza.

–Todo era un poco difícil en casa, pero no pensaba que ese fuera el motivo –murmuró–. ¿Qué será lo próximo? –preguntó retóricamente, pero él movió los hombros en señal de respuesta.

–Lo irás descubriendo a poco a poco.

La joven lo miró frunciendo el ceño. No entendía de qué se extrañaba. Quizá aquello era tan solo el principio, la punta del iceberg de todo lo que estaba por venir.

## CAPÍTULO 3

Ya había pasado más de una semana desde que Carlos le había revelado la verdad. No había vuelto a saber nada de él ni de su hermano. Y lo peor de todo era que tenía un millón de preguntas por hacerles. A ratos se había planteado si aquello realmente había sucedido o si todo había sido una mala pasada de su mente. ¿Cómo iba alguien a desaparecer ante sus ojos? Pero en el fondo sabía que todo era cierto. Ahora entendía por qué no se parecía en absoluto a Iris o a su madre. En realidad nunca habían sido familia. En cambio, aunque Carlos no fuera su padre biológico, ella lo seguía viendo como tal y eso no cambiaría. Los últimos días había estado más nerviosa de lo habitual, pero nadie lo había notado. Al fin y al cabo, su familia nunca había sido una de esas familias unidas y felices que notan cualquier mínimo cambio.

Se dirigió hacia la cocina por el pequeño pasillo que la conectaba con el salón. Le llamó la atención un antiguo jarrón que llevaba allí desde que tenía uso de memoria. Frunció el ceño, fijándose en una grieta que lo recorría de arriba abajo. Qué extraño. Dánae hubiera jurado que el día anterior estaba en perfectas condiciones. Lo acarició levemente por la parte rota. Quizá era tan solo una metáfora de cómo su familia había terminado por romperse del todo al descubrir que ni siquiera compartían lazos de sangre. Suspiró y decidió que lo llevaría a arreglar.

\* \* \*

Aunque hacía mucho calor, Dánae decidió salir a la calle. Le apetecía tomar el aire. Se estiró aliviada al ver la luz del sol y sonrió. Se había pasado la semana encerrada en casa estudiando para los exámenes finales de la universidad. Aunque se había sentido agobiada con tanto que hacer, le había ayudado a no pensar demasiado en lo que había descubierto recientemente. Pensó en todo el verano que le quedaba por delante, repleto de días vacíos en los que no haría otra cosa que darle vueltas a la cabeza. Quizá no sería una mala idea buscarse un trabajo de verano para mantenerse ocupada. Por el momento, decidió ir al quiosco a comprar algo para leer, así por lo menos podría entretenerse durante unos días.

Iba a paso bastante lento, pero no lo vio venir. Un chico corría calle abajo llevando un paquete bastante voluminoso en las manos. Dánae no logró

apartarse y chocaron con intensidad. La joven consiguió mantener el equilibrio como pudo, pero el chico cayó al suelo. La joven escuchó ruido de cristales rotos e hizo una mueca.

–¡Oh, no! –Escuchó que se lamentaba el joven. Dánae se agachó para ayudarlo a levantarse.

–Lo siento. ¿Estás bien?

–Sí, no es nada –repuso poniéndose en pie y sacudiéndose los pantalones. Dánae notó que era bastante más alto que ella. Tuvo que levantar la cabeza para fijarse en sus ojos color miel, cálidos. Su cabello rubio brillaba bajo el sol con reflejos que parecían dorados.

–¿Se ha roto? –preguntó Dánae, desviando la mirada hacia el paquete, que seguía en el suelo.

–El jarrón...–murmuró el chico, recordando por qué corría hacia unos momentos. Debía realizar una entrega urgente. Se agachó a recogerlo y abrió la caja por un lado para echar un vistazo—. Está hecho pedazos.

–¡Lo siento muchísimo! No sé dónde tenía la cabeza –se disculpó Dánae.

–No importa, no te preocupes –dijo con una sonrisa amable—. Lo arreglaré.

–Si no es mucho preguntar, ¿adónde lo llevarás? –cuestionó interesada, recordando la grieta en el jarrón de su casa.

–En realidad, al taller de mi padre.

–¿Tiene un taller de reparación de jarrones?

–Bueno, restaura objetos antiguos en general –explicó.

–Tiene que ser fascinante.

–La verdad es que se aprenden muchas cosas. Trabajo con él en mis ratos libres y nos dejan objetos increíbles.

–¿Y dónde está su taller? Justo tenía que llevar un jarrón a arreglar y no sabía adónde acudir.

–Ahora no llevo ninguna tarjeta encima –dijo, metiéndose las manos en los bolsillos para encontrar alguna, sin éxito–, pero si quieres, puedes traérmelo aquí mismo mañana y te acompañaré hasta el taller. Es un poco difícil llegar sin perderse –añadió alegremente.

–Vale –contestó Dánae, encantada de la suerte que había tenido.

–¡Hasta mañana!

–Adiós –se despidió, algo nerviosa. Vio cómo se alejaba a paso rápido y se perdía entre las calles. No podía creérselo. Acababa de quedar con un chico guapísimo. Aunque fuera por negocios, no pudo evitar sonreír ilusionada ante

la expectativa. Sin embargo, una voz gélida la devolvió a la realidad.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Axel. Dánae llevó los ojos al cielo. Era la última persona con la que le apetecía hablar, aunque quizá supiera algo sobre su padre y su hermano, así que contestó.

–¿Y tú? ¿No me estarías siguiendo? –preguntó entornando los ojos.

–Yo he preguntado primero –dijo, sin responder a su pregunta.

–Voy al quiosco.

–¿No tienes nada mejor que hacer? –preguntó, burlándose de ella.

–Estoy de vacaciones. Y bien merecidas –espetó–. Igualmente, ¿a ti qué te importa lo que hago o dejo de hacer? –La había sacado de sus casillas. Las pocas veces que lo había visto no había mostrado ni siquiera un poco de amabilidad, a pesar de todo por lo que estaba pasando.

–Vaya, qué simpática –contestó él, con una mueca.

–Mira quién fue a hablar. Si no tienes nada más que decirme, tengo cosas que hacer –soltó. El chico no parecía molesto, sino más bien al contrario. Parecía divertirse la actitud de Dánae.

–En teoría estaba yendo a tu casa a buscarte. Iba a explicarte algunas cosas, pero como te veo tan ocupada, dejaré que te marches –dijo, con una sonrisa maliciosa, sabiendo que Dánae se moría de ganas de saber más cosas sobre su pasado. Necesitaba respuestas. Axel no dijo nada más y se dio la vuelta, decidido a marcharse.

–¡Espera! –gritó la chica, a tiempo de pararle.

–¿Ahora estás interesada? –preguntó con una media sonrisa.

–Sí –contestó ella, resoplando exasperada.

–Hemos perdido demasiado tiempo. Ahora no puedo, tendrá que ser en otra ocasión –respondió.

Dánae sintió deseos de abofetearle, pero se contuvo y decidió tratarlo bien. Igual así cambiaba de opinión.

–¿Quizá esta tarde te iría bien? –preguntó con la cara más amable que supo poner.

–Está bien –accedió Axel–. ¿Dónde?

–¿En el parque?

–Vale, te espero en el árbol milenario a las siete –dijo–. Y no llegues tarde –añadió mirándola con aires de superioridad.

–Nunca llego tarde a los sitios –espetó Dánae, dando por zanjada la conversación. Dio media vuelta y se marchó. No quería estar más tiempo

cerca él, no podía soportarle.

\* \* \*

Ya eran las siete. Dánae miró el reloj de su teléfono móvil maldiciendo entre dientes. Al final llegaría tarde. Se adentró corriendo en el bosque hasta el punto de encuentro. Vio a Axel apoyado en el árbol milenario con cara de pocos amigos. El chico tan solo le hizo una leve señal con la cabeza a modo de saludo.

–Te dije que no llegaras tarde.

–Lo siento –se disculpó Dánae, frunciendo los labios disgustada.

–Siéntate, tenemos para rato –ordenó, señalando la piedra que había cerca de donde se encontraban. Dánae hizo lo que le había indicado y él se sentó a su lado. Se sintió algo incómoda con la proximidad, pero trató de concentrarse en la conversación–. ¿Qué es lo que quieres saber? –preguntó, mirándola fijamente a los ojos.

Entonces, Dánae recordó lo que llevaba tantos días inquietándola y, después de una larga pausa, consiguió formular la pregunta.

–¿Cómo podéis desaparecer?

–Magia –respondió sin titubear, como si fuera la respuesta más natural y obvia del mundo. Por supuesto, Dánae no lo creyó. Lo analizó escépticamente de arriba a abajo para ver algún signo de duda, pero parecía convencido y tranquilo. Ni siquiera había cambiado de expresión.

–¿Tan tonta piensas que soy? –preguntó molesta.

Él la miró fijamente, pero Dánae no pudo leer ninguna respuesta en sus ojos. Resopló, frustrada. ¿En qué momento había creído que la iba a ayudar? Si lo único que había hecho desde que se habían conocido era decir cosas sin sentido.

–Si no quieres creer lo que vieron tus propios ojos es tu problema, no el mío –soltó fríamente.

Dánae se quedó en silencio intentando buscar una explicación mínimamente factible para lo que había presenciado, pero no se le ocurrió ninguna. Finalmente, bajó la mirada, hundida.

–Si quieres puedo llevarte a un sitio –dijo Axel, rompiendo el silencio incómodo que se había formado.

–¿Adónde?

–No preguntes tanto, ya lo verás –dijo misteriosamente.

Axel se puso en pie y le tendió la mano. Dánae dudó unos momentos, pero al

final se levantó y posó su mano sobre la de él. Sintió el contacto de su piel de una manera extraña, pero no pensó más en ello. Estaba demasiado nerviosa.

–Tienes que prometerme que no gritarás como una loca.

–¿Por qué haría eso? –preguntó alterada, sin entender nada.

–En unos momentos vamos a desaparecer.

–¿Qué? –exclamó sin comprender lo que iba a pasar. Sin embargo, no le dio tiempo a decir nada más. Vio cómo Axel posaba la mano que le quedaba libre sobre el árbol milenario y de repente sintió una fuerte presión en todo el cuerpo. Se asustó y se aferró con fuerza a su mano. Un remolino de aire se formó a su alrededor, envolviéndolos. Dánae sentía una opresión tan fuerte en el pecho que, aunque hubiera querido, no hubiera podido gritar. Le costaba respirar. Cerró los ojos con fuerza, abandonándose a su suerte. Entonces, aquella sensación cesó y el viento se detuvo. Abrió los ojos lentamente, temerosa de lo que iba a ver. Cuando los abrió por completo, no pudo evitar emitir un grito. Se habían transportado a una selva. Axel le tapó rápidamente la boca para ahogar su grito y la miró severamente.

–Te he dicho que no gritaras. No deben saber que estamos aquí.

–¿Quién? –preguntó la joven, sin entender nada.

Pero Axel no respondió. Se quedó quieto observando atentamente el paisaje, como si buscara algo. Dánae hizo lo mismo y miró a su alrededor, asombrada. Se encontraba frente a una extensión inacabable, bañada del color verde de unos gigantescos árboles tropicales, de los que colgaban abundantes lianas. Había muchas zonas sombrías, a las que apenas llegaba la luz del sol. Desvió la mirada hacia un lado y se encontró con un río, rápido y silencioso. Se escuchaba tan solo el dulce canto de los pájaros. Sin embargo, el calor abrumador rompía la sensación de paz. Dánae entornó los ojos. No, no era tan solo el calor lo que la inquietaba. Sentía que en aquella selva había algo más, algo oculto y peligroso que flotaba en el ambiente. Se estremeció. Sintió una leve presión en el brazo y se giró asustada, pero tan solo era Axel, que la había agarrado. Parecía inquieto.

–Vamos –dijo.

–Un momento –replicó Dánae, deshaciéndose de su brazo de un golpe. No estaba dispuesta a moverse de allí sin una explicación–. Primero vas a explicarme qué ha pasado y dónde estamos –exigió nerviosa, casi gritando.

–¡Te he dicho que no grites! –espetó en un susurro–. Aquí no te puedo explicar nada.



–Pero...–murmuró dudosa.

No le dejó más tiempo para pensar, la agarró de nuevo por el brazo, con fuerza, y empezó a caminar deprisa, arrastrándola detrás de él. Dánae a duras penas podía seguirle y casi corría para ir a su ritmo. De repente, Axel se detuvo en seco. Dánae chocó contra su espalda, pero él pareció no darse cuenta.

–¿Se puede saber qué te pasa?–preguntó indignada. Pero su voz parecía no llegar hasta él–. ¡Axel! –exclamó, intentando llamar de nuevo su atención. Pero entonces todo sucedió demasiado deprisa. El chico se abalanzó sobre Dánae y la rodeó con fuerza, tirándola al suelo. Cayeron rodando por un despeñadero. Dánae sentía cómo su piel sufría cada uno de los golpes. Finalmente, quedaron tendidos a la orilla del río, inmóviles. Dánae sentía el peso de Axel sobre ella, que no la había soltado en ningún momento. Se preocupó al ver que estaba inerte. Los peores golpes se los había llevado él.

–¿Axel? –susurró asustada–. ¿Estás bien?

–Sí...–murmuró con voz ronca, saliendo de encima de la chica. Dánae lo observó atentamente. Tenía la cara llena de rasguños y un corte bastante feo en la mejilla. Le sangraba ligeramente el labio. Se limpió la cara con el brazo y se levantó. Su camiseta estaba hecha jirones y su cuerpo no había corrido mejor suerte que su cara. Estaba lleno de magulladuras.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó Dánae, descolocada, acariciándose las pequeñas heridas que había sufrido en el brazo derecho al caer.

Sin embargo, antes de que él pudiera responder, algo golpeó con fuerza el pecho de Dánae. La chica salió disparada hacia atrás e impactó contra el tronco de un árbol. Quedó tendida en el suelo, aturdida por el golpe. Tenía dificultades para respirar y empezó a toser. Axel la miró un instante, preocupado, pero no se acercó. Se limitó a hacerle un gesto con la mano para que se quedara dónde estaba. Maldijo entre dientes. ¿Por qué no acudía en su ayuda? ¿La pensaba dejar ahí tirada? Entonces vio cómo una figura se formaba ante ellos. Era un hombre, vestido con una larga túnica negra que ocultaba su cuerpo. Tan solo consiguió distinguir un collar granate con un pequeño frasco colgando. Sin embargo, no fueron estos extraños detalles lo que más asustaron a Dánae, sino la siniestra máscara tras la que ocultaba su rostro. Aunque era difícil discernir su edad, por su estructura y la manera de moverse no debía de sobrepasar los treinta. El hombre miró hacia Axel y trazó una sonrisa maliciosa a través de su máscara. Su voz retumbó por toda

la selva.

–Volvemos a vernos –susurró con una voz que le dio escalofríos.

Dánae sintió que su corazón se paraba cuando desvió la mirada hacia ella.

–Hola, Dánae –dijo. La chica se quedó helada. ¿Cómo sabía su nombre? No era capaz de pensar. Se perdió en la mirada penetrante de aquel desconocido que la hacía estremecer de miedo–. Vaya, ¿tu amiga es tímida? –le dijo a Axel, burlándose. Dánae no había sido capaz de articular palabra.

–Déjala en paz –dijo a modo de advertencia. Dánae se sorprendió al ver a Axel intentando defenderla. Quizá no era tan mala persona después de todo.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? –preguntó, provocándole y soltando una carcajada siniestra.

Dánae sintió un nudo en el estómago. ¿Había dicho matar? Axel estaba inmóvil. Aunque le daba la espalda a Dánae, la joven podía sentir que estaba furioso.

–¿Qué quieres de nosotros? –preguntó finalmente, con una voz fría como el hielo.

–Vamos, Axel. Lo sabes muy bien... –Se hizo un largo silencio, que a Dánae le pareció eterno. Parecía como si los dos estuvieran midiendo sus posibilidades. Sin embargo, el hombre enmascarado habló de nuevo–. Hoy me siento generoso. Os dejaré marchar –dijo, dirigiendo su mirada hacia Dánae–. Pero solo porque quiero conocer mejor a la chica.

Con esto, el hombre se esfumó tal y como había aparecido. Dánae suspiró aliviada, aunque las últimas palabras de aquel hombre la habían aterrado. Axel corrió hasta ella.

–¿Estás bien? –preguntó, inspeccionándola de arriba abajo.

–Sí –respondió.

–Vamos, sígueme, antes de que vuelvan a atacarnos –la advirtió.

¿Quién más podía quererles hacer daño? ¿Dónde se había metido? No se atrevió a expresar sus dudas en voz alta, no estaba segura de estar preparada para escuchar las respuestas, así que lo siguió a paso ligero, incómoda. Notaba una mirada clavada en la nuca, pero cada vez que se giraba no veía a nadie. Seguramente serían imaginaciones suyas. Después de todo lo que estaba pasando, nadie podía culparla por sentirse un poco paranoica.

Pronto llegaron a los pies de un gran salto de agua, rodeado por una enorme valla, imposible de saltar. Se acercaron a la pequeña apertura que configuraba la puerta y entraron.

–Ya hemos llegado –anunció Axel.

## CAPÍTULO 4

Dánae sintió cómo el calor se volvía todavía más húmedo en aquel punto. Sin decir nada, Axel se dirigió hacia las rocas que había junto al salto de agua, esperando que Dánae lo siguiera. La joven llegó hasta él y lo miró interrogativamente.

–Vamos a subir hasta arriba –explicó.

–¿Cómo? –preguntó incrédula, mirando aquella enorme pared vertical sobre la que fluía el agua con fuerza.

–Tenemos que ir por detrás de la cascada.

–¿Pero qué dices? Me voy a caer –murmuró. Era imposible.

–Yo iré detrás de ti –contestó, como si aquello fuera a tranquilizarla. Dánae lo miró, escéptica, pero empezó a ascender. ¿Qué otra posibilidad tenía? Se concentró punto por punto, roca por roca. Primero la mano, luego el pie, se decía a sí misma, como si se tratara de un cántico. Pronto vio la cima y entonces perdió la concentración. Colocó mal el pie sobre una piedra mojada y resbaló, cayendo hacia atrás, al vacío. Pero Axel la cogió a tiempo por el brazo. Dánae vio cómo el brazo del chico temblaba ligeramente al aguantar todo su peso y se maldijo por haberse comido aquel donut el día anterior. Axel hizo un esfuerzo sobrehumano y estiró con fuerza hasta que Dánae se pudo agarrar a la piedra de al lado de dónde él se encontraba. Estaban muy cerca, y por primera vez, Dánae se dio cuenta de que sus ojos no eran tan fríos. La chica decidió que no podía quedarse allí embobada eternamente y volvió a concentrarse en la escalada, hasta que logró llegar sana y salva a lo más alto de la cascada. Era un lugar precioso. Realmente había valido la pena subir hasta allí para ver aunque fuera una sola vez aquel palacio natural. Se trataba de una gran cueva, decorada como si se tratara de una casa o más bien, una mansión. El movimiento del agua se reflejaba en las paredes, suaves como la seda, con un brillo plateado que iluminaba aquella gran sala de una manera mágica.

–¿Dónde estamos? –preguntó hipnotizada por el resplandor que la rodeaba. Su voz retumbó entre aquellas paredes.

–En un lugar seguro –se limitó a decir.

–Ahora, ¿vas a explicarme qué sucede? –Axel asintió casi imperceptiblemente.

–Será mejor que te sientes.

La joven le obedeció sin decir nada.

–Nosotros no somos exactamente humanos –dijo.

Le interrogó con la mirada. ¿Qué estaba queriendo decir con eso? ¿Que eran alienígenas?

–¿Quieres decir que somos extraterrestres? –preguntó levantando una ceja. Eso no se lo esperaba.

–No –contestó riendo–. Vivimos en la Tierra desde siempre, solamente que en otra dimensión. La llamamos Argenta para distinguirla. Nosotros somos argentos, los habitantes de este mundo.

–¿De esta selva? –preguntó incrédula.

Axel asintió y prosiguió con la explicación.

–Somos los encargados de proteger la estabilidad del mundo humano.

–Ya basta –interrumpió Dánae–. No me creo una palabra de lo que estás diciendo.

–Entonces, ¿cómo explicas que nos teletransportemos a través de un árbol?

–Debe... –dijo dudosa–. Debe haber una explicación lógica, algún truco.

Axel la miró con una sonrisa burlona, dándole a entender que no tenía argumentos. Parecía que no tenía otro remedio que creerle. Aun así, seguía mostrándose recelosa ante aquella explicación.

–Resulta que últimamente estamos teniendo problemas para que ese equilibrio no se quiebre –prosiguió Axel, dejando a un lado las dudas de Dánae.

–¿Por qué? –preguntó muy a su pesar.

–Hace doscientos años, surgió un grupo de argentos que quería hacerse con el poder sobre los dos mundos, tanto del de los humanos, como el de este. Les llamamos los Renegados.

–Pero no pueden hacer eso –musitó desconcertada.

–Sí, sí que pueden. Y lo peor es que en los últimos tiempos están ganando cada vez más fuerza.

–¿Cómo? –preguntó.

–Nos atacan constantemente. Pero el principal problema es que están buscando la manera de romper el equilibrio definitivamente y no sabemos cómo de avanzados están.

–¿Y no hay ninguna manera de averiguarlo?

Axel negó con la cabeza y Dánae suspiró decepcionada.

–Has hablado en plural –dijo Dánae–. ¿Cuántos sois?

–Somos cinco guardianes, aunque tenemos más de mil soldados repartidos por todo el territorio.

–¿Y todos los habitantes de este mundo pueden teletransportarse como vosotros?

–No, la población de esta dimensión no se diferencia en nada de los humanos. Tan solo algunos de nosotros mostramos poderes extraordinarios. Algunos pueden teletransportarse, otros podemos controlar los elementos o los hay que incluso pueden ver cosas.

–¿Te refieres a ver el futuro?

–Algo parecido.

–¿Y por qué muestran poderes solo algunos de nosotros?

–Tan solo los guardianes o algunos descendientes de los primeros pobladores de este mundo muestran poderes. La cuestión es que los extraños colores de nuestros ojos revelan nuestra verdadera naturaleza.

–¿Quieres decir que los argentos con poderes son los que tienen los ojos de un color extraño?

–Eso mismo –concluyó. Dánae frunció el ceño, pensando en sí misma. Ella, a pesar de tener los ojos violetas, no parecía tener ningún poder–. Quizá los tuyos no hayan despertado todavía –añadió Axel, adivinando sus pensamientos.

–¿Por qué no hay ninguna ciudad por aquí? –preguntó Dánae, desviando el tema. Le incomodaba hablar de aquellos extraños poderes que parecía no tener. Desde lo alto de la catarata tenía unas vistas magníficas, pero no había visto más que selva por todos lados.

–Aquí no hay ciudades como en la Tierra que tú conoces. Hace mucho tiempo existían pequeños asentamientos que se integraban perfectamente con el medio. Sin embargo, me temo que cada vez quedamos menos.

–¿Qué quieres decir?

–los Renegados empezaron a buscar adeptos más de doscientos años atrás. Atacaban a los grupos y ciudades que encontraban a su paso, robando todo lo que tenían. Los habitantes de aquellos asentamientos tenían dos opciones: sumarse a ellos o morir. La mayoría de los habitantes de los pueblos vecinos a los que llegaba la voz de aquellas atrocidades, acabó cruzando El Paso para marcharse a vivir a la Tierra, huyendo de aquel terror.

–¿El Paso?

–El Paso es el árbol a través del cual hemos venido hasta aquí, es el punto en el que se conectan los dos mundos. Los argentos que no podían teletransportarse por sí mismos buscaron amigos o familiares con ese poder para que los ayudaran a cruzar al otro lado. Con el tiempo, la mayoría de los argentos se marcharon y acabaron mezclándose con los humanos, perdiendo así las pocas características que los diferenciaban. Así que, de un modo u otro, los Renegados al final acabaron con gran parte de los poblados y la forma de vida de Argenta.

–Es horrible... –murmuró Dánae, aterrada–. ¿Y el hombre de antes es uno de esos Renegados?

–Sí –contestó–. Es Aníbal, su líder –explicó, con cara de disgusto.

–Antes has dicho que estamos en un lugar seguro...–murmuró la joven, todavía asustada después de lo que había sucedido en la selva.

–Sí, puedes estar tranquila. Estamos en Argentum, el palacio de los guardianes. Aquí no puede entrar nadie salvo nosotros.

–Pero yo he entrado.

–Tú eres una excepción. Aunque aún no estés entrenada para ello, eres una guardiana, como tu hermano.

–¿Cómo? –preguntó asustada. ¿Cómo iba a ser ella guardiana de nada? Si apenas sabía cuidar de sí misma.

–Los guardianes nacemos para ello, lo llevamos en la sangre. Somos descendientes lejanos de los primeros habitantes de este mundo y por lo tanto tenemos poderes más fuertes que el resto.

–Por eso mismo –dijo Dánae, tratando de disuadirlo de aquella rocambolesca idea–. Yo no pinto nada aquí. Mi hermano es guardián, pero yo ni siquiera tengo el poder del que tú hablas.

–Sí que lo tienes –dijo convencido, aunque Dánae tenía la sensación de que le estaba tomando el pelo.

–Pues disculpa que lo dude –murmuró–. Además, esta historia es muy extraña. Yo no tengo nada que ver con todo esto ni quiero luchar contra ningún grupo, siquiera. Así que, con tu permiso, vuelvo a casa.

Pero cuando le volvió la espalda, dispuesta a marcharse, la detuvo con fuerza por la muñeca. Dánae se giró indignada.

–¿Qué quieres ahora?

–¿Y si te dijera que tus padres murieron a manos de ese grupo?

–¿Cómo? –balbuceó la chica.

–Será mejor que te sientes –repuso el chico. Dánae obedeció y se sentó en una butaca, deseosa de saber por fin qué había sucedido con sus padres biológicos.

–Tus padres vivían en la selva, contigo y con tu hermano.

–¿Sin la protección de Argentum? ¿Por qué harían eso siendo guardianes? –preguntó sorprendida ante aquella imprudencia.

–Hace veinte años, Argentum ni siquiera tenía la valla que has visto antes. Tan solo era la base de operaciones, pero el mundo no era todavía tan inseguro como para tener que llegar hasta ese extremo.

–¿Y cómo eran mis padres? –preguntó de repente. Llevaba días con aquella pregunta dando vueltas en su cabeza.

–Yo no los recuerdo demasiado, tan solo tenía cinco años. Pero siempre fueron amables conmigo. Eran amigos de mis padres, así que supongo que eso les convertía en buenas personas.

Dánae analizó a Axel unos segundos. Acababa de hablar de sus padres. Él era muy joven también, pero no parecía que los tuviera cerca. No se atrevió a preguntar. Quizá también había una historia turbia detrás de aquello y no quería volver a meter la pata.

–Creo que te pareces a tu padre –dijo entonces, interrumpiendo sus pensamientos.

–¿En serio? –preguntó, emocionada.

–Sí. Él era el que tenía los ojos violetas.

–¿Y mi madre?

–Si no me equivoco, los tenía marrones.

–¿Entonces ella no era guardiana?

–No. Tan solo tu padre lo era, aunque ella era una buena guerrera y siempre lo ayudó.

–¿Y qué les pasó?

–Estaban en plena expedición en busca de la guarida de los Renegados. En aquel entonces, estaban ganando todavía más fuerza y los pocos argentos que quedaban en este mundo estaban abandonando sus casas, aterrados. Así que tus padres querían encontrarlos y acabar con ellos de una vez por todas.

–¿Fueron a buscarles ellos dos solos? –preguntó asombrada ante aquella temeridad.

–No. Iban todos los guardianes.

–¿Todos los guardianes?



–Tus padres y los míos. También el padre de Sibila y la madre de Abril. Y Carlos.

–Pero...

–Ni siquiera pudieron encontrar su guarida. Les atacaron antes en una emboscada. Eran un número mucho superior al suyo. No pudieron hacer demasiado. Todos murieron –explicó con voz neutra, pero con dolor en los ojos.

Dánae se quedó en silencio ante aquella noticia. Los Renegados habían matado prácticamente a una generación entera de guardianes en tan solo un día. ¿Qué serían capaces de hacerles a ellos? Tan solo eran un grupo de jóvenes.

–¿Y Carlos?

–Fue el único capaz de escapar con vida –murmuró–. Sus heridas eran tan graves, que los Renegados lo dieron por muerto. Pero tuvo suerte. Unos argentos lo encontraron moribundo y lo acogieron en su poblado. Estuvo al borde de la muerte durante días, pero logró sobrevivir. Así que cuando se repuso, tuvo que cuidar de un puñado de niños huérfanos. Lo más cercano a un adulto que pudo ayudarle fue Lucas.

–¿Mi hermano?

–Sí, él sabía quién era y todo lo que le había pasado a vuestros padres. Nunca podría haber llevado una vida normal y corriente en la Tierra, así que se quedó en la selva Argenta con unos amigos de vuestro padre –explicó Axel–. Desde entonces, ayudó a Carlos en todo lo que pudo. Su objetivo siempre ha sido el de acabar con aquellos que le arrebataron todo lo que quería. Primero a sus padres biológicos, después a los adoptivos.

–¿Qué les pasó a sus padres adoptivos? –preguntó horrorizada.

–Hace un par de años les atacaron –explicó.

–¿Qué? –preguntó con un hilo de voz.

–Lucas no estaba en casa para poder defenderles. Ya eran mayores y no pudieron hacer nada contra los Renegados. Cuando Lucas volvió a casa, los encontró sin vida.

Dánae tragó saliva. Su hermano había sufrido mucho. Argenta parecía un mundo cruel, no quería tener nada que ver con eso.

–¿Carlos también cuidó de ti? –preguntó después de unos minutos en silencio.

–Sí. Por suerte Sibila no perdió a su madre, que nunca se implicó en las

luchas de su padre.

–¿Y Abril?

–El padre de Abril cuidó de ella tras la muerte de su madre, pero por lo que me ha contado, nunca ha superado la pérdida de su mujer. Se ha sentido culpable desde entonces por no haber estado a su lado en aquella batalla. Decidió llevarse a su hija a la Tierra, tratando de que olvidara sus peligrosos orígenes. Pero Abril nunca lo hizo y, cuando fue lo suficientemente mayor, supo cómo volver a su verdadero mundo.

Dánae se quedó en silencio unos instantes. Entonces entendió las prolongadas ausencias de su padre durante toda su vida. Tenía mucho de lo que ocuparse. No tan solo ella y Lucas se habían quedado huérfanos aquel día. También Axel. Y Argentum se había quedado prácticamente sin nadie que lo protegiera.

–¿Y Argentum?

–Fue en esos años en los que los Renegados ganaron terreno. Carlos poco podía hacer él solo contra ellos y ganaron fuerza.

–Pero Aníbal debía de ser solo un niño, ¿no? –preguntó, recordando la juventud que le había parecido discernir a través de su máscara.

–Sí, Aníbal no era su líder en aquel momento. Él era apenas un adolescente.

–¿Y quién era?

–Un hombre llamado Octavio. Era muy poderoso y mucho más peligroso que Aníbal, por lo que me han contado. Sin embargo, tu padre acabó con él en aquella batalla, poco antes de morir.

–¿Mi padre logró derrotarlo? –preguntó, admirada.

–Sí. Era uno de los guardianes más poderosos que Argentum ha visto, pero Aníbal lo mató por la espalda cuando intentaba salvar a tu madre.

–¿Qué? ¿Fue Aníbal? ¿No era tan solo un niño?

–Sí, no creo ni que tuviera quince años, pero era tan cruel como ahora. No tardó en hacerse con el poder tras la caída de Octavio.

–¿Qué tenemos aquí? –espetó una voz femenina a sus espaldas. Dánae se giró, asustada. Aunque Axel le había dicho que aquel era un lugar seguro, no se sentía tranquila del todo después de toda aquella historia. Se relajó un poco al ver que se trataba de una chica joven, quizá algo mayor que ella. No llevaba ninguna máscara siniestra ni parecía peligrosa, así que suspiró y se fijó un poco más en ella. Era una belleza clásica, con un cabello dorado que le llegaba por la cintura, liso y resbaladizo como la niebla. Tenía los ojos

verdes, aunque en ocasiones parecían amarillos. Era alta y esbelta, casi parecía una modelo. Sonrió a Axel con picardía. Él la miró sin mostrar ningún tipo de sentimiento, más frío incluso de lo habitual—. ¿Así que tú eres la nueva guardiana? —preguntó, mientras escrutaba a Dánae, dando pasos a su alrededor.

—Yo no soy... —Dánae quiso repetir que no era guardiana de nada, pero aquella joven ni siquiera la estaba escuchando. Parecía más interesada en su aspecto.

—La verdad es que me esperaba algo más —sentenció. Dánae la miró ofendida. ¿Es que no había nadie normal en ese mundo?

—Deja de dar vueltas a mi alrededor, ¿quieres? No soy un mono de feria —espetó. Le pareció ver de reojo algo parecido a una sonrisa en la cara de Axel. Su contestación le debió de parecer graciosa.

—Vaya, qué carácter. ¿De dónde la has sacado?

—Déjala en paz —le advirtió Axel finalmente. Dánae lo miró, sorprendida de que hubiera salido en su defensa.

—¿Qué vas a hacer si no? —preguntó ella, dedicándole una sonrisa maliciosa y apoyándose en él. Le susurró algo al oído, que Dánae no pudo escuchar. Axel la apartó sin ningún tipo de cuidado y le dirigió una mirada gélida.

—Dánae, esta es una de nosotros, se llama Sibila —dijo entonces. Parecía incómodo—. Te prometo que los demás guardianes serán mucho más agradables que ella. Ahora será mejor que volvamos a casa. Es tarde —añadió, cogiendo a Dánae de la mano sin consultarle. Axel le dirigió una última mirada a Sibila, que se había quedado parada donde estaba. El chico empezó a descender por la cascada. Dánae miró a la joven un instante, pero siguió el tirón de Axel y bajó con él hasta la selva.

\* \* \*

Recorrieron todo el camino de vuelta sin decir nada, tensos. Estaban atentos a cualquier movimiento que revelara la cercanía de algún Renegado. Sin embargo, todo permaneció tranquilo y llegaron sin incidentes al mismo lugar en el que habían aparecido unas horas atrás, en medio de la selva.

—Aquí está El Paso —explicó Axel. Dánae asintió. El chico la tomó de nuevo de la mano y pronto se encontraron al otro lado, en el parque, justo enfrente del árbol milenario.

## CAPÍTULO 5

Aquel día Dánae se fue a dormir temprano, agotada por todo lo que había vivido durante aquel día. Sin embargo, no iba a ser una noche tan tranquila como se esperaba. Nada más cerrar los ojos, empezó a ver imágenes borrosas de una espada manchada de sangre. Frunció el ceño, tratando de descubrir dónde estaba, pero lo único que consiguió fue escuchar más vívidamente los gritos y llantos que acompañaban aquella escena dantesca. Abrió los ojos, alterada y miró el reloj. Ni siquiera habían pasado diez minutos desde que se había metido en la cama. Tuvo la extraña sensación de que no se trataba de un simple sueño. De hecho, dudaba que realmente hubiera estado durmiendo cuando lo había visto. Se revolvió de un lado a otro de la cama, tratando de calmar la sensación que había dejado aquella visión en ella. Quizá había sido producto del cansancio, se dijo a sí misma, intentando tranquilizarse. Finalmente, respiró profundamente unas cuantas veces y volvió a cerrar los ojos, atemorizada por si volvía a verlo, pero no pasó nada. Durmió el resto de la noche sin problemas.

\* \* \*

Carlos trató de parar el golpe, pero una espada le hirió en el brazo. Soltó un grito de dolor y atacó a su contrincante con su arma, enfurecido. Lucas, a su lado, trataba de detener a aquellos hombres. No podían permitir que arrasaran ni un solo poblado más. Miró de reojo y vio que un grupo de cinco Renegados estaba quemando algunas de las casas. Familias enteras corrían despavoridas entre llantos y gritos de terror, adentrándose en la selva para escapar de un destino incierto. Unos cuantos soldados de Argentum acudieron en su ayuda y empezaron a luchar contra aquella milicia de Renegados. Lucas observó impotente y ayudó a desalojar a aquellas familias a un lugar seguro mientras los demás contenían el ataque. Tenían que hacer algo pronto. Aquello se les estaba escapando de las manos. Los Renegados tenían cada vez más fuerza.

\* \* \*

Dánae se levantó con energía renovada. Incluso estaba contenta. Había quedado con el chico de los jarrones, la única persona normal y amable con la que había estado en contacto en los últimos días. Se colocó un vestido de tirantes y se peinó con delicadeza. Cuando estuvo satisfecha con su aspecto,

se acercó hasta el pasillo en el que se encontraba el jarrón que debía reparar. Examinó la grieta y la acarició con los dedos. Aquella antigualla tenía un gran valor sentimental. Hacía siglos que pertenecía a su familia, o al menos, a la que había creído su familia hasta hacía cosa de una semana. Lo cogió con cuidado, pero cuando lo sostenía entre sus brazos, tuvo la extraña sensación de que el tiempo se detenía a su alrededor. Todo quedó paralizado. La envolvió una luz intensa y sintió cómo se introducían palabras, símbolos, acontecimientos y vidas en su cabeza. Dejó caer el jarrón, espantada. Vio con horror cómo el objeto se mantenía flotando en el aire frente a ella, sin cesar de traspasarle toda aquella información que no podía comprender. Dánae dio un traspie, pero consiguió mantener el equilibrio sosteniéndose en la pared. Perdió la cuenta del tiempo que pasó. No dejaba de oír voces y ver imágenes dentro de su mente, hasta que, de repente, todo cesó. Dánae puso las manos sobre sus sienes y cerró los ojos, agotada. Le dolía la cabeza. Millones de ideas desordenadas se arremolinaban en su mente como un torbellino. Se le nubló la vista y sintió su cuerpo impactar contra el suelo. Justo antes de perder la consciencia, vio una sombra moverse tras la cortina, pero no tuvo fuerzas para gritar o huir. Todo se volvió oscuro.

\* \* \*

Cuando se despertó, Dánae no era consciente del tiempo que había transcurrido. Podrían haber pasado minutos o días. Todavía le dolía la cabeza con intensidad y tenía la boca seca. Observó atónita cómo el jarrón estaba intacto en la mesita, como si nunca lo hubiera cogido. Debería haberse roto al caer al suelo con ella, ¿no? Entonces vio el vestido que llevaba puesto y recordó su cita. Miró hacia el reloj de pared de la enteradita y se espantó al ver lo tarde que era. Si no se daba prisa no llegaría a tiempo. Se dirigió hacia la puerta para marcharse y entonces recordó que debía llevarse al jarrón con ella. Resopló y dio media vuelta. Alargó la mano hacia el objeto y lo cogió con cuidado, temerosa de lo que podía pasar. Pero no sucedió nada. Suspiró aliviada y lo empezó a envolver con papel de periódico. Lo observó de nuevo, sin entender demasiado bien lo que había pasado. Sin embargo, tuvo la sensación de que guardaba cierta relación con todo lo que le había explicado Axel. No quería tener nada que ver con aquel extraño mundo al que la había llevado, ni tenía intención de ser guardiana de nada, pero sentía curiosidad, así que decidió contarle lo que había sucedido en cuanto volviera a verle.

Salió de casa rápidamente y corrió hasta el punto donde había quedado con el chico del taller de jarrones. Mientras avanzaba por las callejuelas de la ciudad, pensó en su padre y su hermano. No habían dado la cara. Habían enviado a Axel para que hiciera todo el trabajo sucio en vez de contarle ellos mismos la verdad. Necesitaba verlos y compartir cómo se sentía, sus inquietudes y los miedos que no podía confesarle a Axel. Sabía que él no la comprendería, era demasiado obstinado. En cambio, Carlos y Lucas eran la única familia que tenía y seguro que ellos la apoyarían y le darían la tranquilidad que necesitaba en aquellos momentos. Sin embargo, estaban desaparecidos. Se calmó un poco al ver al chico de los jarrones apoyado sobre el muro de piedra que había tras él, esperándola.

–Hola –la saludó con una sonrisa cálida.

–Buenos días –contestó Dánae, devolviéndole la sonrisa–. Siento el retraso. Es que el jarrón... –de repente calló. No podía explicárselo. La tomaría por loca–. Es que el jarrón estaba en casa de mi abuela –rectificó con una sonrisa inocente.

–No importa, no llevo mucho tiempo esperando –dijo amablemente–. ¿Te llevo el jarrón?

Qué diferencia, pensó Dánae, recordando la reprimenda que le había dado Axel por llegar un poco tarde el día anterior.

–No hace falta, no pesa demasiado.

–Como quieras. Vayamos al taller. Allí le echaremos un vistazo, a ver qué puedo hacer.

–De acuerdo –dijo la chica con la mejor de sus sonrisas, siguiendo al chico.

–¿Así que es un jarrón de muchos siglos? –preguntó interesado mientras avanzaban por las callejuelas de la ciudad.

–Eso parece.

–Disfrutaré arreglándolo. Mi padre estará fuera unos días, pero puedes fiarte de mí. Haré un gran trabajo.

–No lo dudo –respondió Dánae con una sonrisa–. Entonces, ¿tu padre está de vacaciones?

–No, en ocasiones algún cliente le pide que vaya a restaurar objetos a domicilio. Suelen ser cosas grandes, muebles o pianos viejos.

–¿Y tu madre? ¿También trabaja con vosotros?

–Nunca conocí a mi madre –dijo bajando la cabeza. Dánae se arrepintió de haber preguntado. ¿Por qué sería tan entrometida?

–Lo siento muchísimo –se disculpó rápidamente–. Yo no quería...

–No importa –repuso con una sonrisa–. Ya hemos llegado –anunció, cambiando de tema.

Cuando entró, Dánae se sorprendió con el orden que había en el taller. En un lateral, se encontraban innumerables filas de jarrones antiguos y extrañas piezas de coleccionista de todas formas y colores. Al otro lado, había las herramientas para arreglarlos. Era un local cálido y armonioso.

–Puedes dejar el jarrón ahí –dijo, señalando una mesa que había en el centro del taller. Dánae se acercó y lo depositó donde le había indicado–. Vamos dentro –dijo–. Podremos sentarnos y beber algo fresco. Este calor es insoportable.

Dánae asintió y lo siguió por un corredor con varias puertas entornadas, a través de las cuales se podían entrever algunas habitaciones amuebladas y otras totalmente vacías. Le pareció extraño. Quizá se había mudado hacía poco y por eso estaba todo tan nuevo y ordenado. Pero no preguntó. No quería volver a meter la pata. Finalmente, llegaron a un pequeño salón iluminado por una tenue luz rojiza. Tuvo la sensación de que era de noche, pues no entraba ni un ápice de luz. No había ventanas. Se fijó en lo recargada que estaba aquella sala en comparación con el resto de lugares por los que había pasado. Había numerosas espadas colgando de la pared, algunos jarrones, muebles que parecían tener siglos y curiosos artefactos. Además, había una especie de sofá hecho de numerosos cojines, que parecía árabe.

–Siéntate –sugirió, al ver cómo observaba la sala–. Voy a buscar algo de beber. ¿Qué te apetece?

–No hace falta, de verdad –contestó con una sonrisa tímida. Sus ojos de color miel la ponían nerviosa.

–Vamos, no te voy a cobrar –insistió riendo.

–Entonces, tomaré lo que tu tomes –accedió finalmente. No quería parecer desagradecida.

–Enseguida vuelvo –dijo, dirigiéndose al pasillo, desde el que supuso que se accedería a la cocina.

Dánae se llevó las manos a la cara. Sentía un intenso calor en las mejillas y nervios en la boca del estómago. ¿Era aquel chico el que le provocaba esa sensación? Vio cómo la puerta se abría y apareció él de nuevo. Se acercó hasta Dánae y le tendió una copa de vino blanco, sentándose a su lado. Dánae dio un sorbo, tratando de calmarse.

–Bueno, no nos hemos presentado –dijo con una media sonrisa–. ¿Cómo te llamas?

–Dánae –respondió.

Se quedó quieto, mirándola a los ojos. La chica tuvo la sensación de que el vino se le estaba subiendo a la cabeza.

–Dánae –repitió el chico, cómo si saboreara cada una de las letras de su nombre–. Es casi tan bonito como tus ojos.

Esto último la pilló desprevenida. Nunca nadie le había dicho que eran bonitos. Raros, violetas, grandes, sí. Pero nunca bonitos. Dánae sonrió ante el cumplido y decidió que era su turno de preguntar.

–¿Y tú?

–Mario –respondió. A Dánae le pareció que era un nombre demasiado común para él. Aquel chico era distinto a la gente que había conocido hasta ahora.

–¿Cuántos años tienes, Dánae?

–Eso no se pregunta –respondió tajantemente. En realidad, no le importaba en absoluto decírselo, pero quería hacerse un poco la dura.

–Tienes razón –respondió sonriendo–. Me ha podido la curiosidad.

–¿Y tú? –preguntó ella.

–¡Eso es hacer trampa! –respondió soltando una carcajada–. Tendremos que quedar en otra ocasión para ver si consigo sacártelo con un poco más de vino –dijo riendo–. Ahora debo entregar un jarrón a un cliente y debería irme.

–Claro, no hay problema –repuso con una sonrisa, levantándose del sofá–. ¿Cuándo te va bien que pase a buscar el jarrón?

–De aquí a dos días, a esta misma hora. ¿Sabrás llegar? –contestó mientras la acompañaba a la puerta.

–Sí, no te preocupes. Hasta entonces, Mario –se despidió. El chico le dijo adiós con la mano y desapareció hacia el taller.

Dánae emprendió el camino de vuelta a casa sin poder quitarse esos cálidos ojos de la cabeza y con una sonrisa en los labios.



## CAPÍTULO 6

Ya se había hecho de noche. Dánae estaba en la terraza de su casa, tumbada en una butaca, ya con el camisón de tirantes puesto. Hacía el mismo calor sofocante que durante el día, pero cuando miró hacia las estrellas le invadió una sensación de tranquilidad.

Cerró los ojos y empezó a recordar todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Cada vez se sentía más confundida. Por si descubrir que era adoptada no hubiera sido suficiente, resultaba que ni siquiera era humana y que provenía de una dimensión paralela. Aquello le resultaba una locura. Una mano le tocó el hombro. Dánae ahogó un grito y se giró sobresaltada.

–Axel –susurró–. ¿Se puede saber qué haces aquí? –preguntó enfada, con voz baja–. Si alguien te ve aquí me meterás en un buen lío –añadió–. ¿De dónde has salido?

Dánae se percató de que la mirada de Axel recorrió furtivamente su cuerpo durante un instante. Entonces, recordó que tan solo llevaba un fino camisón de verano y que no tapaba demasiado. Pero no le dijo nada. El chico se sentó a un lado de la hamaca en la que se encontraba la joven, como si no hubiera escuchado nada de lo que le había dicho. La chica se tapó lo máximo que pudo con los brazos. ¿Pero qué se había creído?

–¿No notas nada extraño? –le preguntó Axel.

–¿A parte de que hayas entrado en mi casa como si nada?

–He venido a avisarte. Alguien te está espiando.

–¿Qué? –murmuró escandalizada, tapándose todavía más–. ¿Quién?

–Nadie bueno, Dánae –murmuró, mirando al cielo–. Lo único que sé es que no pertenece a este mundo, es demasiado escurridizo.

De repente, vinieron a la mente de Dánae algunos momentos de los últimos días. Aquella sensación en la selva de qué alguien la observaba. La sombra que había visto escurrirse por la cortina el día en que aquella extraña luz había brotado del jarrón. Quizá aquel era un buen momento para contárselo a Axel

–Tengo algo que explicarte –le dijo.

La miró extrañado. Parecía que por una vez Dánae tenía algo que decir que no fuera una pregunta.

–Adelante.

–En realidad, lo que me pasó es bastante extraño, pero tienes que creerme. – Ante esto, el chico arqueó una ceja, dándole a entender que casi todo lo que había estado pasando había sido raro. Dánae hizo una mueca y prosiguió–. Todo empezó cuando cogí el jarrón.

–¿Un jarrón? –preguntó.

–Sí. Lo cogí para llevarlo a arreglar porque se había agrietado un poco y, de repente, emergió una luz de su interior y empecé a escuchar voces dentro de mi cabeza. Estaban desordenadas y no podía entender nada de lo que decían, parecía como si se hubiese parado el tiempo para mí. Después, perdí todas las fuerzas y antes de desmayarme vi cómo una sombra se movía tras la cortina...

El chico no dijo nada en mucho rato, se quedó mirando a la Luna, que resplandecía con una luz plateada semejante a la de sus ojos. Dánae lo observó atentamente, pero siguió sin mover ni un músculo. Cuando finalmente pareció volver en sí, puso una mano sobre la de Dánae.

–Ve con mucho cuidado –le advirtió. Le pareció detectar preocupación en su voz–. Sobre todo, no le cuentes esto a nadie que no sea guardián. ¿De acuerdo?

La joven tragó saliva y asintió. Después miró de reojo hacia sus manos, que seguían unidas. Dánae sintió cómo el calor de su mano la reconfortaba por dentro, así que no se apartó. Lo miró un instante. Axel seguía oteando el horizonte con cara inexpresiva. Le sorprendió su calidez. A simple vista parecía que tuviera un corazón de hielo, pero su mano indicaba lo contrario. Pensó en aprovechar aquel momento para preguntarle sobre la extraña ausencia de su padre y su hermano, a los que no había visto en días. Sin embargo, escuchó ruidos abajo y se levantó corriendo hacia la puerta de la terraza que daba a su habitación.

–Son mi madre y mi hermana –le dijo a Axel–. Será mejor que te marches.

El chico asintió y se escabulló por el tejado como un gato en la oscuridad de la noche. Al cabo de unos segundos, Dánae escuchó la puerta de la terraza.

Su madre asomó la cabeza por la puerta y frunció el entrecejo un momento, mirando hacia el horizonte. Luego la miró a ella.

–Aún estás aquí? –preguntó. Parecía molesta–. Es más de la una de la madrugada.

Dánae asintió y entró a su habitación. Su madre se marchó hacia su propio cuarto y la joven decidió que lo mejor sería tratar de dormir un poco, aunque

el hecho de que alguien la estuviera espiando no ayudaba demasiado. A pesar de eso, estaba cansada, y sintió como sus párpados se cerraron lentamente.

Dánae escuchó pasos que se avecinaban hacia ella, pero estaba sumida en una profunda oscuridad y no podía ver quién se acercaba. Escuchó tres golpes y una puerta que se abría con un siniestro crujido.

–Hola, Aníbal –era una voz femenina la que hablaba.

–Hola –respondió una voz masculina.

–¿Ya lo tienes todo planeado? –preguntó ella.

–Sí, ya sabemos cómo hacerlo. Robaremos los seis objetos.

–¿Los seis? ¿No eran siete?

–Del séptimo me encargaré yo, personalmente –contestó el hombre.

Dánae sintió un escalofrío, sabiendo que aquello no era un simple sueño y que lo que estaba escuchando no era ninguna tontería.

–Avisa a Bastian y dile que dentro de una semana iremos en busca del primero.

–Está bien –dijo la mujer–. ¿Y cómo conseguiremos el poder para...?

–Existe un ritual milenario.

–Ya veo –contestó con una risa fría, de la que parecían salir cuchillos punzantes que se clavaban en su mente. Sintió cómo todo se empezaba a diluir a su alrededor en forma de espiral, moviéndose en círculos cada vez más rápidos. Se sentía mareada.

Entonces, sintió cómo se golpeaba con fuerza contra el suelo, pero cuando abrió los ojos ya no estaba sumida en la oscuridad de aquella visión. Se encontraba en su habitación, iluminada por la luz de la Luna llena. Quizá había sido solo un sueño, después de todo. Sin embargo, tenía el presentimiento de que era algo importante. Tenía las palabras grabadas a fuego en su mente, nítidas, exactas. Miró el despertador. Eran las tres de la madrugada. Dudaba que pudiera volver a dormirse, tenía miedo de volver a oír aquellas voces en su cabeza. Necesitaba contárselo a alguien. Pensó inmediatamente en Axel, pero no tenía su teléfono, así que decidió llamar a su padre.

Bajó hasta el salón sigilosamente, se había dejado el móvil en la mesita del sofá. Se acercó hasta allí y se quedó paralizada al ver que una sombra se había movido detrás de la cortina. Se le cayó el móvil al suelo por culpa del sobresalto. Lo recogió, volvió a colocar la batería en su sitio y tecleó el pin

nerviosamente. Asomó la cabeza a la cocina, quizá habían sido su madre o su hermana, que habían ido a buscar un vaso de agua. Pero no vio a nadie y notó el ambiente enrarecido. El corazón estaba a punto de estallarle, estaba aterrorizada. Tuvo que hacer un esfuerzo por calmarse y buscar el número de su padre en la agenda del teléfono. Se escondió detrás del sofá, como si aquello pudiera protegerla de algo.

–¿Sí? –escuchó que decía Carlos a la otra banda del auricular, con la voz ronca. Lo acababa de despertar–. ¿Quién es?

Dánae trató de emitir algún sonido. No le salían las palabras. Se intentó tranquilizar, entonces consiguió hablar.

–Papá.

–¿Dánae? ¿Eres tú?

–Sí –respondió con la voz quebrada–. Necesito hablar con Axel.

–¿Con Axel? Si son las tres de la mañana.

–Por favor, es urgente –dijo con tono suplicante.

–¿Qué está pasando, Dánae?

–Ahora no puedo hablar –respondió, viendo como la sombra se movía de nuevo–. Dile que le espero en el árbol milenario. Que se dé prisa.

–Vale. Enseguida lo aviso. Ve con mucho cuidado, es tarde.

Estaba a punto de decirle que no creía que estuviera muy segura tampoco en casa, cuando vio que la sombra se acercaba todavía más. Respiró hondo y colgó. No podía quedarse allí por más tiempo. Cruzó corriendo el salón, sintiendo la sombra siguiendo sus pasos. No tenía tiempo de vestirse, así que decidió coger un abrigo largo que estaba colgado en el perchero de la entrada para ocultar que iba en camisón. Salió de casa y empezó a correr hacia el parque. No había nadie en la calle. Miró hacia atrás un instante y le invadió el pánico cuando vio una silueta que corría tras ella. Aceleró el paso lo máximo que pudo. Pronto llegó al bosque, jadeante. Cuando se tranquilizó, pensando que había perdido de vista a su cazador, vio de nuevo su silueta a menos de cinco metros. No podía distinguir quién era. Empezó a correr de nuevo hacia el árbol milenario. Le pisaba los talones, cada vez estaba más cerca. Dánae llegó hasta el punto de encuentro y se apoyó en el viejo árbol, acorralada. Su perseguidor era un hombre, pero seguía sin distinguirlo, estaba demasiado oscuro. Notó cómo se acercaba cada vez más. Dánae sintió que las piernas no le respondían.

–¿Estás temblando? –dijo aquel hombre, burlándose–. Pobrecita...

Dánae se quedó sin palabras. Había escuchado aquella voz antes. ¿Dónde? Cerró los ojos con fuerza, temiéndose lo peor. Entonces, una figura se materializó a su lado. Era Axel. Observó con satisfacción que el hombre que la había perseguido desaparecía, difuminándose en el aire. Miró hacia el lado y vio que Axel la observaba, interrogante. Dánae nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

–¿Qué ha pasado? –preguntó el chico, sin salir de su asombro.

La joven no era capaz de responder. No pudo evitar estallar en llantos. Le costaba respirar. Sintió que Axel la rodeaba con sus brazos, eran cálidos. Dánae lloró durante un buen rato y agradeció que él no dejara de abrazarla en ningún momento. Cuando se calmó un poco, Dánae se apartó de él con suavidad. La chica se sentó en la piedra, pero él se quedó de pie.

–Dánae –dijo preocupado–. ¿Se puede saber qué ha pasado?

–Me perseguían –susurró con voz débil.

–¿Quién? –preguntó sereno, ya volvía a ser el mismo joven racional de siempre.

–No lo sé, era un hombre.

–¿Le has visto la cara? ¿Algo que nos pueda servir de pista?

La joven negó con la cabeza, apenas recordaba nada.

–No pasa nada –repuso él–. Será mejor que vayamos a Argentum, allí estarás segura.

–Pero mi madre y mi hermana se preocuparán.

–Por la mañana puedes decirle a tu madre que te vas a vivir un tiempo con Carlos, por ejemplo.

–Sí, es una buena idea –afirmó Dánae.

Axel la tomó de la mano y desaparecieron de ese mundo para aterrizar en una selva tropical.

## CAPÍTULO 7

Dánae y Axel llegaron a Argentum sin incidentes. No había nadie más. Solo estaban ellos dos.

–Dánae, estás pálida, deberías descansar.

–No, debo contarte algo antes.

–Seguro que puede esperar –repuso él.

La joven negó con la cabeza y puso cara de circunstancias.

–He soñado algo...

–Mañana me lo explicas, solo es un sueño.

–No, escúchame –insistió–. Creo que no ha sido un sueño normal. Me parece que lo que he oído estaba pasando en realidad.

–¿Cómo? ¿Qué has oído? –preguntó Axel.

–Eran dos personas hablando. Un hombre y una mujer. Él era Aníbal

–¿Aníbal? –exclamó atónito–. ¿Has visto a Aníbal?

–En realidad no podía ver nada, estaba todo oscuro. Tan solo podía escucharles. Han hablado de un tal Bastian.

–Bastian es la mano derecha de Aníbal, un hombre sin escrúpulos.

–Estaban hablando sobre algún tipo de plan. Aníbal le ha dicho a la mujer que robarían seis objetos y que del séptimo se encargaría él. También han dicho algo sobre un ritual milenario o algo así.

Axel no dijo nada. La miró fijamente a los ojos, atónito.

–Dánae...

–Espera, déjame terminar –le interrumpió, preocupada–. Han dicho que enviarán a Bastian a robar el primer objeto dentro de una semana. El problema es que no han dicho lo que era.

–No te preocupes, esto es mucho más de lo que teníamos hasta ahora. Descubriremos de qué objetos se trata. Me parece que al final esta noche vamos a dormir poco –dijo él con una sonrisa torcida. Muy a su pesar, a Dánae le resultó increíblemente atractivo–. Ven conmigo, tengo que enseñarte algo –añadió Axel. El chico se dirigió hacia un antiguo pasillo de piedra, decorado únicamente con unas antorchas que lo iluminaban tenuemente. Lo siguió sin decir nada. Después de caminar un buen rato, llegaron a una gran sala circular vacía, donde solo había un rústico altar de piedra, iluminado por velas. Axel subió los tres escalones hacia el altar sin

dudar, pero Dánae titubeó. Al final, lo siguió y se puso a su lado. El chico le señaló un viejo libro con la cabeza.

–En ese libro salen todos los rituales y maneras de proteger el equilibrio entre los dos mundos. Me temo que los Renegados tienen la versión opuesta del mismo libro.

–¿Quieres decir que les muestra cómo desequilibrar la paz?

–Sí. Voy a buscar a ver si dice algo de siete objetos. Mientras tanto, puedes ir a descansar.

–¿Adónde?

–Hay una habitación aquí al lado.

–¿A sí?

–Sí, soy el encargado de guardar Argentum durante la noche, así que duermo ahí por si surge algún problema.

Dánae asintió.

–Pero en cuanto descubras algo, despiértame.

–Claro –respondió, ya enfrascado en la lectura del libro.

\* \* \*

Era una habitación pequeña pero acogedora. Estaba decorada con muebles de madera oscura color wengué y en el lateral se encontraba una gran cama bajo una diminuta ventana. Dánae fue hasta ella y se tumbó, tapándose con la manta. Dentro de aquella cueva parecía refrescar. Tardó apenas unos segundos en dormirse.

Dánae tenía la sensación de llevar tan solo cinco minutos durmiendo cuando sintió unas manos en los hombros, que la zarandean levemente. Abrió los ojos y se encontró con Axel inclinado sobre ella. Le dio un vuelco el corazón y se incorporó con toda la dignidad que pudo.

–¿Has descubierto algo? –preguntó la chica. Axel asintió.

–Sí, pero te lo explicaré en otro momento. Ya es de día, será mejor que vuelvas a casa y le digas a tu madre que no puedes volver con ella. Carlos está aquí, puede acompañarte, si quieres –dijo dudoso–. Está en la sala principal.

Dánae asintió y le sonrió sinceramente.

–Gracias por todo, Axel –le dijo, levantándose.

–Ahí tienes ropa –dijo, señalando con la cabeza hasta la silla. Dánae se dio cuenta enseguida de por qué se lo había dicho. Todavía llevaba aquel diminuto camisón.

–Claro –balbuceó–. ¿De quién es?

–La ha traído Abril, la otra guardiana –explicó. Dánae suspiró aliviada. No le apetecía lo más mínimo aceptar ropa de Sibila.

–¿Está aquí? –preguntó, con curiosidad. Había oído hablar de ella en varias ocasiones, pero todavía no la conocía.

–No, vendrá esta tarde.

–Genial –murmuró, sin saber qué más decirle a Axel–. Si no te importa, me gustaría cambiarme –añadió finalmente. El chico pareció captar el mensaje y se despidió.

–Hasta luego. –Cuando salió, cerró la puerta tras él.

Dánae se vistió y se dirigió al salón principal, donde por fin se encontró a Carlos, sentado en una butaca. Estaba mirando a la nada, con semblante preocupado.

–Hola –dijo Dánae, un poco dolida. Al fin y al cabo, no había ido a verla ni una sola vez para ver cómo estaba después de la noticia sobre su adopción.

–¡Dánae! –exclamó aliviado–. Menos mal que estás bien –añadió, levantándose para abrazarla–. Axel me ha explicado que te perseguían –dijo sin soltarla todavía.

–Sí, pero por suerte llegó a tiempo –respondió secamente.

–¿Qué te pasa? Te noto molesta.

–¿De verdad me lo preguntas? Primero me dices que soy adoptada y luego no apareces en una semana, ni siquiera para preguntar cómo estoy.

–Tienes razón. Lo siento, Dánae, estos días tu hermano y yo hemos estado muy ocupados aquí frenando algunos ataques de los Renegados –explicó, apenado.

–¿Qué clase ataques? –preguntó asustada, cambiando de tema.

–No te preocupes por eso. De momento los hemos conseguido retener y ahora lo único que importa es que te recuperes del susto.

–En realidad ya estoy más tranquila. Aquí me siento a salvo, por eso quería pedirte algo.

–Dime –respondió.

–¿Podrías acompañarme a casa para decirle a Mamá que de ahora en adelante voy a vivir contigo?

–¿Cómo? Ya sabes que no vivo en un sitio fijo. Me muevo constantemente entre los dos mundos y...

–Para –lo interrumpió–. Eso es lo que le diremos a Mamá, pero en realidad



viviré aquí, en Argentum.

–¿Quieres vivir aquí? –preguntó, sorprendido. Su hija siempre había sido bastante casera y detestaba los cambios. Tenía que estar realmente asustada para proponer aquello.

–Sí, aquí me siento mucho más segura. Y Axel estará aquí todo el tiempo, eso me tranquiliza.

–Está bien, me parece buena idea. Yo también estaré más tranquilo sabiendo que tienes a Axel cerca. Venga, cuanto antes vayamos, mejor –concluyó.

\* \* \*

Carlos y Dánae avanzaban hacia El Paso a toda prisa. Sabían que no era seguro estar ahí fuera. Los Renegados podían aparecer en cualquier momento. Oyeron unos ruidos tras los árboles y Carlos detuvo a la chica con el brazo, ocultándola tras él. Le hizo un gesto con el dedo índice para que guardara silencio. Dánae obedeció, mirando aterrada a su alrededor. No sabía si estaba preparada para toparse de nuevo con aquel hombre enmascarado. Los ruidos aumentaron. Eran los pasos de una persona. Parecía que iba sola. Dánae cerró los ojos, no quería verlo. No sucedió nada en un buen rato y los pasos de repente se detuvieron. Dánae entreabrió un ojo y vio sorprendida que Carlos ya no estaba tenso. Ante ellos se encontraba Sibila, que iba de camino a Argentum.

–¡Sibila! Menudo susto, creíamos que eras uno de ellos.

–Sí, por un momento he pensado lo mismo –contestó con una sonrisa perfecta. Después, le dirigió una mirada de desprecio a Dánae. La chica apartó la vista, nerviosa. No entendía por qué le tenía aquella ojeriza desde el primer día. Sibila se despidió de Carlos y continuó su camino, ignorando por completo a Dánae.

\* \* \*

Pronto estuvieron en la puerta de lo que había sido el hogar de Dánae hasta hacía apenas unas horas. La joven miró el reloj. Apenas eran las ocho de la mañana. Era sábado y estaba todo muy tranquilo, ninguno de los vecinos parecía estar despierto.

–¿Cómo crees que deberíamos hacerlo? –preguntó Dánae, dubitativa.

–No creo que Minerva se haya despertado todavía. Lo mejor será que piense que has dormido en casa –respondió.

–Tienes razón. Quizá no se haya dado cuenta de mi ausencia –repuso Dánae. Había huido de su casa a altas horas de la madrugada, así que probablemente

no habría notado nada.

–Entrarás en casa. Mientras tanto, yo me quedaré aquí esperando. Cuando hayan pasado unos minutos, tocaré el timbre, como si viniera de visita. ¿Te parece bien?

Dánae asintió. Estaba nerviosa, pero aquella era la mejor manera de contrariar a Minerva lo menos posible. La joven sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta de la calle con sumo cuidado, tratando de no hacer ningún ruido. Atravesó el jardín y entró en la casa. Suspiró aliviada al verlo todo en silencio. Su madre y su hermana estaban durmiendo todavía. Subió rápidamente por las escaleras y se escabulló dentro de su habitación sin que nadie lo notara.

Dánae se puso el primer pijama que encontró y esperó a oír el timbre. Carlos dejó que pasaran algunos minutos, que a la chica se le hicieron eternos. Dánae cerró los ojos, tratando de relajarse. No sería fácil, pero debía estar preparada para afrontar aquella situación. Era algo que quería hacer desde hacía tiempo, pero hasta entonces no había tenido el valor de marcharse de casa. Se veía demasiado inmadura. Sin embargo, después de todo lo que había pasado, no le quedaba otro remedio. Entonces, sonó el timbre. Escuchó a su madre maldecir entre dientes en la habitación contigua.

–¿Quién demonios se presenta en casa un sábado tan temprano?

Dánae asomó la cabeza por la puerta de su habitación y vio a su madre en el pasillo, preparada para bajar las escaleras. La mujer se percató de la presencia de la joven y arqueó una ceja.

–Buenos días –saludó Dánae.

–¿Esperas a alguien? –preguntó Minerva, sospechando que algo pasaba.

–Sí, es Papá –anunció con una mueca.

–¿Carlos? ¿Qué hace aquí?

–Tenemos que hablar contigo. Voy a abrirle.

Dánae bajó las escaleras a toda prisa, antes de que Minerva pudiera decir nada más. La mujer la siguió. La joven abrió la puerta y se encontró con la mirada cálida de Carlos. Unos ojos insólitamente oscuros, pero con algún trazo amarillo. Dánae vio cómo su padre miraba hacia Minerva tratando de ocultar su disgusto, pero apenas lo consiguió. La mujer no se molestó ni en tratar de disimular que el sentimiento era mutuo.

–Hola –dijo él–. Tenemos que hablar.

–No tengo nada que hablar contigo –espetó ella.

–Mamá, es importante –intervino Dánae, sintiéndose estúpida. Debería haber tenido el valor de decírselo ella sola a su madre. Ya era suficientemente madura para enfrentarse a ella, pero de alguna manera, aquella mujer siempre le había dado miedo.

–Pasa –accedió Minerva finalmente.

Avanzaron por la entrada hasta el espacioso salón de la casa, decorado con sobriedad. Estaban de pie, Carlos estaba incómodo, quería que aquello terminara cuanto antes.

–¿Qué es lo que quieres? –dijo Minerva, tan deseosa como él de que se marchara de su casa.

–Dánae vendrá a vivir conmigo.

–¿Cómo? –preguntó Minerva, incrédula, mirando fijamente a la chica. Dánae no sabía dónde meterse–. ¿De verdad es lo que quieres? –preguntó. Dánae asintió tímidamente, sin atreverse a mirarla a la cara y se odió a sí misma. Ahora era el momento de ser valiente y de dejar de ocultarse. Sabía que aquella mujer nunca la había querido, no tenía de qué sentirse culpable. Entonces, reunió el valor suficiente para levantar la vista hasta los ojos de su madre, que la miraba más fríamente de lo habitual–. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

–Lo siento –dijo Dánae, con voz queda.

–Haz lo que quieras –dijo entonces, sin mostrar ningún otro sentimiento que no fuera desprecio–. Si prefieres irte con él, tú misma. Pero luego no vuelvas con la cola entre las piernas.

La chica tragó saliva y no dijo nada más.

–Ve a buscar tus cosas. Te espero fuera –dijo Carlos, poniendo una mano sobre el hombro de Dánae como muestra de apoyo.

La joven subió rápidamente las escaleras. Entró en su habitación y trató de recuperar la respiración. Cerró los ojos y suspiró. Ya estaba, lo había hecho. Por fin se marcharía de aquel lugar deprimente y vacío. Empezó a recorrer su cuarto seleccionando las cosas que creía imprescindibles y, después de un largo rato, cerró las maletas. Salió al pasillo, dispuesta a bajar las escaleras y se topó con Iris.

–¿Te vas de casa? –preguntó con una voz extrañamente suave.

Dánae asintió tímidamente.

–Espero que te vaya bien –dijo sonriendo.

–Gracias –respondió, conmovida por que al menos ella le deseara suerte–.

Hasta otra, Iris.

–Adiós –se despidió, volviendo a encerrarse de nuevo en su habitación.

Cuando Dánae llegó al rellano, sintió la mirada de su madre en la nuca.

–Adiós –se despidió la chica. Minerva no movió ni un músculo, se quedó en el salón sin decir nada. Dánae cerró la puerta a sus espaldas y no pudo evitar hundirse.

–¿Dánae? –preguntó Carlos preocupado, al verla tan afligida.

–Nunca me ha querido –murmuró, sin levantar la vista del suelo. Una cosa era sospecharlo y otra era verlo tan claro.

–Eso no es cierto, ella es así –dijo él, aunque Dánae sabía que tan solo lo decía para reconfortarla. La chica prefirió cambiar de tema.

–¿Te puedo preguntar algo?

–Claro.

–¿Por qué nunca fuiste a ver a Iris? Al principio pensé que era porque ella no era tu hija, pero ahora sé que ninguna de las dos lo somos.

–Cuando me casé con Minerva y te adoptamos yo tenía apenas dieciocho años. Era una locura. Ella era bastante mayor que yo, tenía casi treinta años y una hija, Iris. Puedes imaginar que a mis padres no les hizo mucha gracia, pero aun así, seguí con ella. Cuando fui a vivir con ellas dos, Iris ya tenía siete años e incluso podía recordar a su padre. Yo era tan solo un intruso y además, ella tenía a su verdadera madre cerca. Y entonces llegaste tú, tan pequeña e indefensa. Al principio, estaba aterrado. Era muy joven y tenía un bebé a cargo. Pero conseguí sacarte adelante y me ayudaste a madurar. Iris nunca me necesitó, en cambio, tú sí. Para ti yo era tu padre y para ella tan solo un estorbo.

Dánae se quedó sin palabras, conmovida y lo abrazó.

–Tú siempre serás mi padre.

Se quedaron así un rato. Después, Carlos cogió las maletas de la chica y empezó a avanzar hacia el nuevo hogar de Dánae, un nuevo mundo repleto de secretos por descubrir.

## CAPÍTULO 8

Carlos y Dánae caminaban por el sendero que los llevaría a Argentum. La joven estaba todavía algo intranquila después de la conversación con Minerva, pero sabía que ahora debía centrarse en su nuevo hogar. Y había muchas cosas que necesitaba saber. Dánae se preguntaba cuándo le explicarían todo lo que estaba pasando. Tenía curiosidad por saber de qué trataban aquellos ataques de los que le habían hablado.

–Carlos –dijo, rompiendo la quietud de la selva–. ¿Qué está pasando en Argenta?

–¿Cómo? –preguntó algo desconcertado.

–Sé que no todo es tan tranquilo como parece. Cuando me contasteis quién era, Lucas y tú desaparecisteis unos cuantos días. Me gustaría saber por qué.

–Quizá todavía no es el momento de que sepas todo lo que pasa en este mundo.

–Si voy a vivir aquí, quiero saber a qué me enfrento.

–Te lo hemos estado ocultando para protegerte. No queríamos asustarte con nuestras historias.

–¿Qué historias?

Carlos suspiró, agotado ante la insistencia de su hija. Cuando se proponía algo, no se detenía hasta conseguirlo.

–Está bien. Como creo que ya sabes, los Renegados han estado ganando terreno en los últimos años. Lucas y yo solemos movernos por la selva en busca de indicios para localizarles. Hará cosa de unos días, los conseguimos encontrar al norte.

–¿Qué estaban haciendo?

–Estaban muy cerca de uno de los poblados más grandes que quedaban en este mundo. Allí vivían cientos de personas.

–¿Qué? –preguntó horrorizada, sospechando lo que habría pasado después. Axel le había hablado sobre las atrocidades que aquel grupo había perpetrado con anterioridad.

–Cuando Lucas y yo nos dimos cuenta de lo que aquello podía significar, decidimos actuar. Con la ayuda de los demás guardianes, tratamos de frenarlos, pero nos superaban con creces en número.

–¿Cuántos eran? –preguntó asustada.

–No estoy seguro. Decenas, quizá cientos de ellos.

–¿Y vosotros eráis solo cuatro? –preguntó atónita.

–No. Algunos guerreros argentos nos ayudaron. Todavía creen en este mundo y luchan por él. Aún así, no fue suficiente. El pequeño ejército de los Renegados ha crecido mucho con sus últimas invasiones. Ya no son un puñado de hombres asustados, sino que han ganado adeptos que realmente creen en su causa.

–¿Y qué hicisteis entonces?

–Cuando vimos que era imposible ganar aquella batalla, nuestro objetivo fue salvar al mayor número de personas posible. Les llevamos por una ruta segura a través de la selva hasta poblados más pequeños, mientras el resto contenía a los Renegados.

–¿Y lo conseguisteis?

–Se podría decir que sí. Aunque aquel día se perdieron vidas –dijo, bajando la mirada al recordarlo–. En fin, ya hemos llegado –declaró, deseoso de cambiar de tema.

Dánae miró sorprendida hacia la catarata. Había estado tan absorta en las palabras de su padre que no se había dado cuenta de que estaban allí.

–Nos vemos luego –se despidió Carlos.

–¿No subes?

–No. Voy a quedarme en la selva. Quizá encuentre alguna pista útil sobre las próximas actuaciones de los Renegados.

Dánae asintió y subió por el salto de agua con agilidad. Se estaba acostumbrando a aquello. Cuando por fin accedió a la cueva, escuchó voces en el salón.

–¡Axel! –murmuró una voz femenina, sinuosa. Dánae la reconoció al instante. Sibila–. No puedes seguir evitándome. Sabes que...

–¡Hola! –interrumpió Dánae, entrando al salón. Fuese lo que fuese de lo que estaban hablando, no quería enterarse.

Cuando la joven apareció, Axel pareció aliviado. Sibila la miró enfurruñada, estaba claro que había interrumpido algo importante para ella.

–¿Qué haces aquí? –espetó, dejándole claro que no era bienvenida.

–Hola, Axel –saludó al chico, ignorando por completo el comentario de Sibila.

–Hola –respondió él brevemente–. Tenemos que hablar.

–Cuando quieras –contestó Dánae, ansiosa por saber qué había descubierto

sobre su visión. Sibila resopló, molesta por no saber de qué estaban hablando.

–Si molesto, podéis decírmelo –dijo, haciéndose la víctima.

–En realidad, sí –respondió Axel, sin piedad. Y solo por un instante, Dánae sintió pena por ella. No sabía por qué la trataba así, pero el chico era especialmente duro con ella.

Sibila dio media vuelta, dolida, golpeando el viento con su larga melena. Bajó ágilmente por la catarata y desapareció entre las rocas.

Se quedaron en silencio. Axel fue el primero en hablar.

–He averiguado de qué se trata.

Dánae supo al momento de qué le estaba hablando.

–¿Qué son esos siete objetos? –preguntó impacientemente.

–Ven, te lo mostraré –dijo. Dánae lo siguió por el corredor de piedra hasta la sala circular. Subieron hasta el altar. Axel abrió el libro por una página y le señaló un punto.

–¿Ves? Son siete objetos legendarios.

Dánae miró los dibujos que había de los objetos, fascinada. Algunos los conocía, otros no, pero todos eran magníficos.

–La Venus de Willendorf –murmuró, acariciando el dibujo de la figura prehistórica–. Es el primero de la lista, el que dijeron que robarían.

Axel asintió levemente.

–¿Y de qué va el ritual del que hablaban en mi visión? –preguntó Dánae.

–En el libro se habla de un ritual relacionado con los objetos legendarios. Se cree que una noche de Luna llena, cada mil años, si se unen estos objetos, el representante del rito conseguirá un poder incalculable.

Dánae sintió un escalofrío. Eso era lo que quería el hombre de la máscara. Un poder infinito con el que gobernar ambos mundos. Volvió a mirar la lista y frunció el ceño.

–Mira, el séptimo objeto apenas lo menciona –puntualizó, leyendo las dos líneas en las que se le hacía referencia.

*El séptimo sagrado unirá la leyenda, en su sacrificio y destrucción.* Qué extraño. ¿Qué querrían decir aquellas enrevesadas palabras?

Vio cómo Axel se encogía de hombros a su lado, sin respuestas a sus dudas.

–Dánae, –dijo llamando su atención–. Carlos ya me ha dicho que has aceptado quedarte a vivir aquí una temporada.

–Sí, pero si te estorbo puedo buscar algo en... –murmuró, nerviosa.

–No estorbas –la interrumpió. Entonces, dirigió de nuevo la mirada hacia

libro.

–¿Cuándo crees que será el ritual? –preguntó Dánae.

–En el solsticio de invierno, dentro de cinco meses –contestó él. La chica sacó su teléfono móvil del bolsillo para mirar el calendario.

–El veintiuno de diciembre –musitó, mirando la fecha en la pantalla. Entonces, vio que no tenía cobertura–. ¿Los móviles no funcionan aquí? –preguntó, inquieta. No estaba acostumbrada a ir sin teléfono.

–No, en este mundo no hay antenas ni nada por el estilo, lo siento.

De nuevo se creó un silencio, pero las tripas de Dánae lo rompieron vergonzosamente. La chica se llevó las manos al estómago en un intento de acallarlas.

–¿Tienes hambre? –preguntó él con una sonrisa burlona.

La joven asintió tímidamente.

–Pues vamos a comer, que ya va siendo hora.

Dánae lo siguió de nuevo por el pasillo, solo que esta vez no fueron ni al salón ni a la habitación, sino a otra puerta cavada en la roca, que daba a una cocina bastante moderna.

Dánae puso la mesa con calma y vio cómo Axel preparaba eficientemente unos espaguetis a la boloñesa. El chico puso un plato humeante frente a ella.

–Te han salido riquísimos –lo felicitó Dánae nada más probarlos. Él se limitó a hacer un sonido gutural. La chica suspiró, no sabía en qué momento había pensado que sería amable con ella. Estaba destinada a compartir techo con gente distante, pensó con amargura.

–Tenemos que pensar un plan –dijo de repente Axel–. Según lo que viste, Bastian intentará robar la Venus en menos de una semana.

–¿Pero dónde está esa Venus? –preguntó Dánae.

–No va a robarla aquí –contestó–. Está demasiado protegida, a parte de deteriorada.

–¿Cómo?

–Piensa ir a la prehistoria a buscarla.

–Pero qué dices, eso no es posible.

–Después de todo esto, ¿sigues pensando que hay algo imposible? –preguntó Axel, exasperado. Dánae frunció el ceño. Tenía razón, ya casi nada podía sorprenderla.

–Vale, imaginando que fuera posible viajar en el tiempo. ¿Cómo va a hacerlo Bastian?



–No lo sé con seguridad, probablemente tengan controlada una grieta espacio–tiempo como la que nosotros tenemos aquí.

–¿Estás diciendo que hay una grieta que nos puede hacer viajar en el tiempo aquí mismo, en Argentum?

–Sí. Y no solo nos transporta a través del tiempo, sino que nos lleva al lugar dónde deseemos ir.

–¿En serio? –preguntó emocionada.

–¿Acaso bromeo alguna vez? –dijo.

–No –contestó sinceramente–. ¿Entonces cuál es el plan?

–Creo que lo mejor será que vayamos a detenerlo al punto exacto donde esté la Venus en la época en la que se creó.

–Entonces, podré ir a la prehistoria –susurró Dánae, presa de la emoción. Siempre le había gustado la historia. Tanto, que había decidido hacer de aquello una profesión. Ya estaba en tercero de la universidad y viajar en el tiempo era como un sueño hecho realidad. Podría ver con sus propios ojos lo que narraban los libros que tanto había leído. Y así quizá descubriría, por fin, si las teorías e hipótesis que existían sobre el pasado eran ciertas o no.

–No, tú no irás –soltó entonces Axel, haciendo añicos toda su ilusión. Dánae lo miró crispada.

–¿Cómo que no? ¿Por qué no?

–Eres nueva aquí, no tienes experiencia y apenas se ha presentado algún poder en ti.

Dánae se levantó de la mesa, indignada, abandonando su plato de espaguetis a medio comer.

–Soy estudiante de historia. Probablemente sepa más que vosotros sobre aquella época –espetó, cruzando los brazos.

–He dicho que no –dijo, sin perder la compostura–. No sabes protegerte y serías un estorbo para el grupo.

–¿Tú que sabrás? ¡Soy cinturón negro! –exclamó. No había pasado tantos años entrenando y subiendo de nivel para que ahora la trataran como a una niña indefensa.

–Eso es prácticamente inútil frente a la magia. ¿Qué pasa si te cunde el pánico y eres incapaz de moverte como el otro día?

Dánae recordó cómo se había quedado paralizada cuando había descubierto que alguien la perseguía. Aun así, aquello no era un motivo suficiente.

–Eso fue diferente –se defendió–. Me cogió desprevenida y en medio de la

noche.

–Puede que fuera Bastian o incluso Aníbal –afirmó–. Si no pudiste hacer nada contra ellos aquella vez, ¿qué te hace pensar que sí podrás ahora?

–Pues...–Dánae se había quedado sin argumentos, pero seguía sintiéndose impotente. Aquello era injusto.

–Te quedarás aquí y no se hable más –contestó Axel tajantemente.

Dánae lo miró con odio y se marchó corriendo hasta el salón principal. Se sentó en una de las butacas y se quedó allí mucho rato, en silencio, mirando el agua caer por la catarata. Parecía relajar la ira que llevaba dentro. Al final, se calmó tanto que sintió que inevitablemente se le empezaban a caer los párpados y se sumió en un dulce sueño, sin visiones que la atormentaran.

\* \* \*

–Hola. –Una voz dulce sacó a Dánae de su letargo. Se había quedado completamente dormida.

Dánae se incorporó y vio a una chica de unos veinticinco años, que la miraba con serenidad.

Llevaba su bonito pelo pelirrojo recogido en una pequeña coleta. Le llamaron la atención sus ojos, exactamente del mismo color que su cabello. Su cara era fina y delicada, pero alegre. Era menuda y vestía con ropa simple pero que, de algún modo, le quedaba elegante de manera innata.

–Tú debes de ser Dánae –dijo, sonriéndole.

–Sí. ¿Eres Abril? –preguntó, suponiendo que debía ser la guardiana a la que todavía no conocía.

–Sí, encantada de conocerte –dijo, tendiéndole la mano. Dánae se dio cuenta de que su piel era fina y suave–. Perdona que te haya despertado.

–No importa, ya es muy tarde –repuso Dánae, mirando hacia el exterior. Ya era prácticamente de noche–. Llevo toda la tarde durmiendo –le respondió riendo.

–No me extraña. El sonido del agua es tan relajante...

–¿Vienes mucho por aquí? –preguntó. Parecía sentirse familiarizada con el lugar.

–Sí, aunque últimamente me temo que no he tenido demasiado tiempo. Axel me ha dicho que tenéis algo que contarme.

Entonces, Dánae recordó la discusión que había tenido con él.

–Seguro que estará encantado de contártelo todo. Está dentro –dijo, notablemente molesta. No le apetecía en absoluto estar bajo el mismo techo

que Axel. Prefería que Abril hablará directamente con él y quedarse al margen de todo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Abril, extrañada.

–Nada. No vemos las cosas desde el mismo punto de vista –murmuró.

–Es un chico difícil –dijo entonces Abril–. Pero tiene buen corazón.

–Quizá hoy lo haya guardado en un cajón y ha tirado la llave –contestó con amargura. Abril soltó una carcajada.

–A veces lo puede parecer, pero con el tiempo verás que no es tan malo.

–Hablando del rey de Roma... –musitó Dánae, al verlo aparecer por el salón–. Hasta mañana, Abril. Me marcho a la habitación.

–Encantada de haberte conocido –respondió amablemente.

Axel llegó hasta ellas, pero Dánae ni siquiera lo miró. Se marchó derecha al pasillo que la llevaría hasta la habitación. Entró y se tumbó sobre la cama, despejada. Era imposible que volviera a dormirse. Al final se sentó sobre el colchón, abrazándose las rodillas. Miró por la pequeña ventana, hacia la oscuridad de la noche. No se filtraba ni siquiera un pequeño haz de luz. No había Luna aquella noche.

No sabía cuánto tiempo había pasado mirando a la nada, pero supuso que horas. Escuchó el crujir de la puerta al abrirse. Miró hacia esa dirección, y vio la silueta de Axel, inmóvil en la entrada.

–Abril ya se ha marchado –informó. Dánae no respondió, simplemente le giró la cara–. ¿Por qué no has querido contarle tú misma todo lo que viste? –preguntó el chico. Dánae cerró los ojos y siguió ignorándole.

No pareció afectarle. Entonces, Dánae sintió movimiento en el colchón y vio que Axel estaba tumbado a su lado, sereno, mirando hacia el techo.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –espetó la joven, rompiendo su silencio.

–Dormir –dijo sin más–. Esta es mi habitación, ¿recuerdas?

Dánae se levantó de la cama como una exhalación y se dirigió a la puerta, mirándolo furiosa.

–Pero no he visto ninguna otra habitación.

–Exacto. Solo hay esta.

–¿Entonces dónde se supone que tengo que dormir? Dijiste que...

–No te he echado –la interrumpió–. Puedes quedarte.

–¡No pienso dormir contigo! –le espetó, furiosa.

–Como quieras –se limitó a responder–. Cuando salgas, cierra la puerta –

añadió indiferentemente.

Dánae salió decididamente de la habitación dando un portazo que retumbó por toda la cueva. Fue hasta el salón principal y se sentó en uno de los sillones. Tenía frío. Con las prisas no había cogido ninguna manta. Cruzó los brazos sobre su cuerpo, tratando de aportarse algo de calor. No soportaba a Axel. Era el ser humano menos comprensivo con el que se había topado nunca. Había tenido que huir de su casa porque alguien la espiaba, tenía extrañas visiones y montones de recuerdos desordenados en su cabeza que procedían de un jarrón, y ante esto no la dejaba hacer nada más que quedarse en Argentum, esperando de brazos cruzados. Cuando quiso darse cuenta, estaba llorando. Oyó la puerta de la habitación abrirse y trató de secarse la cara con el brazo. Axel apareció en el salón.

–¿Estás llorando? –preguntó, arqueando una ceja.

–No.

–Si vas a ponerte así, te dejo la cama –soltó Axel, molesto.

–No quiero tu cama –le espetó.

–Anda, pasa. Ya me quedo yo aquí –insistió él.

–Es igual, podemos compartir la habitación –acabó diciendo, muy a su pesar. No iba a echar al chico de su propio cuarto, ¿no?–. Pero como me toques, te mato –le advirtió.

–Tranquila, no tengo ningún interés en tocarte –respondió con una mueca de disgusto.

–Bien, entonces vamos a dormir –respondió molesta. ¿Eso quería decir que no la encontraba atractiva? Bueno, ¿y qué? Aunque él fuera guapo, aquel carácter lo hacía insoportable.

Se tumbaron uno en cada esquina, lo más lejos posible el uno del otro. Dánae estaba de espaldas a Axel, mirando hacia la ventana. Escuchó su plácida respiración. ¿Quizá ya se había dormido?

–¿Por qué llorabas? –preguntó él, rompiendo el silencio.

–¿De verdad te importa? –replicó.

–¿Vas a decírmelo o no?

Dánae se volvió hacia él. Entrevió su rostro con la poca luz que entraba por debajo de la puerta. La estaba mirando.

–Quiero ir con vosotros a buscar la Venus.

–¿Otra vez con eso? –dijo asqueado. Dánae lo miró dolida y no contestó–. Ya te lo he dicho –murmuró.

–Te prometo que no seré una carga, sé valerme por mí misma.

–¡No puedes desperdiciar la vida por tu estúpido orgullo! –dijo rotundamente. Sus palabras se le clavaron como puñales.

–Si no fuera por mí, ni siquiera sabrías nada de lo que quieren hacer los Renegados –replicó–. Creo que merezco ir.

–Yo creo que mereces vivir –contestó–. No conseguirás hacerme cambiar de opinión. Ponte a dormir de una vez y no pienses más en ello –añadió, dando por terminada su conversación. Dánae se volvió para darle la espalda de nuevo y, después de un largo rato odiándole en silencio, consiguió dormirse.

## CAPÍTULO 9

Los rayos de sol se filtraban por la ventana, iluminando el rostro de Dánae. La joven frunció el ceño, incómoda ante tanta luz. Sintió algo sobre su barriga y abrió los ojos, sobresaltada. Vio a Axel, dormido, muy cerca de ella. Sin darse cuenta, había puesto el brazo rodeando su cintura. Dánae se apartó de él lo más rápido que pudo. El chico se despertó alterado, dirigiendo la mano automáticamente hacia la daga que guardaba siempre bajo la almohada.

–Ah, eres tú –murmuró, mirando a Dánae con indiferencia y dando media vuelta, dispuesto a seguir durmiendo. La joven miró el reloj. Eran las nueve. Se incorporó rápidamente al darse cuenta de lo que aquello significaba. Ya habían pasado un par de días desde que le había llevado el jarrón a aquel chico. Habían quedado en que Dánae lo pasaría a buscar a las diez. Se levantó como una exhalación al percatarse de que tan solo tenía una hora para llegar.

–¿Qué haces? –preguntó el chico, al verla tan activa de repente.

–Necesito ir a mi mundo.

–¿Para qué? –preguntó todavía con los ojos cerrados.

–Tengo que ver a alguien.

–¿A qué hora?

–A las diez.

–Pero si son las nueve... –murmuró, abriendo los ojos disgustado.

–Tan solo necesito que me indiques el camino y cómo traspasar el árbol.

–No puedes ir sola –dijo, molesto. Ya no podría volverse a dormir.

–¿Por qué no? –replicó la joven.

–No tienes poder para cruzar El Paso.

–Pues entonces ayúdame a atravesarlo –le pidió, exasperada. No le gustaba depender de nadie.

–¿Y por qué debería hacerlo? –preguntó desafiante, tumbado en la cama pero ya girado hacia ella. Que lo despertaran lo ponía de mal humor.

–Axel, por favor –suplicó Dánae.

–No, es peligroso.

–Te prometo que no me va a pasar nada.

–Está bien –accedió–. Te acompañaré hasta el árbol, pero no te separes de mí.

Te pasaré al otro lado y a la hora de comer te vendré a buscar. No te retrases. Dánae lo miró con el ceño fruncido, pero asintió. ¿Por qué la tenía que tratar como si fuera su padre?

\* \* \*

Por fin Dánae estaba en su mundo. Le había costado convencer a Axel, pero había valido la pena. Caminaba alegremente hacia el taller de Mario. Había tenido suerte de que Axel no insistiera en saber el motivo de su visita a la Tierra. Si hubiera sabido que la razón era un simple jarrón, probablemente no se lo hubiera permitido. Sin embargo, para Dánae no se trataba tan solo de eso, quería ver a Mario.

Pronto llegó a la puerta del taller. Se sorprendió al ver todas las persianas cerradas. Quizá no había nadie. ¿Se había equivocado de día? No. Estaba segura de lo que le había dicho. Tocó el timbre para salir de dudas y, para su sorpresa, la puerta se abrió casi al instante. Era Mario.

–Hola –dijo alegremente el chico.

–Buenos días, Mario.

–¿Vienes a buscar el jarrón?

–Sí.

–Adelante, está dentro.

Dánae lo siguió por el pasillo, hasta llegar a la puerta que daba al taller.

–¿Cómo es que está todo tan cerrado? –preguntó con curiosidad.

–Vienes pronto –contestó con una sonrisa. Dánae miró el reloj que colgaba de la pared y se dio cuenta de que tan solo eran las nueve y media. Al final, le había dado tiempo de sobra a llegar.

–Lo siento. ¿Estabas durmiendo?

–No, tranquila. Iba a abrir en media hora. Voy a buscar el jarrón –le dijo entonces, dándole la espalda un momento. Rebuscó entre varias piezas que tenía sobre la mesa del taller y le dio un paquete perfectamente envuelto y reforzado.

–Aquí lo tienes.

–Gracias, ¿cuánto te debo?

–Nada.

–Pero no puedes hacer eso. Has trabajado en ello, y tu padre...

–Ni se ha dado cuenta de que lo tenía yo. Insisto, Dánae.

La chica no pudo evitar sonreír.

–Muchas gracias, entonces –acabó diciendo.

–¿Quieres tomar algo? –le preguntó después de unos segundos.

–Sí –respondió, aceptando la invitación. Sentía que se estaba poniendo nerviosa. La transacción había terminado, pero aún así él parecía interesado en seguir hablando con ella. El chico le sonrió y se quedaron mirando el uno al otro unos instantes.

–Estaremos más cómodos en el salón –dijo Mario, rompiendo el silencio que se había formado.

Dánae lo siguió por el pasillo hasta llegar a la sala en la que ya había estado y se sentaron en el sofá. Mario desapareció unos segundos y volvió con un par de copas de vino blanco.

–Ese jarrón es muy antiguo –observó, tendiéndole la bebida.

–Supongo. Siempre ha estado en mi casa, es algo así como una herencia familiar que ha pasado de generación en generación –explicó.

Pasaron mucho tiempo hablando. Dánae estaba tan emocionada con Mario que no tuvo ni siquiera un momento para mirar el reloj, que avanzaba irremediamente hacia la hora de marcharse.

–¿Puedo hacerte una pregunta personal? –dijo Mario, de repente.

–Claro –respondió, sorprendida.

–¿Sales con alguien?

–¿Cómo? –contestó desconcertada, no podía haberlo oído bien.

–Nada, lo siento. No debería habértelo preguntado –dijo con una sonrisa forzada.

–No, no salgo con nadie –repuso rápidamente.

Mario la miró fijamente a los ojos. Levantó la mano y acarició su pelo, rozándole la cara. Dánae lo observó interrogante, pero no se movió de dónde estaba. Entonces, Mario se movió hacia ella lentamente y la chica comprendió lo que iba a hacer. Sintió su respiración muy cerca y cerró los ojos. Sus labios se rozaron suavemente. Dánae se sintió como en una nube, sus labios eran tan cálidos. Entonces, el sonido del timbre los interrumpió. Mario se separó rápidamente de Dánae y se dirigió hacia la puerta. Escuchó una voz que le resultó familiar hablando con Mario. No era posible. Cogió el paquete con el jarrón y fue corriendo a través del pasillo.

Mario estaba de espaldas a ella, pero de cara había alguien a quien conocía perfectamente. Axel. ¿Qué demonios hacía allí? Habían quedado en el árbol milenario.

–¿Así que hoy no arreglan jarrones? –dijo Axel, como si estuviera muy



interesado.

–No, lo siento. No puedo coger más pedidos hasta que vuelva mi padre.

–No importa, volveré otro día entonces –respondió, dirigiéndole una fugaz mirada a Dánae, insinuándole que saliera rápidamente a la calle.

–Yo también me voy, Mario –dijo la chica, nerviosa.

–¿Ya? –preguntó apenado.

–Sí, pero pronto vendré a verte –le dijo sonriendo.

–Te estaré esperando.

–Adiós –murmuró con una sonrisa nerviosa.

Dánae salió a la calle rápidamente y siguió a Axel a ciertos pasos de distancia. Cuando Mario cerró la puerta y se aseguró de que no podía verlos, corrió hasta él.

–¿Se puede saber qué haces? –le recriminó Dánae.

–¿Qué hacías tanto rato ahí dentro? –espetó.

–¿Me estabas espiando? –cuestionó con el ceño fruncido, incrédula.

–Tan solo estaba controlando que nadie te siguiera, pero como tardabas tanto, creí que te había pasado algo ahí dentro –respondió, como si todo fuera tan lógico.

–Se supone que tenías que esperarme en el árbol. Esto son mis asuntos, es mi espacio y debes respetarlo. No necesito a nadie que me vigile, Axel –dijo enfadada.

–Eres tú la que se ha retrasado casi media hora. Pensaba que te había pasado algo. Además, nos están esperando en Argentum. He convocado una reunión para hablar de lo que viste –explicó. Dánae lo miró indignada, aunque sabía que él tenía parte de razón. Se giró y empezó a andar-. ¿Adónde vas? El parque está por aquí –dijo él, señalando hacia el lado contrario. Dánae le lanzó una mirada furiosa. ¿Por qué siempre tenía razón? Dio media vuelta y lo siguió hasta el árbol milenario.

\* \* \*

Carlos, Lucas y Sibila estaban sentados en las butacas de la sala principal de Argentum con semblante serio.

–Necesitamos averiguar qué están tramando –dijo Carlos.

–¿Pero cómo vamos a hacerlo? –preguntó Lucas, dudoso.

–Quizá podríamos infiltrar a alguien dentro de los Renegados que nos consiga información sobre sus verdaderas intenciones –sugirió Sibila.

Nadie contestó. Dánae acababa de aparecer junto a Axel por la catarata.

Todos se pusieron en pie, como si hubieran estado haciendo algo ilegal. Dánae los miró desconfiada, sabía que estaban hablando de algo importante, pero no había conseguido oírles. Estaba claro que no querían que ella se enterara.

–Hola, Dánae –saludó Lucas con una sonrisa cálida. La chica hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, algo dolida al darse cuenta de que todavía le estaban ocultando cosas.

–Tenemos que hablar con vosotros –intervino Axel.

–Será mejor que nos sentemos, pues –repuso Carlos.

Se sentaron en las butacas, formando un círculo.

–Espera, falta Abril –observó Carlos, preocupado.

–No ha podido venir –explicó Axel–. Pero está al corriente de todo. Empieza, si quieres, Dánae –añadió.

–De acuerdo. Hace un par de noches, tuve una visión.

–¿Una visión? –preguntó Lucas, preocupado.

–¿De qué? –cuestionó Sibila impacientemente.

–Escuché cómo Aníbal hablaba sobre sus intenciones para conseguir hacerse con el dominio de los dos mundos –explicó, disfrutando del momento por unos segundos. Ahora era ella la que tenía información que los demás no conocían. Todos se quedaron sin respiración, mirándola como si no existiera nada más en el mundo. Aquella era la respuesta que llevaban meses persiguiendo sin éxito.

–¿Qué pretenden hacer? –preguntó finalmente Carlos.

–Quieren robar siete objetos legendarios –reveló Dánae.

–¿Qué siete objetos legendarios? –preguntó Lucas, extrañado.

–Aparecen en el libro sagrado –explicó Axel–. El primero de ellos es la Venus de Willendorf.

–¿Pero para qué quieren esas reliquias? –preguntó Sibila, sin comprender.

–Para unir las en un ritual milenario y así conseguir un gran poder –contestó Dánae.

–Debemos impedirlo –dijo Lucas, decidido.

–Sabemos que quieren robarla de aquí a cinco días –expuso Axel.

–Entonces nos adelantaremos. Nos prepararemos e iremos a la prehistoria para robar la Venus de aquí a cuatro días. Será lo más sensato –sugirió Carlos.

–Pero, ¿y Dánae? –susurró Lucas, nervioso ante la perspectiva de que algo

malo le sucediera a su hermana.

–Creo que debería quedarse –respondió Axel. Dánae sintió ganas de matarlo.

–Sí –dijo Lucas, mirando a la joven–. Será lo mejor. No podemos perderte, Dánae. Ahora mismo eres la única que puede ayudarnos a saber cuáles son sus intenciones. Por el motivo que sea, tienes la capacidad de verles. Eres demasiado valiosa. Además, nunca me perdonaría que te pasara algo.

Dánae se sintió ofendida y alagada a la vez. Al menos, su hermano la consideraba valiosa, aunque también se opusiera a que se sumara al grupo.

–Está bien, me quedaré –dijo para tranquilidad de todos, aunque sus verdaderas intenciones eran completamente distintas.

## CAPÍTULO 10

Abril miraba las estanterías metálicas de aquella biblioteca, repleta de libros perfectamente ordenados. No era un lugar acogedor. Las paredes eran enormes cristaleras y no había nadie allí. Aquel ambiente anodino no invitaba a quedarse demasiado tiempo. Sin embargo, sabía que aquel era el mejor lugar para encontrar la información que necesitaban. Había buscado previamente en Internet, pero no había encontrado nada de sustancial importancia, tan solo datos superficiales. Y necesitaban empaparse de aquella época, saber lo que iban a encontrarse. Una voz a sus espaldas la sobresaltó.

–Hola.

La joven se giró y reconoció a Carlos, que le sonreía cálidamente. Llegaba tarde, pero la chica no dijo nada. Estaba segura de que tenía sus motivos. Siempre estaba ocupado tratando de salvar Argenta.

–¿Cómo estás? –preguntó el hombre, dándole un par de besos.

–Bien –susurró la joven, nerviosa ante su proximidad.

–Siento el retraso.

–No importa. Vamos a la zona de historia –murmuró Abril, tratando de no levantar mucho la voz. Aunque no hubiera otros usuarios en el edificio, no quería que el dependiente que los miraba con desconfianza desde su escritorio les llamara la atención.

Se movieron de zona hasta que encontraron la estantería con la temática que les interesaba. La Prehistoria.

–No sé ni por dónde empezar –farfulló Abril cuando vio todos aquellos libros.

–Creo que esto podría servirnos –repuso él, sacando cuatro libros fuera de la estantería. Los llevaron hasta una mesa cercana con un par de sillas. Se sentaron y cada uno abrió un libro.

–Mira –dijo la chica–. Aquí dice que la Venus de Willendorf data de entre el 28.000 y el 25.000 a.C.

–Sí, el paleolítico superior. Esa es la época a la que deberemos viajar –dijo Carlos.

–¿Pero cómo vamos a encontrarla? El periodo de tiempo es demasiado amplio. Necesitamos una fecha concreta, ¿no? –preguntó Abril, dubitativa.

–No es necesario. La grieta espacio-tiempo nos llevará adónde pidamos. Si

pensamos en la Venus y en la prehistoria apareceremos cerca de ella, aunque no sepamos exactamente el día y el lugar.

Abril asintió, impresionada. Carlos lo sabía prácticamente todo sobre Argentum. Lo había admirado desde que tenía uso de razón. Quizá por eso se había enamorado de él perdidamente cuando era tan solo una niña. Desde entonces no había podido olvidar sus ojos oscuros y calmados, su calidez al hablar.

–Aquí dice que se encontraba cerca del Danubio. Supongo que es el lugar al que debemos ir –añadió la joven, siguiendo con su lectura y quitándose aquellos pensamientos de la cabeza.

–Exacto. Este otro libro habla sobre sus costumbres –explicó Carlos, señalando el volumen que sostenía entre las manos–. Debemos tener claro a qué nos enfrentamos.

–¿Y qué dice? –preguntó Abril, interesada.

–Los hombres ya tenían un uso complejo de herramientas punzantes, así que es muy posible que estén perfectamente armados y puedan atacarnos.

–Llevaremos las espadas por si acaso –repuso Abril.

–Sí. Debemos tener mucho cuidado con ellos. No podemos subestimarlos. Según lo que dice aquí, los hombres del paleolítico superior no eran tan primitivos como se había pensado en un principio. Hablaban entre ellos sin problemas y cazaban con estrategias estudiadas y trampas.

–Quizá no sea tan fácil cómo parecía.

–Tranquila, todo irá bien –contestó él, poniendo su mano sobre la de la chica. Abril sintió su piel cálida y lo miró a los ojos nerviosamente. Se quedaron mirando fijamente más tiempo del normal. Al final, la chica apartó la mano más bruscamente de lo que hubiera deseado, sabiendo que debía quitarse a Carlos de la cabeza de una vez. Lo suyo era imposible. Él jamás la vería como a una mujer.

\* \* \*

Dánae estaba sola en la habitación, mirando al techo. No quería hablar con nadie. Argentum estaba en plena ebullición. El día del primer robo había llegado. Todos habían pasado la jornada planeando el asalto para conseguir la Venus, documentándose sobre la época que iban a visitar y tramando planes alternativos en caso de que algo saliera mal. Sin embargo, Dánae había preferido ni oír hablar del tema y se había encerrado allí todo el día, sin más compañía que un libro. Escuchó pasos que se avecinaban hacia donde se

encontraba. Alguien abrió la puerta de la habitación. Ni se molestó en mirar quién era, estaba demasiado molesta.

–Hola. –Era Lucas.

–¿Qué quieres? –preguntó con dureza.

–No puedes seguir así, Dánae. Llevas días evitándonos a todos.

–Tengo mis motivos –soltó.

–Ya, pero tienes que entendernos. Solo nos preocupamos por ti, no nos gustaría que salieras herida de todo esto.

–Ya lo sé –dijo–. Lo comprendo, pero quiero estar a solas.

–Como deseas –concluyó–. Pero esta noche te necesitaremos en Argentum haciendo guardia.

–Lo sé –respondió–. Aquí estaré.

Lucas asintió y le sonrió con amabilidad. Después, volvió a cerrar la puerta. Dánae resopló. En menos de diez minutos, la puerta se abrió de nuevo. Quizá su hermano hubiera olvidado decirle algo. Pero no. Esta vez era Axel.

–Ya ha anochecido. Nos marchamos –anunció.

Dánae se giró y lo miró dolida.

–¿Todavía estás así? –farfulló con una mueca, al ver que seguía enfadada.

–Tú no lo entiendes –farfulló. Se sentía inútil.

–Lo que tú digas –se limitó a responder el chico, haciendo caso omiso–. Te sugiero que vayas a la sala principal a hacer la guardia. La grieta espacio–tiempo está ahí y tendrás que vigilar que todo esté en orden mientras viajamos.

La joven se levantó con desgana y lo siguió. Llegaron a la sala de paredes plateadas donde se reflejaba el agua.

Estaban todos allí. Carlos, Lucas, Abril y Sibila. Dánae los miró de arriba abajo, con curiosidad. Se había esperado verlos con ropas antiguas y pieles, pero tan solo llevaban puesta ropa negra. Supuso que sería para camuflarse en medio de la noche.

–Debemos irnos –anunció Carlos.

Muy a su pesar, Dánae asintió.

–*Kaish der weerap thowen jirins* –dijeron al unísono. Aquellas palabras no tenían ningún sentido para Dánae. La chica abrió los ojos como platos cuando se abrió ante ellos una luz plateada. Sus compañeros se lanzaron a su interior uno por uno y se formó una gran nebulosa en la sala. Cuando se disolvió, lo único que quedó de ellos fueron las palabras flotando en el aire, grabadas en

su mente. *Kaish der weerap thowen jirins.*

Dánae se sentó en una de las butacas de la sala a esperar, mirando a través de la catarata. Observaba la selva nocturna, preguntándose qué se escondería tras todos aquellos árboles, escuchando el misterioso sonido que emitían las bestias que habitaban en su interior.

\* \* \*

No sabía cuánto tiempo llevaba ahí sentada esperando, pero le parecía demasiado para robarle una Venus a unos cuantos hombres de cromañón. Sin embargo, quiso esperar un poco más. Cuando vio que seguían sin aparecer, decidió ir un momento hasta la habitación para mirar el reloj. Ya eran las dos de la mañana, hacía más de cuatro horas que se habían marchado. No se volvió a sentar. Empezó a dar vueltas alrededor de la mesa, inquieta. Sentía algo extraño en su interior. Un mal presentimiento.

Se detuvo frente al lugar por donde habían desaparecido sus compañeros. No parecía más que una simple pared de piedra con una pequeña grieta. Sin embargo, había visto de lo que era capaz aquel muro. Abril había dicho que llevaba a quien la usaba al lugar y el momento que deseaba. Tan solo debía pronunciar aquellas extrañas palabras y pensar en la Venus. ¿Sería tan sencillo o requería de algún tipo de práctica? No importaba, no tenía tiempo para pensar en eso. Fue corriendo hasta la habitación y cogió un par de linternas, que guardó en sus bolsillos. No dudó en tomar una de las espadas que había colgadas en la sala circular. Se miró de arriba abajo. No iba de negro como ellos. Llevaba unos simples pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Esperaba que allá donde fuera, no hiciera frío. Volvió hasta la sala principal y dio un paso hacia adelante, acercándose a la grieta sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

–*Kaish der weerap thowen jirins.* –Las palabras brotaron fluidas y seguras de sus labios. Una luz plateada se abrió en el muro y la joven se lanzó a su interior. Sintió como la luz la envolvía, percibiendo un extraño calor en su piel. Luego, tan solo notó la caída sobre la hierba. Tenía todo el cuerpo dolorido.

Abrió los ojos y se encontró en medio de un bosque. Allí era de noche también. No hacía tanto calor como en Argentum, pero por lo menos no helaba. Se puso en pie con cuidado y sacó del bolsillo una de las linternas, tratando de ver algo en medio de aquella oscuridad. Empezó a caminar haciendo el menor ruido posible, entre los árboles, buscando alguna pista

sobre los chicos. Cuando llevaba un buen rato de búsqueda infructuosa, empezó a arrepentirse de haber viajado en el tiempo. Lo desconocía todo. ¿Cómo se suponía que debía volver? No había ningún muro, ni mucho menos una grieta, donde había aparecido. No tuvo tiempo de dudar más. Sintió que alguien la observaba. Aquella sensación se le clavó en la nuca como una daga. Instintivamente, empezó a correr sin mirar hacia atrás, como un cervatillo asustado huyendo de un lobo hambriento. Entonces, alguien se materializó frente a ella. Dánae frenó repentinamente para evitar el choque y cayó al suelo, sin soltar la espada.

—¿Adónde pensabas que ibas? —dijo una voz siniestra y fría como el hielo. La reconoció al instante. Era el hombre de la máscara que los había atacado en la selva. El mismo que la había perseguido aquella noche en su casa. Ahora lo veía claro. Había sido él todo el tiempo. El mismo que había visto en su visión. Aníbal.

Lo miró fijamente, decidida a demostrarles a todos que podía valerse por sí misma.

—¿Hoy no tienes miedo? —dijo lúgubrementemente, al ver que la joven se levantaba dispuesta a plantarle cara.

Dánae cerró los puños alrededor de la espada con seguridad y la puso frente a ella como respuesta.

—Eres osada —dijo—. Es una lástima, me hubiera gustado conocerte mejor.

—No vas a intimidarme —contestó, pareciendo más valiente de lo que en realidad se sentía.

—Entonces, ¿no vas a volver a temblar como aquella noche? —soltó con una sonora carcajada que le puso los pelos de punta.

—¡Basta ya! —soltó, dando un paso al frente. En realidad, esperaba no tener que usar la espada. Por mucho cinturón negro que fuera, nunca había peleado con armas.

—Qué miedo —murmuró el hombre, burlándose—. Veamos qué sabes hacer.

Desenfundó su espada tan deprisa que Dánae ni siquiera tuvo tiempo de verlo.

—¿Sorprendida?

—No —mintió Dánae, apretando todavía más los nudillos alrededor del mango de su arma. Aníbal se abalanzó sobre ella con fuerza y rapidez. La chica tuvo los suficientes reflejos como para poner su espada entremedio. Escuchó el desagradable sonido de las armas al chocar y en ese instante supo que no



podría hacer nada contra él.

–Se ve a la legua que no tienes ni idea –dijo el hombre, con cierta simpatía.

Dánae no respondió. Empezó a sentir un miedo devastador que le recorría las entrañas, pero no pensaba permitir que él lo viera. Sin embargo, con un hábil movimiento, Aníbal hizo que la espada de Dánae saliera disparada. La chica observó con impotencia cómo el arma se clavaba en un árbol.

Aníbal fijó su mirada en la chica a través de la máscara, amenazadoramente. Volvió a la carga, dispuesto a terminar lo que había empezado. Sin embargo, Dánae consiguió esquivarlo ágilmente. Si fuera una pelea cuerpo a cuerpo, quizá podría deshacerse de él. Pero no veía la manera de desarmarle. Aníbal la empujó con la mano y la estampó contra un árbol. Dánae se sentía una presa fácil. Aníbal era un gato jugando con ella como si se tratara de un ratón indefenso. Se quedó apoyada en el árbol, tratando de recuperar la respiración después del golpe. Levantó el rostro, a tiempo de ver cómo apuntaba a su cuello con el filo de la espada.

–Y ahora ¿sientes miedo? –preguntó siniestramente. La chica le dedicó una mirada de desprecio–. Veo que no, ¿qué debo hacer? –preguntó, llevándose la mano a la barbilla, fingiendo estar pensativo–. ¿Esto, quizá? –añadió, hundiendo la punta de la espada levemente en su cuello. Dánae hizo una mueca de dolor. Parecía divertirse viéndola sufrir. Tenía que reaccionar y buscar una salida. De lo contrario, acabaría con ella lentamente. No era de los que parecían conformarse dándole una muerte rápida e indolora a sus enemigos. La chica estiró el brazo hacia el lado y arrancó una rama punzante del árbol. Con un movimiento rápido y contundente, consiguió clavársela a Aníbal en el brazo con el que sostenía la espada. Su grito de dolor resonó entre los árboles y algún pájaro salió volando, escapando de aquel peligro invisible. Aníbal dejó caer la espada y se llevó la mano al brazo. Le dirigió una fugaz pero intensa mirada de odio que la perseguiría en sus peores pesadillas el resto de su vida. Dánae echó a correr lo más rápido que pudieron sus piernas, huyendo de la muerte personificada.

\* \* \*

Dánae llevaba mucho tiempo corriendo. Sabía que no la estaba persiguiendo, hacía rato que lo había perdido de vista. Sin embargo, el miedo seguía empujando sus piernas entre los árboles. No oír ningún ruido la inquietaba, prefería escuchar el crujir de las ramas bajo sus pies, así que no se detuvo hasta que se encontró al pie de una colina. Vio que en lo alto de aquella

pequeña montaña había una luz parpadeante. Alguien había encendido una hoguera. Dánae avanzó sigilosamente por la ladera, tratando de pasar desapercibida y tomando todas la precauciones para que no la descubrieran. Cuando estaba a punto de llegar a la luz, empezó a oír voces y gritos. Se escondió tras unos matorrales para observar la escena a escondidas. Lo que vio la sorprendió y espantó al mismo tiempo.

Había por lo menos una docena de hombres prehistóricos con ropajes rústicos, que tenían capturados y atados en un rincón a Carlos, Abril, Axel, Lucas y Sibila. Sus amigos se movían nerviosamente, intentando deshacerse de las rudas cuerdas que los aprisionaban. Dánae sintió que se le agitaba la respiración. No sabía qué hacer. No podía abandonarles allí a su suerte, podía sucederles cualquier cosa. Tenía que desatarlos y ayudarlos a huir. De repente, una idea pasó por su mente ¿Porqué no habían usado la magia? Aquellos hombres probablemente se hubieran asustado o habrían pensado que eran dioses. Cuando escuchó pasos cerca, la chica se agachó para esconderse de nuevo tras los matorrales.

—¡Suéltame! —era la voz de Axel, llena de rabia. ¿Por qué lo habían separado del grupo? No esperaba nada bueno de aquello, así que la chica siguió a los dos hombres que llevaban preso a Axel. Se adentraron en el bosque y los siguió sigilosamente. No parecieron darse cuenta de su cercanía. De repente, uno de los hombres se detuvo y empezó a hablar con su compañero en un idioma que Dánae no consiguió comprender. La chica se ocultó tras un árbol y observó en silencio. Axel luchó para deshacerse de sus captores, pero fue inútil. De repente, un hombre se materializó ante ellos. Llevaba una máscara similar a la de Aníbal, pero no era él. Aquel hombre era más corpulento y llevaba el pelo largo. Miró a Axel fijamente.

—Vaya, qué sorpresa. —Su voz era ruda y desagradable—. Es increíble que hayáis descubierto nuestras intenciones. Felicidades, casi nos sorprendéis —soltó con una horrible carcajada que retumbó por todo el bosque. Axel no contestó—. En fin, si no vas a decir nada más, será mejor que acabemos con esto cuanto antes —dijo, acariciando la espada que llevaba anudada a la cintura. ¿Qué había querido decir? ¿Pensaba matar a Axel?

—Bastian, eres un cobarde —espetó Axel. Su voz de le resultó muy agradable al lado de la de aquel hombre, pero estaba cargada de desprecio.

—¿Te burlas de mí? —dijo Bastian, furioso, agarrando a Axel con fuerza por el pelo. Axel levantó la cabeza para evitar el tirón—. Voy a matarte ahora mismo

–gruñó, desenvainando la espada. Cuando estaba a punto de clavarle la espada, la voz fina de Dánae irrumpió en el bosque.

–¡No! –gritó, abalanzándose sobre aquel hombre enmascarado. Bastian soltó la espada, sorprendido. Sin embargo, a juzgar por su rostro, Axel lo estaba todavía más. Los hombres prehistóricos se apartaron a un lado de un salto, asustados, sin entender de dónde había salido aquella chica.

–¿Pero quién eres tú? –escupió Bastian mientras la joven le clavaba las uñas con fuerza en el cuello, tratando de inmovilizarle.

–¡Huye! –le gritó Dánae a Axel, que ya no estaba preso por aquellos dos hombres del paleolítico. Sin embargo, no parecía dispuesto a marcharse a ninguna parte. Se acercó rápidamente hasta donde se encontraban Bastian y Dánae. Axel iba desarmado, así que recogió la espada que Bastian había perdido hacía tan solo unos instantes. Mientras tanto, el hombre enmascarado se deshizo de Dánae, lanzándola contra un árbol. La chica sintió una rama afilada rasgando la piel de su hombro como si fuera papel. Profirió un grito de dolor y puso la mano sobre la zona herida. Axel la tomó por el brazo y la retiró del abasto de Bastian, ocultándola tras él.

–Déjame a mí –le dijo, con seguridad. El chico se acercó al hombre con fuerza, dispuesto a pelear por sus vidas. Sin embargo, antes de que llegara a tocarle, Bastian se esfumó. Dánae miró a Axel, atónita. Dio media vuelta y se percató de que los otros dos hombres también se habían marchado.

–¿Crees que va a volver? –preguntó la chica, aterrada.

Sin embargo, Axel la miró fijamente, furioso.

–¿Estás loca? ¿Qué haces aquí? Deberías estar en Argentum –exclamó en un susurro.

–No hace falta que me agradezcas que te haya salvado la vida –murmuró dolida. Entonces sintió escozor en su hombro derecho. La herida. Hizo una mueca de dolor al ver su ropa y su piel manchadas de abundante sangre. Era un corte profundo.

–Mira lo que te ha pasado –murmuró, enfadado–. Déjame ver –ordenó, pero el solo roce de sus dedos la hizo estremecer de dolor.

La chica le dio un manotazo para apartarlo de su herida. Le dolía demasiado. Axel rasgó un trozo de su camiseta y le envolvió la herida, con fuerza, desoyendo sus quejas.

–Quédate aquí y ve con cuidado. Voy a liberar a los demás.

–De eso nada. Voy contigo.

–Ya estamos con lo de siempre –murmuró exasperado–. Ahora no tenemos tiempo para esto. Haz lo que te digo.

–Pues eso mismo dijo yo. Vamos –le exigió la chica. Para su sorpresa, Axel no discutió más. Se limitó a hacer una mueca de resignación y hacerle un gesto para que lo siguiera.

Se escondieron tras unos matorrales, observando los movimientos de los hombres que había en la cueva. Los contaron detenidamente, había ocho.

–Escúchame, Dánae –le dijo Axel al oído. Se sintió extraña ante su proximidad. Lo miró atentamente–. Entraré ahí y empezaré a provocar a esos hombres. Mientras, tú tendrás que colarte en la cueva sin que se den cuenta y desatar a los demás. ¿Podrás hacerlo?

La joven asintió con decisión, aunque estaba aterrada. Axel le dedicó algo parecido a una sonrisa.

–Entonces, vamos a ello. –Y con esto, se levantó con estrépito de entre los matorrales, de manera que todos aquellos hombres dirigieron su atención hacia él. Mientras, Dánae se arrastró por el suelo hasta llegar al pie de la cueva. Axel empezó a atacar a aquellos hombres con la espada. Eran de la prehistoria, pero se comunicaban perfectamente entre ellos y tenían todo tipo de artilugios que podían usar como armas. De hecho, de alguna manera, Bastian parecía haber llegado a un acuerdo con ellos para que lo ayudaran. Dánae se percató de que tenía que darse prisa, o los ocho pronto lucharían contra Axel. Eran demasiados para él solo. Espantada, corrió hacia el rincón donde tenían atados a sus compañeros. Cuando la vieron, la observaron extrañados, como si se tratara de una aparición, pero guardaron silencio, conscientes de la situación tan delicada a la que se enfrentaban. La joven los desató con habilidad y se llevó el dedo índice a los labios, para que continuaran callados. La siguieron hasta la salida. Lucas la tomó por el brazo.

–Vamos a ayudar a Axel, ve a esconderte –ordenó–. Es peligroso –añadió al ver su cara de decepción–. Ya hablaremos de esto más tarde.

La joven asintió, molesta. Después, se dirigió obedientemente hasta los mismos matorrales donde se había ocultado antes y esperó pacientemente. La batalla duró escasos minutos. Pronto, los ocho hombres quedaron reducidos por las espadas y la habilidad de sus compañeros, sin necesidad de hacer uso de la magia.

–Ya puedes salir, Dánae. –Era la voz de Carlos.

Se acercó hasta donde estaban.

–¿Has perdido la cabeza? –dijo su hermano–. Te podría haber pasado cualquier cosa.

–¿Y si no hubiera venido qué? ¿ De qué os sirve que yo esté viva si vosotros quedáis aquí atrapados?

Suspiró y apartó la mirada, sabiendo que su hermana tenía razón.

–¿Cómo os han capturado? –preguntó intrigada.

–Nos han atacado por sorpresa. De alguna manera, sabían que vendríamos. Probablemente tengan a un visionario entre sus filas –explicó Carlos.

–¿Un visionario?

–Sí, argentos con la capacidad de ver el pasado, el presente y, en algunos casos, el futuro –añadió su padre.

–¿Y por qué no habéis usado la magia para defenderos? –preguntó Dánae.

–Algún hechizo en la cueva lo impedía. Por lo que hemos visto, creían que Aníbal era un dios y nosotros éramos demonios. Aníbal usó la magia o algún tipo de truco ante ellos para poder controlarlos –dijo Lucas.

Dánae sintió que una mano tocaba suavemente su hombro herido.

–Estás herida. –Era Abril.

–Ah, no es nada –dijo, quitándole importancia, aunque la verdad era que el dolor era cada vez más intenso–. ¿Dónde está la Venus? –dijo, volviendo al tema que los había llevado hasta allí.

–Según nuestros cálculos, debería estar dentro de esta cueva –explicó Carlos.

–Entonces será mejor que vayamos entrando –dijo Axel–. No podemos arriesgarnos a que Bastian o Aníbal vengan por aquí. Carlos asintió y encabezó la expedición a la cueva. Lo seguían Lucas, Sibila, Abril, Dánae y, cerrando la fila, Axel. En la entrada de la cueva había una gran hoguera, pasaron por al lado y se adentraron por un estrecho pasadizo cavado en la roca. Apenas llegaba ya la luz del fuego hasta allí.

–Esto está muy oscuro –murmuró Abril, algo temerosa. Entonces, Dánae recordó que llevaba una linterna en el bolsillo.

–Quizá esto nos ayude –dijo, mostrándosela a sus compañeros.

–No podemos arriesgarnos a que nos descubran por la luz –replicó Axel.

–Tiene razón –concluyó Sibila, que no había dicho nada hasta entonces. Dánae la miró con disgusto entre la penumbra, pero no discutió.

A medida que se adentraban en el pasadizo de piedra a tientas, Dánae podía sentir cómo la humedad ganaba terreno. Aquello la hizo reflexionar. Cada vez se encontraban en tierras más profundas y probablemente habría algún

lago o río subterráneo cerca de allí. A pesar de la oscuridad, detectó que el suelo estaba progresivamente más inundado de agua. Dio un paso en falso y se precipitó hacia atrás. Axel la sostuvo como pudo en medio de la oscuridad. –Cuidado, esto resbala mucho –advirtió para todos.

–Lo siento –susurró la joven.

Siguieron avanzando durante varios minutos más. Dánae no pudo evitar pensar de Mario. Seguramente él estaría tranquilo en su taller, quizá ya durmiendo. Recordó su rostro sonriente, su olor, su calidez, aquel beso. El corazón le empezó a latir a toda velocidad. ¿Por qué la había besado? ¿Se sentía de verdad atraído por ella? No tenía ni idea de todo aquello. Nunca había tenido ninguna relación y se sentía completamente perdida, aunque no podía seguir negando que Mario le resultaba muy atractivo, sin importar el poco tiempo que hacía que se conocían.

Una voz femenina la sacó de sus pensamientos.

–Ya hemos llegado –susurró Abril.

Una tenue luz empezó a iluminar el lugar y Dánae se dio cuenta de que ya no se encontraban en el estrecho pasillo inicial, sino que cada vez se hacía más amplio, hasta formarse una enorme sala con reflejos azulados sobre las paredes de piedra, provenientes de un hermoso lago que ocupaba aquel espacio casi en su total extensión. Le sorprendió la belleza del agua, de la cual emanaba una luz brillante que iluminaba todo el paraje. A la otra orilla del lago, vio una pequeña figura, tallada rudamente con formas femeninas y gruesas. Se hallaba tumbada sobre un altar de piedra. La reconoció al instante.

–Bien, ya estamos aquí –dijo Sibila–. ¿Ahora qué? –preguntó.

–Tenemos que encontrarla –repuso Carlos.

Dánae empezó a arrugar las cejas, confundida. ¿Cómo que encontrarla? Si la tenían delante de sus narices. Tan solo tenían que cruzar el lago de alguna manera. Cuando se disponía a hablar, su hermano se adelantó.

–¿Pero por dónde buscamos? ¿Creéis que está dentro del agua?

Dánae miró a Axel y Abril, que no parecían en desacuerdo con la idea de sus compañeros. Entonces, parecía que ellos tampoco la veían. ¿Por qué ella sí?

–Esto...–intervino Dánae, dubitativa. Nadie la miró, estaban todos demasiado ocupados buscando algún lugar dónde podría estar oculta la Venus–. ¿No veis que la Venus está al otro lado del lago?

–¿Dónde? –dijo Abril, emocionada.

–Ahí –respondió la joven, señalando al punto dónde se encontraba la figura.  
–¿Pero qué dices? –soltó Sibila–. Ahí no hay más que agua.  
–Esta ahí –repitió. Ahora todos la miraban como si estuviera loca–. La iré a buscar –añadió, ante el escepticismo de sus compañeros.  
–De eso nada –dijo Lucas–. Si no la vemos es por algo.  
–Pero yo sí la veo. ¿No es suficiente? –replicó Dánae.  
–No sabemos lo que oculta este lago, puede que dentro haya algún animal peligroso. Incluso quizá sea todo una trampa, un embrujo de los enemigos, que se nos pueden haber adelantado. Los hombres de la cueva servían a los Renegados. Es probable que Bastian ya haya cogido la Venus.  
–Pero si es una trampa, como tú dices, ¿por qué solo la veo yo?  
–Quizá por algún motivo les interesa que vayas tú.  
–No tiene sentido, ¿para qué me querrían?  
–Para matarte antes de que te vuelvas poderosa –sugirió Axel. Dánae se sintió incómoda ante aquella idea, pero la descartó rápidamente.  
–¿Y si nadie ha robado todavía la Venus por que ellos tampoco pueden verla? Dejadme ir.  
–Eres demasiado imprudente, Dánae –le advirtió Carlos.  
–Dejad que vaya –dijo entonces Axel. Dánae lo miró atónita. A decir verdad, le sorprendía gratamente que por una vez, para variar, la apoyara–. Estaremos alerta por si sucede algo, la protegeremos, no os preocupéis –añadió.  
–¿Te importa más esa Venus que mi hermana? –soltó Lucas, disgustado. Axel era su mejor amigo y aquello le parecía casi una traición.  
–Sabes que no es eso, Lucas –se defendió–. No pasará nada, al menos, por ahora –añadió misteriosamente.  
–¿Se supone que eso tiene que tranquilizarme? –replicó Lucas.  
–¿Has querido decir que después va a pasar algo? –preguntó Abril, temerosa.  
–Podría ser –afirmó Axel–. No sabemos cómo reaccionará la cueva cuando Dánae coja la Venus que dice que ve. Quizá todo se venga abajo o igual no pase nada.  
–Está bien –concluyó Lucas finalmente–. Pero ve con cuidado y vuelve deprisa con nosotros –le pidió. La chica asintió e hizo ademán de acercarse al lago, pero Carlos la detuvo.  
–Un momento. –El hombre tomó una piedra del suelo y la lanzó al agua. Vio cómo se hundía con un efecto normal. Gracias a la extraña luz de aquella cueva, pudieron ver cómo la piedra bajaba metros y metros. Dánae se sintió

inquieta al no ver dónde estaba el final del lago, parecía muy profundo. A pesar de que estaba todo iluminado, le daba bastante miedo tener que nadar por él hasta la Venus—. Adelante. Ten cuidado —acabó diciendo su padre.

Dánae suspiró, tratando de calmarse. Se descalzó y se acercó a la orilla. Puso el pie sobre el agua y, para su sorpresa, no se hundió. Caminó sobre el lago, sorprendida.

—¿Dánae? ¿Cómo...? —preguntó Lucas, sorprendido y asustado al mismo tiempo. Nadie contestó. Todos se quedaron sosteniendo la respiración hasta que Dánae llegó al otro lado. La joven se situó frente al altar dónde estaba la Venus. Luego, subió las escaleras y al llegar arriba se quedó embobada unos instantes, mirando la figura, maravillada. Era la escultura más bella que había visto nunca. La envolvía una aura extraña, un resplandor mágico. Cuando se disponía a cogerla, dudó un momento. ¿Y si Lucas tenía razón y todo se desmoronaba? Vinieron a su mente todas aquellas películas de pirámides en las que cuando alguien coge el tesoro, pasan numerosas catástrofes y acaban todos sepultados bajo las ruinas de la pirámide. Tenía el corazón en un puño. Esperaba que no pasara ninguna desgracia parecida cuando retirara la Venus de su lugar de origen. Cerró los ojos y atrajo la figura hacia sus brazos con delicadeza. Abrió un ojo y vio que no había sucedido nada, pero siguió asustada. Quizá no fuera inmediato. Bajó del altar y probó de nuevo a poner un pie en el agua, por si ya no podía caminar sobre ella, pero nada había cambiado. Lanzó un suspiro de alivio y se apresuró en llegar a la orilla inicial. Cuando tocó tierra firme, todos la miraron asombrados. ¿Podían ver ya la Venus que sostenía entre sus brazos?

—Es magnífica —susurró Abril, mirando aquella estatuilla.

—Menos mal —musitó Dánae, descansada.

—Será mejor que volvamos —propuso Axel, inquieto todavía por estar allí. No se sentiría tranquilo hasta que todos estuvieran en Argentum.



## CAPÍTULO 11

Dánae seguía al grupo sin saber muy bien a dónde se dirigían. Caminaban a través de aquel bosque intentando no hacer demasiado ruido. Los Renegados podían andar cerca y debían regresar a Argentum cuanto antes ahora que tenían la Venus. La chica se percató de que estaban deshaciendo el camino en dirección al punto en el que había aparecido cuando se había transportado. Sin embargo, ahí no había ningún muro con la grieta espacio-tiempo.

–Aquí no está la grieta, ¿cómo vamos a volver? –murmuró al oído de Abril.

–No te preocupes, tan solo hay que repetir las palabras en el punto en el que has aparecido.

–¿De verdad? –preguntó, fascinada. Abril asintió con una pequeña sonrisa.

–Vamos.

Antes de que se diera cuenta, Sibila, Lucas, Abril y Carlos ya habían cruzado la grieta espacio–tiempo casi al mismo tiempo. Tan solo quedó polvo en el lugar donde se habían encontrado. Dánae miró a Axel y el chico le hizo un gesto para que pasara ella primero. La chica seguía llevando aquel tesoro tallado en piedra en sus brazos, no podían arriesgarse a que se quedara sola. Ya habían quedado demasiado rezagados.

–*Kaish der weerap thow...* –empezó a decir la joven. Sin embargo, sus palabras se vieron interrumpidas por un grito de Axel. La chica se giró rápidamente y él se abalanzó sobre ella, cayendo los dos al suelo. Dánae abrazó con fuerza la Venus. No podía permitir que se rompiera por culpa del golpe. Cuando estaba tumbada sobre la hierba, todavía sintiendo el peso de Axel sobre ella, miró hacia arriba para ver qué había pasado. Descubrió una flecha clavada en el árbol frente al que habían estado. Su respiración se entrecortó. Alguien les estaba atacando.

–¿Qué está pasando? –preguntó asustada. ¿No había manera de salir de aquel sitio sin más problemas?

Axel no respondió a su pregunta. Miraba fijamente al lugar del que había venido la flecha. Salió de encima de la joven y se arrastró hasta detrás de un árbol, haciendo que lo siguiera. Ahí estarían más protegidos frente a posibles ataques. Pero no pasó nada más. Se quedaron en silencio, escondidos. Empezaron a oír pasos que se acercaban. La chica no pudo evitar asomar un poco la cabeza por un pequeño hueco entre los troncos para mirar de quién se

trataba. No le costó reconocer aquellos movimientos elegantes y calculados. Se volvió a ocultar y se acercó a Axel, temblando. ¿Había vuelto para vengarse de ella?

–Es Aníbal –susurró.

La cara de Axel, en general bastante inexpresiva, se llenó de odio.

–¿Qué hacemos? –le preguntó la chica, impaciente–. Cada vez está más cerca...–añadió, sin poder ocultar más su miedo. Entonces, oyeron que los pasos de Aníbal se alejaban un poco, buscando en otra dirección.

–Huye, te cubriré mientras atraviesas el portal con la Venus –ordenó Axel–. Debe de ser lo que anda buscando. Y si de paso nos encuentra a nosotros, no dudará en matarnos.

–Pero está herido –murmuró la chica, recordando cómo le había clavado la rama en el brazo.

–¿Cómo? –preguntó atónito–. Eso es imposible.

–Yo misma lo hice –contestó con seguridad.

–¿Qué? –exclamó en un susurro.

–Shhttt –le advirtió la chica–. No hables tan alto. Va a oírnos.

–¿Cómo le has podido hacer una herida? Es la persona más rápida que conozco.

–Supongo que bajó la guardia –comentó Dánae.

–¿Dónde tiene esa herida?

–En el brazo derecho.

–¿Y él no te ha hecho nada? –preguntó sin salir de su asombro. La joven negó con la cabeza–. Eso es que no quiere matarte –afirmó.

–Pues te aseguro que parecía bastante interesado en acabar conmigo –espetó en un susurro, recordando cómo la había arrinconado con la espada al cuello.

–Si hubiera querido, lo hubiera hecho. Además, es muy extraño que hayas podido herirle.

–¿Insinúas que no ha sido por mérito propio? –murmuró enfadada.

–No es eso –dijo–. Luchadores mucho más expertos que tú han muerto a sus manos sin hacerle ni siquiera un solo rasguño a Aníbal.

–Pero tú no –repuso la joven, recordando el primer día que pisó Argentum.

–Eso fue diferente. Nos dejó escapar, pero dudo que esta vez sea tan generoso –murmuró inseguro.

–No digas eso –le espetó–. Si estás tan seguro de que no quiere matarme, no creo que vaya a cambiar de opinión. Así que será mejor que huyas tú a través

de la grieta con la Venus.

–¿Y dejarte aquí? Ni hablar.

–Luego te seguiré –insistió.

–No. Es demasiado arriesgado.

–Si lo piensas bien, es menos peligroso que lo que tú sugerías. Al menos, quizá a mí no me mate.

Axel suspiró, negando con la cabeza. No pensaba dejarla allí sola.

–Ya lo tengo –dijo Dánae–. Abriré la grieta y lanzaré la Venus.

–¿Quieres que se rompa? –le espetó.

–Tienes razón –reconoció la chica–. Entonces márchate tú con la Venus –insistió, acercándose un poco más a Axel–. Aníbal ya está aquí. Hazme caso –susurró, poniendo la Venus con cuidado sobre sus brazos.

Nada más decir esto, el tronco tras el cual estaban escondidos quedó dividido en dos, bajo el tajante filo de la espada de Aníbal. Los jóvenes se apartaron hacia un lado, saliendo del abasto del arma.

–¿Creíais que podíais esconderos de mí? –dijo con una sonrisa cínica. Entonces Aníbal clavó la mirada sobre Axel.

–Dame eso –le ordenó, señalando la Venus con la cabeza.

–Nunca –respondió él, desenfundando su espada.

–¿De verdad quieres esto? –preguntó Aníbal arrogante, desenvainando también su arma.

Axel no respondió, pero lo miró con desprecio. Entonces, Dánae desenfundó su espada y apuntó al hombre de la máscara.

–No. Yo lucharé contigo –dijo, con voz firme. Sin embargo, ni siquiera pareció escucharla. La ignoró por completo–. ¿No me has oído? –gritó, enfadada.

Entonces se giró y la miró fijamente. Logró intimidarla, pero ya no podía a echarse atrás. Aníbal sonrió sarcásticamente.

–¿De verdad crees que puedes hacer algo contra mí? –preguntó con una voz tan tranquila que la hizo temblar. En realidad, estuvo a punto de responderle que no, pero aquello hubiera sido renunciar a su propio orgullo.

–Quizá sí –repuso la joven, dejando sus dudas a un lado. Dirigió una mirada intencionada hacia su brazo herido. Él se percató del gesto y frunció los labios.

–Tu también estás herida –dijo él, observando la sangre que seguía brotando del hombro de la joven. Aníbal se acercó a ella. La chica retrocedió

instintivamente unos pasos, pero topó de espaldas contra un árbol. Aníbal bajó la espada y siguió acercándose. Axel observaba la escena atónito, por su cabeza se arremolinaban mil ideas y formas de escapar de aquella situación, pero ninguna le parecía suficientemente buena. Aníbal llegó hasta Dánae y le acarició el hombro ensangrentado. La chica hizo una mueca de dolor—. No tiene buen aspecto —dijo con una voz fría como el hielo.

La muchacha no respondió, pero por fin reaccionó. Levantó la espada a gran velocidad y la dirigió a su pecho, muy cercano al de ella. Pero él fue más rápido y detuvo el ataque. Sonrió.

—Para mí —susurró, haciendo fuerza con la espada hasta que los dos filos estuvieron muy cerca del rostro de Dánae—, esto no es más que un juego.

Por el rabillo del ojo, la chica le lanzó una mirada a Axel, que observaba la escena preocupado. El joven reaccionó y por fin abrió la grieta espacio-tiempo. Quizá estuviera ejecutando el plan y se marchara con la Venus. Por un instante, Dánae se sintió traicionada, pero sabía que era la única manera de salir de aquella situación. Ella misma lo había propuesto. Vio con horror cómo Aníbal iba a girarse hacia Axel. Si lo hacía y lo descubría antes de que saltara por la grieta, lo mataría. Necesitaba atraer su atención. Muy a su pesar, le cogió la cara con las dos manos y le obligó a mirarla. Pareció sorprendido, pero lo único que podía ver eran sus ojos y su boca, así que no podía estar segura. El resto de su rostro estaba cubierto por aquella máscara siniestra de porcelana blanca.

—¿Por qué no me has matado ya? —preguntó, tensa. Aunque el objetivo de aquella conversación era distraerlo, en el fondo sentía curiosidad. Después de todo aquello, veía claro que Axel tenía razón. Si hubiera querido terminar con su vida, ya lo hubiera hecho. La joven entrevió movimiento donde estaba Axel. Le pareció ver que lanzaba la Venus por el portal. ¿No había dicho que podría romperse? El portal se cerró y Axel se quedó donde estaba. No la había abandonado. Una pequeña parte de su ser se sintió agradecida, aunque también estaba enfadada por que se pusiera en peligro innecesariamente. Volvió a centrarse en Aníbal, no quería que sospechara de que algo había pasado a sus espaldas.

—Quizá no me interese —dijo con una sonrisa lúgubre, respondiendo a su pregunta.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, esta vez asustada. ¿Qué quería decir aquello?

–Si te lo dijera, el juego perdería la gracia.

Se estremeció al oír su voz tan cerca de ella. Lo que pasó a continuación, la dejó sin palabras.

–Axel –dijo sin ni siquiera girarse–. ¿Ya has enviado la Venus a través del portal?

Dánae sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. ¿Sabía lo que estaba pasando? ¿Por qué no lo había evitado?

Axel se había quedado inmóvil, sorprendido ante aquella revelación.

Aníbal le dirigió una mirada inquietante a Dánae, que la joven no consiguió interpretar. Aquella máscara tapaba demasiado su rostro. Sin poder evitarlo, Aníbal se acercó más a ella.

–¡No la toques! –gritó Axel, corriendo hacia ellos con la espada desenfundada. Sin embargo, Aníbal extendió una mano y lanzó una fuerza invisible que paralizó por completo a Axel, que no pudo hacer más que mirar, impotente.

Dánae sintió los labios de Aníbal rozando los suyos. La joven se apartó rápidamente, alterada, sin comprender por qué había hecho eso. Sin embargo, él la cogió con fuerza por el brazo y se acercó a su oído.

–Me lo he pasado muy bien.

Y con esto, desapareció. Axel recuperó la movilidad y Dánae trató de recobrar la respiración, estaba aterrada. Sus rodillas no soportaron más la tensión y cayó suavemente al suelo, aturdida. Axel corrió hasta ella.

–Dánae, ¿estás bien? –preguntó, con una preocupación insólita en él–. Lo siento.

–Axel –masculló, lanzándose a sus brazos. Nunca había pasado tanto miedo, ni siquiera aquel día en el bosque. Él la abrazó con cuidado, sabiendo que estaba herida.

–Tranquila –su voz sonaba cálida al lado de la de Aníbal–. Tenemos que volver, esa herida no tiene buena pinta.

Dánae asintió levemente y se levantó con la ayuda del chico.

–¿Por qué no han vuelto a ayudarnos? Estaba claro que algo no iba bien... –observó, molesta con sus compañeros, pero sobre todo con su padre y su hermano.

–No han podido. No se puede atravesar el portal para ir a la misma época dos veces. Sino, la historia cambiaría constantemente. –Dánae asintió, comprendiendo lo que aquello quería decir.

–Entonces...

–Sí, tienen que estar muertos de preocupación.

## CAPÍTULO 12

Pronto llegaron a Argentum. Nada más aparecer, Lucas se tiró sobre su hermana para abrazarla.

–Menos mal que estás bien –dijo, sin soltarla–. ¿Qué ha pasado? –preguntó, pero Axel negó con la cabeza.

–Ahora no. Ya tendremos tiempo para eso. Tiene que descansar, está herida –dijo–. ¿Habéis cogido la Venus?

–Sí –respondió Abril–. Está intacta.

–Bien –repuso Dánae con una sonrisa cansada–. Si no os importa, me voy a la habitación. Necesito dormir.

–Pero tenemos que curarte esa herida –dijo Lucas.

–Sí, quizá Sibila podría... –sugirió Carlos.

–No es una herida mortal –repuso Sibila–. Será mejor que guardemos mi don para un momento más necesario.

Dánae no comprendió nada, pero no tenía fuerzas ni siquiera para preguntar. Axel se percató de que las rodillas de la chica temblaban, apenas podía sostenerse en pie.

–Yo mismo la curaré –dijo Axel, tomándola por un brazo para evitar que cayera.

–Gracias, Axel –dijo, Lucas, sabiendo que su amigo cuidaba constantemente de su hermana, aunque ella no se diera cuenta.

Axel la condujo por el pasillo hasta la habitación. Una vez dentro, le pidió que se sentara en la cama y salió un momento. Volvió al cabo de pocos minutos, cargado de vendas y desinfectante. Axel se acercó a ella y le apartó suavemente el tirante de la camiseta y del sujetador, dejando al descubierto su herida. En otro momento, Dánae se hubiera puesto tensa. Sin embargo, después de todo lo que había pasado, se sentía a salvo en aquella habitación, con él. Notó una gasa húmeda sobre la herida y sintió dolor, pero trató de disimularlo. Estaba siendo muy suave con ella, pero no pudo evitar hacer una mueca y mover el hombro.

–Si no la curamos bien, se infectará –dijo, con voz serena e inexpresiva, concentrándose en su trabajo.

Dánae aguantó estoicamente en silencio mientras Axel seguía desinfectando la herida y cubriéndola con vendas.

–Todavía no entiendo qué ha pasado entre Aníbal y tú –dijo Axel de repente–. ¿Quieres hablar de ello? –preguntó. Aquello la sorprendió gratamente. Parecía que después de todo, existía algo de amabilidad en aquel chico.

La joven asintió levemente con la cabeza.

–¿Por qué crees que ha hecho eso? –preguntó, refiriéndose al beso. Dánae lo miró fijamente unos instantes. ¿Le habría molestado? Pero era imposible adivinar lo que Axel estaba pensando, volvía a ser el chico hermético de siempre.

–No lo sé. ¿Qué intenciones piensas que tiene?

–Nunca entenderé a ese hombre –dijo–. Es imposible averiguar sus planes. En todo momento sabía lo que yo estaba haciendo y, aun así, no ha querido detenerme. Lo que no entiendo es el porqué. Sin ese objeto no podrá llevar a cabo el ritual. ¿Por qué iba a dejar que nos lo lleváramos?

–Quizá todo sea un juego para él –sugirió Dánae, recordando las últimas palabras que le había dedicado.

Axel se llevó las manos a la cara, agotado, incapaz de pensar. Dánae se percató de que ella también estaba muy cansada.

–Creo que necesitamos dormir –dijo la chica. Axel asintió y apagó la vela que había sobre su mesita de noche. Después, se tumbó en la cama. Dánae hizo lo mismo. Ni siquiera se cambiaron, se quedaron dormidos con la ropa de calle, casi al instante.

\* \* \*

Dánae se removía nerviosa, en sueños. Sus ojos estaban cerrados. Se encontraba en el taller de Mario. Se estaban besando en el sofá del salón, iluminados por una tenue luz rojiza, acogedora. Sentía un cosquilleo cálido en el estómago. No podía sentirse mejor. Pero entonces, sus labios cálidos se tornaron fríos. Dánae abrió los ojos, sobresaltada. Ya no era Mario al que estaba besando, sino a Aníbal. Se separó de él y el hombre la miró con aquellos ojos inquietantes. Gritó con fuerza, aterrada.

Dánae se despertó empapada de sudor, alterada. Miró a su alrededor. No estaba en el taller de Mario, sino en la habitación de Argentum. Dirigió la vista hacia Axel, que la observaba, tumbado. La chica no dijo nada, él tampoco. Supuso que lo habría despertado, el grito había parecido real. La chica se puso boca arriba, mirando hacia el techo, igual que él. No podía volverse dormir y, al parecer, Axel tampoco.



–¿En qué piensas? –murmuró al fin la joven.

–En nada.

La chica se volvió hacia él.

–¿Podrías hacerme un favor? –le pidió.

Axel se giró para mirarla. Sus caras estaban muy cerca, pero estaba demasiado cansada como para apartarse. Sabía que Axel no intentaría nada con ella y Dánae no tenía ninguna intención. Axel hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza para que siguiera hablando.

–No le digas a nadie lo que ha pasado con Aníbal –pidió. En parte, se sentía avergonzada y no quería preocupar a los demás. El chico asintió.

–¿Cuál quieres que sea la versión oficial? –preguntó.

–Simplemente que nos atacó, pero se marchó sin hacernos nada.

–¿Y qué sentido tendría que Aníbal nos dejara escapar tan fácilmente?

–No lo sé, pero en realidad, es lo que hizo, ¿no? –Axel torció la cabeza. La chica tenía razón. Se quedaron en silencio unos instantes. Dánae sintió que se perdía en el mar azul de sus ojos. Entonces, recordó la mirada cálida de Mario y volvió a ponerse boca arriba, rompiendo el momento.

De repente, Dánae recordó la extraña actitud de Sibila hacia ella. Parecía haberla odiado desde el primer día y la evitaba a toda costa. Sin embargo, no entendía el porqué.

–Axel, ¿quieres dormir o podemos seguir hablando? –preguntó insegura.

–Dime –dijo tranquilo.

–¿Sabes por qué Sibila me evita? Supongo que te habrás dado cuenta de que no es demasiado amable conmigo.

–¿Sibila? –parecía descolocado. Quizá no se esperaba aquella pregunta.

–Sí.

–No, no lo sé –respondió, pero su voz no tenía el tono neutro de siempre, parecía alterado. Dánae sospechó que le estaba mintiendo.

–¿Seguro?

–En realidad... –Por un instante pareció dispuesto a decírselo, pero luego rectificó—. No, no lo sé.

–Si no me lo quieres contar, dímelo sin más –le espetó la joven fríamente. A estas alturas, odiaba los secretos.

–Está bien. No quiero contártelo –repuso.

–Bien. Haberlo dicho desde el principio –dijo, dándole la espalda, zanjando aquella breve charla. Ya lo averiguaría de un modo u otro. Quizá Lucas o

Abril tuvieran la respuesta.

\* \* \*

Ya era de día. Dánae escuchó pasos fuera, en la sala principal. Axel aún dormía apaciblemente. Se aseguró de que no fuera a despertarse y le dio la espalda para cambiarse. Se quitó la ropa sucia y manchada de sangre de la noche anterior y se metió en el baño de la habitación. Se dio una ducha, tratando de no mojar su vendaje. Poner la cabeza bajo el agua la ayudó a despejarse. Todavía estaba algo aturdida por todo lo que había pasado la noche anterior. Se colocó unos vaqueros y una camiseta de manga corta cualquiera. Se dirigió hacia el salón principal sin hacer ruido. Axel parecía no haberse enterado de nada.

En el recibidor se encontró con Abril y Lucas hablando divertidos en la mesa.

–Buenos días –saludó Dánae.

–Dánae, ¿cómo estás? –preguntaron al unísono.

–Bien, algo cansada, pero mucho mejor.

–¿Te duele mucho? –preguntó Lucas, mirando su hombro.

–No, era muy aparatoso, pero tampoco fue para tanto –respondió, tratando de quitarle hierro al asunto.

–¿Y Axel? –preguntó Lucas.

–Sigue durmiendo. No le he despertado.

–Entonces siéntate a desayunar con nosotros –la invitó Abril.

–Gracias –dijo sentándose y cogiendo un par de tostadas de un plato repleto hasta arriba que había en el centro.

–¿Vosotros también vivís por aquí cerca? –preguntó con curiosidad. Les veía aparecer y desaparecer por Argentum, pero apenas sabía nada sobre sus vidas. Tan solo lo que Axel le había contado sobre sus infancias tras la batalla que se llevó a la mayoría de sus progenitores.

–No, yo vivo en la Tierra –explicó Abril–. Después de la batalla en la que murió mi madre, mi padre y yo nos trasladamos a la Tierra. Ahora ya no vivo con él, pero de alguna manera, aquel lado del mundo se ha convertido también en mi hogar, así que vivo en un piso del centro de la ciudad.

–¿Nunca has pensado en volver a Argentum?

–Muchas veces, pero no he encontrado el momento de decírselo a mi padre todavía. No lleva muy bien todo lo que pasó.

–¿Y tú, Lucas? –Dánae sabía que sus padres adoptivos también habían muerto, así que imaginó que también se habría trasladado.

–Yo vivo cerca de aquí. Me construí una pequeña casa en la selva, aunque no es gran cosa.

–¿Pero no es peligroso vivir ahí? los Renegados podrían atacarte.

–Sí, pero este es mi hogar. No voy a marcharme por culpa de esos desgraciados.

Dánae asintió, admirando la valentía de su hermano, pero preocupada a la vez por los riesgos que corría ahí afuera.

Mientras comían, recordó la pregunta que Axel no había querido responder la noche anterior.

–Hay algo que quería preguntaros –dijo.

–Dime –repuso Lucas.

–¿Por qué Sibila me evita?

Ninguno respondió al momento, pero se miraron el uno al otro con cara de circunstancias.

–Bueno, tenemos nuestras sospechas –dijo su hermano.

–¿Y cuál creéis que es el motivo? –preguntó, impaciente.

–Está celosa –dijo Abril.

–¿Celosa? –esto la pilló completamente desprevenida–. ¿De mí?

–Sí –afirmó Lucas, corroborando lo que había dicho Abril.

–¿Por qué? No tengo nada que ella no tenga, más bien al contrario. No tiene sentido.

–Sí lo tiene –dijo Abril–. ¿Quién está contigo la mayor parte del tiempo?

–Axel.

–Pues ahí lo tienes –repuso.

–¿Pero qué tiene que ver? –preguntó molesta.

–Sibila está enamorada de él –explicó Abril.

–¿Cómo? –preguntó incrédula. ¿Cómo era posible que alguien se enamorara de él? Era tan frío y distante. ¿A quién podía gustarle eso?

–Es la verdad, por muy raro que te suene –dijo su hermano–. Incluso estuvieron saliendo hace años. No sabemos qué pasó exactamente, pero rompieron de la noche a la mañana.

–Parece ser que Axel le guarda rencor a Sibila.

–Vaya –murmuró, sorprendida de que Axel pudiera sentir algo por alguien, aunque fuera rencor. Ahora entendía por qué no le había querido contar nada. Aquella era una información muy personal. Se sintió culpable por haber indagado. Si él no quería que ella lo supiera, debería haberle respetado.

–Creo que tenías derecho a saberlo –dijo su hermano, casi leyendo sus pensamientos. Abril asintió, respaldando lo que Lucas decía.

–Es muy inquietante que alguien te odie sin saber por qué –añadió Abril–. De todas formas, actúa como si no supieras nada.

–Está bien –dijo–. Guardaré el secreto.

Justo cuando dijo eso apareció Sibila por la catarata. Apenas los saludó. Probablemente no había escuchado nada, pero Dánae se puso nerviosa.

–¿Dónde está Axel? –preguntó con prepotencia, sin ni siquiera saludar. Dánae sintió tentaciones de no responderle, pero al final le dio la información que necesitaba.

–En la habitación –dijo la chica, sin atreverse a mirarla a los ojos. Quizá leyera en ellos que sabía su secreto. Sin embargo, en vez de avanzar por el pasillo, Sibila se quedó quieta, observándola fijamente. Dánae no tuvo más remedio que mirarla. Se percató de que sus ojos estaban llenos de odio. Se estaba muriendo de celos, ahora lo veía claro. Casi se echó a reír. Podía quedarse a Axel para ella sola. No tenía el más mínimo interés en él. Finalmente, Sibila dio media vuelta y se marchó altivamente por el pasadizo, en dirección a la habitación.

Dánae miró a Abril y a su hermano y no pudieron evitar echarse a reír. La situación era tan absurda que rozaba lo cómico. Dánae se sintió bien al sonreír. Habían pasado tantas cosas en las últimas dos semanas que no recordaba la última vez que se había divertido.

\* \* \*

Axel salió con cara de malas pulgas a la sala principal. No había podido aguantar a Sibila ni cinco minutos. La chica lo siguió hasta el salón, con la mirada ensombrecida.

–Creo que han discutido –le susurró Lucas a su hermana.

Axel se sentó al lado de Dánae y se empezó a untar un par de tostadas que quedaban en la mesa, furioso.

–Me marchó –dijo Sibila, acercándose sutilmente a la mesa. Le lanzó una fugaz mirada a Axel, que la ignoró por completo. Después, miró a Dánae, que estaba sentada a su lado. Estaba claro que no le gustaba verlos tan cerca, pero no dijo nada. Dio media vuelta y desapareció bajo las aguas de la catarata. Cuando Axel engulló la primera de las tostadas, miró a Dánae sin demasiada amabilidad.

–¿Le has dicho tú que estaba ahí dentro? –preguntó Axel, rompiendo su

silencio.

–Sí –respondió, sin comprender muy bien a qué venía aquella actitud. Entendía que estuviera enfadado, pero ella no era la culpable.

–La próxima vez que Sibila te pregunte dónde estoy, dile que no lo sabes.

Dánae no replicó, no tenía ganas de discutir de buena mañana.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Lucas, sin cortarse un pelo.

Axel lanzó una mirada fugaz hacia Dánae y después a su hermano, como advirtiéndole a Lucas que teóricamente la joven no sabía nada sobre su pasado con Sibila.

–No te preocupes, Axel. Se lo he explicado –soltó Lucas, sin ningún tipo de remordimiento. Dánae lo miró con los ojos desorbitados, esperándose la peor reacción del mundo por parte de Axel. Sin embargo, se limitó a asentir, como si le pareciera bien. Entonces, ¿por qué anoche no se lo quiso contar? ¿Qué les habría sucedido?

–No ha pasado nada. Hemos discutido, sin más –dijo–. Ya sabes que prefiero no hablar del tema.

Dánae comprendió por qué no había querido contarle nada. Simplemente no le gustaba rememorarlo.

–¿Carlos no ha llegado todavía? –preguntó Axel, cambiando de tema–. Dijo que debíamos vernos para hablar sobre el segundo objeto legendario.

–¿Pero para qué queremos el segundo objeto? Al fin y al cabo, si no tienen el primero, no podrán realizar el ritual –puntualizó Dánae.

–Tienes toda la razón del mundo –respondió Abril–. Pero ellos seguirían atemorizando a los pocos habitantes que quedaran en este mundo, seguirían intentando hacerse con el control, de un modo u otro.

–¿Entonces?

–Nosotros tomaremos el control de los dos mundos –concluyó Axel.

–¿Queréis robar los siete objetos para llevar a cabo el ritual?

–Exactamente –contestó Abril–. Si tenemos el control absoluto, no tendrán más remedio que rendirse. Se acabará el terror que llevan imponiendo durante siglos.

–Entiendo –susurró Dánae, pensativa, viéndole sentido al plan–. ¿Y de qué objeto se trata? –preguntó después, sin recordar el listado que había visto en aquel libro unos días atrás.

–El collar de Nefertiti –reveló Axel, que tenía mejor memoria.

–¿Iremos a Egipto? –preguntó Dánae, emocionada. Axel asintió–. Entiendo

que esta vez me dejaréis ir con vosotros.

–Por mí sí, pero antes debes aprender muchas cosas. Esto no es un juego – dijo Axel, dándole un bocado a la segunda tostada.

–Por supuesto. Lo que sea necesario –contestó Dánae, mostrando su compromiso con la causa.

–Ha dicho que por su parte sí –repuso Lucas–. Pero no has tenido en cuenta a los demás.

–¿Cómo? –preguntó Dánae, molesta. ¿Su propio hermano le estaba poniendo palos en las ruedas?

–Preferiría que te quedaras y no creo que la opinión de Carlos difiera mucho de la mía.

La joven lo miró irritada. Era demasiado sobreprotector. Entendía que se preocupara por ella, pero no podía tenerla encerrada siempre en una torre de marfil. Lucas pareció percatarse de lo que estaba pensando su hermana.

–No es que piense que no seas capaz de hacerlo. Has demostrado de sobra tu valía, pero no estás bien entrenada todavía. Sería una irresponsabilidad por mi parte dejarte ir tan pronto. Pero no somos solo tu padre y yo los que tenemos voz en esto. ¿Tú qué opinas, Abril?

La joven parecía incómoda con el hecho de tener que tomar una decisión como esa, pero al final dio su opinión.

–Creo que, si desea ir, tiene todo el derecho. Al fin y al cabo, tenemos la Venus gracias a ella, sin Dánae jamás lo habiéramos logrado. Es más, quizá ahora estaríamos todos muertos.

–Tienes razón, pero es peligroso –dijo Lucas–. La última vez salió herida.

Dánae se acercó a él y le cogió la mano. Más allá de su enfado, estaba conmovida por el hecho de que se preocupara tanto por ella.

–Tranquilo –le dijo con una sonrisa amable–. No va a pasarme nada malo.

–¿Cómo puedes estar tan segura? –preguntó, arrugando las cejas.

La noche anterior había decidido no contarle a nadie que Aníbal no parecía tener intenciones de matarla, así que se mantendría firme. Aquella información no haría más que incrementar la inquietud de Lucas, así que inventó algo más plausible.

–Es un presentimiento.

Lucas no pareció muy convencido con aquella respuesta y la miró con escepticismo. Sin embargo, contestó algo completamente opuesto a lo que esperaba.

–Está bien –accedió.

–Gracias, te prometo que no te fallaré –dijo la chica, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Por cierto, no hemos hablado de ello todavía –intervino Abril, que llevaba muriéndose de la curiosidad desde que habían regresado de Egipto–. ¿Qué pasó ayer cuando volvíais con la Venus?

Se hizo un silencio momentáneo y Axel reaccionó rápidamente.

–Aníbal nos encontró y tuvimos problemas –contestó.

–Sí, fue todo muy deprisa –añadió Dánae–. Nos enfrentamos a él y en medio de la confusión, pudimos abrir la grieta y lanzar la Venus por el portal. A duras penas conseguimos escapar –explicó Dánae, omitiendo el beso de Aníbal y el hecho de que les había dejado escapar.

–Menos mal... –murmuró Abril.

–Por cierto, ¿cómo vamos a saber cuándo quieren robar el collar? –preguntó Dánae, volviendo al tema principal y dando por zanjada su explicación.

–Carlos es capaz de leer el futuro en los astros –respondió Abril con una sonrisa llena de orgullo.

–¿Cómo? ¿Mi padre lee el futuro? –preguntó atónita–. ¿Puede saber todo lo que harán los Renegados?

–No, en realidad no funciona así –dijo Abril, riendo–. No es como una bola de cristal, digamos que para poder encontrar respuestas, necesita saber exactamente lo que está buscando e interpretarlo dependiendo de la posición de los astros.

Dánae asintió, sorprendida ante aquel descubrimiento. Su padre nunca le había hablado sobre ello, pero ahora comprendía por qué, cuando era pequeña, lo veía siempre en la terraza de casa, mirando al cielo atentamente.

–Me ha dicho que vendrá esta noche a las once para observar las estrellas –añadió Abril–. Así que pronto sabremos cuándo pretenden actuar los Renegados.

\* \* \*

Ya había anochecido. Axel y Dánae estaban en la sala principal, acabando de cenar. Carlos tenía que aparecer por allí en menos de media hora para interpretar los astros. El cielo nocturno estaba claro y el ambiente era cálido y húmedo, tropical. La Luna llena iluminaba Argentum de una manera extraordinaria y las estrellas brillaban con fuerza a su alrededor. La voz de

Axel la devolvió a la realidad.

–Me gustaría explicarte lo de Sibila –murmuró.

Ciertamente, el tema del que quería hablar pilló a Dánae completamente desprevenida. Había sido bastante tajante al respecto, no le gustaba hablar sobre ello. ¿Por qué había cambiado de opinión?

–Dime –dijo con suavidad, no quería que se arrepintiera de haber sacado el tema.

–Es algo del pasado –soltó. ¿Por qué le estaba diciendo eso? Sin embargo, Dánae lo escuchó atentamente, sin interrumpirle–. Pero ella no lo ve así. No deja de insistir en que volvamos. Ya no sé qué hacer. Quizá tú puedas ayudarme. ¿Cómo le hago entender que ya no me interesa? –¿De verdad le estaba pidiendo consejo? Axel levantó la mirada hasta los ojos de la joven. Dánae observó que con el reflejo de la Luna en las paredes de Argentum, sus ojos parecían más plata que azul. Su cabello rebelde le caía desordenadamente por la frente. En su rostro le pareció ver un atisbo de desesperación. Realmente la situación era complicada para él.

–No sé qué decirte –respondió sinceramente–. Quizá lo único que debes hacer es dejarle claro que ya no deseas estar con ella. ¿Se lo has dicho directamente?

Axel la miró un instante y vio duda en sus ojos. El chico negó con la cabeza.

–Por que estás seguro de que ya no quieres estar con ella, ¿cierto? –le preguntó.

–No lo sé –respondió, para su sorpresa. ¿Eso quería decir que Axel todavía sentía algo por Sibila? Sin saber por qué, aquello le molestó, pero trató de disimularlo–. Estoy hecho un lío. Después de lo que me hizo...

–Si no es mucho preguntar, ¿qué fue lo que pasó?

–Ya hace diez años de aquello, pero no consigo olvidarlo. Teníamos tan solo quince años, no sabíamos ni lo que estábamos haciendo, pero yo estaba perdidamente enamorado de ella, así que empezamos a salir. Un día, la fui a buscar al instituto, y la vi besando a otro. Te aseguro que me pasaron muchas cosas por la cabeza en aquel momento, pero opté por lo más sensato y salí corriendo de allí. Al día siguiente, la dejé sin darle más explicaciones. No creía que las mereciera.

–Entonces, ¿no sabe que la viste?

Axel negó con la cabeza.

–La he castigado con mi indiferencia desde entonces, pero ella insiste en que



volvamos a salir. La verdad es que no estoy seguro de nada. Quizá tan solo estuviera enamorado de una idea. Ella demostró ser una persona distinta a la que yo creía.

–Teníais tan solo quince años –respondió Dánae, sintiéndose estúpida por defender a Sibila–. Era muy joven y probablemente estaba confundida.

–Igualmente. Yo jamás lo hubiera hecho. Nunca podré confiar en ella, y una relación sin confianza no tiene ningún sentido.

–¿Y por qué no le dices que la viste?

–Sería peor –afirmó–. No sé qué excusas pondría. Pero ni quiero, ni necesito oírlas.

–Lo siento –dijo finalmente Dánae, apoyando la mano en el hombro de Axel. Aunque se sentía mal por él, se alegraba de que le hubiera confiado aquella historia. El chico no respondió y la miró con una sonrisa amarga.

–Te debo parecer patético.

–No, para nada. Tan solo tienes que responderte una pregunta a ti mismo para saber lo que debes hacer.

–¿Y qué pregunta es esa?

–¿La sigues queriendo?

Axel miró largamente a Dánae antes de responder.

–No. Creo que no. Cuando se acerca a mí con esos aires de grandeza, hace que la odie aún más. Pero aunque su tren ya pasó, creo que dentro de mí sigue habiendo aquel adolescente inseguro y traicionado –concluyó bajando la mirada y llevándose las manos a la cara–. No sé cómo pedirle que se aleje de mí. Intento hacerlo con mi actitud, pero parece no importarle que la trate mal.

Dánae no pudo evitar abrazarlo. Quería reconfortarlo. Axel se sorprendió, pero pronto él hizo lo mismo. La abrazó con fuerza, ocultando su cara en el hombro sano de la chica. Dánae no se imaginaba que él, que parecía tan frío y calculador, se desmoronaría así por culpa de Sibila. Axel levantó la cabeza, algo avergonzado por haberse mostrado tan abiertamente ante Dánae. Sus rostros quedaron muy cerca. Estaban quietos, mirándose fijamente. Él se acercó un poco hacia ella y Dánae se sorprendió haciendo lo mismo, como si estuviera hipnotizada por esa mirada plateada. Sintió la respiración de Axel muy cerca de sus labios y la joven no pudo evitar cerrar los ojos, dejándose llevar.

–¡Axel! –interrumpió una voz femenina. Se separaron al instante,

desconcertados por lo que había estado a punto de pasar. Dánae se enfadó consigo misma. ¿Es que se había vuelto loca? ¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Él le confesaba su historia de amor con Sibila y ella había estado a punto de besarle como respuesta? Cuando consiguió reaccionar, miró hacia el lugar de donde provenía la voz. Se le heló la sangre al comprobar que era Sibila, acompañada de Carlos, que miraba la escena divertido. Una expresión muy distinta a la que se mostraba en el rostro de ella, que miró furiosa a Dánae.

–¡Lo sabía! –gritó dirigiéndose a ella–. ¡Eres una...! –No terminó la frase, prefirió abalanzarse sobre ella. La tiró de la silla y cayeron las dos rodando al suelo. Sibila empezó a abofetearla. Dánae sintió el sabor de la sangre en sus labios. Realizó un rápido movimiento e inmovilizó a Sibila, que seguía revolviéndose como un animal rabioso. Axel se quedó atónito. Realmente era cinturón negro.

–¡Sibila! –gritó Carlos–. ¿Qué haces?

Los dos corrieron hasta ellas y Carlos retuvo Sibila, que seguía dando manotazos y patadas al aire.

Dánae intentó levantarse, pero estaba algo aturdida. No se esperaba aquella reacción. La mano de Axel apareció frente a su nariz. La chica la aceptó y él la ayudó a levantarse.

–Marchaos dentro –dijo Carlos–. Yo hablaré con ella para que se tranquilice. Axel asintió y se metió por el pasadizo. Dánae lo siguió, con la cara adolorida. Entraron en la habitación y, aunque al principio se sintió más relajada al haber salido de la presencia de Sibila, pronto se dio cuenta que después de lo que había estado a punto de pasar en el salón, estar a solas con él la intimidaba. Axel se sentó en la cama y Dánae hizo lo mismo, pero en la otra punta. No sirvió de nada. Al cabo de un momento, él estaba a su lado.

–Déjame ver –dijo, levantando el rostro de la chica a su altura, analizando la mejilla enrojecida por los golpes y su boca ensangrentada–. Lo siento. –Pasó un dedo sobre sus labios, secando la sangre con delicadeza. La chica sintió que se le entrecortaba la respiración–. Ha sido culpa mía –acabó diciendo él.

–No –dijo Dánae con una sonrisa amarga–. Ella es la única culpable. No debería haber reaccionado así, ya es hora de que se entere de que no estamos en la prehistoria. Esto no es ninguna lucha, todos somos libres de hacer lo que queramos.

Él le dedicó una media sonrisa. Dánae se sintió terriblemente culpable al

pensar que estaba muy guapo sonriendo. ¿Cómo iba a volver a mirar a Mario a la cara? No podía seguir viéndole si tenía a Axel tan cerca.

–Con un poco de suerte, quizá Sibila se aleje de mí –dijo con una carcajada, que hizo que desapareciera toda la tensión que se había formado entre ellos. Dánae también rió nerviosamente, tratando de deshacerse de aquel sentimiento de culpa.

Se oyeron golpes en la puerta.

–¿Se puede? –era Carlos.

–Sí –contestaron al unísono. Sin embargo, antes de que abriera, Dánae se puso de pié de un salto para tomar distancia de Axel. Carlos entró.

–He convencido a Sibila para que se marchara a casa. Seguía furiosa. ¿Estás bien, Dánae? –preguntó acercándose a su hija y examinando su rostro. La joven asintió–. Supongo que no esperabais que ella viniera a esas horas, ¿verdad?

–Lo cierto es que no –respondió Axel.

–Lo siento, se ha empeñado en venir a verte y se ha encontrado con el pastel –le dijo al chico. Parecía que aquello le hacía gracia.

–¡Te equivocas! –dijo Dánae velozmente–. No ha pasado nada.

–¿Así que hemos interrumpido? –dijo casi riendo, provocándoles.

–¡No! ¡No pasaba nada!

–Pues no lo parecía –añadió. La chica miró a Axel para que la ayudara a defenderse.

–Es cierto, tan solo estábamos hablando –reiteró el joven–. Dánae me estaba ayudando a pasar un mal momento...

–Pues, Dánae, tienes una manera muy eficaz de ayudar –dijo Carlos con una carcajada.

–Oh, Papá, ya basta –espetó.

–Ya es de noche, ¿no será mejor que vayas a ver qué te dicen los astros? –dijo Axel con picardía, tratando de deshacerse de él.

–Es cierto. Dánae, no pareces sorprendida –observó Carlos, al ver que su hija no preguntaba de qué estaban hablando.

–Abril me contó que puedes leer las estrellas.

–Muy bien –dijo finalmente–. Voy a la cúpula de astronomía que hay en lo alto de La Torre. En unas horas espero poder deciros cuándo pretenden actuar los Renegados.

Los dos asintieron y Carlos se marchó, dejándolos de nuevo a solas.

–¿Torre? ¿De qué Torre está hablando? –cuestionó la chica.

–Pronto te la mostraré. Está en territorios de Argentum, pero adentrada en el bosque.

–¿Es igual de seguro que aquí? –musitó.

–Sí, nada podrá pasarte cuando estés allí.

Dánae suspiró aliviada y se preguntó que debía hacer a continuación. Cualquiera cosa la ponía en un aprieto. Si se iba a dormir, estarían en la misma cama; si iban los dos a la sala principal no sabría de que hablar con él. Encima se sentía terriblemente avergonzada de no haber pensado ni por un instante en Mario al tener a Axel tan cerca.

–¿Vamos a la sala principal? –preguntó Axel.

Dentro de las posibilidades, le pareció la menos comprometida. Así que se limitó a asentir y a seguirle hasta la sala. Se sentaron en un par de butacas a esperar a que Carlos volviera. Guardaron silencio, observando hacia la selva, dónde se movían sombras misteriosas. También se podían escuchar sonidos siniestros. En vez de un lugar alegre y verde, aquella noche tenía un aspecto lúgubre, a pesar del brillo extraordinario de la Luna. Entonces, lo vio. Se levantó espantada.

–¿Qué pasa? –preguntó Axel, al verla tensa.

–Había alguien cerca –murmuró. Había logrado vislumbrar una figura entre la espesura. Argentum estaba en un lugar elevado y permitía ver casi la totalidad de la selva, pero Dánae jamás pensó que fuera a descubrir nada entre los espesos matorrales.

–¿Dónde? –preguntó Axel, manteniendo la calma.

–Ahí –dijo señalando al punto, pero ya no había nadie.

–Debía de ser un animal –dijo con una sonrisa burlona, aunque, en el fondo, sospechaba que podía ser algo más. Sin embargo, no quiso asustar a Dánae.

La chica se sentó de nuevo en la silla. Exacto, debía ser un animal, se dijo a sí misma. Pero lo vio de nuevo, esta vez con más claridad. Sus ojos resplandecían con maldad bajo las estrellas.

–¡Aníbal!

–¿Qué dices? –preguntó Axel, alterado.

–Aníbal está ahí fuera –dijo con voz temblorosa.

–¿Estás segura?

No respondió, tenía un terrible presentimiento y se imaginó lo peor.

–No querrá... –musitó, nerviosa.

–Dánae, ¿qué dices?

Antes de que le pudiera responder, Axel vio horrorizado cómo Dánae bajaba corriendo por la catarata, no sin antes haber cogido una espada de la sala.

–¡Espera! –Axel salió tras ella–. ¿Adónde vas? Es peligroso. No le contestó–. ¡Dánae! –insistió. Axel le pisaba los talones, bajando por las piedras de la catarata.

Entonces, Dánae sintió cómo Axel agarraba su mano. En un vano intento de soltarse de él, la chica resbaló y cayó al vacío, pero Axel no la había soltado. Él estaba cayendo con ella. La joven vio con horror que el suelo rocoso estaba cada vez más cerca. Cuando quedaban apenas unos diez metros para llegar al suelo, sintió que se le nublaba la vista y se desvaneció.

## CAPÍTULO 13

Dánae sentía una mano golpeando su cara con suavidad, pero con firmeza. Entreabrió los ojos y vio a Axel encima de ella. Se incorporó al instante, separándose de él. Tardó unos segundos en situarse. Estaba en el suelo, manchada de barro, pero sin ninguna magulladura. En cambio, Axel estaba lleno de heridas. Entonces, recordó que estaban cayendo por la catarata, pero ¿qué había pasado después?

–¿Estás bien? –preguntó. La joven asintió.

–Pero tú... –murmuró.

–Sólo son heridas superficiales...

–¿Qué ha pasado?

–Antes de que cayéramos he logrado cogerme a una roca y agarrarte como he podido. Pero hemos acabado cayendo, aunque solo unos metros. Nada grave.

–Y tú has caído debajo –dedujo por sus numerosas magulladuras. Él asintió–.

¿Cuánto rato he estado inconsciente?

–Un par de horas.

–¿Qué? ¿Dos horas? –exclamó, escandalizada–. Tenemos que ir a buscar a Carlos antes de que sea tarde.

–¿Pero de qué estás hablando? ¿Por qué has salido corriendo?

–He visto a Aníbal en la selva. Creo que Carlos puede estar en peligro. Quizá quiera acabar con él y evitar así que nos diga el día del segundo robo –explicó.

Axel comprendió entonces por qué la chica se había puesto tan nerviosa. ¿Y si tenía razón? Ya habían pasado dos horas, pero era imposible que Aníbal hubiera interceptado a Carlos en su camino hacia La Torre. El camino estaba completamente vallado y el único acceso estaba hechizado. Nadie que no fuera guardián podría cruzar aquella puerta. Se distrajo de sus pensamientos cuando se movieron unos matorrales cerca de ellos. Axel y Dánae se miraron, tensos. Entonces, una silueta conocida apareció de entre los arbustos. Era Carlos.

–¿Qué hacéis aquí? –preguntó, al verlos abajo, llenos de barro. Se asustó al ver las heridas de Axel–. ¿Qué ha pasado?

–Carlos, ¿estás bien? –preguntó el chico.

–Claro que estoy bien –contestó extrañado–. ¿Por qué no debería estarlo?

–He visto a Aníbal merodeando por aquí –explicó Dánae–. Pensé que iba a atacarte antes de que llegaras a La Torre y he salido corriendo.

–La he seguido, pero hemos caído accidentalmente por la catarata, así que Aníbal ha tenido tiempo de sobra para escapar.

–¿Pero estáis bien? –Los dos asintieron.

–Creo que necesito una ducha–dijo la chica.

–Sí, yo también –contestó Axel.

–Ve tú primero si quieres –ofreció Dánae, no quería que se le infectaran las heridas a Axel.

–No importa, puedo esperar.

\* \* \*

Dánae salió de la ducha y se cambió en la habitación. Se apresuró a ponerse ropa cómoda. Se disponía a salir para reunirse con Axel y Carlos, cuando escuchó a alguien picar a la puerta.

–Adelante.

Axel entró. Tenía un aspecto lamentable, lleno de barro y heridas, pero seguía teniendo algo que la atraía de una forma muy extraña. Se quitó esos pensamientos de la cabeza. Trató de convencerse de que tan solo tenía ojos para Mario.

–¿Carlos está en el salón? –preguntó Dánae.

–No, ya se ha marchado.

–Pero nos tenía qué contar lo que había visto en las estrellas –murmuró impaciente.

–Tenía que marcharse pronto, así que me ha pedido que te lo explique yo mismo.

–¿Entonces te lo ha contado?

–Sí, resulta que...

–Espera –lo interrumpió Dánae. Sentía lástima por él, estaba magullado y cansado–. Será mejor que te duches y te relajes primero –dijo–. Me lo puedes explicar más tarde.

El chico sonrió y se metió en el baño. Dánae se sentó en la cama a esperarle, recostada sobre unos grandes cojines que colocó sobre la almohada. Apagó las antorchas, dejando encendida tan solo una pequeña vela que descansaba sobre la mesita de noche. Al cabo de un rato, escuchó que se abría la puerta del baño.

–¿Sigues despierta? –oyó la voz de Axel al otro lado.

–Sí –afirmó.

Axel entró en la habitación y Dánae se puso tensa al ver que no llevaba la camiseta puesta. Se quedó unos momentos mirándole. Nunca antes se había fijado, pero tenía un cuerpo envidiable.

–Podrías ponerte algo de ropa –sugirió, apartando la vista.

–Siempre he dormido sin camiseta y nunca te ha molestado –contestó, arqueando una ceja–. No se qué mosca te ha picado.

–Es igual –repuso la joven, soplando la vela de la mesita de noche. Ojos que no ven, corazón que no siente.

–los Renegados quieren robar el collar de Nefertiti de aquí a una semana – dijo Axel, metiéndose en la cama a su lado.

–¿Y dónde está ese collar?

–En el palacio real.

–¿Pero cómo vamos a entrar en el palacio real y robar el collar de la reina? – preguntó asustada.

–No lo sé. Tenemos unos días aún para planearlo.

–Espero que esta vez no sea tan accidentado.

–Aunque no te lo parezca, tuvimos mucha suerte.

–Sí, vamos, una suerte inmensa –dijo con ironía–. Incluso intimé con Aníbal.

–Pero si solo fue un beso –dijo.

–Yo no le doy un beso a cualquiera –Se arrepintió de haber dicho aquello casi al instante.

–Yo tampoco –repuso él. Dánae se alegró de haber apagado la luz. No hubiera podido enfrentarse a su mirada en aquel momento.

–Bueno –balbuceó nerviosamente–, es tarde. Será mejor que durmamos.

–Como quieras. Buenas noches.

Dánae cerró los ojos. No podía parar de pensar en Mario. Al día siguiente iría a verle para aclarar las cosas.

\* \* \*

Dánae se despertó por culpa de los zarandeos de Axel. Abrió los ojos y lo miró molesta. Estaba de pie inclinado sobre ella, vestido de deporte.

–¿Qué quieres? –musitó adormilada, mirando el reloj–. Son las cinco de la mañana.

–Vamos a entrenar –respondió con firmeza.

–Ya entrenaremos más tarde. Déjame dormir en paz –espetó malhumorada. No soportaba despertarse tan temprano. Sin embargo, Axel no se rindió.



Cogió la fina manta que la cubría y la destapó de una vez. La chica se incorporó, indignada. Pero antes de que pudiera rechistar, Axel la estiró del brazo y la sacó de la cama.

–Vale, ya lo he entendido –exclamó, irritada.

–Estaré en la sala principal. Espero que de aquí a diez minutos la señorita ya esté arreglada –dijo en tono burlón.

La joven cogió un chándal de pantalón corto y una camiseta de tirantes que Axel le había dejado sobre la silla y le hizo un movimiento con la cabeza para que se marchara mientras ella se cambiaba. Así lo hizo. Hacía un calor abrumador, pero todavía sentía el frescor de las noches de Argentum en el ambiente. Se hizo una rápida coleta, se aseó un poco y salió a la sala principal en busca de Axel.

–Ya estoy lista –farfulló.

Axel le lanzó un palo de madera tan deprisa que apenas lo vio, pero, milagrosamente, su brazo salió en su busca y lo cogió al vuelo.

–Por lo menos tienes buenos reflejos –admitió Axel.

Dánae le dirigió una mirada de resentimiento. Seguía enfadada por sus malas maneras de despertarla.

–Ven conmigo –le dijo el chico–. Vamos a ir a La Torre, allí hay una sala especial para combatir.

–¿Combatar? –murmuró insegura, mientras lo seguía por la senda del bosque de Argentum. Dánae observó que, aunque en ese camino no tuvieran la protección que tenían en la cueva, por lo menos había unas grandes barreras que impedirían que nadie entrara fácilmente desde el exterior. Se sintió estúpida al haber pensado que podrían atacar a Carlos allí.

–Sí, he dicho combatir.

–Pero yo no sé...

–Por eso, se trata de que aprendas. Te explicaré algunos movimientos básicos que te servirán para defenderte y atacar si es necesario. A partir de ahí, todo será practicar.

Siguieron unos minutos más por la senda, hasta que ante ellos se elevó un hermoso y antiguo montículo de piedra. Axel se detuvo allí. La joven observó con detenimiento aquella extraña construcción. Estaba cubierta prácticamente por la vegetación de los alrededores, dándole un aspecto mágico. ¿Aquella era la famosa torre? No era ni una atalaya, ni un castillo, ni siquiera una casa. Se trataba de la cabeza de un soldado de la época romana de dimensiones

descomunales. Probablemente habría formado parte de una monumental estatua de un legionario. La joven se fijó en una gran apertura que había en la parte superior del casco de la cabeza. Debía de ser la sala de astronomía de la que había hablado Carlos. Vio que también había unos pequeños agujeritos en la piedra. Quizá fueran ventanas para dejar entrar la luz del día a aquel lugar magnífico e inquietante a la vez.

—¿Esto es la famosa Torre? Pero si es la cabeza de una estatua romana... — musitó, atónita.

—Sí.

—Pero pensé que los humanos nunca habían pisado Argentina.

—Y nunca lo hicieron.

—Entonces, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Es una larga historia, ahora no tenemos tiempo. Sígueme.

Dánae quiso protestar, pero le hizo caso y siguió caminando sin quitar los ojos de aquella insólita cabeza de piedra. Axel la llevó hasta una puerta de madera de grandes dimensiones. Sacó unas llaves del bolsillo y la abrió. Dánae oyó el estruendo de la puerta al abrirse, como el gruñido de un león, que retumbó por las paredes de aquel lugar. En cuanto entraron, la oscuridad los invadió. Axel recitó algo incomprensible para ella y extendió la palma de la mano hacia el techo. De pronto, las antorchas que colgaban de las paredes se encendieron con un fulgor rojizo e intenso, iluminando una gran sala central. Estaba vacía y era completamente circular, respetando la forma del casco romano. Dánae siguió a Axel hasta llegar a unas escaleras de caracol que llevaban a un piso subterráneo. La joven bajó con cuidado, las paredes y el suelo de piedra estaban húmedos y algo de moho había crecido en las piedras. Llegaron a una sala con siete puertas blancas. Dánae las observó fascinada. Aquel lugar era completamente distinto a todo lo que había visto hasta entonces. Axel abrió la primera puerta de la derecha y cruzó al otro lado. Dánae lo siguió, aunque hubiera deseado explorar por el resto del edificio para descubrir lo que escondían las otras seis puertas. Accedieron a una inmensa sala, iluminada también por antorchas, similares a las de la sala de la entrada. Con aquella luz apenas se podía apreciar la belleza e inmensidad del lugar, pero Dánae pudo sentirla. Axel cerró la puerta a sus espaldas y la miró.

—Bien. Comencemos.

\* \* \*

Durante más de dos horas, Axel le enseñó múltiples tipos de ataques y defensas con los bastones, que se almacenaron en la cabeza de Dánae de manera ordenada y rápida. Sus entrenamientos en artes marciales la habían ayudado a tener la habilidad suficiente para aprender deprisa lo que el chico le enseñaba.

–Bueno, esto es todo cuanto has de saber, al menos a nivel básico –concluyó, dispuesto a emprender la clase práctica.

–¿Y ahora qué?

–Ahora vamos a practicar lo que te he enseñado. –En su rostro apareció una sonrisa pícaro. Dánae se puso tensa, en la posición inicial que le había mostrado Axel.

–Adelante.

El chico se acercó hacia ella a gran velocidad, con el bastón en alto. Dánae interpuso su palo para frenar el ataque. Después, Axel trató de darle una estocada por el lado derecho, que la joven logró detener con cierta dificultad, en una postura muy poco elegante. Al tercer golpe, Axel usó un engaño y, como consecuencia, el bastón de Dánae salió volando por los aires. Los dos al cayeron al suelo. Aunque la chica trató de usar sus conocimientos anteriores para inmovilizarlo como había hecho con Sibila, Axel también sabía moverse. Así que fue él quien terminó venciendo. Se colocó encima de Dánae, apuntando con el palo a su cuello.

–Si fuera un Renegado, ya estarías muerta –dijo.

–Quiero intentarlo de nuevo –espetó, molesta. No le gustaba perder. Axel salió de encima de la chica y se colocó en posición, pero esta vez de defensa. La mañana pasó volando entre golpe y golpe. Cuando terminaron el entrenamiento, después de cuatro horas de práctica, la chica estaba exhausta. Axel le lanzó una botella de agua y la joven bebió con avidez. Solo cuando sació su sed, se percató de que estaba hambrienta. Sus tripas rugieron, haciendo eco entre esas cuatro paredes de piedra.

–Vamos a Argentum. Comeremos algo –concluyó Axel, disimulando una sonrisa.

\* \* \*

Después de una buena ducha y de comer algo de pasta, Dánae se sintió un poco mejor. Le dolía todo el cuerpo, pero al menos había recobrado parte de las fuerzas consumidas durante aquel duro entrenamiento.

Axel se sentó en una de las butacas de la entrada y se puso a leer un libro.

Dánae lo miró con curiosidad, no parecía el tipo de chico que disfrutaba de una buena lectura, pero ahí estaba. Sonrió. Cuando Dánae se dio cuenta de que lo estaba mirando embobada, zarandeo la cabeza y se marchó a la habitación. Tenía que arreglarse para ir a ver a Mario. No podía seguir con aquellas dudas por más tiempo. Se arregló con calma. No quería alargar aquel momento, pero se sentía muy confundida y no sabía demasiado bien cómo afrontar la situación. Mario tan solo le había dado un beso. Quizá él no sentía más que mera atracción y ella se estaba montando una película. Se miró en el espejo y se recogió la melena en una coleta anudada en la nuca. Se puso un vestido de verano de color lila con pequeños topos blancos y se dirigió hasta la sala.

–Axel –dijo, llamando su atención. El chico levantó la vista del libro, que no había soltado en todo el tiempo–. Necesito ir a la Tierra.

–¿Para?

–Son asuntos personales –contestó. No le apetecía darle explicaciones. Axel pareció molesto. Al fin y al cabo, él le había explicado su situación con Sibila.

–Quieres ir a ver a aquel chico, ¿no es cierto? –adivinó.

–Sí –balbuceó, nerviosa.

–Está bien –accedió–. Pero quieras o no, iré contigo hasta allí.

–¿Por qué?

–No tienes por qué saberlo todo –espetó.

–¿Me estás ocultando cosas?

–No soy yo el que oculto mis “asuntos personales”–soltó.

Dánae lo fulminó con la mirada, pero no contestó.

\* \* \*

Dánae sintió de nuevo aquella presión sobre su cuerpo y pronto apareció junto a Axel al otro lado del árbol milenario. Caminaron tranquilamente hasta el taller de Mario, sin decir nada. La chica miró hacia los árboles, que soportaban estoicamente el insistente sol de verano. Nadie se atrevía a salir a la calle con aquellas asfixiantes temperaturas, así que tan solo se podían escuchar los grillos cantando desordenadamente.

Llegaron hasta la puerta del taller.

–Supongo que no querrás entrar conmigo –le espetó a Axel, inquisitiva.

Él no respondió, simplemente se alejó y se sentó en el banco que había frente al taller, de brazos cruzados. Dánae resopló irritada, aunque al menos estaría

a solas con Mario. Hizo sonar el timbre, pero el chico no apareció hasta al cabo de un rato, jadeante.

–Lo siento, es que acabo de salir de la ducha –se disculpó. De repente, se quedó callado, mirando hacia el banco donde se encontraba Axel, que le sostuvo la mirada. ¿Lo recordaría del otro día? Dánae tragó saliva y sólo por un momento, sintió el ambiente cargado. Decidió romper el silencio incómodo y llamar la atención de Mario de vuelta hacia ella.

–Hoy no vengo a dejarte ningún jarrón –dijo, sonriente.

Él le devolvió la sonrisa e hizo un gesto caballeroso con la mano.

–Adelante.

La chica entró en el taller, aliviada por perder de vista a Axel. De nuevo se dirigieron hasta la salita que había al fondo del pasillo, iluminada con aquella luz rojiza. Mario se marchó a buscar algo de vino para beber. Sin embargo, esta vez Dánae no se sentó en el sofá. Cuando el chico regresó y la vio de pie, la miró unos instantes, desconcertado.

–Siéntate –dijo con una sonrisa.

–Mario, necesito hablar contigo –soltó, ignorando su petición.

–Claro, soy todo oídos –dijo, aunque su expresión se había vuelto seria de repente–. Pero sentémonos, llevo toda la mañana de pie.

–Sí, yo también estoy cansada –repuso la joven con una mueca, recordando el duro entrenamiento de aquella mañana.

Finalmente, se sentaron en el sofá, hundiéndose entre sus blandos y reconfortantes cojines, cubiertos por una funda de estilo oriental.

–Dime –dijo Mario–, ¿de qué quieres hablar?

–Verás, lo que pasó el otro día...–murmuró, dudosa. Tan solo quería saber qué había significado para él, pero no tenía ni idea de cómo preguntárselo sin que sonara desesperada o infantil. No fue capaz de seguir, empezó a balbucear, mirando al suelo. Estaba demasiado nerviosa. Entonces, Mario posó una mano sobre su rostro y acarició su mejilla. El corazón de Dánae se aceleró como una locomotora. ¿Qué significaba eso? Mario se acercó hacia ella lentamente, con intención de besarla. Dánae se quedó paralizada unos instantes. Deseaba aquel beso, pero se levantó del sofá antes de que pudiera hacerlo. Se arrepintió al instante, al ver la cara de desconcierto del chico. Se maldijo a sí misma. ¿Por qué se había apartado?

–Lo siento –dijo Mario cuando recuperó la compostura.

–No, soy yo la que lo siento. Debo irme –soltó. No podía quedarse allí por

más tiempo. Había sido incapaz de hablar con él sobre su situación y no había hecho más que confundirle todavía más. Nunca debería haber ido.

–No volveré a intentar nada así, si tú no quieres –añadió Mario, levantándose del sofá–. Podemos ir con más calma, pero necesito volver a verte –dijo, mirándola con esos ojos cálidos, tan diferentes a los de Axel. Dánae no entendía qué había visto en ella aquel chico tan perfecto. La joven asintió tímidamente.

Cruzaron el pasillo que los llevó hasta la salida del taller. La joven se arrepentía cada vez más de haber evitado que la besara.

–¿Te puedo pedir tu número de teléfono? –preguntó entonces él, parecía preocupado. Dánae lo miró, dudosa. Pasaba la mayor parte del tiempo en Argentum, y allí no había cobertura ni Internet.

–Me robaron el móvil hace unos días –inventó rápidamente. Mario lo interpretó como una evasiva.

–Entiendo.

–Mario, –dijo, sabiendo que el chico había pensado que no quería saber nada más de él–. ¿Te va bien que venga otro día a verte?

–Claro, cuando quieras –contestó con una sonrisa. Parecía aliviado.

La chica le sonrió y salió a la calle. Axel seguía en el banco, en exactamente la misma posición en la que lo había dejado. Pareció fulminar a Mario con la mirada. El chico, esta vez, ignoró a Axel. Tan solo tenía ojos para Dánae. Mario se acercó a ella y le dio un fugaz beso en la mejilla. Finalmente, desapareció tras la puerta. La joven se giró y vio el rostro de Axel, parecía furioso.

–¿Se puede saber qué te ha hecho Mario para que le mires de esa forma? –le espetó, cuando se habían alejado a una distancia prudencial. Pero Axel no contestó, se limitó a encogerse de hombros.

## CAPÍTULO 14

Axel y Dánae paseaban por el bosque de regreso a El Paso, que los llevaría de vuelta a Argentum. Entonces, la joven recordó algo que llevaba días queriendo hacer: visitar a Iris. Aunque nunca se habían llevado especialmente bien, de algún modo la echaba de menos.

–Hoy es martes –susurró la chica.

–Sí. ¿Y qué? –preguntó, extrañado.

–Los martes mi madre tiene una reunión semanal en el trabajo y termina muy tarde. Mi hermana estará sola en casa, así que puede ser un buen momento para ir a visitarla.

–¿También voy a tener que esperar fuera? –preguntó con retintín.

–No, supongo que no –murmuró, pensativa.

Caminaron hasta la casa en la que Dánae había vivido durante tantos años. Había pasado poco tiempo desde que se había marchado a vivir a Argentum, pero lo vio todo muy cambiado. Más abandonado y triste. Picaron al timbre, pero nadie respondió. Dánae asomó el ojo por la rejilla para mirar que Iris no estuviera en el jardín, le solía gustar cuidar de las plantas. Sin embargo, vio que estaba totalmente descuidado. Al verlo todo tan dejado, comenzó a temerse lo peor ¿Y si se habían marchado sin decirle adónde iban? ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si la persona que la espiaba les había hecho algo? Dánae se empezó a preocupar y empleó el recurso que le hubiera gustado no usar nunca. Sacó las llaves que todavía conservaba de la casa y abrió la puerta. Cuando entraron, Dánae se relajó. Por lo menos no estaba todo removido. Parecía que estaba limpio y ordenado, e incluso habitado.

–¿Iris? –gritó. Nadie respondió. Buscó por toda la casa, pero estaba desierta. Mientras Axel esperaba en la entrada, Dánae se dirigió a la habitación de Iris, quizá estaba durmiendo. Cuando entró, lo vio todo tan estrictamente ordenado como recordaba, pero no había nadie allí. Cuando se disponía a salir, vio un sobre tirado en el suelo. Lo recogió, no ponía de quién era en ningún sitio. Cuando iba a dejarlo donde estaba, Axel le habló gritos desde el piso inferior.

–Creo que tu madre viene hacia aquí. ¡Debemos irnos!

No le dio tiempo a pensar y Dánae se guardó la carta en el bolsillo, bajando precipitadamente las escaleras. Miró por la ventana y para su horror,

efectivamente, su madre adoptiva estaba aparcando el coche en el garaje. Axel y Dánae lo dejaron todo tal y como estaba antes de su incursión y salieron lo más rápido posible a la calle, sin que los viera. Se escondieron en un callejón y vieron entrar a su madre a la casa. No tenía muy buen aspecto, parecía cansada. Axel estiró del brazo a Dánae cuando ya no les podía ver y volvieron al bosque para poder regresar a Argentum.

\* \* \*

Dánae se dejó caer sobre una butaca, frustrada. Axel se sentó a su lado.

–¿No se suponía qué tu madre estaba trabajando? –le recriminó.

–Sí, no entiendo por qué ha venido tan pronto. ¿Y mi hermana? Debería haber estado en casa, qué extraño. No hace tanto que me marché, pero parece que hayan cambiado sus rutinas.

Dánae perdió la noción del tiempo mirando hacia el horizonte. Desde la sala principal pudieron ver una hermosa puesta de sol. En un instante, el astro rey desapareció tras las verdes colinas de aquel mundo y la noche cayó como un manto oscuro sobre Argenta.

–Será mejor que cenemos. Ya es tarde –sugirió Axel, interrumpiendo sus pensamientos.

–Tienes razón.

Durante la cena no hablaron demasiado y el tiempo pasó deprisa. No tardaron en marcharse a dormir, sobre todo, porque debían madrugar para entrenar al día siguiente. Axel se metió en el baño a cambiarse y Dánae hizo lo mismo en la habitación. Al quitarse los pantalones, sintió cómo algo se doblaba en el bolsillo y metió la mano, extrañada. Era la carta que había encontrado en la habitación de Iris. Con las prisas había olvidado que se la había guardado. Sabía perfectamente que no debía leerla, pero sentía tanta curiosidad... El sobre estaba amarillento, parecía que hubiera pasado años encerrado en un cajón. ¿Qué hacía en el suelo? Se acabó de poner el pijama y se tumbó en la cama, dándole vueltas a la carta. Justo cuando iba a sucumbir a la tentación, Axel llamó a la puerta para ver si ya había terminado de vestirse.

–Pasa –respondió sobresaltada, escondiendo rápidamente la carta bajo su almohada. Axel se tumbó a su lado–. Buenas noches –añadió Dánae, apagando la luz y dándole la espalda al chico. Cuanto antes se durmiera, antes podría leer aquella misteriosa misiva.

–Vaya, ¿estás cansada? –preguntó, divertido.

La joven respondió en forma de gruñido. Entonces, sintió la mano de Axel



apartando el cabello de su rostro, dejando el cuello y su oreja al descubierto. La chica se estremeció ante su contacto, pero no se movió. Su mano era suave. Luego, sintió su respiración, pausada, muy cerca de ella.

–Si no hubieras pasado tanto tiempo con él, quizá no estarías tan cansada – espetó, refiriéndose a Mario. ¿Cómo se atrevía a tratarla así? Dánae se giró hacia él, ofendida. En la penumbra, pudo ver que Axel no se movió ni un ápice. Se quedaron a pocos centímetros el uno del otro.

–Estoy cansada por culpa de tu dichoso entrenamiento. No metas a Mario en esto –farfulló.

–¿Por qué? –Podía entrever su sonrisa burlona en la oscuridad–. ¿Estáis saliendo?

–A ti no te incumbe –respondió, alterada. No entendía la actitud de Axel.

–No me fío de él –espetó.

–Me da igual tu opinión.

–Como quieras –se resignó–. Pero luego no me digas que no te lo advertí – concluyó, dándole la espalda.

¿Qué más le daba lo que hiciera con su vida? ¿Por qué tenía que meterse en medio? Se quedó con la mirada fija en la pared, odiando a Axel en silencio. Al cabo de media hora, escuchó la respiración pausada del chico. Se había dormido. Por fin. Dánae se levantó con suavidad de la cama, cogiendo la carta de debajo de la almohada. Caminó sigilosamente hasta la puerta, que, para su desgracia, estaba cerrada. La abrió con el mayor cuidado posible para que no hiciera ruido. Cuando cruzó el umbral, le dirigió una última mirada a Axel, que seguía plácidamente dormido.

Se dirigió hasta el salón y encendió una de las antorchas para poder leer. Se sentó en una de las butacas y abrió el sobre amarillento con sumo cuidado. Dentro tan solo encontró una especie de papiro, con los bordes quemados y una rosa roja como el fuego inscrita en el centro, sobre la cual se podía leer un poema escrito a mano. ¿Era una carta de amor de su hermana? Por un momento pensó en guardarla de nuevo. No tenía ningún derecho a entrometerse en su vida, pero por otro lado, sentía una inmensa curiosidad. Iris era tan hermética que apenas sabía nada sobre su vida y aquello parecía una puerta abierta hacia su mente. Finalmente, posó los ojos sobre las primeras palabras. Y lo leyó todo, de principio a fin.

*La Luna huye cuando sale el sol ardiente,*

*La nieve se funde con el fuego  
La calma se rompe con un llanto triste*

*Como lo opuesto se atrae,  
como se atrae lo imposible,  
como crece una barrera irrompible.*

*Pero no es suficiente,  
no hay nada que pueda hacerme olvidar  
tu mirada indiferente.*

¿Qué significaba aquello? Parecía que hablaba sobre un amor imposible. No la había escrito ella, aquella era una letra distinta a la de su hermana, masculina. Sin embargo, el poema no estaba firmado.

Cuando dobló la carta para introducirla de nuevo en su sobre de origen, oyó pasos que se acercaban hacia ella. Ocultó la carta bajo la camiseta del pijama antes de que Axel apareciera en el salón. El chico la miró interrogativamente y Dánae se sintió incómoda al verlo con tanta luz. Axel tan solo llevaba unos pantalones cortos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, adormilado.

—No podía dormir.

—¿No estabas tan cansada? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Sí, pero aquí estoy más tranquila. Por lo menos estas paredes no cuestionan con quien salgo o dejo de salir —espetó, todavía molesta.

—No tendrás que preocuparte más por eso. Mañana a primera hora Carlos y Lucas traerán un colchón para ti.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendida.

—En cuanto te mudaste aquí, pensamos que necesitarías tu propio espacio, pero el pedido ha tardado unos cuantos días en llegar.

Dánae se sintió aliviada y profundamente agradecida. Por fin podría dormir sola, sin tener que preocuparse por Axel.

—¿Pero hay más habitaciones aquí? —preguntó, dudosa. Argentum no era muy grande y no le había parecido ver más salas.

—Aquí no, pero sí en La Torre.

—¿En La Torre? —preguntó, incrédula. La verdad era que aquel sitio tan antiguo le daba escalofríos. No le gustaba demasiado la idea de quedarse allí

sola por las noches, pero no pensaba admitirlo ante Axel. No quería darle más motivos para burlarse de ella. Sin embargo, el chico se dio cuenta al instante de lo que pasaba.

–¿No me digas que te da miedo? Te has quedado blanca como el papel –dijo con sonrisa burlona.

–No. Mañana mismo dormiré ahí –respondió, salvaguardando su orgullo y dirigiéndose de nuevo a la habitación. Dánae se metió en la cama y él se puso a su lado, demasiado cerca para su gusto, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, sería la última noche que tendría que aguantarle. Sin embargo, muy en el fondo, una parte de ella se sentía triste. Nunca lo admitiría, pero aquel chico esquivo e irritante la hacía sentirse viva. La chica cerró los ojos, dispuesta a dormir y a quitarse aquellos pensamientos de la cabeza. Sin embargo, sintió cómo el brazo de Axel le rodeaba la cintura. Después, notó el pecho descubierto del chico en su espalda. Se quedó sin respiración. ¿Qué demonios estaba haciendo? Estaba muy cerca de ella, sentía su respiración, serena, en su oreja.

–Te echaré de menos –susurró. Dánae imaginó su sonrisa burlona en la oscuridad y lo apartó, dándose la vuelta hacia él.

–No me tomes el pelo –espetó.

Axel murmuró algo ininteligible y dio media vuelta. Al cabo de poco, la joven se percató de que el chico se había dormido de nuevo. Sin embargo, a ella le costó más de una hora conseguir conciliar el sueño.

## CAPÍTULO 15

Axel tuvo que hacer grandes esfuerzos para despertar a Dánae. Estaba cansada, apenas había dormido y sentía el cuerpo pesado.

–Vamos, Dánae. No puedes quedarte todo el día durmiendo.

–Pero si no he dormido casi... –murmuró, lánguidamente–. Solo un poquito más...

–Ni hablar –sentenció, arrebatándole de nuevo la sábana. Pero no le importó, siguió durmiendo. Al ver que no tenía la más mínima intención de levantarse, la agarró de cualquier manera y la sacó de la cama.

–¡Ya está bien, Axel! –gritó molesta–. ¡No tienes compasión!

Su reacción pareció hacerle gracia. Dio media vuelta, cogió la ropa de la chica del sillón y se la lanzó.

–Vístete y ven a desayunar. Ya son las ocho de la mañana –ordenó, dejándola a solas.

Dánae se extrañó y miró el reloj. Tenía razón, no eran las cinco de la mañana como ella había creído. ¿Axel se habría quedado dormido? No importaba, ella seguía teniendo sueño. Resopló y agradeció que aquella hubiera sido la última noche que había tenido que compartir cama con él. Aunque, en realidad, las insolencias de Axel no le parecían nada en comparación con el hecho de tener que dormir sola en aquel antiguo y misterioso casco de piedra. Se puso los pantalones de deporte y la camiseta de tirantes, se recogió el cabello y se dirigió a la sala principal, dónde Axel ya había preparado el desayuno. La joven observó con extrañeza un colchón bastante grande que había apoyado en la pared.

–¿Y esto? ¿Cuándo lo han traído?

–Carlos y Lucas han venido hace diez minutos con él a cuestas.

–¿Pero ya se han marchado? –preguntó apenada.

–Sí, no podemos entretenernos. Tienes que entrenar, ya los verás más tarde. Además, todavía debemos llevar el colchón hasta La Torre y ponerlo en la habitación que prefieras.

La joven asintió con la cabeza.

–Vamos a comer algo antes para coger fuerzas –sugirió Axel.

Tomaron una buena taza de café y unas tostadas. Cuando Dánae dio el último bocado, Axel se levantó de la silla, dispuesto a marcharse.

–Espera, ¿no? Aún no he terminado.

–Vamos, no tenemos tanto tiempo –espetó.

La chica se levantó, exasperada, y agarró el colchón por un lado mientras acababa de masticar. Axel lo sostuvo por la otra banda.

–Espera, necesito coger mis cosas para instalarme en La Torre –dijo la joven, soltando de nuevo el colchón. Axel llevó los ojos al cielo y también lo puso en el suelo. La joven se escabulló por el pasillo y apareció al cabo de diez minutos con una buena mochila cargada a la espalda–. Ya está –anunció. El chico hizo una mueca y volvió a agarrar el colchón.

El camino hasta la antigua construcción se les hizo eterno, pero al fin entraron por la puerta de madera, accediendo a la gran sala. Estaban sudando. Dejaron el colchón recostado en el muro. Las paredes frías y húmedas les parecieron una bendición en contraste con el calor asfixiante del exterior. Axel le enseñó a encender manualmente las antorchas, sin hechizos extraños como el que él había usado el día anterior. Si iba a vivir ahí, necesitaría alumbrar el edificio. La sala donde se encontraban parecía el punto central de la construcción. De ella partía una interminable escalinata de piedra y madera, desgastada por el paso de los siglos. Alrededor había puertas por todos lados, algunas cerradas con llave. En los laterales vio un par de largos pasadizos oscuros y, al fondo de la sala, reconoció la escalera de caracol por la que habían accedido el día anterior a la sala de entrenamientos. Sin embargo, esta vez Axel tomó un camino distinto y empezó a subir por la gran escalinata de piedra central. Aunque Dánae no sabía adónde se dirigía, lo siguió, temerosa de quedarse allí sola. Lo que vio cuando llegaron arriba la dejó sin aliento. Ante ellos se abría un largo pasadizo circular, con un enorme hueco en el centro desde el que se podía observar la sala principal de la que venían. Había muchísimas puertas.

–Todo esto son habitaciones –anunció Axel, extendiendo la mano hacia el fondo–. Elige la que prefieras.

Dánae empezó a andar y pasó de largo de muchas puertas sin ni siquiera mirar en el interior. Cuando llegó al centro del pasillo se detuvo ante una puerta. Echó un rápido vistazo a la escalinata. Sí, aquella era la habitación más alejada de las escaleras. Aquello le hacía sentirse más segura. Si subía alguien por ahí, tendría tiempo de reaccionar. Se estremeció ante tal pensamiento y miró a Axel.

–Me quedaré en esta –sentenció.

–Pero si todavía no has entrado –contestó el chico, arqueando una ceja.

–Ya lo sé –replicó–. A eso voy.

Posó la mano sobre el pomo y abrió la puerta, entrando en una pequeña y acogedora habitación, decorada con algunos antiguos muebles de madera: un escritorio, una silla, un sillón rojo y un somier al que le faltaba el colchón. A mano derecha se encontraba un pequeño baño. Todo le pareció perfecto hasta que descubrió que la ventana de la habitación estaba cubierta por barrotes de hierro. Se apoderó de ella una enorme sensación de claustrofobia. No le gustaban los espacios cerrados. Axel se dio cuenta del detalle y se acercó hasta la ventana, dándole la espalda a la chica. Luego, puso las manos en una extraña posición y de ellas surgió un destello que la hizo retroceder tan precipitadamente que cayó sobre la alfombra de estilo árabe que cubría el suelo. Cuando volvió a mirar hacia la ventana, agradeció tener el culo en el suelo. Ya no había barrotes, se habían difuminado como el aire.

–Pero, ¿cómo...? –murmuró, sin terminar la pregunta. Se puso en pie de nuevo y miró a Axel, esperando una respuesta.

–Es parte de mi poder –respondió con normalidad–. Puedo manipular los cuatro elementos.

–¿Te refieres al fuego, el agua, el aire y la Tierra?

–Sí, puedo cambiar el estado de cualquier objeto controlándolos, incluso hacerlos desaparecer.

–Es una pasada –dijo la chica, admirando aquel don–. ¿Así fue como encendiste las antorchas?

–Sí.

–Si yo tuviera poderes así, me pasaría el día haciendo cosas –dijo la joven, dejando volar su imaginación.

–No creo.

–¿Por qué no?

–Gasta mucha energía vital y no es bueno usarlos constantemente, así que no te acostumbres a pedirme cosas.

–Tampoco pensaba hacerlo...–farfulló enfurruñada.

–Además, es mejor reservar esa energía para situaciones extremas en las que podamos toparnos con el enemigo.

–Entiendo. –Hablando de los Renegados, vino a su mente la misión para entrar en el palacio egipcio y robar el collar de Nefertiti–. Axel, ¿Tenemos ya algún plan para conseguir el colgante de Nefertiti?

–Esta noche vendrán todos a cenar y decidiremos lo que vamos a hacer.

La joven asintió y se descolgó la mochila de la espalda, que pesaba un muerto. La dejó sobre el escritorio.

–¿Vamos a buscar el colchón? –sugirió Axel.

\* \* \*

Cuando ya habían colocado el colchón sobre el somier, Axel y Dánae bajaron a entrenar. Tan solo se dedicaron a practicar lo que la joven había aprendido el día anterior. Los dos acabaron exhaustos y subieron a la sala principal de La Torre.

–Esta tarde iré a ver a Mario –anunció la chica.

–Te acompañaré –dijo él.

–Iré sola.

–Es por tu propio bien.

–Sé valerme por mi misma, he aprendido mucho en estos dos días.

–Igualmente, es peligroso.

–No puedes protegerme siempre, Axel, no eres mi padre –soltó, cansada de tener siempre la misma discusión.

–Está bien, tan solo te acompañaré hasta El Paso para que puedas cruzar –dijo, para su sorpresa–. Pero luego no esperes que venga a rescatarte si pasa algo.

La joven asintió y no dijo nada. La conversación había terminado. Axel se marchó a la cueva de Argentum y ella se quedó en La Torre, su nuevo y gigantesco hogar. Lo cierto era que había echado de menos estar sola. Suspiró aliviada y subió hasta su habitación. Colocó todas sus cosas en el armario y se dio una ducha. Después, pasó un buen rato arreglándose con tranquilidad. Iba a ver a Mario y quería causarle buena impresión. Se colocó un vestido de color naranja, corto y de tirantes. Dejó su cabello suelto e intentó hacer destacar sus ojos y sus labios con un poco de maquillaje. Luego, emprendió el camino hasta Argentum para comer. Avanzó con calma por el sendero, sintiéndose segura tras la valla y observando los curiosos árboles y pajarillos que encontraba a su alrededor. Se sentía bien con su recién adquirida independencia. Tuvo que descalzarse para subir por la catarata. Aquellos tacones no eran lo más adecuado para hacer escalada. Cuando llegó, arriba, volvió a calzarse y levantó la vista. No había nadie en el salón, pero olía bien. Axel debía de estar en la cocina. La joven avanzó por el pasillo y, efectivamente, lo encontró cocinando.

–Hola –saludó Axel, sin levantar la vista de la olla.

–Qué bien huele –respondió, olisqueando algo parecido a un estofado. Entonces, Axel la miró. Se quedó un momento observándola y levantó las cejas al verla tan arreglada. Estaba acostumbrado a que fuera con una simple coleta y sin maquillar. Dánae se sintió extraña.

–¿Vas a una boda? –preguntó maliciosamente.

–Mira que eres desagradable –contestó ella. Había esperado un cumplido por su parte. Ilusa.

Después de comer, se dirigieron a El Paso y cruzaron al otro lado. El parque, igual que la ciudad, estaba desierto a esas horas en pleno verano.

–Bueno –dijo Dánae mirando a Axel–, será mejor que te vayas.

El chico emitió un gruñido de desacuerdo pero se giró hacia el árbol milenario.

–Te espero aquí a las ocho –dijo Axel, justo antes de desaparecer.

Dánae se sintió bien. Por fin tenía su propio espacio, su intimidad. Corrió felizmente hacia el taller, sintiendo la dulce brisa en la cara. Cuando llegó, todo estaba cerrado. Tocó al timbre, pero nadie respondió. Suspiró, desilusionada. Eso le pasaba por presentarse sin avisar. Se sentó en el banco frente al local, a esperar pacientemente. Sin embargo, al cabo de una hora, todo seguía igual. No había pasado ni un alma por allí. Al final, se cansó de esperar y se marchó de nuevo al parque. Al menos, aquel lugar sombrío era más fresco. Miró distraídamente al cielo entre las ramas y se preguntó qué estaría haciendo Mario. Entonces, topó contra alguien.

–¡Dánae! ¿Estás bien? –preguntó una voz familiar.

–¡Mario! –contestó la joven con una amplia sonrisa. Por fin había aparecido, aunque nunca hubiera imaginado encontrárselo en el parque.

–Vaya, parece que siempre tengamos que chocar –dijo sonriendo–. ¿Qué haces por aquí?

–En realidad, he ido a verte al taller –confesó la chica–. Como no estabas, he decidido venir aquí a pasar el rato.

–Vaya, nunca se sabe lo que te deparará el destino –contestó con una sonrisa arrebatadora–. ¿Damos un paseo?

–¡Claro! –repuso con entusiasmo. Sin embargo, cuando apenas habían avanzado unos metros, Dánae vio una sombra moverse tras un árbol. Le dio un vuelco el corazón. No esperaba que ningún Renegado la estuviera observando. No le gustaba nada la idea de que Mario se viera involucrado en



todo aquel embrollo.

–¿Qué te pasa? –preguntó el chico, al percatarse de que algo no iba bien.

–Nada –murmuró la chica, con una sonrisa forzada.

Entonces, los diminutos ojos de Bastian aparecieron de detrás de un árbol tan solo por un instante. Dánae quiso gritar, pero se contuvo y trató de mantener la calma. La estaba vigilando de cerca, así que sería mejor que se alejara de allí por el momento. Miró el reloj, la tarde había pasado volando y faltaban tan solo veinte minutos para que Axel fuera a buscarla. Aunque si se alejaba del parque no llegaría a tiempo al árbol milenario, le pareció una idea mejor que quedarse allí a merced de los Renegados. No solo se pondría en peligro a sí misma, sino también a Mario.

–¿Podemos ir al taller? –sugirió entonces.

Mario pareció extrañarse, pero luego sonrió. Quizá Dánae quisiera estar a solas con él.

–Claro, como quieras.

\* \* \*

Dánae y Mario no pararon de hablar mientras recorrían el taller. Mario le mostró no tan solo hermosos jarrones, sino también antigüedades preciosas, que parecían haberse quedado suspendidas en el tiempo. Cuando ya habían inspeccionado todos y cada uno de los objetos que se encontraban allí, pasaron al salón de atrás para descansar un rato. Dánae miró el reloj de pared, ya eran las nueve. ¿Qué debía hacer? Era de noche, no podía arriesgarse a volver al parque y toparse con Bastian completamente desarmada y en medio de la oscuridad. ¿La estaría buscando Axel? Ya llevaba más de una hora de retraso, pero le había dejado muy claro que si le pasaba algo, tendría que enfrentarlo sola. Suspiró. Entonces, sonó el timbre. Mario caminó hasta el recibidor para abrir, dejándola en la salita. Dánae escuchó voces y se asomó al pasillo.

–¿Dónde está? –le costó reconocer la voz. Nunca lo había escuchado tan enfurecido.

–¿Quién eres tú? –replicó Mario, con un tono que tampoco había oído nunca en él.

–¿Es que no me has oído? ¿Está aquí o no?

Dánae atravesó corriendo el pasillo y se encontró a Axel jadeando, casi empujando a Mario.

–Axel –murmuró la joven en un susurro casi imperceptible. Al verla, el chico

la agarró de la mano y la abrazó fugazmente.

–Lo siento –balbuceó la chica, sintiéndose culpable por haberle preocupado de aquella manera.

–Menos mal, no te encontraba por ningún lado. Llevo más de una hora buscándote.

Dánae no sabía qué pensar sobre Axel. A veces parecía que ella le importara, pero otras actuaba de una manera tan fría e indiferente...

La voz de Mario interrumpió el momento. No parecía tan amable como de costumbre.

–¿Quién es este, Dánae? –preguntó, mirando con recelo a Axel.

–Mi primo –mintió rápidamente. Axel arqueó una ceja y la miró sorprendido. Mario le lanzó una mirada llena de escepticismo, pero no dijo nada–. Perdona que se comporte así, es que es un poco protector –dijo mirando a Axel de reojo–. Habíamos quedado a las ocho en el parque y no me he dado cuenta de la hora –explicó con la mejor de sus sonrisas, sintiéndose culpable por mentirle así.

–¿Por eso cuando venías él siempre estaba merodeando por aquí? –preguntó, todavía algo dudoso. Dánae trató de disimular su incomodidad.

–Sí, lo siento, no te dije nada porque me parecía ridículo. Siempre se empeña en acompañarme a todos lados.

Mario miró a Axel con desconfianza. No le parecía una relación normal. Él no acostumbraba a meterse en lo que hacían o dejaban de hacer sus primas pequeñas.

–Bien, si no te importa, nos marchamos –espetó Axel, agarrando a Dánae de la mano y haciendo una mueca.

–Adiós –se despidió Mario, un poco desconcertado.

–Adiós –respondió tímidamente la chica.

En cuanto Mario cerró la puerta, Axel le lanzó una dura mirada de reproche.

–¿Estás loca? No vengo contigo para no meterme en tu vida privada y a la primera de cambio no vuelves a la hora. ¡Pensaba que te había pasado algo!

En realidad, le gustaba que se preocupara un poco por ella. No pudo disimular una pequeña sonrisa de satisfacción.

–Lo siento –se disculpó–. En realidad, sí que ha pasado algo. Bueno, casi.

–¿Qué quieres decir?

–Mario no estaba en su casa, así que he ido a pasear al parque para pasar el rato. Y, por casualidad, me lo he encontrado allí, pero entonces he visto a

Bastian observándonos desde detrás de un árbol.

–¿Qué? ¿Bastian te estaba siguiendo? –exclamó Axel, enfadado–. Te dije que era peligroso.

–Lo siento, tenías razón –admitió.

–Será mejor que volvamos. No me gustaría encontrármelo ahora que ya es de noche.

Dánae suspiró aliviada cuando atravesaron el bosque hacia el árbol milenario sin encontrarse con nadie.

## CAPÍTULO 16

Llegaron a Argentum bien entrada la noche. Abril, Lucas, Carlos y Sibila los estaban esperando en la sala principal. La mesa estaba llena de platos vacíos. Ya habían cenado hacía un buen rato. Sibila taladró a Dánae con la mirada cuando la vio aparecer junto a Axel, pero guardó la compostura.

–¿Dónde estabais? –preguntó Sibila, molesta–. Hemos estado casi una hora esperando.

–Nos ha surgido un imprevisto y nos hemos retrasado –explicó Axel, sin dar detalles. Aquello pareció molestarle, pero Sibila no dijo nada más. Todos parecían estar pensando lo mismo. Quizá habían estado juntos toda la tarde y habían perdido la noción del tiempo el uno en brazos del otro. Nada más lejos de la realidad.

–¿Habéis cenado ya? –dijo Abril, con una amplia sonrisa.

–No –dijo Axel, algo descolocado.

–Perfecto, porque Carlos ha preparado pollo al limón. ¡Le ha salido buenísimo! –dijo con entusiasmo.

Carlos les sirvió un par de platos llenos de comida hasta arriba. Axel y Dánae comieron como si hiciera siglos que no probaban bocado, estaban hambrientos.

Nada más terminar, empezaron a trazar un plan para entrar en el palacio egipcio y robar el collar de Nefertiti sin que los descubrieran. Lo importante era adelantarse a los Renegados.

–Está claro que la incursión debe ser de noche –dijo Lucas.

Todos respondieron afirmativamente con un murmullo casi imperceptible.

–¿Pero cómo burlaremos a los guardias? –preguntó Carlos.

–Así –respondió Abril, con una gran sonrisa. Del bolso que tenía al lado, sacó un pequeño papel amarillento. Parecía muy antiguo. Lo puso sobre la mesa y todos pudieron ver de qué se trataba. Era un mapa del palacio egipcio.

–¿De dónde lo has sacado? –le preguntó Carlos con picardía. Abril le sonrió.

–Una tiene sus recursos.

–Abril también tiene un don –le susurró Axel a Dánae–. Puede plasmar la distribución de cualquier edificio en el que se concentre. Incluso, si está lo suficientemente cerca, es capaz de concretar cuanta gente hay dentro.

–¿De verdad? –preguntó admirada. Abril, que los había escuchado, asintió.

–Bien –prosiguió Abril–. Según los libros de historia, para los egipcios, las joyas tenían una gran importancia, incluso, creían que tenían funciones sagradas. Por eso, sospecho que la sala donde se encuentra el collar es esta –dijo señalando un gran espacio al fondo del mapa.

–¿Y qué sala es esa? –preguntó Lucas.

–Es la sala del trono –explicó Abril–. En aquella época, consideraban que los faraones eran divinidades, con lo que la sala del trono se convirtió en algo parecido a un templo. Es probable que las joyas estén guardadas allí.

–¿Pero cómo vamos a entrar? Para llegar hasta allí deberíamos burlar a los guardias de la entrada –comentó Carlos.

–Dos de nosotros podrían entrar con un carro cargado de cosas, haciéndose pasar por comerciantes. El resto podríamos ocultarnos entre la mercancía –propuso Sibila.

–Buena idea –admitió Lucas–. Pero por seguridad alguno de nosotros debería quedarse fuera.

–Yo mismo lo haré –dijo Carlos.

–Bien –sonrió Lucas–. Los comerciantes...

–Podéis ser tú y Dánae –propuso Axel.

–Entonces, ¿tú, yo y Abril iremos dentro del carro? –preguntó Sibila, claramente interesada en estar cerca de él, aunque fuera entre sandías y sacos de cebada.

–Sí –dijo Axel, percatándose de su interés y poniendo mala cara. No parecía hacerle especial ilusión formar equipo con ella.

–Bien –dijo Abril–, pongamos que entramos dentro del recinto amurallado. Abandonamos el carro y los cinco, disfrazados, nos dirigimos hacia la puerta trasera del palacio, donde deberían haber solo dos guardias. Les decimos que debemos enseñarle un producto a la reina y...

–Sí, ¿pero qué producto? –preguntó Dánae–. Tiene que ser algo lo suficientemente importante como para que nos dejen entrar en medio de la noche.

–Es cierto –la apoyó Axel–. ¿Qué os parece enseñarle una hermosa piedra sagrada?

–Buena idea –dijo Carlos.

–¿Pero alguien sabe hablar egipcio antiguo? –preguntó Dánae.

–No, quizá podamos aprender lo básico –dijo Lucas. Su hermana lo miró preocupada. No creía que fuera tan sencillo, pero ya pensarían en ello más

adelante.

–Imaginemos que ya hemos atravesado la primera puerta, luego deberíamos cruzar discretamente el patio central que nos llevará hasta la sala del trono, donde estará el collar.

–Pero ahí habrá más guardias, ¿no? –preguntó Sibila.

–Sí –respondió Abril–. Aquí viene el problema.

–Quizá –se aventuró Dánae–, alguno de nosotros podría distraer a los guardias mientras los otros entran.

–Sí, pero si entrarais cuatro personas en la sala del trono llamaría demasiado la atención, alguien os vería –repuso Carlos.

–Estoy de acuerdo. Quizá lo mejor sería que tres de nosotros entretuviéramos a los guardias con algún truco y otros dos entraran en la sala para coger el collar. Será más fácil que pasen desapercibidos –sugirió Lucas.

–Después, podemos reunirnos todos en la puerta de atrás del palacio –añadió Abril, señalando el punto de encuentro en el mapa.

–¿Quién entrará a por el collar? –preguntó Sibila.

–Creo que Dánae tendría que ser uno de ellos –respondió Abril–. Es posible que solo ella lo vea, como sucedió con la Venus.

Todos parecieron estar de acuerdo, pero a Dánae, en realidad, le aterrorizaba la idea. Era demasiada responsabilidad.

–Yo iré con ella –dijo entonces Axel, decididamente.

–¿Tú? –preguntó Dánae, arqueando una ceja.

–No creo que los Renegados se queden al margen, te serviré de ayuda ahí dentro.

–Está bien –dijo Carlos con una sonrisa pícara. Estaba convencido de que había algo entre ellos–. No se hable más. Entraréis vosotros dos. –Sibila los miró disgustada–. Si surge alguna complicación no tendremos manera de comunicarnos, pero yo vigilaré desde fuera del palacio. Si veo movimientos extraños, entraré.

–Entonces, ya tenemos un plan –concluyó Abril.

–Sí, ya es tarde. Deberíamos marcharnos –dijo Lucas, mirando su reloj y levantándose.

–Tienes razón –dijo Sibila–. No hubiera aguantado mucho más este panorama –añadió disgustada, dirigiéndole una mirada de desprecio a Dánae y Axel. Después, desapareció por la catarata sin decir nada más.

–Hasta pronto, Dánae –dijo Lucas, besando a su hermana en la mejilla, que

también se había puesto en pie.

–Adiós –respondió la joven con una sonrisa.

Carlos y Abril se quedaron con ellos un rato más.

–Voy a enseñarle el capítulo sobre los objetos legendarios a Carlos. Enseguida venimos –dijo Axel, antes de que ninguno de ellos pudiera sentarse en las butacas de nuevo.

–Claro –respondieron Abril y Dánae, que ya lo habían leído con anterioridad. Las chicas se sentaron una frente a la otra. Cuando se aseguró de que estaban completamente solas, Dánae se decidió a preguntarle a Abril algo que ya llevaba un tiempo sospechando.

–Abril, si no es mucho preguntar, ¿qué tipo de relación tienes con Carlos?

La chica se quedó unos momentos en silencio, mirando a Dánae descolocada.

–Ninguna –balbuceó. A Dánae le pareció evidente que estaba ocultando algo.

–No pasa nada, puedes contármelo.

–Pero eres su hija... –murmuró con una sonrisa nerviosa.

–Lo sé, pero no tenéis por qué esconderos de mí –explicó.

–De verdad, no tenemos nada –insistió Abril. Esta vez parecía sincera-. Le conocí hace muchos años. Yo era tan solo una niña. En aquel entonces, Carlos estaba casado y tenía dos hijas, así que nunca ha pasado nada entre nosotros.

–Pero ¿Y ahora? Ya no eres una niña.

–Me parece que él me seguirá viendo como a una niña toda su vida –respondió Abril con una sonrisa triste.

Escucharon pasos que se acercaban hacia ellas y se quedaron en silencio unos momentos. Axel y Carlos llegaron a la sala principal. –Qué calladas estáis –dijo Carlos con suspicacia. Abril desvió la mirada, nerviosa. ¿Se había dado cuenta de que habían estado hablando de él?

–Tan solo estábamos disfrutando del paisaje en silencio –respondió Dánae con una sonrisa tranquila.

–Me tengo que marchar –dijo Carlos-. ¿Vienes? –preguntó, dirigiéndose a Abril. Los dos debían volver a la Tierra.

Ella asintió y se levantó, siguiendo a Carlos por la catarata.

Dánae se quedó un rato ayudando a Axel a recoger y limpiar los platos sucios. Cuando terminaron, Dánae se secó el sudor de la frente y suspiró, cansada.

–En fin, creo que me marchó a La Torre a descansar un poco.

–Te acompaño, eres capaz de perderte –dijo Axel, aunque ambos sabían que Dánae conocía perfectamente el camino.



## CAPÍTULO 17

Axel y Dánae caminaban lentamente hacia La Torre, alumbrados tan solo por una pequeña antorcha que el chico había tomado prestada de Argentum. La noche estaba tranquila, así que la chica decidió preguntarle algo que llevaba días despertando su curiosidad.

–Axel –dijo. El chico la miró, esperando a que continuara hablando–. ¿Por qué hay la cabeza de la estatua de un legionario romano en este mundo? No tiene ningún sentido.

–Es cierto, a primera vista parece algo extraño. Aquí no hay apenas construcciones, todo es naturaleza y armonía. Es justo lo contrario a la Tierra. ¿Por qué crees que eso puede haber acabado aquí?

–¿Quieres que lo suponga? –preguntó la chica, divertida.

–Sí. Piensa, todo se reduce a lo mismo –añadió Axel. La joven frunció el ceño, sin comprender a qué se estaba refiriendo.

–No lo sé, ¿hubo alguna guerra en la antigüedad entre este mundo y el otro? Axel rió.

–No. Es algo mucho más bonito que eso. Acabó aquí por amor.

–¿Por amor? –preguntó Dánae, sorprendida.

–Sí. Hace cinco mil años, este era un mundo muy distinto a lo que ves ahora. Estaba lleno de vida y de esplendor. La gente vivía en pequeñas casas hechas de madera y barro, en lo alto de las copas de los árboles. No tenían grandes lujos, pero todos vivían en armonía y nunca les faltaba de nada. Los Argentos eran felices. Las historias cuentan que entonces, este mundo estaba dividido en cinco grandes reinos, cada uno gobernado por una importante familia. Ellos se ocupaban de velar por la paz.

–¿Cinco familias? –preguntó Dánae, fascinada por la historia.

–Sí, cinco familias de guardianes.

–¿Cómo nosotros?

–Sí, de hecho, nosotros somos los descendientes de aquellos primeros gobernadores.

Dánae sintió todavía con más fuerza el peso de la responsabilidad. Si fallaba en su misión de robar el collar de Nefertiti, estaría rompiendo una tradición familiar que había durado siglos.

–Las familias lograron mantener la paz durante miles de años sin mayores

problemas. Entonces, en el año 500 a.C., en el seno de la familia más antigua de todas, nació una niña muy deseada, la única heredera de su reino. La llamaron Lenore. La pequeña creció y se convirtió en una mujer preciosa. Tanto, que decían que los hombres no eran capaces de aguantar más de un segundo mirando sus ojos de color violeta.

—¿Eran violetas?

—Sí. Lenore pertenecía a tu familia —reveló Axel. Dánae estaba cada vez más interesada en lo que le estaba contando. No tan solo era la historia sobre aquel mundo, sino sobre su propia familia. Su familia de verdad—. Sin embargo, no era por su belleza por lo que sería recordada.

—¿Qué pasó?

—Le fascinaba la selva. Era capaz de pasar horas y horas recorriendo senderos, acariciando las hojas con la punta de sus dedos, observando cada detalle de los pájaros y los animales que allí habitaban. Un día, se topó con un árbol distinto. Su tronco era más grueso que el de los árboles a su alrededor. Lenore se acercó hasta él, fascinada. Y lo tocó.

—¿Y qué pasó? —preguntó la chica, impaciente.

—Fue la primera Argenta en viajar al otro lado.

—¿Quieres decir a la Tierra?

—Sí. Al principio, no comprendió qué había pasado ni dónde estaba. En aquel lugar todos tenían unos ojos raros, apagados. Vivían en unos lugares extraños hechos de piedra a los que más tarde descubriría que llamaban ciudades. Apenas había árboles en aquel sitio. Lenore quiso volver inmediatamente. Detestaba aquel lugar, era un mundo horroroso en comparación con su verde Argenta. Echó a correr, asustada. Y, entonces, lo descubrió. No debía de ser mayor que ella, pero era alto y corpulento. Llevaba un traje de legionario y estaba apostado ante la puerta de un templo romano. La joven se acercó a él. Su rostro era perfecto. Y sus ojos marrones no le parecieron tan apagados como los de las personas a las que había visto hasta entonces en aquel lado del mundo. Al contrario, le parecieron lo más hermoso que había visto jamás. El chico, llamado Marcus, se fijó en aquella belleza que se acababa de detener frente a él. Una muchacha menuda, con un cabello fino y oscuro. Y aquellos ojos. Violetas. Se enamoró de ella antes siquiera de saber su nombre.

—¿Y Lenore? —quiso saber más.

—Ella también se enamoró de él. Perdidamente. Se escapaba cada día de su mundo para verle, para reencontrarse con sus brazos, con sus besos. Él tan

solo pensaba en casarse con ella. Sin embargo, cada vez que él le pedía conocer a su familia para pedir su mano, Lenore le daba evasivas. No podía confesarle la verdad. Él no debía descubrir que ella no pertenecía a su mundo. Un día, poco después de despedirse, Marcus la siguió. Cuando la vio desaparecer frente aquel árbol milenario, casi enloqueció. No comprendía lo que aquello significaba. Al día siguiente, cuando Lenore se encontró con él, tuvieron una fuerte discusión y la chica se vio obligada a contarle la verdad. Marcus pensó que Lenore había perdido la cabeza. La chica no quería perderle, así que lo tomó de la mano y lo llevó con ella hasta su mundo, para demostrarle que lo que decía era cierto.

Con lo que no contaba Lenore, era con que su padre se hubiera dado cuenta de sus ausencias, cada vez más dilatadas. Estaba descuidando sus obligaciones como princesa y no lo podía permitir. Su padre, un hombre obstinado y orgulloso, decidió reaccionar ante el ausentismo de su hija. Así que aquella mañana, la siguió hasta el bosque. Cuando el rey vio desaparecer a su hija frente a sus ojos a través de aquel árbol, pensó que estaba soñando. Se quedó ahí durante horas, perplejo, esperando a que su hija volviera. Cuando lo hizo, vio que Lenore llevaba de la mano a un desconocido. El rey se acercó a aquel extraño intruso y observó sus ojos detenidamente. Enseguida se percató de que había algo diferente en él. Lenore le confesó a su padre el amor que sentía por Marcus y le contó todo lo que había descubierto más allá del árbol, en aquel mundo insólito lleno de ciudades que parecían bullir en plena efervescencia. El rey quiso ver con sus propios ojos lo que Lenore le estaba contando, así que su hija lo acompañó al otro lado. Sin embargo, aquel viaje consiguió el efecto contrario en el rey. Quedó horrorizado ante lo que aquellos hombres habían hecho con la Tierra. Habían matado a árboles y animales para construir aquellas horribles ciudades. Aquel mundo y el suyo no debían mezclarse. Jamás. La puerta al otro lado debía quedar destruida. Nada más pisar Argenta, el rey le pidió a Marcus que regresara a su mundo y no volviera a ver jamás a su hija. No podía aprobar su relación con ella. Lenore insistió en que no les separara, pero su padre no quería ni oír hablar del tema. Marcus no estaba dispuesto a abandonar a su amor tan fácilmente, así que se enfrentó al rey.

—¿Y qué pasó? —preguntó Dánae, con el corazón encogido.

—Lo mató.

—¿Cómo?

–El rey acabó con Marcus sin pestañear, ante la mirada horrorizada de Lenore.

–No puede ser...

–Eso es lo que cuenta la historia.

–¿Qué sucedió después?

–El rey usó la espada, todavía manchada con la sangre de Marcus, para talar el árbol a través del cual la joven había accedido al otro lado.

–¿Y qué hizo Lenore?

–Lenore enloqueció al ver morir a Marcus en sus brazos. Tomó la daga del cinturón de su amado y se la clavó a su padre.

–¿Mató al rey? –preguntó atónita. Aquella historia se estaba volviendo cada vez más sangrienta.

–Sí. Dicen que, después, los enterró a los dos en el bosque. La leyenda cuenta que, donde ocultó sus cuerpos, surgió un nuevo árbol milenario, que comunicaría los dos mundos para que nunca nadie los volviera a separar.

–¿Pero y la estatua del legionario? –preguntó Dánae, sin saber todavía la respuesta.

–Lenore era la única heredera de aquel reino, así que el pueblo no tuvo más remedio que seguirla. Al día siguiente de coronarse reina, ordenó construir una estatua gigante de Marcus frente a su palacio, para poder verlo cada día del resto de su vida. Aunque años después se casó y tuvo hijos, nunca olvidó a su verdadero amor. El mismo día en que Lenore murió, contando casi cien años de edad, la estatua del legionario se derrumbó. El pueblo lo interpretó como una señal, así que decidieron conservar el casco y sepultar a Lenore en su interior.

–¿Me estás diciendo que el cuerpo de Lenore está donde voy a dormir esta noche? –preguntó horrorizada. No pensaba dormir con fantasmas.

–Hace doscientos años, cuando empezaron a formarse los primeros grupos de Renegados, los guardianes usaron el casco de Marcus como base de operaciones y lo llamaron La Torre. Te aseguro que nunca nadie encontró la tumba de Lenore allí dentro. Es tan solo una leyenda.

La joven lo miró con escepticismo. En todas las leyendas había algo de cierto.

–¿Entonces tú por qué no vives en La Torre?

–Porque mis padres ya vivían en Argentum, vigilando la selva. Ese es mi hogar, mi lugar en el mundo.

Dánae no dijo nada más. Pronto llegaron a La Torre. La chica quiso suplicarle que se quedara con ella un rato. Aquella historia la había dejado inquieta. Temía ver el fantasma de Lenore aquella noche. Sin embargo, no dijo nada.

–Buenas noches, Dánae. Mañana a las seis vendré para entrenar –dijo Axel.

–Hasta mañana.

La joven entró sola en su nueva morada, casi temblando. Encendió las antorchas tal y cómo le había enseñado Axel y todo se iluminó. Con el silencio, pudo oír el crepitar del fuego. Tragó saliva. Aquella noche estaría sola en aquel lugar inmenso y quizá, hechizado. Subió por la escalinata principal a toda prisa. Luego, atravesó el pasillo prácticamente corriendo hasta llegar a su habitación. Cerró la puerta tras ella, así se sentiría un poco más segura. Se puso el pijama y se metió en la cama. Miró la antorcha que iluminaba la habitación. No se atrevía a apagarla. Quizá podría dormirse con ella encendida y esperar a que el aceite se consumiera.

Entonces, de repente, una figura se formó ante ella. Gritó de terror y se escondió bajo la sábana, espantada. Estaba sola en aquel lugar milenario. Seguro que el alma atormentada de Lenore había vuelto para vengarse. Una mano agarró la sábana que la cubría y estiró con fuerza.

–¡No! ¡No me hagas daño! –gritó Dánae.

–¡Soy yo!

La joven entreabrió los ojos, esperando ver por fin al fantasma. Sin embargo, lo único que vio fue a su hermano a los pies de su cama, con cara de preocupación.

–¡Lucas! –exclamó aliviada–. ¿Cómo has aparecido así?

–Tengo el poder de teletransportarme –explicó.

–Pues podrías haber avisado, me has dado un susto de muerte.

–Ya lo he visto –dijo con una sonrisa–. Lo siento.

–¿Y qué te trae por aquí?

–Quería hablar contigo.

–¿De qué?

–Tan solo quería saber cómo estabas. No hemos tenido demasiado tiempo para estar juntos y me imagino que todo esto está siendo una locura para ti.

–Sí, sobre todo al principio –explicó, ya un poco más tranquila–. Justo cuando me dijisteis quién era en realidad, Carlos y tú tuvisteis que marcharos a salvar a aquel pueblo. Entonces me sentí un poco desorientada.

–¿Axel no te está ayudando? –preguntó, frunciendo el ceño.

–Sí, él me lo explicó todo y ahora me está entrenando para que aprenda a luchar, pero...

–Ya. Sé cómo es. Parece muy seco, pero en el fondo es una gran persona.

–Supongo –musitó Dánae.

–Siento que hayas tenido que pasar por todo esto un poco sola. Tan solo quería que supieras que si necesitas ayuda, estoy aquí. ¿Vale?

–Lo haré. Gracias por preocuparte.

–¿Qué iba a hacer sino? Eres mi única familia –dijo con una sonrisa llena de nostalgia–. Bueno, te dejo dormir –añadió, dispuesto a marcharse.

–¡No! Espera.

–¿Qué pasa?

–Necesito hablar con alguien o me volveré loca.

–¿Por qué? ¿Qué te pasa? –preguntó, sentándose en la cama.

–¿Alguna vez has estado enamorado?

Lucas pareció sorprendido con el giro que había tomado aquella conversación.

–Sí –respondió cuando recobró la compostura.

–Necesito saber qué se siente.

–Lo sabrás cuando lo sientas, es difícil de explicar.

–¿Pero y si sientes cosas por más de una persona? ¿Cómo sabes cuál es la adecuada?

–Es complicado. Cuando estás enamorado de alguien y pierdes a esa persona, sientes que lo pierdes todo. Lo hubiera dado todo por ella.

Dánae se dio cuenta de que Lucas estaba hablando de alguien, pero no quiso indagar. Era su pasado. Lo cierto era que Dánae nunca se había planteado nada tan profundo, ni por Mario, ni por Axel.

–¿Pero a qué vienen esas preguntas? –dijo su hermano.

–Estoy empezando a salir con alguien, pero creo que también siento algo extraño por otra persona...

–No te preocupes, el tiempo te ayudará a decidir.

–Yo no estoy tan segura. ¿Y si me acabo enamorando de los dos? –murmuró.

–Eso no va a pasar. Cuando llegue el momento, te darás cuenta de que tan solo tienes ojos para uno de ellos.

–Gracias –contestó Dánae, un poco más tranquila. Lucas parecía feliz de haber hecho de hermano mayor por primera vez y le sonrió cálidamente.

–Bueno, ahora sí que me marchó.

–Hasta luego.

–Adiós –se despidió, despeinándole el pelo y desapareciendo como si realmente fuera un fantasma.

\* \* \*

La selva estaba oscura aquella noche. Tan solo se podía distinguir una pequeña luz titilante entre los árboles. Provenía de una pequeña construcción de madera y barro, situada en la copa de un gran árbol. No era una choza demasiado grande. Tan solo tenía una habitación, con un diminuto horno de piedra para cocinar, una mesita de madera con un par de sillas y una hamaca colgante suspendida entre un par de ramas. Lucas se balanceaba ligeramente en ella. Estaba absorto en una vieja fotografía que sostenía entre las manos. Nunca podría olvidarla. Su mirada azul le sonreía con ternura desde el papel fotográfico, algo arrugado por el paso de los años. Todavía recordaba nítidamente sus besos, el tacto de sus rizos, sus palabras dulces. Guardó de nuevo la fotografía en el bolsillo, sabiendo que nunca más volvería a verla.

## CAPÍTULO 18

Dánae estaba sumida en una gran oscuridad. No veía luz por ninguna parte. De repente, una mano se extendió hacia ella, iluminando el camino. La tomó sin dudar y sintió la calidez de Mario, que la estrechó entre sus brazos. Sin embargo, justo en ese momento, un grito desgarrador resonó en su cabeza. Reconoció la voz de Axel y se apartó inmediatamente de Mario. Pero, al hacerlo, de nuevo quedó sumida en la penumbra, no encontraba ni a Axel ni a Mario por ninguna parte. Los empezó a buscar, desesperada, pero no vio a nadie.

La chica se despertó todavía con el eco del grito de Axel resonando en su cabeza. Estaba empapada en sudor. Miró el reloj. Eran las siete de la mañana. Axel le había dicho que vendría a las seis.

La joven saltó de la cama de un bote y se vistió rápidamente con lo primero que encontró, una camiseta blanca y unos pantalones cortos. Algo no iba bien. Lo sentía, aquel sueño no había sido tan solo eso. Corrió por el sendero vallado hasta la cueva de Argentum lo más deprisa que pudieron sus piernas. Cuando entró en la sala principal, no vio ninguna señal de vida. Reinaba un silencio sepulcral. Todo estaba desierto. Dánae se dirigió hacia la habitación. Quizá tan solo se había quedado dormido y ella estaba exagerando. Al abrir la puerta, descubrió la cama sin deshacer. ¿Dónde se había metido? Buscó por todos lados, pero no lo encontró ni en Argentum ni en sus alrededores. No podía quedarse quieta. Quizá le había pasado algo, sino a qué venía aquella extraña visión de buena mañana. Tomó una espada de la sala principal de Argentum y salió fuera de la zona protegida por la valla, aún sabiendo el riesgo que corría. No le parecía normal que Axel se retrasase una hora, era demasiado puntual. Tampoco creía que se hubiera marchado a ningún lado sin decirle nada. Debía de haberle pasado algo. Nada más poner un pie fuera del área de Argentum, la sensación de protección que sentía allí dentro se desvaneció, dando paso a la inseguridad. Se adentró por la selva, en busca de alguna señal. Pensó en gritar el nombre de Axel, pero entonces los Renegados podrían descubrir su posición, así que optó por buscar cualquier mínima señal en silencio. Súbitamente, empezaron a aparecer en su mente imágenes borrosas del lugar en el que se encontraba. Dánae se agarró a un tronco para evitar caer al suelo. Cerró los ojos. Las imágenes se iban



volviendo cada vez más nítidas. Todo se movía deprisa a su alrededor, como si estuviera corriendo. Vio que llevaba una pequeña daga en la mano, estaba luchando con alguien. Un hombre enmascarado, pero no conseguía verlo con claridad. Entonces, sintió el filo de la espada clavándose en su pecho. Al mirar hacia su herida, Dánae se dio cuenta de que estaba dentro del cuerpo de un hombre. Sintió que aquel cuerpo se desplomaba, golpeándose en la cabeza con una gran piedra situada justo al lado. Desde el suelo, vio cómo el hombre enmascarado se alejaba. Todo se volvió oscuro.

Dánae volvió a la realidad. Estaba en su cuerpo de nuevo. ¿Qué había sido eso? ¿Una visión? Todavía aturdida por lo sucedido, distinguió en la lejanía una gran roca, idéntica a la que había visto en su visión. Entonces, ¿había sido real? Dánae no pudo evitar echar a correr hasta la piedra, pero no estaba preparada para lo que vio. En el suelo, inconsciente, se encontraba Axel, tendido sobre un charco de sangre que manaba de su pecho. Él era el hombre herido al que había visto en su visión.

–¡Axel! –gritó horrorizada, imaginándose lo peor. Se arrodilló a su lado, sin saber muy bien qué hacer. Se tranquilizó un poco cuando percibió una débil respiración en su pecho. Sin embargo, la hemorragia no se detenía. Rasgó la camiseta del chico y dejó al descubierto una herida horrible. Dánae se quitó su propia camiseta y la puso sobre el profundo corte para hacer presión.

–Aguanta –susurró. No sabía qué más hacer. Allí no funcionaban los teléfonos. No tenía ningún modo de pedir ayuda. En Argentum había medicamentos y material de cura, pero ¿cómo iba a llevarlo hasta allí? Por lo menos debía intentarlo.

Dánae ató como pudo su camiseta a la herida de Axel y lo cargó a duras penas sobre su espalda. En un primer momento, sus rodillas cedieron ante su peso y cayeron al suelo. Le entraron ganas de llorar. Se sentía impotente. Pero no, no podía rendirse. Si no conseguía llevarlo pronto hasta la cueva de Argentum, moriría. Dánae reunió todas sus fuerzas y consiguió levantarlo, aunque le temblaban las piernas. Empezó a caminar lo más deprisa que pudo teniendo en cuenta las dificultades del terreno. Cayeron incontables veces al suelo. Axel no se despertó ni una sola de las veces, a pesar de los golpes. La piel de Dánae acabó llena de magulladuras. Chocó contra una planta puntiaguda y sintió que le escocía la pierna, pero siguió andando. Cuando consiguió ver la catarata, Axel empezó a toser, sacando sangre por la boca y manchando el hombro de la joven. En aquel momento, Dánae supo que

apenas le quedaba tiempo, Axel no aguantaría mucho más. Corrió hasta las rocas y miró la catarata de Argentum. ¿Cómo iba a subirle hasta allí arriba? Lo cargó de nuevo a su espalda y lo ató a su propio cuerpo con su cinturón. Si caían, caerían juntos. Dánae se dejó la piel, las uñas y los brazos subiendo aquella pared, pero lo consiguió. Se dio un último impulso para entrar en la sala principal de la cueva y se quedó en el suelo tan solo unos segundos, los justos para conseguir recobrar la respiración. Axel todavía estaba atado a su cintura. Lo desató y lo tumbó de lado en el suelo, por si volvía a toser sangre. Dánae fue corriendo a buscar agua, hilo, aguja y vendas. Sabía que ella era su única esperanza, su vida estaba en sus manos. No había nadie allí para ayudarla. Tampoco podía llevarle a un hospital, era demasiado peligroso volver a la selva si los Renegados seguían allí. Quizá quisieran terminar lo que habían comenzado. Sin embargo, cuando volvió hasta él, Axel no respiraba.

–No puede ser. Axel, por favor, no te vayas ahora –susurró, asustada. Dánae sintió que se le nublaba la vista. Estaba exhausta y mareada. Zarandó la cabeza, tratando de mantenerse despierta y puso el dedo índice en el cuello de Axel. Su pulso era casi imperceptible. Se apartó el cabello sudado de la cara y se agachó hasta él. Acercó sus labios a los de Axel y le hizo la respiración artificial. No sabía si lo estaba haciendo bien. Una vez se lo habían enseñado, cuando estaba en el instituto. Y aquello era prácticamente todo lo que podía hacer por él. Observó aliviada que, aunque débilmente, el chico volvía a respirar.

Le limpió la herida y se la cosió pacientemente, con hilo y aguja esterilizados. Luego, se la vendó lo mejor que supo. Por lo menos había dejado de sangrar. Esperaba que se recuperara de aquello. En cuanto llegara alguien lo llevarían a un hospital inmediatamente, pero podían pasar horas hasta que alguno de sus compañeros apareciera en Argentum. Miró su rostro, inmóvil y cubierto en sudor frío.

–Axel –susurró, sin poder contener las lágrimas. Estaba aterrada ante la perspectiva de que muriera allí, sin que ella pudiera hacer nada más por salvarle la vida. Pensó en ir en busca de alguien, pero no podía cruzar el árbol ella sola, sin poderes. Acarició el rostro de Axel, su tez pálida como el mármol, que tanto contrastaba ahora con su cabello oscuro. Le limpió con cuidado la sangre de sus labios. Y no pudo más, las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaron definitivamente. Todo se volvió borroso y tan solo

pudo notar el pequeño impacto contra el suelo.

\* \* \*

Dánae sintió una mano fría rozando su cara. Abrió los ojos pausadamente. Miró hacia el lado y vio la mirada de Axel analizándola.

–Dánae –pronunció su nombre con voz ronca. Seguía tumbado en el suelo, inmóvil y pálido, pero estaba consciente.

–¡Axel! –murmuró la joven, incorporándose precipitadamente. No pudo evitar abrazarlo. Había pensado que lo perdía. Axel hizo una mueca, pero no se quejó.

–Perdona –se disculpó la joven al darse cuenta de que el más mínimo roce le dolía.

–No importa –susurró–. Imagino que si estoy vivo es gracias a ti.

Dánae sonrió y asintió tímidamente.

–No sé cómo agradeceréte.

–Con que no me hagas cargarte en brazos nunca más, será suficiente –contestó la chica, riendo.

–Lo siento –contestó el chico, al percatarse del estado de sus piernas y sus brazos, llenos de rozaduras.

–No es nada.

–¿Pero cómo me has encontrado? –preguntó con voz débil.

–Ya hablaremos de ello cuando te recuperes. No hables más. Cuando venga alguien, te llevaremos al hospital.

–No hará falta –contestó Axel, mirando hacia la catarata. Dánae siguió su mirada. Sibila acababa de entrar en la cueva de Argentum. Cuando llegó hasta ellos, observó la escena horrorizada durante unos instantes. La ropa empapada de sangre, las vendas sucias. Axel herido, en el suelo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, corriendo hacia él.

–Lo encontré herido en la selva –contestó Dánae–. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Sibila la miró como si fuera estúpida.

–No hace falta –dijo ella. ¿Cómo que no? Dánae la miró enfurecida. ¿Y se suponía que Sibila estaba enamorada de él?

–¿Pero qué dices? –espetó Dánae–. Ha estado a punto de morir, tiene que verlo un méd...

–Sibila tiene el poder de sanar –la interrumpió Axel.

–¿Cómo?

–Aparta –ordenó Sibila. Dánae se retiró hacia un lado.

–No, quédate conmigo –le pidió Axel–. Es muy doloroso.

Dánae se quedó sentada junto a él. Sibila los miró asqueada, pero extendió las manos sobre la herida. Una luz azulada emanó de ellas. Axel se mordió el labio y Dánae puso su mano sobre la de él, tratando de darle apoyo. Él la cogió con fuerza, pero sin presionar demasiado. Al cabo de pocos minutos, Sibila terminó su trabajo.

–Gracias –le dijo Axel a Sibila, que sonreía satisfecha por haberle ayudado. Al cabo de unos instantes, Axel perdió la conciencia.

–Axel –exclamó Dánae, asustada.

–Tan solo está durmiendo. Es normal. –espetó Sibila–. Mañana estará perfectamente.

Con esto, la chica dio media vuelta y desapareció entre las rocas, dejándolos de nuevo a solas.

Dánae suspiró, aliviada al saber que Axel iba a recuperarse pronto. Lo dejó durmiendo en la sala y fue a darse una ducha para quitarse la suciedad y el barro. El simple contacto con el agua y el jabón la hacían estremecer de dolor, pero el frescor aliviaba a la vez sus heridas. Cerró los ojos bajo el agua, tratando de recuperar la tranquilidad. ¿Qué habría pasado? ¿Quién había atacado a Axel? Al cabo de casi una hora de reloj salió de la ducha. Resopló. Lo había olvidado. Ya no tenía ropa allí.

Se envolvió en la toalla y caminó discretamente hasta la sala principal para ver si Axel estaba despierto, quizá él pudiera prestarle algo. El chico estaba sentado en una butaca, con la mano en el lugar donde había tenido la herida. Tenía los ojos cerrados, pero al escuchar sus pasos, los abrió. Al verla, completamente mojada y envuelta tan solo en la toalla, arqueó las cejas, sorprendido.

–¿Qué haces paseándote por ahí desnuda? –preguntó, medio riendo.

–No me acordaba de que no tenía ropa aquí –dijo ocultándose como pudo tras la pared y asomando tan solo la cabeza.

–Puedes coger algo mío, si quieres.

–Gracias –dijo con una sonrisa, aliviada.

Fue hasta la habitación y tomó prestada una camiseta bastante larga. Era tan menuda, que le llegaba casi por las rodillas. Caminó descalza hasta el baño y se cepilló el cabello mojado. Volvió hasta la sala principal y se sentó al lado de Axel.

–¿Vas a contarme qué ha pasado? –preguntó Dánae.

–Me ha parecido verte en la selva.

–¿Cómo? ¿A mí? –preguntó, extrañada.

–Sí. No he pensado con claridad. En cuanto he llegado al lugar de la selva en el que te había visto, he comprendido que era una trampa de Aníbal, pero ya era demasiado tarde. He luchado contra él y este ha sido el resultado –dijo con una mueca.

–Ese desgraciado... –musitó Dánae entre dientes, furiosa por haberla utilizado para llegar hasta Axel de una manera tan mezquina.

–Pero Dánae, ¿cómo me has encontrado?

–He tenido una pesadilla. En ella he oído cómo gritabas. Entonces he sabido que algo no iba bien. Me ha extrañado que llegaras tarde a nuestro entrenamiento en La Torre, así que he venido a buscarte a Argentum. Al no encontrarte, he salido fuera de las fronteras a buscarte.

–No deberías haber hecho eso. Ya has visto de lo que son capaces.

–No podía quedarme sin hacer nada.

–Pero la selva es inmensa, ¿cómo lo has hecho para dar conmigo?

–Tuve una especie de visión. Yo era tú. Vi que te habían herido y que habías caído junto a una piedra. Cuando he vuelto en mí, he encontrado esa misma roca bastante cerca. Y allí estabas.

–Entonces, ¿tienes poderes telepáticos? –murmuró, pensativo.

–No lo sé, supongo... –respondió, dudando.

–Ya te pasó algo similar antes, cuando descubriste los planes de los Renegados.

–Claro –respondió Dánae, recordando aquella primera visión. Entonces, había sido por eso. Era su poder. Podía ver cosas.

–Lo malo de esto es que es uno de los poderes más incontrolables. Unas veces las visiones aparecen, otras no. Lo único que puedes hacer es acostumbrarte a ellas y aprender a interpretarlas.

–Vaya...–se lamentó.

–¿Pensabas que podrías ver el futuro como una pitonisa? –dijo con una carcajada.

–No, pero...

–Los visionarios pueden observar acciones contemporáneas a lo que viven o hechos recientes. En ocasiones, también se han dado casos de visiones de hechos muy antiguos. Pero dicen que muy pocos han podido ver el futuro.

Se quedaron unos momentos en silencio. Dánae estaba tratando de asimilar aquella nueva información, cuando Axel volvió a hablar.

–Supongo que todas estas heridas te las has hecho trayéndome hasta aquí –dijo, acariciando suavemente su pierna. Dánae lo miró a los ojos y asintió–. Todavía no entiendo de dónde has sacado la fuerza. Eres tan pequeña.

–No creas que ha sido tarea fácil –contestó la chica, desviando la mirada. Por fin, el chico apartó la mano de su muslo y Dánae logró volver a respirar. ¿Qué le pasaba cuando estaba con él?

–Pensaba que iba a morir –confesó entonces, Axel. Dánae volvió a mirar aquellos ojos hipnotizantes–. ¿Sabes qué es lo último que he pensado?

–¿Qué? –preguntó en un susurro.

–No quería dejarte sola.

Dánae tragó saliva. ¿Qué quería decir con aquello? Axel se dio cuenta enseguida de cómo había sonado.

–Quiero decir que no podía dejar que fueras sola a buscar el collar de Nefertiti –añadió el chico, aclarándose la garganta.

Dánae se sintió un poco estúpida por haber pensado que quería decir otra cosa. Asintió a modo de respuesta.

–Mañana sí que entrenaremos ¿eh? –dijo Axel, rompiendo el silencio que se había apoderado de la sala.

–Pero es peligroso, se te podría abrir la herida –repuso la chica.

–No, la herida ya no existe.

–¿Cómo?

Entonces, Axel se quitó la venda, dejando su torso al descubierto. Efectivamente, no había ninguna herida. Algo incrédula, Dánae extendió la mano hacia el lugar donde había estado aquel horrible corte. Sintió el tacto suave de su piel en las yemas de sus dedos, no parecía que hubiera habido ninguna herida allí, ni siquiera tenía cicatriz.

–Hola –la oportuna voz de Carlos resonó tras ellos–. ¿Qué hacéis?

–¡Nada! –balbuceó Dánae apartando la mano del pecho de Axel. Se dio cuenta de lo que debía parecer aquello desde fuera, los dos a medio vestir, muy cerca el uno del otro. Pero su padre no dijo nada al respecto.

–¿Todavía no ha llegado Abril?

–No. ¿Tenía que venir? –preguntó Dánae, preocupada. ¿Y si Aníbal también la había atacado?

–Sí, ayer quedamos para comer aquí juntos. Así podíamos pasar un rato con

vosotros. Le dijimos a Lucas que viniera, pero está muy liado preparándolo todo para dar el gran golpe –dijo bromeando–. ¿Pasa algo? –preguntó, al ver que tanto su hija como Axel estaban muy serios.

–Aníbal me ha atacado hoy en la selva –explicó Axel. Él había pensado lo mismo que Dánae. Quizá Abril estuviera en peligro.

–¿Cómo?

–Siéntate –ordenó Axel.

Y se lo explicaron todo. Desde la trampa que le había tendido Aníbal, hasta los recién descubiertos poderes de Dánae. No les hizo falta decir nada sobre su miedo a que Abril hubiera corrido la misma suerte que Axel, fue lo primero que dijo Carlos.

–¿Creéis que Abril está en peligro?

–Creo que deberíamos ir a buscarla –dijo Axel, asintiendo.

Dánae vio pánico en los ojos de Carlos.

–Como ese miserable le ponga un dedo encima... –maldijo, levantándose como una exhalación. Axel apenas tuvo tiempo de seguirle. Carlos se dirigió con decisión hacia las rocas de la catarata, pero justo en ese momento, Abril apareció por allí. Chocaron con fuerza y la chica perdió el equilibrio, resbalando con la roca húmeda. Carlos la agarró por la cintura y la atrajo hacia él, cayendo los dos en el suelo de la sala principal.

–Abril –dijo él, aliviado de ver que la joven estaba sana y salva.

Abril salió de encima de Carlos, sacudiéndose el polvo.

–Lo siento, venía corriendo –dijo.

–¿Por qué? ¿Te perseguía alguien? –preguntó el hombre, preocupado.

Abril lo miró extrañada.

–No, tan solo llegaba tarde. ¿Quién se supone que tenía que perseguirme?

Y le contaron todo lo que había pasado.

## CAPÍTULO 19

Dánae se colocó un vestido largo y estrecho, ajustado a su cintura, que dibujaba a la perfección su figura menuda. La tela de lino blanco era fina y delicada y vio como la prenda tenía algunos dibujos decorativos en los bordes. Se colocó una pequeña capa corta cubriendo sus hombros, de modo que tan solo dejó al descubierto unas sencillas sandalias. Se soltó el cabello y se maquilló los ojos y la piel para parecer más morena. Estaba demasiado pálida. Llevaba horas sintiéndose débil, como si las fuerzas le fallaran. No quería darle importancia. Tenían una misión que cumplir y no era momento para distracciones. Salió a la sala principal y se encontró con Abril y Sibila vestidas de un modo muy similar al suyo. Estaban elegantes. Sin embargo, tuvo que aguantar una carcajada al ver a Axel, Carlos y Lucas. No parecían muy cómodos vestidos de aquella extraña manera. Llevaban el faldón típicamente egipcio anudado a la cintura con un cinturón de cuero y una camisa fina de lino del mismo color blanco que las chicas. Junto a ellos, había un pequeño carro con sacos de cebada y algo de fruta.

—¿Todos recordáis bien el plan? —dijo Lucas, tan preocupado por la organización como era habitual. Dánae le sonrió a su hermano y asintió—. Antes de viajar, coged una espada y ocultadla bajo la ropa. Nunca sabemos lo que puede pasar.

Todos obedecieron y ocultaron varias armas entre sus ropajes e incluso en el carro.

—Bien, vamos a por ese collar —dijo Abril, segura.

Sibila fue la primera en pasar por la grieta espacio-tiempo.

—*Kaish der weerap thowen jirins* —recitó con voz clara. Al momento, desapareció. La siguieron Lucas y Carlos, que cargaban el carro con cuidado. Dánae se preguntó si sería capaz de tirar de aquella carreta con el peso de sus compañeros. Quizá no era un plan tan bueno, pensó dudosa. Tan solo quedaban Axel y Dánae por cruzar.

—Adelante —ofreció Axel.

—*Kaish der weerap thowen jirins*.

Una luz plateada envolvió el cuerpo de Dánae y cayó de mala manera sobre la arena del suelo. Sentía sus piernas más pesadas de lo habitual. Abril la ayudó a levantarse. La joven se sacudió el polvo de la túnica y dirigió la



mirada hacia el portal, por el que apareció Axel. Dánae miró de reojo hacia el carro. Le parecía increíble que hubiera soportado el viaje sin romperse. Los sacos de cebada, aunque algo revueltos, seguían intactos. Sin decir nada, se acercaron hasta la puerta exterior del palacio, con sigilo.

Cuando estuvieron cerca, Carlos se escondió tras unos matorrales para controlarlo todo desde fuera. Abril le lanzó una mirada de preocupación. Él, en vez de evitarla, le dedicó una bonita sonrisa y le guiñó un ojo.

–Hasta pronto –susurró el hombre.

Sibila, Axel, Lucas, Abril y Dánae continuaron caminando hacia la entrada trasera del palacio. Cuando estaban a una distancia prudencial, Axel, Abril y Sibila se escondieron dentro del carro. Lucas y Dánae tiraron de él con fuerza. La joven sonrió al comprobar que las ruedas giraban con facilidad y se movían a buen ritmo. Al llegar a la puerta, los guardias los escudriñaron con la mirada.

Lucas dijo algo en una lengua totalmente desconocida para Dánae. Egipcio. Los guardias le contestaron y el chico pareció no entender nada de lo que dijeron. Entonces, uno de ellos dirigió la vista hacia Dánae. Lucas dijo algo inmediatamente. La joven tenía un nudo en la garganta. No sabía qué estaban diciendo. Después de una larga conversación llena de malentendidos en aquella lengua extraña, les dejaron entrar al patio interior. Arrastraron el carro por la arena en silencio. La noche era clara, despejada de nubes. A medida que se acercaban, observaron boquiabiertos la magnificencia de aquel gran palacio que se extendía ante ellos. Una gran puerta de oro macizo coronaba la entrada, con pequeñas estatuillas de piedra a los laterales, talladas con gran precisión. Desde allí se podía entrever el interminable patio central que habían visto en el mapa de Abril, que los conduciría hasta la sala del trono.

–Vamos allá –susurró Lucas.

Avanzaron hasta la gran puerta de oro, dónde se encontraron con cuatro guardias más. Lucas les dijo algo en egipcio y les enseñó una piedra francamente preciosa. Los guardias parecieron fascinados con la joya, e incluso uno la tocó como si se tratara de algo sagrado. A saber qué historia les habría contado. Cuando finalmente les abrieron la puerta, Lucas y Dánae cruzaron hasta el final aquel largo pasillo repleto de columnas a ambos lados. Giraron a la derecha y escondieron el carro en un recoveco. Abril, Axel y Sibila bajaron con cuidado para no hacer ni un solo ruido. No debían levantar

sospechas.

Abril sacó el mapa del bolsillo y les guió por unas salas preciosas decoradas como si fueran jardines. Llegaron hasta la entrada de una sala, protegida por un par de guardias. Axel agarró de la muñeca a Dánae para que se escondiera junto a él detrás de una gran columna. Aquella era la parte más delicada del plan. Ya habían llegado a la sala del trono. Ahora, Lucas, Abril y Sibila debían distraer a los guardias para que ellos pudieran entrar y hacerse con el collar. Dánae observó lo que sucedía a través de una pequeña rendija. Lucas estaba distrayendo a los guardias con aquella piedra gigantesca. Entonces, Sibila cogió por el brazo al que parecía el cabecilla y le sonrió con picardía. El hombre pareció satisfecho de que una mujer tan exótica se fijara en él. Los tres guardias desaparecieron por el pasillo siguiendo a sus compañeros, dejando completamente desprotegida la sala. Había que ser estúpido, pensó Dánae. Sin embargo, era justo lo que necesitaban.

Axel la agarró de la mano. Dánae sintió la piel de su palma cálida contra la de ella. Sentía un sudor frío en su frente, pero lo achacó a los nervios. Entraron en la enorme sala del trono. No era como la joven se había imaginado ni como había leído en los libros de historia. Era distinto a cualquier cosa que hubiera visto antes. Las paredes estaban cubiertas de cristales preciosos que iluminaban el lugar con diferentes colores. El color azul caía justo en el centro de la sala, sobre un pequeño montículo de piedra. Se acercaron cautelosamente. Un collar con una gema azul oscuro unida a una estructura de plata reposaba con gracia sobre un cojín blanco.

Cuando Dánae alargó la mano para cogerlo, una fuerza surgió de la nada y la lanzó hacia atrás. Impactó con fuerza contra la pared.

—¡Dánae! —Oyó la voz de Axel llamándola en la lejanía.

El golpe dejó a Dánae aturdida unos instantes. Cuando empezó a volver en sí, le pareció ver dos siluetas luchando. Reconoció a Axel y un hombre con una túnica negra hasta los pies. Llevaba una máscara, pero no era ni Aníbal ni Bastian. No le había visto nunca. Cuando empezó a recuperarse, ante ella se materializó otra figura, que no le costó ni un segundo reconocer. Aníbal.

—Perdona, ¿te he hecho mucho daño? —dijo Aníbal fingiendo preocupación. Se agachó hasta donde estaba la chica.

—¿Has sido tú?

—Es que me he puesto nervioso al verte —dijo, con una risa que le puso los pelos de punta.

Luego, Aníbal alargó la mano y le acarició el pelo. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba arrinconada contra aquella pared. Miró de reojo a Axel, que seguía luchando contra aquel desconocido.

–No me toques –espetó Dánae, apartándose de Aníbal como pudo al ver que todavía se acercaba más. Axel la miró con una extraña expresión. Hasta aquel momento, no se había percatado de la presencia de Aníbal. Su adversario aprovechó el momento de distracción para herirle en el brazo. Axel gruñó de dolor y volvió a luchar contra él, apartando la vista de la chica. Aníbal se distrajo con el grito de Axel y Dánae también supo aprovechar el momento. Desenvainó su espada y apuntó al pecho de Aníbal.

–Vamos, eres incapaz de matar ni siquiera a una mosca, Dánae...–susurró.

–No querrás comprobarlo –le espetó.

Pero él extendió su mano hacia ella, emanando aquella extraña fuerza invisible. La joven salió disparada de nuevo, pero consiguió frenar a tiempo rodando por el suelo para no impactar contra la pared. Se levantó al momento, sintiéndose algo mareada, pero con la espada todavía entre las manos.

Corrió hacia él lo más deprisa que pudo, dispuesta a atacarle. Aníbal desenvainó su arma y se preparó para el impacto. Al colisionar, de las espadas salieron chispas. Él contraatacó y esquivó todos sus golpes. Dánae se sentía exhausta, pero continuó intentando vencer a Aníbal hasta que el hombre la desarmó de un fuerte espadazo, enviando su arma hasta la otra punta de la sala. Aníbal la acorraló contra la pared y apuntó a su cuello con la espada. Miró apurada a Axel, pero él no podía ayudarle, estaba demasiado ocupado tratando de no morir a manos de aquel otro enmascarado.

–Veo que te han enseñado a usar la espada –dijo Aníbal entonces con una sonrisa maliciosa–. Debo reconocer que no lo haces del todo mal, para ser una principiante. Pero ya me estaba hartando del jueguito.

–¿Solo era un pasatiempos para ti? –preguntó frustrada.

–Por supuesto. De momento, no entra en mis planes matarte.

Al decir esto, se acercó más a su cara. Dánae estaba paralizada, estaba aterrorizada. Sentía la espada de Aníbal en su cuello. Si se movía, el desenlace podía ser fatal. Entonces, el hombre acarició su rostro, como si fuera un tesoro. Dánae se estremeció y desvió la vista hacia abajo, incapaz de seguir mirándole a los ojos. Se fijó en aquel extraño collar granate que Aníbal siempre llevaba con él. ¿Qué demonios sería aquel frasco? Sin embargo, no

tuvo tiempo de analizar más aquel objeto. Apenas les separaban unos pocos centímetros. No entendía por qué Aníbal actuaba así con ella. La chica cerró los ojos con fuerza, visualizando su espada. Deseaba tanto tenerla entre sus manos para deshacerse de él. Entonces, sintió un peso metálico entre sus dedos y no tardó en reconocer el tacto de su propia espada. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había llegado hasta sus manos? No tenía tiempo para pensar, así que levantó el arma lo más rápido que pudo y se la clavó a Aníbal casi sin mirar. Él se apartó al instante. Tan sólo le hizo un pequeño rasguño. El hombre observó incrédulo el hilo de sangre que se deslizaba por su brazo. Después, la miró ella y a la espada que sostenía entre sus manos, sin comprender lo que había pasado.

–¿Cómo...? –murmuró. Dánae jamás le había visto sorprendido. Frunció el ceño y la miró, aún extrañado, pero recobrando la compostura. Entonces, sonrió.

–Así que puedes transportar objetos con la mente.

La chica se alejó de él rápidamente, corriendo hasta el centro de la sala, donde se encontraba Axel. Allí estaría a salvo de Aníbal, aunque fuera tan solo durante unos segundos. Dánae pudo ver el cansancio en el rostro de Axel. Todavía no estaba del todo recuperado del ataque en la selva. No aguantaría demasiado tiempo peleando a aquel nivel.

–Cúbreme todo el tiempo que puedas –le dijo a Axel. El chico asintió, sudando. Tenía que actuar deprisa para llevar a cabo aquel plan desesperado e improvisado. Vio cómo Aníbal corría hacia ellos. Cerró los ojos con fuerza para concentrarse y empezó a visualizar el collar, tal y como había hecho con la espada. Le pidió a todos los dioses, a sus antepasados argentarios y a todo lo que se le ocurrió, que aquello funcionara. Y cuando sintió un peso en su mano, suspiró aliviada. Abrió los ojos y vio el collar entre sus dedos. Entonces se percató de que Aníbal estaba prácticamente a su lado.

–¡Corre! –le gritó la chica a Axel. Aprovechando la confusión, el hombre enmascarado desarmó a Axel. El chico miró a Dánae, que lo cogió de la mano y tiró de él. Hicieron lo único que podían hacer. Correr. Sin embargo, antes de que pudieran salir de la sala del trono, la puerta se cerró con una fuerza inhumana. Dánae se giró, aterrorizada, Aníbal la había cerrado con sus poderes.

–Dame el collar ahora mismo –le dijo con una voz fría como el hielo. Dánae se maldijo a sí misma por haber sido tan estúpida. ¿Cómo podía haber

pensado que no iba a darse cuenta?

–No –contestó la joven, apretando sus dedos contra la joya. No pensaba fallar. Por mucho miedo que le diera aquel hombre, su misión era conseguir aquel objeto.

Aníbal recorrió el espacio que los separaba con apenas tres grandes pasos y se abalanzó sobre ella, pero Axel lo detuvo de un puñetazo. Aníbal dio un paso atrás, llevándose la mano a sus labios, de los que manó un hilo de sangre. Lo miró furioso y sacó la espada, dispuesto a matar al chico de una vez por todas. Corrió hacia él y levantó el filo. Sin embargo, en aquel momento, Lucas se materializó al lado de Axel. Aníbal lo miró unos instantes desconcertado, pero no tuvo tiempo de hacer nada más. El chico cogió a Axel con una mano y a Dánae con la otra y se difuminaron en el aire, ante los ojos furiosos de aquel hombre enmascarado.

## CAPÍTULO 20

Dánae escuchó alboroto en la lejanía y abrió los ojos. Todavía era de noche. Estaba en la habitación de Axel. Se incorporó y casi gritó al verle en el sillón. Lo último que recordaba era que estaban en aquel palacio egipcio. ¿Qué había pasado? Sintió todos los músculos de su cuerpo entumecidos y se estiró ligeramente. Después, se levantó y se acercó hasta él. Aunque el chico se había duchado y cambiado de ropa, la herida de su brazo no tenía buen aspecto.

Le retiró un mechón de pelo oscuro de la frente y observó su rostro sereno, plácidamente dormido. No pudo evitar mirar sus labios, entreabiertos. Pasó el dedo índice sobre ellos, acariciándolos. Cuando la joven se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó de él y se dirigió al baño. Se lavó la cara con agua fría para despejarse y se miró en el espejo. Aunque alguien la había cambiado de ropa, no tenía buen aspecto. Estaba pálida y un sudor frío asomaba por sus sienes. Se dirigió a la sala principal y nada más entrar, Lucas la abrazó con fuerza.

–Menos mal que estás bien –murmuró, sosteniendo su rostro.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado? –contestó su hermana, desconcertada.

Carlos también la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la frente.

–Cuando Lucas os sacó de la sala del trono, te desmayaste. Te trajimos aquí enseguida. Estabas ardiendo.

–¿Cómo?

–Deberías habernos dicho que no te encontrabas bien –le recriminó su hermano. Dánae recordó lo débil que se sentía aquel día. No había creído que fuera tan grave.

–Has pasado cuatro días durmiendo –explicó Carlos.

–¿Qué? –exclamó atónita.

–Debiste tocar algo venenoso en la selva cuando rescataste a Axel.

–¿Venenoso? –preguntó extrañada. Entonces, recordó el escozor que había sentido en la pierna al rozar accidentalmente aquella planta puntiaguda. No le había dado importancia.

–Sí, estos climas tropicales son peligrosos. Debes ir con cuidado con las plantas que tocas, pueden ser venenosas. Podrías haber muerto –dijo Lucas, todavía asustado.

–Lo importante es que estás bien –intervino Abril.

–Si vuelves a notarte débil o cansada avísanos, Sibila sabrá qué hacer –explicó Carlos, tranquilo al ver que estaba recuperada.

–¿Sibila? –preguntó descolocada.

–Sí, ella elaboró el antídoto –repuso Abril.

Entonces miró hacia Sibila, sentada sola en una butaca en el fondo de la sala. Se sintió mal por ella. Siempre era desagradable y antipática, pero a la hora de la verdad, había estado allí para ayudarla y le había salvado la vida.

–Gracias –le dijo, agradecida. Sibila la miró unos instantes, bastante sorprendida y negó con la cabeza. Dánae sonrió para sus adentros. No era tan mala persona como creía–. Una cosa, el brazo de Axel...

–No he podido curarle, todavía no he recuperado mis poderes –explicó–. Todavía tardaré un par de días más en poder volver a utilizarlos.

–Entonces será mejor que alguien le cure el brazo, no tiene muy buen aspecto –repuso Dánae.

–Puedes curárselo tú –dijo Sibila, para sorpresa de todos–. Vi lo que hiciste cuando le hirieron, tienes buena mano –admitió.

Dánae le dedicó algo parecido a una sonrisa y se dirigió al botiquín, todavía sorprendida por la nueva amabilidad de Sibila. Tomó algunas vendas, pero no cogió hilo y aguja esta vez. No creía que fuera necesario coserle la herida; también se llevó un barreño de agua y desinfectante. Entró en la habitación y vio que Axel seguía dormido. Le quitó la camiseta, dejando al descubierto el brazo. Mojó un trapo en agua y le limpió la zona. Se despertó por culpa del escozor.

–Dánae...–murmuró con voz ronca, somnoliento–. ¿Ya estás recuperada?

–Más o menos. ¿Te duele mucho? –preguntó la chica. Aunque no era grave, el corte era profundo.

–No demasiado.

La joven le cubrió la herida con unas vendas después de aplicar un poco de desinfectante. La chica iba a incorporarse, pero Axel la detuvo.

–Dánae, tienes que prometerme que no volverás a hacer eso nunca.

–¿No quieres que vuelva a curarte?

–Me refiero a arriesgar así tu vida –dijo, clavándole aquella mirada azul–. Si no te encuentras bien, no puedes ir a una misión. Podría haber acabado fatal.

La joven asintió, sintiéndose un poco culpable por haberlos preocupado a todos.

\* \* \*

Cuando Dánae y Axel volvieron a la sala principal para comer algo, eran las dos de la mañana. Todos se habían marchado ya, excepto Carlos.

–Carlos, ¿aún estás aquí? –preguntó Axel, sorprendido, mientras cogía una bolsa de cacahuetes que había encima de la mesa.

–Sí, debo acudir a La Torre a consultar las estrellas. He pensado que podría acompañar a Dánae hasta allí para que descanse.

–Claro –contestó la chica, contenta. Echaba de menos las largas conversaciones que solía mantener con su padre cuando era niña. Y aquella era una oportunidad perfecta para intentar descubrir si sentía algo por Abril. Los había estado observando últimamente y le parecía que, a pesar de la diferencia de edad, había algo especial entre ellos, por mucho que Abril se empeñara en negarlo.

Se despidieron de Axel y avanzaron por el sendero casi a tientas, palpando las cortezas de los árboles. Aunque la noche era clara, apenas podían ver nada en aquel laberinto de plantas.

–Papá, ¿nunca has pensado en rehacer tú vida?

–¿Qué? –preguntó sorprendido. Dánae nunca se había interesado por su vida amorosa–. ¿A qué viene eso ahora?

–No sé, curiosidad. Ya hace diez años que os separasteis.

–En realidad, nunca me lo he planteado.

–Pero eres muy joven –dijo Dánae. Carlos tan solo tenía treinta y ocho años–. No puedes tirar la toalla.

–No es eso, supongo que a veces nos fijamos en personas que están fuera de nuestro alcance.

Dánae trató de leer algo en la expresión de su rostro, pero estaba demasiado oscuro. ¿Qué había querido decir?

–¿Y qué hay de ti? –dijo Carlos, de repente.

–¿Qué hay de qué?

–De ti y de Axel.

–¿Axel?

–Sí, he visto como lo miras.

–Papá, por favor –replicó llevando los ojos al cielo.

–Vaya, así que yo no tengo derecho a preguntar.

–No, tú no –contestó riendo Dánae. Llegaron hasta La Torre en medio de carcajadas. Entraron a la gran sala principal.



–Me voy a la cama –dijo la joven, todavía algo cansada–. Hasta mañana.

–Hasta mañana –contestó Carlos, dándole un beso en la mejilla y desapareciendo por una de las escaleras. Aquella noche, Dánae durmió tranquila y plácidamente, sabiendo que su padre estaba en aquel edificio, para protegerla de fantasmas y peligros.

## CAPÍTULO 21

Dánae escuchó unos fuertes golpes en la puerta de su habitación. Ya había amanecido. Salió de la cama rápidamente, con el camisón puesto de cualquier manera. Quizá era Carlos. Sin embargo, cuando abrió la puerta, se encontró con la mirada exasperada de Axel.

–¿Todavía estás así? –espetó al verla en pijama–. Tienes que entrenar.

La chica suspiró y dio media vuelta.

–Enseguida me visto. Espera fuera un momento.

Dánae se apresuró en ponerse unos vaqueros y una camiseta cualquiera. Salió de la habitación en menos de cinco minutos, pero Axel ya no estaba en el pasillo.

–¿Axel? –gritó asomándose por la barandilla, que crujió bajo su peso.

–Estoy en la sala de entrenamiento –escuchó que le decía desde la lejanía.

Resopló. ¿Cómo podía ser tan impaciente? Bajó deprisa por las escaleras y pronto llegó hasta él, que ya la estaba esperando con dos bastones de madera preparados. Le lanzó uno de ellos. La joven lo cazó al vuelo y empezaron a practicar de nuevo los toques básicos, sumándole alguno más complicado. El calor había aumentado aquellos días y pronto empezaron a sudar. Llevaban ya bastante tiempo entrenando y Dánae se sentía cansada, pero estaba dispuesta a aguantar un poco más.

–Vamos, ataca tú ahora –dijo Axel. La chica se abalanzó sobre él con energía y el chico detuvo la estocada. Después, Dánae trató de golpearle por un lateral, pero consiguió esquivarla de nuevo. Al tercer intento, Dánae se golpeó levemente a sí misma. Se sintió mareada y tuvo que apoyarse en la pared. El bastón cayó de entre sus manos.

–Dánae, ¿estás bien? –preguntó Axel, al darse cuenta. La joven hizo una mueca, incapaz de responder–. Bebe un poco –dijo Axel, pasándole una botella de agua.

Dánae dio un sorbo y sintió aliviada cómo su visión dejaba de ser borrosa y volvía a la normalidad.

–¿Estás mejor? –preguntó el chico, apartándole el cabello del rostro. Sus misteriosos ojos azul plateado se clavaron en los ella, inquietos, esperando una respuesta.

–Sí...–musitó la chica con un hilo de voz.

–Será mejor que lo dejemos por hoy –sentenció–. Por mucho que Sibila te diera el antídoto, aún estás convaleciente. No deberíamos haber entrenado.

–No. Era necesario –respondió la chica, recordando lo torpe que se había sentido peleando contra Aníbal.

–Igualmente, será mejor que comamos algo y que descanses lo que queda de día.

–En realidad –dijo nerviosamente–, tengo planes para esta tarde –confesó. Axel la miró con el ceño fruncido, desaprobándolo, pero no dijo nada–. ¿Crees que podías acompañarme hasta el árbol para cruzar al otro lado? –preguntó con suavidad.

–Sí –farfulló.

–¿Por qué todos podéis cruzar menos yo? No tiene sentido –reflexionó Dánae en voz alta. Estaba harta de depender de Axel todo el tiempo.

–Si un argento no tiene poderes, no puede cruzar. El árbol se alimenta de la magia para llevarte al otro lado.

–Pero puedo ver cosas –repuso la chica, frunciendo el ceño.

–Sí, quizá puedas cruzar por ti misma ahora que tus poderes han despertado.

–¿Por qué no me lo has dicho antes?

–No has preguntado –repuso. Dánae le lanzó una mirada de indignación. Entonces, Axel se sinceró–. No me hace especial ilusión que vayas sola a través de la selva.

–Entonces, ¿no vas a enseñarme cómo cruzar? –preguntó, dudosa.

–Sí –accedió, claramente en contra de su voluntad–. Pero tendrás que prometerme que, cada vez que te marches, me avisarás.

–Está bien –respondió resignada. Aquello era mejor que nada.

\* \* \*

Después de comer y descansar durante un buen rato, Dánae y Axel salieron de Argentum en dirección a El Paso. Todo estaba en calma a su alrededor y consiguieron llegar al árbol sin dificultades. Axel la miró, todavía dudando de si estaba haciendo lo correcto al mostrarle el camino para cruzar al otro lado. Si le pasaba algo en la selva, sería su responsabilidad. Tragó saliva, quitándose aquella idea de la mente.

–Lo único que debes hacer es concentrar todos tus pensamientos en el árbol milenario y en tu objetivo: cruzar. Para ello, tan solo tendrás que poner la mano sobre el tronco y aparecerás en el otro mundo.

–¿Así de simple?

–Sí.

–¿Y para regresar?

–Tendrás que hacer exactamente lo mismo, solo que al otro lado.

Dánae sonrió satisfecha.

–Entonces, será mejor que me marche ya –dijo la chica.

La joven cerró los ojos y posó la mano sobre el tronco tal y como le había indicado Axel. Deseó con todas sus fuerzas cruzar al otro mundo.

–Ve con cuidado –escuchó que le decía Axel a sus espaldas.

Sin embargo, cuando se giró, él ya no estaba allí. Sintió una fuerte presión en todos los músculos de su cuerpo. Después, tan solo un destello, que la obligó a cerrar los ojos. Cuando los abrió de nuevo, estaba detrás del árbol milenario, en la Tierra. Nadie la había visto, excepto un niño que estaba escondido en el mismo lugar en el que ella había aparecido. El pequeño la miró atónito, con los ojos tan abiertos que Dánae temió que se le salieran de las órbitas. En su mano había llevado una piruleta, que se encontraba ahora en el suelo, cubierta de arena. No dijo nada, se quedó mudo contemplándola. Dánae se llevó el dedo índice a los labios.

–Será nuestro secreto.

Salió detrás del árbol, rezando para que el niño no gritara o rompiera a llorar antes de que se largara de allí. Tuvo suerte. El niño siguió exactamente en la misma posición, desconcertado, durante un largo rato. Hasta que decidió que había sido un sueño. Entonces, continuó jugando al escondite con su madre, que no se había percatado de nada.

\* \* \*

Cuando Dánae llegó al taller de restauración de antigüedades, el lugar parecía desierto. Las persianas estaban completamente bajadas y no se oía el más mínimo ruido proveniente del interior del edificio. Aún así, Dánae tocó al timbre con la esperanza de que Mario se encontrara dentro. Sorprendentemente, acudió a la puerta.

–¡Hola! –saludó Dánae con una sonrisa.

Mario se sorprendió ante la presencia de la chica. No la esperaba aquel día. Miró hacia la calle, en busca de aquel extraño primo de Dánae, que había demostrado tener una enfermiza obsesión por el control. No lo vio por ningún lado. Suspiró, aliviado y luego le dedicó su mejor sonrisa a la chica.

A pesar de llevar unos vaqueros desgastados, una camiseta publicitaria y su cabello rubio despeinado, a Dánae le pareció que estaba particularmente

atractivo aquel día.

–¿Quieres ir a dar un paseo? –preguntó entonces. Dánae asintió. Se sentiría más cómoda en la calle. Solamente de pensar en entrar al salón, se le aceleró el corazón. Sabía lo que podía pasar si se encontraban allí, así que dar una vuelta por la ciudad no le pareció descabellado.

–Claro –contestó.

Avanzaron por los callejones del casco antiguo, descubriendo rincones en los que Dánae nunca había estado, a pesar de haber vivido allí toda su vida. Se adentraron por una callejuela diminuta y oscura. La chica se sintió un poco insegura. Estaba sucio y olía a orina, pero siguió a Mario sin preguntar. El chico se dio cuenta de las dudas dibujadas en el rostro de la joven, así que la tomó por la mano con suavidad. Dánae sintió su piel, cálida, en la palma de la mano. Y se sintió mejor. Mucho mejor. Pronto llegaron a una puerta de madera vieja, que parecía sostenerse a duras penas. Mario la abrió con cuidado y Dánae lo siguió por unas empinadas escaleras. Eran angostas, de piedra antigua. Estaba bastante oscuro, unas bombillas sin lámpara colgaban de los cables a ambos laterales de la pared. Ascendieron durante varios minutos, sin detenerse. La chica tenía la sensación de que estaban subiendo muy arriba, pero no podía estar segura. No había ventanas por las que mirar. Entonces, vio una puerta de madera, muy parecida a la de la entrada. Por debajo se filtraba la luz del sol. Eso quería decir que era una salida al exterior. Mario se adelantó y le abrió la puerta a la joven, que se encontró con una azotea inmensa, plagada de pequeñas mesas redondas en el centro y varias casetas a los lados. Eran cafeterías y coctelerías decoradas de manera rústica pero moderna. Había plantas y flores por todas partes.

–¿Qué es este sitio? –preguntó Dánae, fascinada.

–El mejor lugar de la ciudad para tomar algo –contestó Mario con una sonrisa seductora.

La joven sonrió, contenta de poder hacer algo normal. Durante un rato volvería a ser una chica corriente, sin más preocupaciones que decidir lo que iba a beber.

Se sentaron en una de las mesas que quedaba cerca de la baranda que delimitaba la azotea, uno al lado del otro, para quedar de cara a las vistas, que eran espectaculares. Desde allí arriba se podía ver toda la ciudad.

–¿Te gusta? –preguntó Mario, contento al verla relajada por fin.

–Sí, es perfecto.

Mario alargó la mano hasta la de la chica, que tenía apoyada sobre la mesa. Dánae no la apartó, pero levantó la vista hasta él, sorprendida. Mario la estaba mirando como si no existiera nada más en el mundo. Solo él y ella. El chico desvió su mirada hasta los labios de la joven, pero no se movió. Le había dado su palabra de que no la besaría sin que ella lo deseara. Dánae se vio atrapada en aquel romántico atardecer, en sus cálidos ojos de color miel. Y recorrió la distancia que les separaba. Fue un beso lento, calmado. Mario se separó de ella y se quedó tan solo a unos centímetros.

–Empezaba a pensar que no lo harías nunca –susurró, sosteniendo la cara de la joven entre sus manos. Entonces la besó él. Suavemente. Cuando se dieron cuenta eran más de las nueve y ya había anochecido. Las mesas vecinas estaban desiertas, tan solo quedaban algunos camareros, que estaban empezando a cerrar las casetas.

–Será mejor que volvamos –dijo apenada por que aquel día acabara. Había disfrutado de aquella tarde, de una vida normal, de un amor joven y sin preocupaciones.

–Te acompaño hasta tu casa –se ofreció Mario.

–No, no hace falta –dijo la chica. Obviamente no podía acompañarla hasta Argentum.

–¿Seguro?

–Segurísimo –repuso sonriendo.

–Está bien, como quieras. Pero ve con cuidado.

–Tranquilo... –susurró besándole en los labios.

## CAPÍTULO 22

Dánae fue capaz de llegar al otro lado siguiendo los mismos pasos que a la ida, tal y como Axel le había explicado. También había anochecido en Argenta. La joven caminó entre el espesor de árboles como buenamente pudo, palpando formas en la oscuridad. Pero no le importó. Se sentía en una nube. Entonces, una mano la agarró con fuerza del brazo. Ahogó un grito y trató de zafarse de su captor. Al girarse, se topó con una máscara blanca e impoluta.

–Buenas noches –la fría voz de Aníbal resonó en su cabeza. Se quedó paralizada. Estaba completamente desarmada, a merced de aquel hombre.

–Me alegro de que estés bien –el eco de su voz la hizo temblar de miedo–. Te vi caer en Egipto y por unos instantes pensé que habías muerto.

–Pues ya ves que no –balbuceó, tratando de parecer valiente–. ¿Qué quieres de mi, Aníbal? –logró preguntar al fin. Llevaba tiempo queriendo saberlo. ¿Por qué la había dejado escapar? ¿Por qué no parecía interesado en acabar con su vida?

–Si te lo contara, este juego perdería toda la gracia.

Antes de que la chica pudiera replicar, escucharon unos pasos que se acercaban. Aníbal se difuminó en medio de la oscuridad. Se había marchado.

–¿Dánae? –una voz familiar la llamó a sus espaldas. Era Carlos. Dánae se giró, todavía aturdida por su encuentro con Aníbal.

–¡Carlos! –exclamó, corriendo hasta él.

–¿Qué pasa? –preguntó al verla tan alarmada.

–Aníbal ha estado aquí –explicó nerviosa.

–¿Estás herida? ¿Te ha hecho algo? –preguntó, inspeccionando a su hija rápidamente. Dánae negó con la cabeza.

–No. Estoy bien.

–Será mejor que vayamos a Argentum, al menos, estaremos fuera de su alcance –decidió Carlos.

Caminaron rápidamente hasta la cueva sin decir ni una palabra. Debían ponerse a cubierto rápidamente, desconocían si Aníbal había aparecido en la selva por alguna razón que desconocían. Quizá se tratara de una trampa o una distracción. Una vez arriba, se encontraron con Axel. Al ver sus rostros desencajados, supo al instante que algo no iba bien.

–¿Qué ha pasado?

–Me he encontrado con Aníbal en la selva –anunció la joven.

–¿Te ha hecho daño? –preguntó Axel, acercándose más a ella–. ¡Será desgraciado! En cuanto pueda, acabaré con él –exclamó, furioso. Dánae nunca le había visto así.

–Tranquilízate, Axel –dijo Carlos.

–¿Te ha dicho algo? –preguntó el joven, cuando recuperó algo la calma.

–Apenas nos ha dado tiempo a hablar. En cuanto ha visto a Carlos, se ha esfumado. Tan solo me ha dicho que se alegraba de que estuviera viva.

–¿Por qué se interesa por tu salud? –preguntó Carlos, incapaz de comprender nada. Dánae se encogió de hombros.

–No sé qué es lo que pretende, pero sea lo que sea no lo permitiré –dijo Axel, todavía crispado. Luego dio media vuelta y se marchó por el pasillo hasta la sala circular.

–¿Viste algo ayer en los astros? –le preguntó Dánae a su padre, cambiando de tema.

–Sí, los Renegados robaran el próximo objeto en dos semanas.

–Perfecto, solo tenemos que adelantarnos.

–Pero fue extraño –repuso Carlos–. Era como si estuvieran en una posición incorrecta.

–¿Qué quieres decir?

–Como si estuvieran en otra época del año. Hoy volveré a ir a La Torre. Quizá tenga mejor suerte.

La chica asintió. Por lo menos tendría alguien con quien hablar durante el camino. Aunque sabía que el sendero hasta La Torre era seguro, no podía evitar sentir pavor solo de pensar en encontrarse con Aníbal de nuevo.

–Será mejor que comamos algo –dijo Carlos, dirigiéndose a la cocina. No tardó demasiado en preparar una exquisita tortilla de patatas. Dánae la engulló con satisfacción. La mitad de la tortilla estaba todavía intacta en el plato.

–¿Crees que Axel querrá un trozo? –preguntó insegura.

–Si se lo llevas tú, seguro que sí –dijo con una sonrisa tierna.

–Oh, no empieces –musitó la joven, cortando un trozo de tortilla y colocándolo en un plato. Se metió por el pasillo hasta la sala circular y picó a la puerta con los nudillos. La única respuesta que obtuvo fue un gruñido. Abrió y se encontró a Axel de pie frente al altar, sumido en una profunda



lectura del antiguo libro. Allí había sido dónde habían descubierto de qué trataba el ritual y los siete objetos legendarios. El chico la miró y cerró precipitadamente el libro. La joven lo observó con suspicacia, pero no dijo nada al respecto.

–¿Quieres un trozo de tortilla? Está muy rica –ofreció Dánae.

–Escúchame, Dánae –le dijo, ignorando su pregunta–. Intenta evitar a Aníbal tanto como puedas.

–¿Por qué? –preguntó alarmada. ¿A qué venía aquello? ¿Había descubierto algo en el libro?

–Sólo quiere utilizarte.

–¿Utilizarme? ¿Para qué?

–Creo que es mejor que no lo sepas.

Dánae se estremeció al pensar en la cantidad de cosas horribles que podría llegar a hacerle aquel ser detestable. Sabía que todavía no estaba preparada para saberlo, apenas podía asimilar todo lo que estaba pasando. Así que no insistió.

–¿Estás bien? –preguntó Axel, cogiéndola por los hombros–. Estás muy pálida...

–Tengo miedo –confesó. No le gustaba mostrar sus debilidades ante Axel, pero ya no podía ocultar aquel sentimiento de terror que la carcomía por dentro.

–Yo también –dijo, abrazándola. Dánae se sintió extraña. Hacía apenas unas horas había estado en los brazos de Mario, pero le parecía una eternidad. Algo lejano e irreal, casi como un sueño–. No dejaré que te haga nada –le susurró Axel al oído con voz ronca. La chica no fue capaz de apartarse de él. Cerró los ojos y memorizó aquel momento. No sabía lo que pasaría en el futuro, pero, si algo malo les sucedía, recordaría para siempre el calor de sus brazos.

Se oyeron unos suaves golpecitos en la puerta de la sala y se separaron. Carlos asomó la cabeza.

–Debería marcharme ya.

–Sí, vamos –dijo Dánae, lanzándole una última mirada a Axel, que volvía a parecer el hombre frío de siempre.

\* \* \*

Carlos y Dánae caminaban en dirección a La Torre en una noche ciertamente tranquila, incluso los sonidos provocados por los animales parecían

armoniosos. Pensó en cómo su vida había cambiado en apenas un mes. Ya nada tenía que ver con aquella estudiante de historia con una familia desestructurada. Qué ironía. Se había sentido incomprendida y abandonada por su propia familia durante diez años, pero aquel era ahora el menor de sus problemas. Aun así, seguía queriendo resolver aquel misterio, las dudas que había guardado durante años de silencio.

—Carlos, ¿qué es lo que pasó en realidad entre Minerva y tú?

Su padre se detuvo en seco. No esperaba aquella pregunta en aquel momento.

—Éramos demasiado distintos —dijo al fin, recuperando la compostura.

—¿Distintos? Pero eso no es un motivo.

—Claro que lo es. Teníamos intereses demasiado diferentes —explicó—. Yo le daba importancia al amor, ella al trabajo. Al final, nuestra relación ya no tenía ningún sentido.

No dijo nada al respecto. Dánae se quedó en silencio unos minutos, valorando su respuesta. Era muy razonable, pero aún así, algo no cuadraba. ¿Qué le había pasado a Iris?

—Pero aún hay algo que no entiendo ¿A qué se debió el cambio de actitud de Iris?

—Le sucedió algo en el colegio —se limitó a responder. Dánae se percató enseguida de que su padre no quería dar detalles. Sabía que le estaba ocultando algo, pero no insistió. Parecía incómodo con el tema.

## CAPÍTULO 23

La sala era redonda y muy amplia. Seguía a la perfección la forma de aquel casco romano. Estaba prácticamente vacía, tan solo piedra y viejos recuerdos. Sin embargo, en un rincón, había amontonados todo tipo de artilugios de astronomía, algunos muy antiguos, otros completamente modernos. Carlos estaba sentado en la única silla que había allí. Llevaba horas observando las estrellas. A pesar de que la noche era clara, le estaba costando leerlas. Parecían darle la espalda otra vez. No paraba de buscar una posición concreta, una alineación, algo que le indicara que todo iba a salir bien. Resopló, exhausto, y se frotó los ojos. Volvió a mirar al cielo, desesperado. Y vio una estrella fugaz. Claro. Aquella era la señal que había estado buscando. Acercó el ojo al telescopio y observó con atención. Y entonces supo lo que estaba pasando. Se levantó como una exhalación y tiró la silla al suelo. No le importó. Se marchó corriendo a Argentum, sin avisar a Dánae. Quería mantenerla al margen. Aquello era demasiado precipitado, demasiado peligroso.

\* \* \*

Abril se despertó con el frío que entraba por la ventana. Se encontraba en su pequeño ático situado en el centro de la ciudad. Aquel verano estaba haciendo un calor insoportable en la Tierra, casi tanto como en Argenta, así que no entendía a qué venía de repente aquel frío polar. Asomó la cabeza y se quedó boquiabierto al descubrir que un manto blanco cubría las calles que rodeaban su edificio. Su calle estaba decorada con bonitas luces navideñas. ¿Cómo era posible? Algo estaba pasando. Abrió el armario rápidamente en busca de la chaqueta más gruesa que tenía y salió corriendo hacia el árbol milenario. Ni siquiera se molestó en buscar unas botas. Pisó la nieve con los pies descalzos, demasiado preocupada como para poder sentir el frío.

\* \* \*

Dánae dormía tan profundo que ni siquiera el estruendo de una silla cayendo podría haberla despertado. De repente, se vio en un frondoso bosque, típico de las latitudes del norte. No había flores y el frío del ambiente le caló enseguida los huesos, generándole terribles escalofríos. Caminó por un sendero helado durante un largo rato, hasta que topó con un pequeño poblado lleno de cabañas fabricadas con arcilla y ramas de los árboles. En el centro

había algunas casas más lujosas, hechas con madera de roble. Sin embargo, no había nadie a sus alrededores, estaba desierto. Dejó que sus pies la guiaran por el camino hasta una pequeña ermita situada a poca distancia del poblado. Cuando fue a abrir la puerta, escuchó un grito desgarrador tras ella. Se giró de inmediato y vio la nieve manchada de sangre. A pocos metros descubrió el cuerpo inerte de Abril. Se acercó, estaba herida. No. Estaba muerta. Sus cabellos pelirrojos caían con amarga dulzura sobre su rostro, inexpresivo. Una figura apareció corriendo en la lejanía. Carlos. Cuando el hombre vio a la joven inmóvil en medio de un charco de sangre, se tornó blanco como el papel. Susurró su nombre. Una y mil veces. Después, la cogió entre sus brazos. Sin vida, parecía todavía más menuda. No tuvo tiempo ni siquiera de llorar su pérdida. Un objeto punzante atravesó su pecho. El hombre cayó casi al instante sobre la hierba húmeda, inconsciente. Cuando Dánae quiso acudir en su ayuda, una espada apuntando a su cuello le barró el paso. No era Aníbal. Ni Bastian. Ni siquiera el chico contra el que había luchado Axel en Egipto. Era una mujer, alta y delgada, enmascarada. Dánae peleó con ella durante unos minutos, pero cuando el resto de guardianes acudió en su auxilio, salió corriendo. La joven se volvió hacia su padre. Pero ya era demasiado tarde para él. Sintió cómo el horror se apoderó de todos sus sentidos. Gritó con fuerza.

En un instante, volvió a la realidad. Axel estaba abalanzado sobre ella, zarandeándola para sacarla de su trance.

—¡Dánae! —gritó.

Cuando abrió los ojos, Axel la miró aliviado. Todavía era de noche, no debían ser más de las cinco de la mañana. Dánae se descubrió empapada en sudor y lágrimas, aunque todavía sentía el frío de aquel maldito bosque. Estaba temblando.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —preguntó alterado—. Llevo más de cinco minutos intentando despertarte.

—Axel —masculló, horrorizada por aquella visión—. ¿Dónde están Carlos y Abril?

—¿Por qué? —preguntó, sin comprender a qué venía aquel repentino interés.

—Los he visto en un sueño —contestó alarmada.

—¿Has tenido otra visión?

—Sí. Estábamos en un pueblo medieval en medio de las montañas y he visto cómo los mataban frente a una ermita —susurró casi imperceptiblemente.

–Pero eso no es posible.

–¿Estás seguro de eso? –dijo Dánae, saliendo de la cama de un brinco.

–Sí, no los he visto en Argentum. Te aseguro que están en perfecto estado.

–Entonces, ¿esa visión...?

–Tienes que haber visto el futuro.

–¿Pero no dijiste que era imposible?

–Te dije que había muy pocos casos en los que eso hubiera pasado. Supongo que esto es una excepción.

Dánae se llevó las manos a la cara, preocupada.

–¿Qué vamos a hacer?

–Evitar que eso suceda.

–Tenemos que avisarles cuanto antes.

–Esta misma tarde he convocado una reunión a las ocho para organizar el próximo robo. Se lo explicaremos entonces.

Dánae asintió, nerviosa todavía por lo que había visto.

–¿De qué objeto se trata esta vez? –preguntó la chica, tratando de borrar aquellas terribles imágenes de su mente.

–El cáliz de la vida eterna.

–¿El Santo Grial?

–El mismo –afirmó–. ¿Vamos a entrenar? –dijo Axel.

Dánae negó con la cabeza. Se sentía atrapada en aquel mundo, en aquella nueva misión a la que debería enfrentarse y, sobre todo, en aquella pesadilla que no podía quitarse de la cabeza.

–Creo que necesito despejarme –dijo–. Voy a ir a la Tierra un rato, me ayudará a tranquilizarme.

Dánae necesitaba desconectar de la magia, de aquel extraño mundo lleno de peligros. Axel frunció el ceño, pero asintió. No quería presionarla. El chico desapareció escaleras abajo y se marchó de vuelta a Argentum.

\* \* \*

Carlos llegó a Argentum cuando todavía era de noche. Todo estaba en completo silencio. Axel debía de estar durmiendo. Se dirigió corriendo hasta su habitación, tenía que advertirle sobre lo que había descubierto. Sin embargo, la cama estaba hecha. Miró el reloj. Eran las cinco de la mañana. Quizá ya se hubiera marchado a La Torre para entrenar con Dánae. Maldijo entre dientes. No tenía tiempo para ir a buscarle. Tendría que hacerlo solo. Entonces, distinguió una figura en la penumbra, subiendo por la catarata.

Quizá fuera Axel, pero enseguida se percató de que su silueta era demasiado menuda.

–¿Abril? –susurró.

–¿Carlos? ¿Qué haces aquí? –dijo la chica, acercándose a él.

–He visto algo en las estrellas. El robo está teniendo lugar ahora mismo.

–¿Pero cómo es posible? Ayer viste que teníamos por lo menos dos semanas.

–Lo sé, algo ha cambiado. Debemos darnos prisa.

–Sí, están haciendo algo peligroso. Cuando he despertado, era invierno en la Tierra –explicó Abril.

–¿Qué? –exclamó.

–Se supone que estamos en agosto, pero estaba todo cubierto de nieve y repleto de adornos navideños.

–Nos han tendido una trampa –exclamó enfadado–. Los Renegados han provocado un desajuste temporal entre los dos mundos para despistarnos.

–¿Quieres decir que realmente han pasado cuatro meses en la Tierra? –preguntó la joven, escandalizada.

–Me temo que sí.

–Debemos marcharnos, Carlos. Tenemos que impedir que roben el Grial.

El hombre asintió y cogió un trozo de papel y un bolígrafo de encima de la mesa. Garabateó algo rápidamente. Después, se giró y cogió la mano de Abril.

–*Kaish der weerap thowen jirins.*

\* \* \*

Dánae se dio una buena ducha y se colocó un vestido de lino blanco de tirantes, por encima de las rodillas. Se dejó el cabello suelto y se dirigió a la selva para atravesar el portal que la llevaría a su antiguo mundo. Pronto sintió la presión familiar sobre sus huesos y apareció al otro lado del árbol milenario. Estaba amaneciendo. Sin embargo, no fue una sensación agradable. Sintió un terrible frío nada más llegar a la Tierra. Miró a su alrededor, desconcertada y vio el parque cubierto de nieve. ¿Cómo era posible? Estaban en pleno agosto. Dánae corrió por el camino, en busca de una explicación lógica. Se cruzó con varias personas, tapadas hasta arriba con abrigos y bufandas, que la miraron como si estuviera loca. ¿Dónde iba aquella joven con tan solo un vestidito en pleno diciembre? Dánae sintió el vaho salir de su boca y se detuvo, sin comprender nada. Las calles estaban decoradas con motivos navideños. Entonces, alguien la agarró del brazo con

suavidad. Dánae se giró y se encontró con Axel. Se quedó paralizada, mirándole a los ojos, interrogativa.

–¿Qué está pasando?

–Debemos irnos, rápido –dijo Axel, preocupado.

–Pero...

–No tenemos tiempo para explicaciones. Corre –le advirtió.

La cogió del brazo y la arrastró hasta el árbol milenario. Atravesaron el portal y siguieron corriendo hasta Argentum.

–Tenemos que ir a la época medieval, al invierno de 1181 en la Bretaña francesa –anunció Axel nada más entrar por la puerta principal.

–¿Qué? ¿Ahora? Pensé que la reunión para decidir el plan era esta tarde – exclamó, sin entender nada.

–los Renegados nos han tendido una trampa, han jugado con el tiempo para desconcertarnos.

–¿Y eso qué quiere decir?

–Que el robo está teniendo lugar ahora.

–¿Qué? –exclamó escandalizada.

–Y Carlos y Abril se nos han adelantado. Debemos ir a ayudarles –añadió, tendiéndole la nota que había dejado su padre.

Dánae la leyó. *Bretaña francesa, 1181. El robo es ahora.* No pudo hacer más que recordar aquel bosque que había visto en sueños. Y el pueblo. Abril muerta. Carlos herido y solo, sin poder salvarse. Sintió que se le entrecortaba la respiración. Tenía verdadero pánico a perderlos.

–No dejaremos que lo que has visto suceda –dijo Axel, adivinando sus pensamientos. Le quitó la nota de la mano y la dejó sobre la mesa. Si Sibila o Lucas aparecían por Argentum, sabrían dónde encontrarles.

El chico le tendió una espada y Dánae asintió, dispuesta a salvar a su padre y a Abril.

–*Kaish der weerap thowen jirins.*

Dánae aterrizó de mala manera sobre la nieve. Axel estaba de pie, a su lado. La joven se incorporó y se sacudió los copos que se habían enganchado en su ropa. Ni siquiera se sintió ridícula con aquel vestido de lino blanco en medio de la montaña, tan solo era capaz de sentir preocupación.

–Tenemos que encontrar a los demás –dijo Dánae.

–Pero no sabemos dónde están, será mejor que examinemos la zona –dijo Axel.

–Espera –ordenó Dánae–. En mi sueño vi una ermita. Si el pueblo está aquí delante, tenemos que estar muy cerca –dijo, inspeccionando el área–. Por ahí –indicó la joven, reconociendo un sendero. Tomó a Axel de la mano y tiró de él, corriendo lo más deprisa posible hacia la ermita, esquivando árbol tras árbol. Pero de repente, la quietud del bosque se rompió con un grito desgarrador.

–¡No! –exclamó espantada al reconocer la voz de Abril. En un minuto, que se le hizo eterno, llegaron a la ermita. Abril estaba tendida en el suelo, con una herida profunda en el hombro. A su lado se encontraba la mujer enmascarada, la misma que había visto en su visión. Llevaba el cabello oculto bajo una capa y tenía la espada manchada de sangre. Se quedó inmóvil cuando los descubrió. Dánae la miró enfurecida y desenvainó la espada. Se abalanzó sobre ella, pero frenó cada uno de sus golpes. Axel la miró inseguro, después dirigió su vista hasta Abril. Estaba sola, herida. Corrió hasta la chica, tenían que llevarla a Argentum cuanto antes. Sibila era la única que podía ayudarla. Dánae escuchó pasos precipitados a sus espaldas mientras luchaba contra aquella mujer. Era Carlos, acababa de salir de la ermita. El hombre se arrodilló al lado de Abril y de Axel. Cuando vio a la chica llena de sangre, se quedó pálido. La cogió de la mano.

–Aguanta, por favor, Abril –dijo con la voz quebrada. La cogió en brazos, dispuesto a llevarla a un lugar seguro. Dánae no podía quitarse la imagen de ambos muertos de la cabeza. Nada más ver a Carlos, la mujer enmascarada empujó a Dánae con la mano que le quedaba libre. La tiró al suelo, apartándola de su camino. Luego se dirigió hacia su padre, indefenso y aturdido con Abril en brazos. Axel, a su lado, estaba revisando la herida de la joven, distraído. La mujer se acercó a Carlos con la espada levantada, dispuesta a matarle. Iba a hacerlo. Su visión iba a cumplirse. No podía permitirlo. Dánae empuñó su espada con fuerza, se levantó rápidamente y corrió tras la mujer.

–¡No! –gritó Dánae, clavándole el arma en la espalda a aquella mujer. Ni siquiera gritó. Respiró de una manera extraña y unas palabras ininteligibles manaron de sus labios. Cayó al suelo, inmóvil. Cuando Dánae pensaba que podrían volver a Argentum para cuidar de Abril, apareció un hombre alto y extremadamente delgado. Otro Renegado. La miró un instante, pero no se enfrentó a ella. Se limitó a coger rápidamente a su compañera herida y se esfumó con ella en brazos. Dánae corrió hasta los demás. Abril estaba



perdiendo mucha sangre.

–La llevaré a Argentum. Sibila podrá ayudarla –dijo Carlos inseguro. Era una herida grave y no sabían si Sibila estaría en Argentum al volver. Era cuestión de suerte. Pero nadie lo verbalizó. Axel y Dánae asintieron y Carlos se marchó corriendo con Abril a cuestas.

\* \* \*

Axel y Dánae abrieron la puerta de madera de la ermita, que emitió un siniestro crujido. Entraron en el interior del edificio con cautela. No habían visto a nadie más afuera, pero estaban seguros de que no iban a estar solos. Los Renegados no se rendirían tan fácilmente. Todo estaba muy oscuro y el olor a humedad era intenso. Caminaron hacia un rústico altar de piedra que había al fondo de la pequeña construcción. Sobre él brillaba un cáliz de oro, con pequeñas piedras preciosas incrustadas en los bordes. Axel lo cogió rápidamente y lo envolvió en una tela. Después, lo guardó dentro de una caja de madera que encontró bajo el altar. Cuando se disponían a salir, un filo cortante al borde del cuello de Dánae le impidió continuar. Sintió el pecho de Aníbal contra su espalda. La cogió con fuerza por la cintura, inmovilizándola por completo. Dánae levantó ligeramente la barbilla, para evitar el roce de su cuello con la espada.

–Aníbal –masculló con fastidio Axel.

–Dame ahora mismo esa caja.

Axel se acercó para entregársela.

–¡No! –grito Dánae–. No lo hagas, no va a matarme –dijo la joven, con seguridad. Hasta ahora no lo había hecho. No sabía qué motivo había detrás, pero Aníbal la quería viva.

–¡Cállate! –dijo Aníbal, aumentando la presión de la espada contra su cuello. La joven notó su piel desgarrarse levemente bajo la hoja de la espada. Sintió una gota de sangre deslizándose lentamente por su cuello y su pecho, hasta el vestido. La joven cerró los ojos con fuerza. Estaba segura de que no iba a matarla, pero ¿y si había cambiado de opinión? Entonces, una extraña y fugaz luz iluminó momentáneamente la ermita y Lucas apareció tras Aníbal. Dánae nunca se había alegrado tanto de ver a su hermano. Lucas colocó su espada en la nuca de Aníbal.

–¡Suéltala! ordenó. El hombre retiró lentamente la espada de la joven. Dánae corrió hasta Axel, que aún sostenía la caja entre las manos. Miró a Lucas y le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Lucas le hizo una señal a su

hermana para que se marchara con Axel. El chico tuvo que tirar de ella. La joven no quería dejar a su hermano a solas con Aníbal.

–Pero mi hermano...

–No te preocupes por él, en cuanto vea vía libre, se esfumará –explicó. Claro, Lucas podía teletransportarse. Dánae se quedó más tranquila y dejó de oponer resistencia en su huida hacia Argentum.

\* \* \*

No había nadie en la sala principal de Argentum. Reinaba un silencio sepulcral. Ni siquiera los pájaros cantaban en la selva, como solían hacerlo a aquellas horas de la mañana. Abril estaba tumbada en la cama de la única habitación de aquella pequeña fortaleza. Sus ojos estaban cerrados. Su cabello pelirrojo caía delicadamente sobre su pálido rostro. Carlos estaba sentado a su lado, con la delicada mano de la chica entre las suyas. El hombre tenía los ojos cerrados y la cabeza baja.

Abril abrió los ojos lentamente. Acarició el cabello de Carlos, y él levantó la vista, esperanzado. Cuando Sibila la había curado, no estaban seguros del alcance que había tenido aquella herida. Sibila se había quedado sin energía antes de poder curarla completamente y no sabían a ciencia cierta si se recuperaría. Era la herida más grave a la que la joven se había enfrentado jamás. Carlos abrazó a Abril con fuerza. La joven hizo una pequeña mueca de dolor, pero no se quejó. Nunca antes la había abrazado. No quería que se apartara nunca. Cerró los ojos, respirando la colonia que solía llevar Carlos. La hubiera reconocido en cualquier lugar.

–Abril –susurró su nombre, como si la conociera de nuevo por primera vez. Se separó un poco de ella y la miró a los ojos. Sus rostros estaban muy cerca. Abril sentía la respiración entrecortada. Carlos acarició su rostro con la yema de los dedos y se acercó un poco más a ella. Y por fin hizo algo con lo que Abril llevaba soñando más de diez años. La besó. Sus labios se rozaron levemente, pero entonces, Carlos se retiró, bajando la mirada.

–Lo siento –murmuró, tratando de recuperar la compostura.

–¿Por qué? –preguntó, desconcertada. No podía creerse que aquella felicidad hubiera sido tan efímera.

–Eres demasiado joven, deberías salir con alguien de tu edad.

–Eso son solo excusas –dijo Abril, molesta. Se llevaban doce años, no cincuenta.

–Te mereces alguien mejor que yo.

–Carlos, hace más de diez años que estoy enamorada de ti –confesó–. Nunca podría estar con nadie que no fueras tú.

El hombre se quedó mirando a los ojos de aquella joven tímida e inteligente, que había hablado con una sinceridad arrolladora. Carlos suspiró. Le había costado años darse cuenta de lo que sentía, percatarse de que aquella niña se había convertido en una mujer extraordinaria. Pero cuando lo hizo, la había amado en silencio cada minuto, cada segundo, convencido de que era demasiado buena para él. No era capaz de expresar aquello con palabras, así que acarició su rostro con cuidado y se acercó a ella de nuevo. Esta vez la besó sin miedo, sin remordimientos.

Justo en aquel momento, escucharon ruidos en la sala principal. Carlos se separó de Abril y la miró unos instantes, todavía sintiendo la dulzura de sus labios.

–Debo ir a verles –susurró, apenado por tener que separarse de ella.

–Claro, asegúrate de que estén bien –contestó Abril, con una sonrisa amable. Todavía no podía creerse lo que acababa de pasar.

Carlos corrió a reunirse con sus compañeros. Sonrió al comprobar que estaban todos sanos y salvos.

–Carlos –dijo Dánae sin apenas saludar–. ¿Cómo está Abril?

–Se recuperará.

–¿Y Sibila? –preguntó Lucas.

–Se marchó a su casa. Después de curar a Abril estaba agotada –explicó Carlos–. Tuvimos suerte de que viniera a Argentum justo a tiempo.

Dánae sonrió. Después de todo, aquella chica esquiva e independiente había hecho mucho más por ellos de lo que habría imaginado nunca.

## CAPÍTULO 24

Dánae sintió una leve presión sobre sus huesos y apareció detrás del árbol milenario. Sintió el frío invernal de la Tierra. El parque estaba cubierto de una gruesa capa blanca. Aquel estaba siendo un invierno insólito. No solía nevar en la ciudad. Sin embargo, estaba todo cubierto por aquel manto blanco. Dánae se colocó el abrigo que llevaba en la mano y avanzó cómo pudo por la nieve, con cuidado de no resbalar. Los copos caían con suavidad sobre su pelo oscuro. No había nadie por la calle, todos estaban a refugio de aquella nevada. Observó cómo el sol estaba ya casi escondido tras el horizonte. Anochecería pronto. Mientras caminaba por las calles de la ciudad, se dio cuenta de que era real. En aquel mundo habían pasado cuatro meses y no había vuelta atrás. Le costó asimilar todo lo que aquello significaba. Había perdido prácticamente un semestre entero de la universidad. Probablemente tendría que recuperarlo todo al año siguiente, a estas alturas sería prácticamente imposible aprobar. Pero no era solo aquello lo que la preocupaba. Para Mario habían pasado cuatro meses sin saber nada de ella. Probablemente habría pasado página y la habría olvidado por completo. También pensó en su hermana, que seguramente estaría preocupada por ella. No era de las que solía desaparecer del mapa. Sentía la carta de su hermana revolviéndose dentro del bolsillo de sus pantalones mientras caminaba. Ella sería su primera parada. Creía que había llegado el momento de visitar a Iris y devolverle aquella carta que nunca debería haber leído. Había sentido remordimientos desde el mismo instante en el que había abierto aquel sobre amarillento, pero ya no había vuelta atrás. Tan solo podía disculparse y devolvérselo. Probablemente tendría un elevado valor sentimental para ella. Sus piernas la llevaron casi automáticamente a su antiguo hogar. Cuando se detuvo frente a la pequeña casa unifamiliar, observó que estaba tan descuidada como la última vez que había estado allí, solo que cubierta de nieve. Tocó el timbre y escuchó pasos que se acercaban a la puerta. Estaba preparada para aquello, se dijo a sí misma. Podía enfrentarse a su madre como a una adulta. Ya no le daba miedo. Minerva abrió la puerta. Se quedó parada en el umbral, sorprendida. No duró demasiado, en su rostro enseguida se formó una mueca de disgusto al ver a Dánae.

—¿Qué haces aquí? —espetó en un tono tan gélido que un escalofrío recorrió su

cuerpo. Nunca había sido cariñosa ni amable, pero para ella había sido su única madre. Que la tratara con aquella indiferencia le dolía. Tragó saliva.

–He venido a ver a Iris –explicó.

–Está en su habitación –dijo, dejándola pasar.

Dánae entró en el salón y enseguida perdió de vista a Minerva, que se encerró en el pequeño despacho que tenían en el sótano. La chica subió las escaleras lentamente, pensando en cómo iba a explicarle a Iris lo que había hecho. Golpeó la puerta de la habitación de su hermana con los nudillos e Iris abrió inmediatamente. La había escuchado subir. Al ver a Dánae, esbozó una pequeña sonrisa.

–Hola –saludó Iris, haciéndole un gesto para que entrara en su habitación. Nada más entrar, le dio un fuerte abrazo, algo inusual en ella–. Estaba preocupada por ti, llevas meses sin aparecer por aquí.

–Lo siento, la universidad me ha tenido absorbida –se disculpó. Aquella era la excusa más factible en la que había podido pensar–. ¿Cómo estás? –preguntó después, algo preocupada. Iris siempre había sido delgada, pero en aquellos meses parecía haber perdido bastante peso.

–He tenido épocas mejores –contestó sin dar más explicaciones. Su voz era tan débil que tuvo que acercarse más a ella para poder oírla. Dánae decidió confesar. No aguantaba más tiempo con aquel sentimiento de culpa.

–He venido a darte esto –dijo, sacando la carta del bolsillo. Al verla, los ojos de Iris se iluminaron con la luminosidad que tuvieron años atrás. Sin embargo, tan solo fue un instante. Después, parecieron volverse todavía más tristes.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó, sin mirar a su hermana pequeña directamente a los ojos.

–Hace un tiempo vine a verte. Encontré el jardín un poco descuidado y me preocupé. Temía que os hubiera pasado algo o que hubierais abandonado la ciudad sin decirme nada, así que entré. Fui a comprobar que no estuvieras en tu habitación y la descubrí en el suelo. Mamá llegó justo en aquel momento y salí corriendo sin pensar. Cuando quise darme cuenta, me había llevado la carta conmigo –se disculpó, devolviéndole el sobre a la chica. Iris lo cogió como si se tratara de un tesoro.

–¿La has leído? –preguntó entonces. Dánae se sintió desfallecer. Tragó saliva.

–Sí –contestó con sinceridad. Iris frunció ligeramente los labios, pero no dijo

nada. Después, asintió casi imperceptiblemente—. Lo siento —añadió Dánae, avergonzada.

—Te envidio —dijo de repente Iris. Dánae se quedó atónita ante el giro que había tomado la conversación.

—¿Por qué? —logró preguntar.

—Yo también he querido marcharme. Tantas veces... —murmuró. Dánae se sintió mal por haber dejado sola a su hermana sin ni siquiera pensarlo. Bajó la mirada.

—Podrías alquilar un piso por tu cuenta... —sugirió la joven.

—No. No puedo dejarla.

Dánae frunció el ceño. No lograba entender por qué, a pesar de la frialdad con la que la trataba, Iris siempre había sido leal a su madre. Era una actitud casi enfermiza. La chica no insistió, sabía que no tenía sentido discutir. Iris no cambiaría de opinión. Se formó un silencio extraño en la habitación y Dánae decidió marcharse. Había hablado más con su hermana aquel rato que durante años de convivencia.

—Será mejor que me vaya —dijo. Iris asintió levemente y luego añadió algo que la sorprendió.

—Vuelve pronto por aquí.

Quizá, después de todo, Iris la había echado de menos.

\* \* \*

El taller estaba abierto, a pesar de que eran más de las ocho de la tarde. Dánae se quedó parada frente al local unos instantes, sin importarle demasiado el frío. Probablemente, en aquellos cuatro meses el padre de Mario ya habría terminado sus trabajos a domicilio. Tragó saliva. No estaba preparada para conocerle todavía. Sin embargo, deseaba ver a Mario y explicarle que no había desaparecido. Tocó el timbre y respiró aliviada al comprobar que era el chico quien apareció en la puerta. No parecía que su padre estuviera en casa. Sin embargo, el joven no la recibió con su sonrisa habitual. La miró fríamente desde el umbral. Estaba claramente enfadado.

—Hola —balbuceó la chica, nerviosa.

—¿Qué quieres? —espetó secamente. Dánae tragó saliva.

—Quería verte... —murmuró. Mario negó con la cabeza, con una sonrisa de incredulidad.

—Llevas cuatro meses sin dar señales de vida —dijo—. Y ahora resulta que quieres verme.

Dánae recordó la última vez que se habían visto, en aquella azotea. Había sido todo tan romántico, tan perfecto. Y luego, para él, ella había desaparecido. Era lógico que se sintiera molesto. La joven suspiró, sintiéndose todavía peor. Aquel chico no se merecía que lo trataran así.

–Lo siento. Tuve que trasladarme con mi padre al extranjero urgentemente – se apresuró en decir. Por lo menos era una media verdad. Sin embargo, Mario siguió mirándola con suspicacia.

–¿Y en todo este tiempo no te has podido poner en contacto conmigo?

–No tenía tu número. En realidad, ni siquiera tenía tu dirección para enviarte una carta –se excusó.

–Está bien –dijo él un poco más relajado, sacando su móvil del bolsillo–. Dame tu número. –La joven le recitó su teléfono de memoria y apuntó el de Mario, aun sabiendo que no podrían comunicarse cuando ella estuviera en Argentum. Después, la chica le sonrió tímidamente.

–¿Me podrás perdonar algún día?

–Cómo no te voy a perdonar –dijo él, suspirando y abrazándola por fin–. Pensaba que no volvería a verte.

–Siento haberte hecho pasar por esto –volvió a disculparse.

–Te he echado tanto de menos –susurró, separándose un poco de ella y mirándola con aquellos ojos cálidos.

–Yo también –respondió Dánae con una sonrisa.

–¿Te apetece que vayamos a cenar? –preguntó Mario. La chica asintió. El joven le colocó una bufanda beige alrededor del cuello y la besó cariñosamente en la nariz–. No puedo permitir que te resfríes –dijo. Dánae lo cogió de la mano y salieron a la calle. Nada podría empañar la felicidad que sentía aquella noche.

Cenaron en un restaurante pequeño, situado en una de aquellas callejuelas del centro de la ciudad. Era un local antiguo, con paredes de piedra y altos techos. Sin embargo, estaba decorado de manera minimalista. Aquel contraste le daba un aspecto moderno y acogedor a la vez. Se sentaron en una mesa situada en el lateral y les atendieron pronto. Pidieron algo de comida para compartir y vino tinto.

Dánae bebió relajadamente, sin preocuparse por nada más. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de una velada como aquella.

–Nunca te he preguntado a qué te dedicas –dijo Mario.

–Soy estudiante de historia.

–¿Historia? –preguntó sorprendido.

–Sí –contestó con una sonrisa–. Ya sé que será difícil encontrar trabajo, pero no podía hacer otra cosa. Es mi vocación.

–Hiciste bien.

–¿Y tú?

–Yo estudié restauración. Supongo que me vi un poco abocado a ello por la tradición familiar, pero la verdad es que no me arrepiento.

–Tu trabajo me parece fascinante –repuso Dánae–. Creo que hacer que objetos tan antiguos recuperen la plenitud que un día tuvieron es un verdadero arte.

–Sí, realmente es bastante más complejo de lo que la gente piensa.

Pasaron el resto de la cena hablando de sus sueños, sus preocupaciones y sus motivaciones, pero sobre todo, riendo. Dánae no se había dado cuenta de la tensión que tenía acumulada y estar así con Mario la hizo relajarse.

Después de cenar, dieron un paseo tranquilo, hasta que sus pasos los llevaron de vuelta al taller. Se quedaron en silencio un momento mirando al suelo.

–¿Te apetece entrar a tomar algo? –preguntó entonces Mario.

Dánae levantó la vista de sus pies y lo miró a los ojos. No era tonta, sabía lo que aquello significaba. Tragó saliva, nerviosa. No había estado nunca con un chico. Sus amigas le habían reprochado un millón de veces que se estaba perdiendo algo genial, pero nunca se había atrevido. O quizá nunca había encontrado a la persona adecuada. Pero Mario le gustaba. Mucho. Se sentía atraída por él desde el mismo momento en su sus miradas se habían cruzado. Y asintió. Mario le sonrió con dulzura y entraron en el local. La joven se sentía nerviosa mientras avanzaba por el pasillo hasta el salón situado al fondo. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero de al lado del sofá. Por algún motivo, sintió que el top de tirantes negro que había llevado toda la noche tan tranquilamente, de repente era demasiado atrevido. Sabía que eran los nervios.

–¿Qué te apetece? –preguntó Mario.

–Algo fuerte –dijo la chica riendo, tratando de eliminar la tensión.

Mario soltó una carcajada y desapareció un momento. Volvió con dos gin tonics y le tendió uno a Dánae. La joven sintió la copa helada entre sus dedos y un escalofrío recorrió su espalda. La diferencia de temperatura entre la Tierra y Argenta era incómoda. No conseguía adaptarse a un invierno tan repentino. Mario se dio cuenta y encendió un pequeño fuego a tierra que



había frente al sofá. Dánae escuchó el crepitar del fuego y se relajó un poco. Dio un sorbo de la bebida y sintió la acidez en la punta de la lengua. Dejó la copa sobre la mesa. Mario se sentó a su lado, bastante cerca. El chico dio un buen trago del gin tonic y lo dejó al lado del de Dánae. La joven levantó la vista hasta él y no le dio tiempo a pensar más. Mario alargó la mano hacia el rostro de la joven y la acarició. Ella sintió cómo se le aceleraba el pulso. Se acercaron lentamente y Dánae sintió los labios tiernos y cálidos de Mario sobre los suyos. Se separaron un momento y se miraron a los ojos. Entonces, Mario la besó de nuevo, pero esta vez con una intensidad que la hizo olvidar todo lo demás. Mario se inclinó sobre ella y se recostaron sobre los cojines del sofá sin dejar de besarse. Mario separó su boca de la de Dánae y recorrió su cuello con la palma de la mano, acompañándola de suaves besos. La joven cerró los ojos y suspiró. Mario apartó ligeramente el tirante del top de Dánae. Entonces, la imagen de Axel apareció en su mente. No. No podía pensar en él ahora. Sin embargo, no pudo evitarlo, y lo único que podía ver eran sus ojos azules. Se separó de Mario y se levantó, recobrando la respiración. El chico se quedó en el sofá, descolocado.

–Lo siento –se disculpó él–. He ido demasiado deprisa –murmuró avergonzado.

–No, no es eso –dijo la joven, sintiéndose fatal. No podía confesarle que había pensado en otro–. Creo que no estoy preparada.

Mario frunció el ceño, comprendiendo lo que aquello significaba.

–Perdona, no sabía que tú no...

–Será mejor que me marche –dijo la joven, cogiendo la chaqueta del perchero. Recorrió el pasillo prácticamente corriendo. Mario la siguió hasta la puerta. Dánae abrió y sintió que el frío la hacía volver a la realidad.

–Dánae –murmuró Mario, tomándola de la mano con cuidado–. ¿Volveré a verte? –preguntó, con preocupación en sus ojos.

La joven se sintió todavía peor al percatarse de que Mario pensaba que todo había sido culpa suya. Temía que la chica desapareciera de nuevo de su vida. Sin embargo, ella tan solo estaba confusa, no comprendía sus propios sentimientos.

–Claro, no te preocupes. Te prometo que no volveré a desaparecer –contestó la joven al fin, con una sonrisa cálida. Se acercó a él y lo besó fugazmente en los labios para intentar tranquilizarlo.

–Hasta pronto, entonces –repuso con una sonrisa, un poco menos nervioso.

–Adiós.

Dánae salió a la calle y se asustó al ver una figura medio oculta en la esquina. Iba a salir corriendo, pero lo reconoció cuando se acercó hasta ella. Era Axel. ¿Había estado ahí todo el tiempo? ¿Los había visto besarse?

–¿Qué haces aquí? –preguntó molesta. Y justo en ese momento, le cayó una gota de lluvia en la punta de la nariz. Miró hacia el cielo y descubrió un par de grandes nubarrones oscuros. Axel abrió el paraguas negro que llevaba en la mano.

–Es muy tarde –espetó–. Pensaba que te había pasado algo.

–¿Cuánto rato llevas ahí?

–El suficiente.

Dánae no dijo nada más y bajó la vista. ¿Por qué estúpida razón le importaba que los hubiera visto? Se maldijo a sí misma y al lío que tenía en la cabeza.

–Acércate. Vas a mojarte –dijo Axel. La joven se aproximó a él y se puso tensa al sentir que sus brazos se rozaban. Se adentraron por una calle estrecha que acortaba camino hasta el parque del árbol milenario. Entonces, las luces de un coche aparecieron en la lejanía y el vehículo avanzó a toda velocidad hacia ellos. Axel agarró a Dánae del brazo para apartarla de la carretera y la atrajo hacia él, estampándola contra la pared para cubrirla. La joven se encontraba completamente acorralada entre Axel y el muro. El coche pasó por su lado en aquel momento, destruyendo bajo sus ruedas el paraguas que Axel había soltado para apartar a Dánae de su alcance. Sintieron el agua sobre ellos antes de poder reaccionar. El vehículo había pasado por encima de un charco, salpicándolos sin contemplaciones. Axel le dijo de todo al conductor, pero el vehículo no se detuvo y se perdió en la oscuridad de la noche. El chico bajó la vista hasta Dánae, que lo observaba empapada.

–¿Estás bien? –preguntó él.

Dánae asintió. Estaban demasiado cerca. Observó las gotas de agua cayendo por el rostro de Axel, por su cuello, por sus labios. Se apartó de él, con el corazón latiendo demasiado deprisa en su pecho. No sabía si había sido por el susto o por su proximidad. No entendía lo que le estaba pasando. Quizá Carlos tenía razón. Pero no, era absurdo. ¿Cómo iba a sentirse atraída por alguien tan distante como Axel? No podía creer que aquello le estuviera pasando a ella. Nunca había tenido siquiera un novio, nunca le habían interesado los hombres. Y ahora, se veía atrapada entre dos. Suspiró.

–Estás muy callada –dijo Axel, rompiendo el silencio, cuando ya estaban

llegando al árbol milenario.

–No es nada.

La verdad era que no le apetecía hablar con él. Necesitaba poner espacio de por medio para aclarar sus sentimientos.

Cruzaron por El Paso y llegaron al otro lado. Cuando avanzaban por el sendero de la selva que los llevaría hasta Argentum, el aire se volvió extrañamente helado. Dánae y Axel miraron hacia ambos lados, buscando la fuente de aquel frío. Cuando la joven volvió de nuevo la vista al frente, se encontró con una figura oscura y alargada. Aníbal. Soltó un pequeño grito al reconocerlo y retrocedió unos pasos. Axel se colocó delante de ella, como si aquello fuera a impedir que Aníbal le hiciera algo a la joven.

El hombre enmascarado desenfundó la espada sin mediar palabra. La joven no pudo más que taparse la boca con las manos para acallar sus propias ganas de gritar. Axel le hizo un gesto con la mano para que se alejara de ellos y sacó un pequeño cuchillo de su bota. ¿Aquello era todo lo que tenían contra Aníbal? Dánae buscó frenéticamente por la selva. No tenía nada, ninguna arma, ninguna forma de ayudarlo. Tenía que encontrar algo. Deseó poder pedir ayuda. ¿Por qué no habían instalado unas antenas en aquel dichoso lugar? Por lo menos podría haber llamado a alguien. Claro, eso era lo que tenía que hacer, pensó decidida. Quizá sus poderes la ayudaran. Había sido capaz de comunicarse con varios objetos, ¿funcionaría con las personas? Cerró los ojos y trató de comunicarse con Lucas. De todos los guardianes, sería el que podría llegar más deprisa gracias a sus poderes para transportarse. Lo llamó, una y otra vez, pero no contestó. Trató de no escuchar el rechinar las armas de Aníbal y Axel, que se aceleraban cada vez más. No se atrevía ni siquiera a mirarles. La joven no se rindió. Intentó llamar a cada uno de sus compañeros, sin éxito, hasta que escuchó la voz de Abril en su cabeza. <<¿Dánae? ¿Eres tú?>>. <<Tenemos problemas>>, contestó Dánae. Sin embargo, no tuvo tiempo de explicarle nada más. Un grito de Axel la hizo desconcentrarse por completo y perdió la comunicación. Dánae miró hacia donde se encontraban los dos hombres peleando. El suelo estaba chamuscado y había un par de árboles ardiendo. Probablemente Axel había usado sus poderes. Lo buscó en medio de aquel paisaje desolador y lo encontró frente a Aníbal. Tenía una fea herida en el brazo. Descubrió que Bastian se había sumado al combate. Cobardes. Dánae corrió hasta ellos con la intención de ayudar a Axel.

–¡No! –gritó Axel–. Quédate donde estás –ordenó. Pero era demasiado tarde. Aníbal la hizo salir disparada. Dánae se estrelló contra el suelo y dio unas cuantas vueltas. El golpe la dejó aturdida unos minutos. Cuando recuperó el sentido, Axel estaba arrodillado, lleno de magulladuras. Estaba exhausto. Había perdido su cuchillo. Dánae observó la escena horrorizada. Aníbal estaba apuntando al pecho de Axel con la espada mientras Bastian lo inmovilizaba con unas cuerdas.

–¡Axel! –exclamó Dánae, corriendo hacia él. Los tres la miraron al mismo tiempo–. ¿Qué vas a hacer? –le preguntó a Aníbal, aterrorizada. Ni siquiera podría soportar la idea de que lo matara frente a ella.

–Será mejor que te despidas de él.

–No, por favor –suplicó.

Aníbal le pegó una patada en el estómago a Axel, que cayó al suelo, tosiendo. Dánae se acercó rápidamente, pero Bastian le barró el paso, sosteniéndola con fuerza. Tras él, vio con horror cómo Aníbal recogía el cuchillo de Axel del suelo. Se agachó al lado del chico y se lo acercó a la cara. Axel todavía estaba encogido de dolor en el suelo, tratando de recuperar la respiración.

–¡No! ¡No! –gritó Dánae–. No el hagas daño, por favor. Haré lo que quieras –gritó, desesperada. Como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, Aníbal se levantó y se acercó hasta ella con una sonrisa cínica. La joven no se atrevió a moverse.

–Pronto tendrás noticias nuestras –le susurró al oído. Sus palabras quedaron flotando en el aire unos segundos. Entonces, Aníbal se acercó a Bastian y le puso una mano en el hombro. Después levantaron a Axel del suelo, semiinconsciente. Y los tres desaparecieron ante sus ojos angustiados.

–¡No! –gritó, cayendo de rodillas al suelo. ¿Qué había pasado? ¿Adónde se lo habían llevado? ¿Qué iban a hacerle? Las preguntas se agolpaban en su cerebro sin tregua. Respiraba agitadamente, incapaz de mantener la calma. Escuchó pasos precipitados a sus espaldas. Se giró rápidamente. ¿Habían vuelto? Pero no. Era Abril, que se dirigía hacia ella corriendo.

–Dánae. ¿Qué ha pasado? –preguntó preocupada, llegando a su lado. La ayudó a levantarse.

–¡Se lo han llevado! –gritó nerviosa.

–¿A quién?

–A Axel.

Abril se quedó en silencio unos instantes, comprendiendo la magnitud del

problema.

–¿Quién ha sido? ¿Qué ha pasado?

–Bastian y Aníbal nos han tendido una emboscada.

–Será mejor que vayamos a Argentum –dijo agarrándola con suavidad por el brazo–. No es seguro que nos quedemos aquí.

## CAPÍTULO 25

La sala principal de Argentum era un panorama desolador. Abril removía un café que ya se había enfriado hacía rato, abatida. Lucas daba pasos alrededor de la sala, inquieto, sin poder creerse lo que había pasado. Dánae estaba enroscada en una butaca, con los ojos llorosos. Temía por la vida de Axel, no tenía ni idea de lo que Aníbal era capaz de hacerle. En aquel momento, Sibila entró por la catarata, jadeando. Carlos, que la seguía de cerca, la había ido a buscar enseguida para explicarle el problema. Había sido la última en llegar. Y saltaba a la vista, la que peor se lo había tomado. Nada más entrar, miró a Dánae furiosa.

–¡Tú! –gritó, histérica–. ¡Tu estabas ahí! Pudiste evitarlo, pero dejaste que se lo llevaran. ¡Todo esto es culpa tuya!

Dánae se levantó al escuchar sus palabras, ofendida como nunca antes lo había estado. Se abalanzó sobre ella y le pegó una sonora bofetada a Sibila. Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Sibila la miró sorprendida, poniéndose la mano sobre la mejilla enrojecida.

Dánae se marchó apresuradamente por el pasillo y se metió en la habitación de Axel. Se sentó en un rincón de la cama y vio su abrigo sobre la silla. Lo cogió y volvió a sentarse en el colchón, apoyando la cabeza sobre la tela. Cerró los ojos. Todavía estaba impregnada de su olor... Se mordió el labio, haciendo un esfuerzo por no romper a llorar.

La puerta de la habitación se abrió lentamente. Era Lucas. Se sentó a su lado en el colchón.

–¿Estás bien? –preguntó el chico. Nunca había visto a su hermana perder los estribos de aquella manera. Puso su mano sobre la de la chica, que todavía estaba aferrada al abrigo de Axel. Dánae negó con la cabeza. Estaba muy lejos de estar bien–. Vamos a recuperar a Axel –dijo él, con seguridad. Dánae levantó la vista y se apoyó sobre el hombro de su hermano, hundida–. Será mejor que descanses.

–No. Tenemos que buscar la manera de encontrarle. Cada minuto cuenta.

–Así no podrás ayudarle, estás agotada. Descansa un rato, nosotros estaremos en la sala principal pensando en un plan –insistió.

–No. Quiero estar.

–Vamos, ahora está Sibila. Creo que es mejor que estéis separadas.

Dánae iba a negarse, pero lo pensó mejor. En el fondo tenía razón. Después de lo que había hecho, no podía regresar como si nada. En cuanto se miraran, volverían a pelearse. De eso estaba segura. Finalmente, asintió.

–Te informaré de todo en cuanto despiertes –dijo Lucas, intentando tranquilizarla.

Su hermano la dejó de nuevo a solas con sus pensamientos. Dánae se tumbó en el lado en el que solía dormir Axel, como si aquello pudiera acercarla a él de algún modo. Se hizo un ovillo y cerró los ojos, exhausta.

<<Dánae...>> escuchó una voz siniestra. Se incorporó y miró alrededor, aterrada. No podía ser. Aquella voz. Aníbal no podía estar en Argentum. Entonces se dio cuenta de que lo había escuchado en su cabeza.

–Vete, déjame –dijo, poniendo las manos sobre sus sienes. Se estaba volviendo loca.

<<Esto no es ninguna alucinación>> dijo Aníbal. <<¿Es que no sabes nada?>>

–¿Dónde está Axel? –preguntó entonces Dánae, cuando se dio cuenta de que aquella conversación estaba siendo real.

<<Tráeme todos los objetos legendarios y volverás a verle>>.

–¿Qué? –exclamó, descolocada. ¿Cómo iba a hacer eso? Aunque quisiera, tan solo tenían tres de los siete objetos en su poder.

<<El tiempo que tardes en conseguir todos los objetos será el mismo que el que tardarás en reunirte con él de nuevo>>.

–Pero... –la joven se disponía a rechistar. Sin embargo, Aníbal la interrumpió.

<<No puedes hablar de esto con nadie. Estas son las condiciones. Si las rompes, Axel está muerto. Tú decides>>.

Y la voz se marchó. Volvía a estar sola. Se tapó el rostro con las manos. Dánae se quedó un buen rato en la misma posición, tratando de asimilar lo que le había propuesto Aníbal. Si le entregaba lo que pedía, le estaría dando el control sobre los dos mundos a los Renegados. Aquello implicaba traicionar a su familia, a sus amigos, a su legado, a Axel. Pero si no lo hacía, Aníbal lo mataría.

–Dánae –susurró la voz de Carlos detrás de la puerta–. ¿Estás bien?

No dijo nada. Se hizo la dormida. No quería hablar con nadie. Oyó cómo la puerta se abrió y escuchó cómo Carlos se sentaba en la butaca de al lado.

–Sé que estás despierta –dijo–. ¿Con quién hablabas?

–Con nadie –murmuró.

–Me ha parecido escucharte.

–Quizá he hablado en sueños –sugirió Dánae. Su respuesta pareció convencerle y no preguntó más.

–Hemos pensado en algo para salvar a Axel.

–¿Cuál es el plan? –preguntó incorporándose, ansiosa por descubrir un camino a seguir, algo distinto a lo que Aníbal le había propuesto.

–Conseguiremos los siete objetos. Cuando tengamos el poder, podremos destruirles y recuperar a Axel –explicó su padre.

Dánae tragó saliva, no demasiado convencida. Se le ocurrieron un millón de cosas que podían salir mal. Y todas acababan igual, con Axel muerto.

–Pero...

–Ahora mismo me marcho a La Torre. Tenemos que descubrir cuándo piensan robar el cuarto objeto –la interrumpió Carlos.

Dánae acalló sus dudas. Reconoció que era lo único que podían hacer. Desconocían dónde los Renegados tenían su centro de operaciones. No sabían por dónde empezar a buscar a Axel, así que hacerse con el poder del ritual parecía la única posibilidad. Sin embargo, veía demasiadas lagunas en aquel plan. Demasiados factores estaban fuera de su control. No podía arriesgarse a perder a Axel.

Vio que Carlos la observaba fijamente, esperando una respuesta. La joven se limitó a asentir sin decir nada más. Y en aquel instante, supo que aceptaría el trato que le había propuesto Aníbal. Y cumplió con la última norma que le había impuesto. El silencio.

\* \* \*

Dánae llegó a La Torre. Todavía no había amanecido. Aquella había sido probablemente una de las noches más largas de su vida. Apenas había conseguido dormir un par de horas en la habitación de Axel. Al despertarse, vio que sus compañeros estaban durmiendo en las butacas de la sala principal, incluso Sibila, que no solía pasar demasiado tiempo allí. Su padre estaba sentado en una silla de madera, dormido sobre la mesa de la cocina. Tenía un café frío en la mano. No pudo evitar una sonrisa tierna. Estaba agotado, había ido a La Torre para leer las estrellas en busca de respuestas, mientras todos los demás descansaban. No debía de hacer mucho que había regresado, parecía agotado. Aunque se moría de ganas, no quiso despertarle para preguntarle si había descubierto algo. Ya hablarían de ello por la



mañana. La joven pasó sigilosamente por su lado y descendió por la catarata. Necesitaba estar sola para poder pensar. Avanzó lentamente por el sendero hasta La Torre. Cuando atravesó la pesada puerta de madera y encendió las antorchas, le pareció un lugar distinto, más vacío. Quizá tan solo fuera un reflejo de cómo ella misma se sentía. Esta vez, en vez de subir corriendo por la escalinata hasta su habitación, decidió inspeccionar el lugar. Hasta aquella noche, había tenido demasiado miedo de los fantasmas como para atreverse a recorrer aquel inmenso espacio. Sin embargo, ya no temía encontrarse con el espíritu de Lenore. Tampoco le daba miedo ya la oscuridad, ni los extraños ruidos que se oían en el piso de arriba. Ahora solo temía una cosa. Que Aníbal matara a Axel.

Elegió una de las dos escaleras angostas situadas a la derecha y subió con cuidado de no resbalar. La escalera giraba sobre sí misma una y otra vez, en forma de caracol. Al final, llegó a lo que parecía una especie de trampilla de madera. La abrió con el hombro y descubrió una sala redonda y espaciosa. Ocupaba todo el ancho del edificio. Dedujo que se encontraba en la parte superior de aquella cabeza de piedra. La estancia estaba vacía, excepto un rincón, que estaba repleto de artilugios y papeles situados sobre una gran mesa de madera vieja. Se acercó e inspeccionó aquellos instrumentos. Descubrió varios telescopios entre ellos y entonces supo dónde se encontraba. La sala de astronomía de la que tanto había hablado Carlos. Suspiró y se sentó en la única silla que encontró, mirando al cielo. Ojalá las estrellas le dijeran dónde estaba Axel, pero estaban en silencio.

Se levantó de la silla, dispuesta a marcharse. Entonces, ya no se encontraba en La Torre. Aquel era un lugar completamente distinto. Era una habitación oscura, húmeda y gris, con un fuerte olor a rancio. Las paredes eran de piedra antigua. Escuchó un ruido de cadenas que se movían levemente y se giró en dirección al sonido. Frente a ella se encontraba un hombre postrado y con la cabeza baja. Estaba atado de pies y manos con unas gruesas cadenas. El cabello negro, ligeramente ondulado, le caía desordenadamente sobre la frente. Estaba lleno de cortes y magulladuras. Lo que quedaba de su ropa estaba empapada en sangre. Ni siquiera llevaba zapatos. Parecía estar inconsciente. Dánae se acercó a él lentamente, sin hacer ruido. Se arrodilló a su lado. Le tocó la barbilla con suavidad para verle el rostro, pero lo traspasó. No estaba allí realmente. Por primera vez fue completamente consciente de que lo que estaba viendo era una visión. Aquello significaba que lo que

estaba presenciando probablemente estaba teniendo lugar en aquel mismo momento. Dánae agachó la cabeza para ver el rostro de aquel hombre. Se vio obligada a apoyarse en el suelo cuando descubrió que se trataba de Axel. Apenas había sido capaz de reconocerle. Lo habían torturado. Tenía cortes en las mejillas y la ceja partida. Sus labios estaban ensangrentados y tenía un fuerte golpe en la sien. Dánae se tapó la boca. Quería abrazarlo, curarle las heridas, pero no podía tocarle. Fue incapaz de contener las lágrimas. Aníbal no dudaría en matarlo si no le entregaba lo que le había pedido. Miró a su alrededor, en busca de cualquier pista que pudiera indicarle dónde lo retenían, pero aquella celda era hermética. No encontró nada.

—Axel —susurró aún sabiendo que no podía oírla—. Te prometo que te sacaré de aquí.

Entonces, alguien más entró en la habitación. Se giró hacia la puerta y reconoció a la mujer enmascarada que había estado a punto de matar a Abril en la ermita unos días atrás. La misma a la que Dánae había dejado malherida. Sin embargo, estaba en perfectas condiciones. Se acercó a Axel y le levantó la cabeza estirándole del pelo. Él abrió los ojos, mirándola con desprecio. La mujer le dedicó una sonrisa torcida a través de su máscara y le dio una fuerte bofetada, volviéndolo a sumir en la inconsciencia.

Dánae volvió en sí con el sonido de un trueno. Había caído muy cerca de La Torre. Le costaba respirar. No sabía qué hacer. Lo único que tenía claro era que no dejaría que mataran a Axel en aquel antro.

## CAPÍTULO 26

El sol brillaba sobre la selva de Argenta, ajeno a los problemas de sus habitantes. Dánae subió el muro de la catarata y entró en la sala principal de la cueva de Argentum. Estaba exhausta. No había podido dormir. La visión de Axel torturado en aquella celda la perseguía cada vez que cerraba los ojos. Al entrar, la joven se encontró con el semblante preocupado de sus compañeros y la mirada de desprecio de Sibila. Aún estaban en la sala principal después de haber pasado la noche allí. Los ojos de Dánae se posaron rápidamente en Carlos. Su padre no tenía mucho mejor aspecto que ella. Su cabello estaba inusualmente despeinado y su ropa normalmente impoluta lucía arrugada. Unas oscuras ojeras rodeaban sus ojos, ya de por sí oscuros.

–Buenos días –saludó Dánae, con voz ronca. Carlos la miró apenado. No hacía falta que su hija le contara cómo se sentía. Se veía a la legua que no estaba pasando por uno de sus mejores momentos. Sus ojos violetas, normalmente brillantes, estaban apagados y tristes. En su rostro se podía leer el cansancio de una noche en vela.

–Siéntate –dijo Carlos, con suavidad, poniendo la mano sobre el hombro de su hija. Dánae obedeció y se sentó sobre la butaca más cercana–. Tengo que contaros algo. –Los demás se quedaron donde estaban, atentos a lo que iba a seguir–. Anoche fui al mirador de La Torre mientras dormíais –anunció finalmente.

–¿Viste algo? –preguntó Lucas, impaciente por poder encontrar a su amigo.

–No. Nada.

–¿Nada? –preguntó Sibila, extrañada.

–Parece como si no tuvieran intención de ir a buscar el cuarto objeto –explicó Carlos, desconcertado. Dánae tragó saliva. Sospechaba lo que aquello podía significar. Quizá Aníbal no quisiera entrometerse en su camino y le estaba dejando vía libre para conseguir los objetos. Sabía que se los acabaría entregando a cambio de la vida de Axel.

–Qué extraño –murmuró Abril.

–Mejor, adelantémonos nosotros –propuso Lucas, decidido–. Vayamos a buscar el siguiente objeto mañana por la noche.

Se miraron los unos a los otros. Parecía un poco precipitado, pero nadie dijo

nada. Al fin y al cabo, todos querían a Axel de vuelta lo más pronto posible.

–Está bien –accedió Carlos–. Aunque será mejor que nos informemos cuanto antes de qué objeto se trata y a qué época tendremos que viajar esta vez.

–Esperad aquí, enseguida vuelvo –intervino Dánae.

La joven se adentró por el pasadizo hasta la sala circular. Subió rápidamente al altar y se posó ante el antiguo libro que Axel le había mostrado. Lo abrió por una página cualquiera y no entendió nada de lo que allí decía. Parecía algo similar a una poción. Decidió buscar en el índice del libro. Pronto encontró un apartado titulado “*Rituales y Objetos Legendarios*”. Abrió por el número de página que indicaba y empezó a leer hasta que encontró la referencia al cuarto objeto.

### *CUERNO DE LA ABUNDANCIA*

*El cuarto objeto de este ritual milenario consiste en el cuerno del Unicornio Sagrado, que otorga poderes de curación a quien realice el ritual. Este ser mitológico, que habitaba en los bosques del norte de Europa, vivió entre los siglos XIII y XIV de nuestra era.*

Cuando terminó de leer el fragmento de aquel texto, intentó asimilarlo. ¿A qué se refería con el cuerno de un unicornio? Pensaba que no existían, que tan solo eran fantasías. Quizá había estado equivocada también en aquello. De todas formas, ¿cómo iba a localizarlo? El norte de Europa estaba plagado de bosques. Y, aunque existiera la recóndita posibilidad de encontrarlo, ¿cómo iba a conseguir el cuerno? No estaba dispuesta a hacerle daño a ningún animal. Volvió hasta la sala principal, cabizbaja.

–¿Dónde has ido? –preguntó Sibila, molesta porque hubiera abandonado la reunión de aquella manera.

–A consultar el libro. El cuarto objeto es el cuerno del Unicornio Sagrado –explicó, sintiéndose un poco estúpida. Quizá sus compañeros se rieran de ella. Sin embargo, ninguno de ellos pareció sorprendido, al contrario, la mayoría asintió.

–Deberíamos ir al sur de Alemania –dijo Lucas.

–¿Pero cuando? –cuestionó Abril.

–El libro habla del siglo XIII y XIV.

–Perfecto –dijo Carlos.

–Manos a la obra –concluyó Sibila–. Tenemos un día para prepararlo todo.

\* \* \*

Dánae caminó hasta La Torre con malestar en el cuerpo. Ya había tomado su decisión. Traicionaría a los suyos para proteger a Axel. Primero conseguiría todos los objetos colaborando con sus compañeros y, cuando los hubiera reunido todos, se los entregaría a Aníbal. Cerró los ojos furiosa. Tan solo la idea de darle el poder sobre los dos mundos la horrorizaba, pero no podía hacer otra cosa. Suspiró al llegar al casco de piedra. Al menos allí estaría a solas con sus pensamientos y no tendría que afrontar las miradas de su padre y de su hermano, tan preocupados por su bienestar mientras ella pensaba en cómo traicionarlos.

Bajó las escaleras hasta la sala de entrenamiento y cogió una espada. Empezó a dar golpes furiosos al aire, descargando toda su rabia, como si pudiera alcanzar a Aníbal con cada una de aquellas arremetidas.

Se entrenó durante toda la mañana y parte de la tarde, sin descanso, sin comer nada. Tenía que progresar, tenía que ser capaz de enfrentarse a los Renegados. Después de horas sin pausa, cayó agotada en medio de la sala. Suspiró y dejó la espada en el suelo. Se llevó las manos a la cabeza, tratando de recobrar la respiración, tratando de no volverse loca. Al cabo de unos minutos, logró levantarse. Subió hasta su habitación y se dio una ducha rápida. Luego, se dejó caer sobre la cama, mirando a la nada. Se preguntó dónde estaría Axel, si le habrían hecho todavía más daño. Se tumbó y miró hacia el techo, con aquellos pensamientos inquietantes rondándole la cabeza. De repente, estaba en la misma sala oscura y húmeda que la otra vez. Otra visión. Distinguió de nuevo a Axel en medio de la oscuridad, esta vez sin cadenas, tirado en el suelo, inmóvil. Durante unos horribles instantes pensó que estaba sin vida, pero al acercarse pudo percibir una débil respiración.

—Axel... —murmuró acariciándole la cabeza, aunque sin poder tocarlo realmente. El chico entreabrió los ojos lentamente. ¿La había oído? Axel se levantó pesadamente y se sentó como pudo, apoyándose en el muro mugriento que había tras él. Su aspecto era lamentable. Tenía incluso más heridas de las que recordaba—. ¿Axel? —repitió, sin poder evitar pronunciar su nombre. Entonces, el chico miró en todas direcciones, sorprendido y nervioso.

—¿Dánae? —susurró levemente. Seguía mirando por toda la celda, desorientado.

—¿Puedes oírme? —preguntó la joven, esperanzada.

–Debe de haber sido un sueño... –masculló entonces con un hilo de voz.

–Axel, escúchame.

–Me estoy volviendo loco –musitó.

–No, Axel, soy yo.

–¿Dánae? ¿De verdad eres tú? Seguro que es una trampa.

–No, soy yo de verdad.

Axel trazó una leve sonrisa, pero no le dio tiempo a decir nada más. Se abrió la puerta de la celda con un fuerte estruendo metálico y Aníbal entró furioso, con pasos acelerados. Llevaba una antorcha en la mano que iluminó por unos instantes aquel siniestro lugar. Axel le lanzó una mirada desafiante al hombre enmascarado.

–¿Con quién hablabas? –preguntó Aníbal, conteniendo su ira.

–Con nadie.

–Hablabas con Dánae –dijo, ignorando su respuesta–. ¿Cómo la has llamado?

–Yo no la he llamado.

–¡No me mientas! –gritó furioso, propiciándole una patada en las costillas.

–¡Axel! –Dánae no pudo evitar gritar mientras se arrodillaba a su lado, intentando ayudarlo a levantarse, aunque en vano. Nunca podría tocarle en aquella visión. Sin embargo, Aníbal se percató de su presencia.

–Así que realmente andas por aquí, Dánae.

–Si vuelves a tocarle, no haré lo que me pediste –espetó la chica, dejando su miedo a un lado.

–¿Qué te ha pedido? –preguntó Axel, preocupado.

–Lo intentaré, aunque es irresistible –dijo Aníbal, ignorando la pregunta del chico y tirándole del cabello. Axel hizo una mueca de dolor.

–¡Aníbal! –gritó Dánae en tono de advertencia. Entonces, el hombre lo soltó.

–Está bien, pero será mejor para él que no vuelvas a aparecer por aquí –replicó Aníbal. Dánae no le contestó y miró a Axel.

–Te sacaré de aquí, te lo prometo.

–¿Pero a qué precio? –preguntó Axel, preocupado.

Sin embargo, la chica ya había desaparecido de aquella húmeda mazmorra, para volver a la realidad en su propia cama, ya de día.

\* \* \*

Dánae entró en Argentum todavía alterada después de aquella nueva visión. Se encontró con Carlos, Lucas y Abril. Estaban sentados en las butacas, pensativos y en silencio.

–Hola –saludó Lucas, con la voz apagada.

–¿Cómo estás? –le preguntó Dánae, consciente de la gran amistad que su hermano tenía con Axel.

–Mejor –dijo con una mueca–. Hago todo lo posible por centrarme en la manera de salvarle.

Dánae abrazó a su hermano, tratando de olvidar el estado en el que había visto a Axel hacía tan solo unas horas. No podía decírselo a Lucas.

–¿Y tú? –preguntó él. Dánae le dedicó una sonrisa triste a modo respuesta–. En cuanto consigamos el cuerno, estaremos un poco más cerca de él –añadió Lucas. Dánae asintió, ocultándole, muy a su pesar, sus verdaderas intenciones con los objetos legendarios.

–Podríamos comer todos juntos –sugirió Carlos, interviniendo en la conversación. A ninguno de ellos le apetecía estar solo.

Prepararon algo de pasta y enseguida se pusieron a comer. Dánae observó que su padre apenas había tocado el plato. Parecía nervioso. Entonces, se aclaró la garganta.

–Tengo algo que decirles –dijo Carlos.

Lucas arqueó una ceja y Dánae le prestó toda su atención, algo sorprendida. ¿Qué tendría que decirles?

–Quizá no sea el mejor momento, pero tampoco quiero ocultarlo más –balbuceó. Entonces, miró de reojo a Abril, que había estado callada todo el tiempo. La chica le dedicó una dulce sonrisa de apoyo y el hombre puso su mano sobre la de ella. Lucas miró sus dedos entrelazados unos instantes, comprendiendo lo que aquello significaba.

–¿Vosotros? –preguntó sorprendido.

Ambos asintieron nerviosamente. Dánae sonrió. Parecía que por fin su padre había dejado sus miedos a un lado.

–Ya hace mucho tiempo que me divorcié y... –dijo Carlos, tratando de explicárselo a Lucas.

–Lo sé. Si me alegro mucho –repuso el chico con una sonrisa–. Tan solo me ha pillado desprevenido.

Carlos respiró aliviado y miró a su hija, que le dedicó una sonrisa complacida.

–Ya era hora –dijo la chica–. Seguro que seréis muy felices juntos.

Continuaron comiendo en silencio, hasta que una idea pasó por la cabeza de Dánae.

–Lucas, ¿qué haces esta tarde? –preguntó entonces.

–Nada interesante, ¿por qué?

–¿Podrías quedarte un par de horas conmigo para practicar con la espada? Me sentiré más segura en la misión de esta noche –le pidió. Lucas accedió sin dudarle ni un instante. Le encantaba la idea de poder guiar a su hermana pequeña, así que no tardaron en poner rumbo a La Torre, despidiéndose de Carlos y Abril en Argentum.

\* \* \*

Tomaron un par de bastones de madera que estaban apoyados sobre los muros de la sala de entrenamientos. Dánae miró a su hermano con tristeza. Aunque estaba contenta de poder pasar un rato en compañía de Lucas, se le hacía extraño que no fuera Axel el que estaba frente a ella.

Su hermano le enseñó algunos movimientos nuevos y practicaron durante unas horas. Después del entrenamiento, se sentaron en el banco situado en uno de los laterales de la sala.

–Dánae, estoy preocupado –dijo de repente Lucas.

–¿Por qué?

–No solo sufro por Axel, por ti también. Desde que se lo llevaron, te veo muy apagada. ¿Seguro que estás bien?

–En realidad, no –se sinceró la joven–. No puedo quitarme de la cabeza... – No podía olvidar la imagen de Axel herido en aquella celda húmeda y oscura, solo. Sin embargo, no podía contarle aquello a su hermano. No haría más que preocuparle innecesariamente.

–¿Qué es lo que no puedes quitarte de la cabeza? –preguntó, con el ceño fruncido al ver que su hermana no seguía hablando.

–Que puedan hacerle daño –respondió finalmente.

–Es difícil ver sufrir a las personas que quieres –dijo entonces, pensativo. Dánae lo miró con el ceño fruncido. ¿Estaba hablando tan solo de Axel? ¿O había algo más que su hermano no le había contado?

–No puedo imaginarme Argentum sin él –acabó confesando la joven.

Entonces fue su hermano el que la miró extraño.

–¿Estáis juntos? –preguntó algo alterado. Después de la noticia de Carlos y Abril, se había dado cuenta de que no era muy observador. ¿Quizá también había algo entre su mejor amigo y su propia hermana? ¿No debería haberse dado cuenta antes?

–¿Qué dices? –dijo Dánae, como si se hubiera vuelto loco.



–Lo siento, he pensado que...

–No, de hecho, estoy conociendo a alguien –explicó Dánae, aunque no había visto a Mario desde hacía días.

–¿En serio? –preguntó con una sonrisa pícaro-. ¿Quién es?

–Es un chico normal. Tiene un taller de reparación de antigüedades con su padre.

–¿Un humano?

–Sí, no hay mucho argento donde elegir –dijo la joven riendo.

–Tienes razón. Lo importante es que sea buena persona.

–Lo es –dijo Dánae con una sonrisa dulce al recordarle. Sin embargo, le costaba concentrarse en Mario sabiendo que Axel estaba en manos de Aníbal.

–Bueno, será mejor que descanses un rato –contestó Lucas, dando por terminada la conversación-. Esta noche necesitaremos toda la energía para conseguir el cuerno de la abundancia.

–Está bien. Hasta luego –dijo Dánae besándole en la mejilla.

## CAPÍTULO 27

Dánae colocó una capa oscura sobre aquel vestido pomposo del siglo XIII para protegerse del frío de los bosques que visitarían. Todos iban vestidos con aquellos trajes de época tan pintorescos y estaban listos para el viaje.

–Vamos allá –dijo Carlos.

Dánae fue la última en atravesar el portal. Agarró un farolillo de aceite que había preparado encima de la mesa y después cogió su espada, aunque sabía que no tendría que usarla. Los Renegados probablemente no aparecerían aquella noche.

–*¡Kaish der weerap thowen jiiirins!*

La grieta espacio–tiempo absorbió a Dánae y la joven apareció en medio del bullicio de una ciudad en pleno anochecer. Miró alrededor y suspiró aliviada al comprobar que nadie la había visto surgir de la nada. Luego, se quedó unos instantes desconcertada. Se suponía que debería haber aparecido en medio de un bosque. Buscó a los demás con la mirada pero no los encontró por ningún lado. Decidió dirigirse a un bosque que se veía a algunos kilómetros de distancia. Avanzó rápidamente hasta él con la esperanza de encontrarse con sus compañeros caminando en la misma dirección, pero no los vio en todo el trayecto. Cuando llegó al bosque, suspiró, desencantada. No iba a encontrarlos, tendría que buscar ella sola al unicornio. Empezó a caminar tiritando por el bosque. Debían de estar bajo cero y aquella capa no abrigaba tanto como había pensado en un principio. Miró por todos lados, pero no encontró rastro alguno de vida en varias horas. Entonces, ante ella se formó una nebulosa y apareció Aníbal, con una gruesa capa negra sobre su túnica oscura y su máscara blanca cubriéndole el rostro.

–¿Qué quieres? –preguntó la joven molesta. Pensaba que tenían un trato. Ella conseguiría los objetos y se los entregaría a cambio de Axel. No entendía por qué había aparecido. Dánae apretó la mano alrededor de la empuñadura de su espada. Quizá sí que tuviera que usarla, después de todo.

–¿Quieres que te ayude a buscar a ese unicornio? Te veo con dificultades.

Dánae lo miró directamente a los ojos, molesta. Entonces, vio algo en ellos que le resultó vagamente familiar. Quizá estaba acostumbrándose a su mirada.

–No, gracias. Trabajo mejor sola –repuso sarcásticamente.

–Creo que es mejor que me quede. No me perdonaría nunca que un lobo te atacara.

Dánae lo miró con desprecio.

–¿Nunca das la cara? ¿Por qué demonios llevas esa máscara?

–¿Qué más da cuál sea mi rostro?

–Tienes razón, me da igual. ¿Quieres los objetos a cambio de Axel? Yo te daré los objetos. Pero no me molestes.

–Sólo te vigilo para que no hagas ninguna tontería.

Dánae suspiró exasperada y buscó por todos lados durante horas, con Aníbal al lado, incomodándola. Podría haberla matado en cualquier momento, pero no parecía tener la más mínima intención.

–Aníbal, ¿por qué no quieres matarme? –preguntó, sabiendo que aquella pregunta sonaba extraña. No deseaba que la matara ni nada parecido, tan solo quería saber por qué parecía importarle su integridad física.

–Ya te dije que si te lo decía, el juego perdería la gracia –murmuró siniestramente–. De todas maneras, Axel también lo sabe. ¿No te lo ha contado? –añadió, soltando una tenebrosa carcajada. Dánae no respondió. Se sintió estúpida. Sospechaba que Axel le ocultaba algo desde hacía tiempo, pero no hubiera imaginado que fuera aquello–. En realidad, es mejor que no lo sepas hasta el momento oportuno –añadió Aníbal, riendo.

–¡Vete! –espetó Dánae. Su voz resonó por todo el bosque.

–¿La presión es demasiado fuerte?

–¡Déjame en paz!

–Como quieras. –Aníbal se acercó a ella y le acarició la cara. Lo apartó de un manotazo–. Pero no podrás huir de mí siempre...

La miró unos instantes y se desvaneció ante ella. Dánae suspiró aliviada. Por lo menos podría buscar al unicornio tranquila, sin Aníbal incordiando. Caminó durante un par de horas más en medio de aquel bosque helado y oscuro, sin más iluminación que el pequeño farolillo que llevaba en sus manos temblorosas, que parecía estar consumiéndose cada vez más deprisa. Ya había perdido la esperanza de encontrar a aquel ser mitológico, cuando llegó a un claro iluminado por una acogedora luz plateada. En el centro había un caballo blanco, con un cuerno en el centro de su frente. Lo miró boquiabierto durante mucho tiempo. Era precioso. Jamás había visto nada semejante. Entonces, el animal se percató de su presencia y la miró directamente a los ojos. Dánae sintió que se le entrecortaba la respiración al

ver que el unicornio se acercaba lentamente a ella. Cuando llegó a su lado, no pudo evitar acariciarlo levemente. El animal no huyó de ella, al contrario, pareció sentirse a gusto con sus caricias. La joven sonrió levemente y él la siguió mirando. Dánae supo en aquel momento que jamás podría hacerle daño. Era un ser tan hermoso que se estremeció de horror nada más de pensar en robarle el cuerno.

<<¿Qué haces aquí, Dánae?>>. Escuchó la voz del unicornio en su cabeza.

<<Necesito el cuarto objeto de un ritual milenario para salvar a uno de los guardianes de mi mundo>>.

<<¿Necesitas mi cuerno?>>. La joven asintió tímidamente con la cabeza, sabiendo que era una petición imposible. Sin embargo, para su sorpresa, el unicornio se agachó hasta su altura, doblando las patas delanteras. <<Cógelo>>.

Dánae se quedó sin palabras. <<¿Cómo? No puedo hacer eso>>. <<No temas, volverá a salir>>. La chica puso la mano sobre el cuerno con delicadeza, sin saber muy bien lo que tenía que hacer. Entonces, sintió que una energía electrizante se expandía por su cuerpo. Apenas tuvo que estirar para que el cuerno se desprendiera con facilidad del animal. Casi al instante, un pequeño cuerno manó de la frente del unicornio. Dánae observó boquiabierta el objeto legendario que sostenía entre sus manos, seguía brillando con la misma intensidad. Sin embargo, cuando quiso volver a admirar al unicornio, el animal ya no estaba. Se había esfumado. Se quedó unos instantes quieta y luego envolvió el cuerno en un trozo de ropa. Lo guardó dentro de la capa y emprendió el camino de vuelta. Cuando llegó a la ciudad, la multitud que reinaba en ella había desaparecido, tan solo quedan algunos vendedores rezagados, vagabundos y soldados de vigilancia. Caminó silenciosamente hasta el punto donde había aparecido, sin llamar la atención de los guardias. Una vez situada justo en el lugar, pronunció las palabras en un susurro.

–*Kaish der weerap thowen jirins.*

Pronto sintió una presión sobre sus huesos y desapareció, materializándose de nuevo en Argentum. Cuando llegó, Sibila, Lucas, Abril y Carlos, la estaban esperando.

–¿Dónde te habías metido? –preguntó Lucas, preocupado.

–Cuando he aparecido no había nadie, así que he ido yo sola a buscar al unicornio.

–Eso es de todo menos sensato –la reprendió Carlos.

–Lo siento, es que no os encontraba por ningún lado.

–Hemos pensado que habrías vuelto aquí al no encontrarnos y hemos regresado para reunirnos contigo –explicó Abril.

–Pero has tardado horas y empezábamos a pensar que te había pasado algo. Lo peor era que no podíamos volver a la misma época otra vez –añadió Lucas.

Dánae no dijo nada más y sacó el cuerno envuelto de debajo de la capa, mostrándoselo a sus compañeros, que se quedaron boquiabiertos cuando retiró la tela.

–¿Cómo lo has conseguido? –preguntó Lucas.

–He encontrado al unicornio y me lo ha entregado voluntariamente –dijo. Todos sonrieron, pero por mucho que quisiera, Dánae fue incapaz de compartir su alegría. Sabía que aquel cuerno no sería para ellos. Se lo entregaría a Aníbal cuando llegara el momento–. Me voy a dormir, estoy muy cansada –dijo, sin poder aguantar más la situación.

–Claro, te lo mereces –repuso su padre con una sonrisa amable.

–Mañana vendré para entrenarnos un rato –mencionó Lucas. La chica asintió y se marchó directamente hacia La Torre. Necesitaba estar sola.

## CAPÍTULO 28

Dánae apenas había podido dormir y ya estaba amaneciendo. Había algo que la inquietaba especialmente. Tenían en su poder cuatro objetos legendarios, pero les seguían quedando tres por conseguir y apenas tenían información sobre el séptimo objeto. Con lo que decía en el libro, se veía incapaz de encontrarlo. Ni siquiera era capaz de suponer a qué época debía viajar. Después de darle muchas vueltas, decidió que debía hablar con Aníbal sobre ello. Si la vida de Axel dependía de la entrega de los siete objetos, no quería que aquella incógnita le causara problemas ni le hiciera perder más tiempo. Caminó por un sendero que partía desde La Torre en dirección a la selva, temerosa de lo que podía encontrarse, pero decidida a la vez. Cuando llegó fuera de los límites de protección de Argentum, se detuvo en un claro débilmente iluminado por la Luna y las estrellas.

–Aníbal –gritó. No pasó nada. Lo intentó de nuevo hasta que la tercera vez se formó una figura ante ella.

–Vaya horas –dijo con ironía a través de su fría máscara.

–Necesito hablar contigo de algo.

–¿Puedo invitarte a sentarte? –cuestionó él. Hizo un rápido movimiento con los dedos y aparecieron dos sillones, uno al lado de Aníbal y otro detrás de Dánae. Él se sentó en el suyo, pero la joven se quedó de pie–. Siéntate –ordenó finalmente con tono amenazador. La chica se sentó al cabo de unos segundos de pensarlo. No quería contrariarle–. ¿Y bien? ¿Qué querías?

–¿Qué sabes sobre el último objeto?

–¿Por qué lo preguntas? Aún debes conseguir dos más para llegar al séptimo.

–Lo sé, pero quiero tener en cuenta toda la información –explicó–. En mi fuente de consulta –añadió, evitando decirle que poseían un libro que hablaba sobre rituales y pociones–, apenas sale información y si quieres que consiga los siete objetos...

–Del séptimo me encargaré yo. Tú tan solo preocúpate por los otros seis.

Dánae frunció el ceño, pero asintió.

–¿Axel está bien? –preguntó entonces.

–De momento está vivo, que ya es mucho.

–¿Qué has querido decir con eso? –preguntó alarmada.

Pero en vez de contestarle, se esfumó frente a ella. El asiento sobre el que

estaba sentada desapareció, provocando que cayera al suelo. Se levantó lo más dignamente que pudo y se dirigió a Argentum, desanimada. ¿Qué habría querido decir con aquello? ¿Habría vuelto a torturarlo? Cuando entró en la sala principal de la cueva, su hermano la estaba esperando, con el desayuno preparado.

–Buenos días –dijo sonriente–. Te he preparado unas tostadas.

–Gracias.

–Te veo desanimada otra vez –mencionó, al verla tan alicaída.

–No es nada –mintió–. He estado pensando en el quinto objeto, deberíamos ir pronto a buscarlo.

–Por supuesto, cuanto antes lo hagamos, antes tendremos el poder para recuperar a Axel. ¿Miraste de qué objeto se trataba?

–Sí, es la espada del rey Arturo. La Excalibur –explicó Dánae.

–¿De verdad? Pensaba que era tan solo un mito.

–Lo mismo pensé yo de los unicornios. ¿Carlos ha dicho algo sobre cuándo los Renegados piensan robarla? –preguntó la joven, aunque sabía de sobras que nadie más que ellos iría a buscarla.

–No, dice que sigue sin ver nada.

–Podríamos ir pasado mañana –sugirió Dánae. El veintiuno de diciembre era el día del ritual y apenas les quedaba un mes para conseguir los otros objetos.

–Por supuesto. Si quieres, yo informaré a los demás.

–De acuerdo.

Comieron el desayuno en silencio. Dánae apenas era capaz de levantar la vista del plato. Temía que si miraba demasiado a su hermano le acabara contando la verdad sobre el chantaje de Aníbal. En cambio, Lucas no apartaba los ojos de su hermana. Estaba nerviosa y esquiva desde hacía días. Sabía que había algo que no le estaba contando, pero no quería presionarla.

\* \* \*

Dánae llevaba toda la mañana sola en La Torre. Había estado entrenando, sin poder parar de darle vueltas a la cabeza. No tenía ni idea de cómo salir de aquel lío, pero sabía que no podía contarle a nadie la verdad. Ni siquiera a su padre o a su hermano. No podía arriesgarse a que Aníbal lo descubriera. Sin embargo, si seguía sin decir ni una palabra, creía que se volvería loca.

Decidió que quizá un pequeño paseo por la Tierra, con Mario, podría ayudarla a sentirse un poco mejor antes de aquel quinto viaje. Desconectaría de todo aquel extraño mundo lleno de peligros, aunque fuera tan solo por

unas horas. Así que después de comer una simple ensalada, se colocó unos tejanos y un jersey. Se llevó una chaqueta en la mano, para cuando cruzara al frío invierno del otro lado. Avanzó por la selva tranquilamente, sabía que Aníbal no iba a molestarla. Pronto llegó a El Paso. Posó la mano sobre el árbol y enseguida se encontró al otro lado. Avanzó rápidamente hasta el taller de Mario. Cuando abrió, el chico la abrazó. Dánae se sintió bien entre sus brazos. Allí estaba a salvo de Aníbal, de Argenta, de todo aquel lío. Mario se separó un poco de ella y puso las manos sobre su rostro, para mirarla atentamente. Dánae se perdió en sus ojos de color miel. El chico recorrió la distancia que los separaba y la besó en los labios.

—¿Tu primo ya no está por aquí? —preguntó al separarse de ella, recorriendo la calle con una mirada.

La pregunta hizo que a Dánae se le detuviera el corazón por un instante. ¿Por qué tenía que preguntarle sobre Axel?

—No. Se ha ido de vacaciones con mis tíos durante una larga temporada —mintió de nuevo, haciendo una mueca.

—¿Entonces no aparecerá de sopetón mientras estamos juntos? Es que tiene una costumbre muy fea —dijo con una sonrisa.

La joven negó con la cabeza, recordando con cierta nostalgia aquellos momentos en los que le hubiera gustado matar a Axel por entrometido. Ojalá pudiera molestarles ahora. Eso significaría que estaba libre de las garras de Aníbal. Sin embargo, la calle seguía desierta. Axel estaba muy lejos de allí.

—¿Estás bien? —preguntó Mario, al ver que la mirada de Dánae se había entristecido.

—¿Eh? Sí, claro —respondió con una sonrisa forzada, volviendo a la realidad.

—Vayamos adentro —sugirió Mario—. Aquí nos vamos a congelar.

Avanzaron hasta la sala de la luz roja y se sentaron en el sofá. Dánae se ruborizó al pensar en la última vez que había estado allí con Mario. El chico trajo frutos secos para picar y un par de copas. Sin embargo, esta vez se sentó a cierta distancia de Dánae. No quería incomodarla.

—Me hubiera gustado salir a dar un paseo contigo —dijo Mario—. Pero me temo que el tiempo no acompaña.

—La verdad es que no, aquí estamos mejor —respondió la chica con una sonrisa, mirando el fuego a tierra que crepitaba frente sofá.

—¿Sabes? Estos días he estado pensando mucho —dijo Mario, dando vueltas con el dedo sobre el filo de su copa, algo nervioso.



–¿Y en qué has pensado?

–En ti –confesó, levantando la vista de la bebida y clavándola en los ojos de la joven–. Me he dado cuenta de que siento algo por ti.

Dánae tragó saliva. Aquello era lo más parecido a una declaración que le habían hecho nunca. ¿Qué debía responderle?

–Yo también te he echado de menos –contestó, sin saber muy bien si eso era lo que él quería escuchar. El chico sonrió, parecía satisfecho con su respuesta. Se acercó un poco a ella y la besó en los labios.

Pasaron el resto de la tarde entre besos y abrazos. Cuando quiso darse cuenta, eran las ocho de la tarde. Dánae se levantó rápidamente del sofá y miró el reloj que colgaba de la pared.

–Me tengo que ir –dijo con una sonrisa triste. Por primera vez en días se había sentido bien y le apenaba abandonar aquel momento. Sin embargo, tenía una misión que cumplir. Y aquello no podía esperar. La vida de Axel dependía de ello. Mario asintió y la acompañó hasta la puerta.

\* \* \*

Cuando llegó a Argentum, sus compañeros estaban esperándola en la sala. Su hermano frunció el ceño al verla.

–¿Dónde estabas? He ido a buscarte a La Torre.

–He ido a la Tierra.

El hombre asintió, aunque no muy convencido de que su hermana anduviera sola por aquella selva plagada de peligros. Abril le pasó un vestido de doncella medieval y Dánae se lo colocó con delicadeza. Era de una tela de color violeta, como el color de sus ojos. Era largo y bastante pomposo. Daba mucho calor, aunque sabía que allá a dónde iban estarían en pleno invierno. Se recogió el cabello en un delicado recogido. Entonces, se fijó en que los demás no iban vestidos como ella, llevaban ropajes sencillos, de campesinos. Excepto su hermano, que también llevaba un traje violeta propio de la nobleza de la época.

–¿Por qué tu y yo vamos vestidos así? –le preguntó a Lucas.

–Es parte del plan.

–¿Y cuál es ese plan? –preguntó Dánae.

–Tendrías que haber estado aquí para escucharlo –espetó Sibila fríamente. Dánae la miró indignada, pero no contestó. Sabía que en el fondo tenía razón. Se sintió culpable. Mientras ellos habían estado en Argentum trazando un plan para robar el objeto y salvar a Axel, ella había estado tonteando con

Mario. Se sintió estúpida e inmadura.

–Lo siento –acabó diciendo. Sibila pareció satisfecha.

–Tú y yo nos haremos pasar por nobles –explicó Lucas–. Así podremos presenciar de cerca cómo Arturo quita la espada de la piedra. Los demás estarán mezclados entre el pueblo, para controlar que no aparezcan Renegados por ahí.

–¿Y cómo vamos a conseguir la Excalibur? –preguntó.

–Tendremos que acercarnos al rey Arturo de alguna manera y cambiar la espada por una falsa.

–Pero eso será prácticamente imposible. Quizá esté rodeado de guardias –especuló Dánae.

–Es posible, es difícil saber lo que nos vamos a encontrar –dijo Carlos–. La única información que tenemos proviene de una leyenda.

–¿Y si quitamos la Excalibur de la piedra antes de que él la coja? Podemos sustituirla por otra espada –sugirió Lucas.

–Buena idea. Pero tendremos que hacerlo sin que nadie se dé cuenta.

–Llegaremos de noche. Será un buen momento –dijo Abril.

–Aún así, seguiremos teniendo un problema bastante gordo –intervino Sibila.

–¿Cuál? –preguntó Dánae.

–Cuenta la leyenda que sólo el elegido, en este caso Arturo, podrá quitar la espada de la piedra.

–Bueno, lo intentaremos. Al fin y al cabo, es tan solo una leyenda –dijo Lucas, decidido.

\* \* \*

Lucas, Dánae, Carlos, Abril y Sibila se encontraron en una gran explanada de hierva, completamente desierta y quemada por el frío devastador del invierno inglés. Se sintieron absurdamente armados con sus espadas y cuchillos. Allí no había nadie. En el centro de aquella llanura, se encontraba una piedra irregular y bastante grande, con una espada clavada en ella. Dánae llevaba en la mano una espada de aquella época, preparada para sustituir a la Excalibur en cuanto la retiraran. Tenían que evitar perturbar la historia o destruirían la leyenda. Antes de marcharse debían asegurarse de que el primero en intentar quitar el arma de la piedra al día siguiente fuera Arturo o, de lo contrario, cualquiera podría sacarla.

Se acercaron hasta aquel montículo de piedra. Carlos fue el primero en intentar sacar la espada clavada en la roca. Lo probó con todas sus fuerzas. Al

final, desistió, exhausto.

–Quizá realmente haya magia en esa espada –dijo, secándose el sudor frío de la frente.

Abril lo intentó poco después, con el mismo éxito. Sibila y Lucas tampoco fueron capaces de moverla ni siquiera un milímetro de donde estaba. Dánae dejó su espada en el suelo y dio un paso hacia la piedra para intentarlo también. Sin embargo, sus pasos se detuvieron. En aquel mismo momento, empezaron a resonar en su mente las voces que se introdujeron en su cabeza por culpa de aquel jarrón. No entendía lo que estaba pasando, pero sus pies empezaron a avanzar solos hasta la roca. Cuando se dio cuenta, estaba ante la piedra con los brazos extendidos. Puso las manos sobre la espada y tiró de ella sin hacer demasiada fuerza. Siguiendo sus manos, la Excalibur se desprendió de la roca con suavidad. Dánae volvió en sí, desconcertada. Miró interrogativamente la espada que se encontraba entre sus manos. Sus compañeros la observaron extrañados.

–¿Qué diablos eres tú? –preguntó Sibila con cara de espanto–. ¿Cómo consigues siempre los objetos?

–Sibila tiene razón –dijo Carlos–. Hay algo extraño en todo esto. Es como si tuvieras una conexión especial con ellos.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Dánae, todavía descolocada.

–Piénsalo bien. Solo tu veías la Venus, el collar acudió a tu llamada, conseguiste el cáliz y el cuerno. Y ahora esto. No me parece que sea una mera coincidencia –explicó Lucas, algo preocupado.

Dánae no contestó. Sabía que tenían razón. Llevaba tiempo sintiendo que algo extraño estaba pasando, pero no tenía ni idea de qué se trataba. Y estaba segura de que Axel conocía las respuestas, allá donde estuviera.

–No te preocupes –repuso Carlos, rodeándole el hombro con el brazo–. Todo esto debe de tener una explicación. Tarde o temprano lo averiguaremos.

Dánae asintió y se acercó de nuevo hasta la piedra para introducir la espada falsa. Le tendió la Excalibur a Abril, que la guardó a buen recaudo bajo sus ropajes.

Los primeros rayos de sol de la mañana asomaron por detrás de las montañas lejanas. Vieron cómo empezaba a acudir gente al lugar. Carlos, Sibila y Abril se escondieron tras unos matorrales. Lucas y Dánae se colocaron junto a la piedra para controlar de cerca lo que pasaba. Al cabo de menos de una hora, el prado estaba lleno de gente a rebosar. Entre el bullicio, Dánae vio a un

muchacho de once o doce años, que miraba la espada con un fulgor intenso en los ojos. Pese a su aspecto zarrapastoso, Dánae sintió que era especial. ¿Quizá era él? ¿Aquel niño sería el rey Arturo? Era delgado y destacaban entre sus harapos, unos preciosos ojos azules, cubiertos por una pequeña melena rubia. La joven se acercó hasta él, cogiendo de la mano a su hermano para que la siguiera.

–*Hello* –saludó la joven en inglés.

–Hola –respondió el chico, algo asustado por que una mujer de alta alcurnia se dirigiera a un huérfano como él.

–No voy a hacerte daño –dijo con una sonrisa que lo tranquilizó–. ¿Cómo te llamas?

–Arturo, Milady. –Dánae sonrió. Lo sabía. Lucas la miró sorprendido. En aquel momento, estuvo todavía más seguro de que su hermana tenía algo que ver con todos aquellos objetos. Tantas coincidencias no podían ser mera casualidad.

–¿Quieres probar de sacar esa espada de la roca?

–No, Milady, ningún hombre adulto ha podido hacerlo. Yo nunca lo conseguiría.

–Yo creo que sí. Ven conmigo –dijo, tendiéndole la mano. El niño la aceptó. Caminaron hasta la piedra. La mayoría de hombres y mujeres allí presentes empezaron a murmurar y a reír ante la osadía de aquel muchacho. Hombres adultos y robustos habían fracasado al intentar sacar la Excalibur de aquella piedra. ¿Cómo iba a conseguirlo un joven enclenque como aquel? El niño la miró inseguro, pero Dánae le sonrió y asintió, dándole ánimos. El muchacho subió el pequeño escalón que lo llevó hasta la piedra y colocó sus pequeñas manos alrededor de la empuñadura de la espada. Hizo un gran esfuerzo y sus brazos temblaron, pero el arma se movió, acompañando a su movimiento. Por fin, sacó la espada de la piedra, ante el silencio sepulcral de todo el público. El muchacho le sonrió con los ojos muy abiertos, feliz. En aquel momento, el pueblo hizo una gran ovación, dándose cuenta de lo que aquello significaba. Tenían un nuevo rey. Dánae sintió que su hermano la estiraba del brazo, introduciéndola de nuevo entre la muchedumbre.

–Volvamos a Argentum.

Dánae miró una última vez a aquel niño, que la buscaba entre la gente. Pero nunca la encontró. La chica se había esfumado.

## CAPÍTULO 29

Dánae quería ir a visitar a su hermana. Hacía tiempo que no se veían y le apetecía saber cómo estaba. La última vez que se habían visto le había parecido que estaba pasándolo un poco mal. Se vistió con ropa de invierno y avanzó por la selva, asfixiada de calor. Entonces, escuchó unos pasos entre la maleza. Se puso tensa y miró alrededor asustada.

–Hola –saludó una voz helada a sus espaldas. Aníbal.

–¿Otra vez tú? –preguntó Dánae.

–¿Por qué eres tan antipática conmigo? –dijo el hombre, saliendo de su escondite. Dánae sintió un escalofrío al ver aquel rostro enmascarado a la luz del día.

–¿Qué quieres ahora? –le espetó, ignorando su pregunta.

–Quería asegurarme de que no habías cambiado de opinión.

–¿Qué otra opción tengo?

–Ninguna. Las consecuencias serían fatales para Axel.

–Te daré los objetos, ya lo sabes. Pero con una condición.

–¿Una condición? –preguntó, sorprendido. Dánae pudo adivinar la sonrisa bajo la máscara–. No creo que estés en condiciones de negociar, pero soy todo oídos.

–Quiero ver a Axel –dijo con seguridad. Después de lo último que le había dicho Aníbal días atrás, necesitaba saber que Axel seguía con vida. Necesitaba saber que no estaba todo perdido.

–¿Cómo? –preguntó incrédulo–. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

–Perfectamente, pero es parte de nuestro trato. Solo quiero asegurarme de que tú también cumples tu palabra.

–Está bien.

Dánae sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No esperaba que accediera tan fácilmente. Aníbal se acercó hasta ella y pasó su mano por los ojos de Dánae. Todo se volvió negro.

–No veo nada, ¿qué me has hecho? –preguntó asustada, llevándose las manos a los ojos.

–Es algo temporal –dijo. Era una precaución para que la joven no pudiera recordar el camino.

Dánae empezaba a arrepentirse de lo que le había pedido. Se iba a meter en la

guarida del lobo. Sintió la mano de Aníbal en su brazo, que la guiaba a través de la selva. Caminaron durante mucho tiempo. Era incapaz de saber cuánto. Quizá diez minutos, quizá dos horas. Entonces, bajaron por una especie de escaleras. A continuación, caminaron por un sitio húmedo y cerrado. Sus pasos resonaban entre las paredes cuando pisaban el agua encharcada en el suelo. Dedujo que ya debían de estar en su base de operaciones. Aunque no podía ver, le pareció que se trataba de un sitio lúgubre.

Bajaron por innumerables escaleras y escuchó a Aníbal hablar un idioma sumamente extraño, del que no entendió ni una palabra. Entonces, escuchó el chirrido de una puerta de madera, un portazo y el chasquido de sus dedos. Al instante, recuperó la vista. Estaba dentro de una pequeña y mugrienta celda, húmeda y fría, con las paredes de piedra. Apenas entraba luz por los barrotes de la ventana. En un rincón, iluminado tenuemente por una vela, estaba Axel, tirado sobre un montón de paja. Dánae se acercó deprisa hasta él. Estaba inconsciente, pero no parecía estar en peor estado que la última vez que lo había visto. Aun así, su piel estaba llena de cortes y moretones por todos lados. Le parecía increíble que todavía no se le hubieran infectado las heridas en aquellas condiciones. Dánae le puso el brazo por la espalda, lo levantó y le acercó a los labios el cuenco de agua que había a su lado. Estaba sucia, pero sería mejor que nada. Axel dio un sorbo medio inconsciente y cuando el líquido le entró en la boca, empezó a toser. Luego, sin abrir los ojos todavía, colocó una mano sobre la suya y se acercó el bol de agua a los labios. Bebió lentamente. Después, suspiró aliviado y pareció volver a dormirse, completamente ajeno a la presencia de la chica.

—Axel —susurró apartándole un mechón de cabello de la frente.

El chico entreabrió los ojos al reconocer su voz, un poco alarmado.

—¿Dánae? —preguntó atónito—. Debo de haber perdido la cabeza —murmuró, tirando la cabeza hacia atrás.

—No, soy yo, Axel. Estoy aquí —dijo, tomándole una mano y poniéndola en su rostro para que la reconociera en medio de aquella oscuridad.

—Dánae —susurró. Su voz sonaba algo ronca. La joven se estremeció al oírlo tan débil, tan ausente. El chico acarició su mejilla y entonces abrió los ojos del todo. La miró fijamente unos instantes, percatándose por primera vez de que aquello no era ningún sueño. Realmente estaba allí, con él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó alterado, incorporándose a duras penas—. ¿Te han capturado a ti también?

–No. Tan solo vengo a verte.

–¿Cómo que a verme? ¿Tengo horario de visitas? –preguntó incrédulo.

Dánae no pudo evitar reír ante su ocurrencia.

–No. Necesitaba saber que estabas vivo.

–¿Y Aníbal ha tenido la bondad de mostrártelo? –preguntó con recelo. Sabía perfectamente que aquel hombre nunca hacía nada sin obtener algo a cambio—. ¿Qué te ha pedido? –preguntó de repente.

–¿Cómo te encuentras? –cuestionó Dánae, ignorando abiertamente su pregunta.

–De maravilla, me dan masajes en la espalda todos los días –dijo sarcásticamente. Dánae sonrió, por lo menos no había perdido su acidez.

–Lo siento. Te sacaré de aquí.

–No has contestado a mi pregunta –dijo él, de nuevo.

–Tan solo he venido a pedirte que resistas un poco más. No voy a dejar que mueras en este antro.

–¿Qué piensas hacer? –insistió, desconcertado.

Dánae lo miró con una sonrisa triste. Se dio cuenta de que haría cualquier cosa por él, por sacarle de ahí.

–Debo irme.

Axel asintió y Dánae miró una última vez aquellos ojos azul plateado que tanto la atraían. Se levantó en dirección a la salida. Picó a la puerta para que Aníbal la sacara de ahí dentro. La trampa que había en aquella puerta de madera se abrió al momento y apenas pudo entrever su máscara.

–Ya me he asegurado de que está bien. Podemos marcharnos –dijo Dánae.

–Quizá me seas más útil como prisionera –susurró.

–¿Qué? –exclamó, incrédula—. No puedes hacer esto, teníamos un trato.

–Estoy seguro de que tu hermano o tu padre me darán cualquier cosa a cambio de tu vida.

–No. Solo yo sé dónde está lo que quieres –mintió rápidamente.

–Tranquila, si tu vida depende de ello, seguro que se dan prisa en averiguarlo.

–¿Cómo puedes ser tan rastroso? –preguntó furiosa. El hombre ni siquiera contestó, le cerró la trampa en las narices.

–¡Aníbal! –gritó. Pero el hombre ya se había ido. Dánae se dejó caer en el suelo, enfadada consigo misma. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¿En qué momento había pensado que podía confiar en él? Al cabo de unos minutos de frustración e incredulidad, Dánae se levantó y fue hasta Axel. Se

sentó a su lado y el chico la miró de reojo.

–Vaya, parece que me harás compañía –dijo Axel. Dánae lo miró indignada, no necesitaba sus impertinencias en aquel momento.

–Tengo varias ideas para salir de aquí, ¿vale? –le espetó molesta.

–Muy bien, tú dirás –dijo burlándose.

Dánae suspiró exasperada. Había olvidado lo insoportable que podía llegar a ser.

\* \* \*

Lucas fue a La Torre bien entrada la tarde. Esperaba encontrar a su hermana para poder entrenar un rato. Sin embargo, no había ni rastro de ella. Había buscado por todo el edificio. Quizá estaba en la cueva de Argentum. Dirigió sus pasos por el sendero, casi corriendo. Sentía que algo no iba bien. Cuando llegó, se encontró el mismo panorama. Todo estaba completamente desierto. No había ni rastro de ella. Ni siquiera había platos sucios en la cocina. No había comido allí. Frunció el ceño, preocupado. Quizá tan solo se hubiera marchado a pasar el día a la Tierra. Esperaría hasta el anochecer.

\* \* \*

La oscuridad reinaba en la celda. Habían pasado horas. Debía de ser de noche, aunque era difícil saberlo sin ninguna ventana que diera el exterior. Dánae llevaba un buen rato observando a Axel, que dormía a su lado. Había cambiado. No dormía plácidamente como solía hacerlo en Argentum. Estaba agitado, moviéndose de un lado a otro. La joven no hubiera podido dormir aunque hubiera querido. No podía parar de pensar en su hermano y su padre. A estas alturas ya debían de haber notado su ausencia. Suspiró, tratando de encontrar una manera de salir de aquella maldita celda. No parecía que Aníbal fuera a replantearse su posición, así que sería mejor que empezara a actuar por su cuenta. Había algo que la inquietaba todavía más que el hecho de estar encerrada en aquel antro. ¿Por qué le interesaba secuestrarla? ¿No era más fácil que ella le entregara los seis objetos que volver a negociar con alguno de los guardianes? ¿Por qué la quería allí? ¿Era por el mismo motivo por el cuál le interesaba mantenerla con vida? No entendía nada. Se pasó las manos por la cara, agobiada, y miró de nuevo a Axel. El chico se había despertado. La miraba fijamente.

–¿En qué piensas? –preguntó él.

–Necesito saber qué quiere Aníbal de mí. ¿Qué sentido tiene secuestrarme a mí también?



–Más del que crees.

–Tú lo sabes, ¿verdad? ¿Sabes por qué quiere mantenerme con vida? – preguntó Dánae. El chico asintió, pero no contestó–. ¿También sabes por qué tengo una extraña conexión con los objetos legendarios? –Axel asintió de nuevo, pero siguió en silencio–. Dímelo, necesito saberlo.

–No. No lo necesitas –respondió tajantemente.

–¿Por qué no me lo quieres decir?

–Créeme, hay cosas que es mejor no saber.

Axel cerró los ojos y volvió a dormirse. Dánae lo miró frustrada. Él tenía las respuestas a todas sus preguntas, pero no parecía tener intención de revelar la verdad. Entonces, de repente, se le ocurrió una idea. Quizá pudieran salir de allí después de todo. Dánae cerró los ojos con fuerza y se concentró lo máximo que pudo. Buscó a Abril con la mente y, a pesar de la distancia que las separaba, no tardó en dar con ella. <<Abril>>, la llamó. Le contestó al instante. <<¿Dónde estás? ¡Estábamos tan preocupados!>>. <<Es para estarlo. Aníbal me ha secuestrado a mí también. No hagáis nada de lo que os pida. He descubierto una manera de salir de aquí>>. <<Espera, ¿cómo que te ha secuestrado? ¿Dónde estás?>> <<No lo sé, no tenemos tiempo, necesito que hagas algo por mí>>. <<Claro, lo que sea>>. <<Necesito que plasmes el sitio en el que estoy en un mapa. ¿Crees que puedes hacerlo?>>. <<Lo puedo intentar. Concéntrate en el espacio e intenta transmitírmelo>>. Dánae se quedó unos minutos en silencio, concentrándose en aquellas paredes, esperando a que sucediera alguna cosa. Después de un buen rato sin noticias, pensó que había perdido la conexión con Abril. Entonces, recibió una poderosa vibración en su mente que por poco no la tiró al suelo. De repente, pudo visualizar un mapa de la base de operaciones de los Renegados. Aquello tenía un valor incalculable, pero sobre todo, sería el camino hacia su libertad. Rompió un trozo de su camiseta blanca y empezó a dibujarlo sobre él con un dedo y la mugre que encontró en el suelo, dejando que su mano dibujara prácticamente sola. Quiso darle más datos a Abril, pero entonces notó que la conexión se cortaba de repente, como si alguien las hubiera desconectado. Dánae se sentía agotada mentalmente. Guardó el mapa en un lugar seguro, para que ningún Renegado lo encontrara. Justo en ese momento, la puerta de la celda se abrió con un estruendo tan fuerte que Axel se despertó de un bote. Era Aníbal, estaba furioso. Se dirigió hacia ellos con grandes pasos y Dánae retrocedió un poco, asustada. El hombre fue directo hasta ella y la levantó por

el cuello de la camiseta como si fuera una pluma.

–¿Pero qué te has creído? ¿Pensabas que no me iba a enterar? –gritó. Dánae sintió auténtico terror. La tiró contra la pared con fuerza y la chica cayó al suelo como un plomo. Notó el regusto de la sangre en su boca. Le dolía todo el cuerpo. Apenas podía moverse. Escuchó cómo Axel le gritaba a Aníbal, pero se hizo un silencio de repente y escuchó su respiración entrecortada. Levantó la mirada y lo vio tirado en el suelo, inmóvil, con un hilillo de sangre manándole de los labios. La joven se puso de rodillas como pudo y dirigió de nuevo la vista a Aníbal.

–Debería matarte por esto –dijo siniestramente dando vueltas a su alrededor. La tomó del pelo y estiró de él con fuerza hacia arriba, haciendo que levantara la cabeza–. Pero sabes de sobra que no lo haré. –Le pegó una sonora bofetada, que la tiró al suelo otra vez–. Aunque hay cosas peores que estar muerto. –Luego, le propició una patada en las costillas. La joven sintió que se le nublaba la vista–. Vuelve a hacer alguna tontería y no dudaré en matarle a él –añadió, dirigiéndole una mirada a Axel, que seguía inerte. Dánae escuchó la voz de Aníbal en la lejanía, seguida de un portazo. Cerró los ojos, sumiéndose en la inconsciencia.

\* \* \*

Lucas no estaba dispuesto a esperar más. Ya era de noche y Dánae no había dado señales de vida. Debía de haberle sucedido algo. Cogió una de las espadas de las paredes de la cueva y se la anudó a la cintura. Tenía que salir a buscarla, no podía soportar quedarse sentado en esa butaca ni un minuto más. Bajó por la catarata y se adentró en la selva. Cuando había recorrido algo más de un kilómetro, escuchó pasos. Agarró el arma con fuerza y se puso en guardia. Sin embargo, no fue un Renegado quien apareció en su camino. Eran Carlos y Abril, con el rostro desencajado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Lucas, temiéndose lo peor.

–Aníbal tiene a Dánae –contestó Abril.

\* \* \*

Dánae notó una mano que le golpeaba la cara con suavidad. Se incorporó lentamente, pero le dolían tanto las costillas que cayó de nuevo hacia atrás. Axel la sostuvo con delicadeza.

–Axel –masculló. Lo cogió por la nuca y lo acercó hasta la altura de su cara para susurrarle al oído. No quería que Aníbal los oyera–. Tengo un mapa de este sitio. Con él, podremos buscar una salida –susurró–. Lo he conseguido

con la ayuda de Abril.

–Estás loca, mira lo que te ha hecho ese maníaco –contestó en voz baja–. Creo que estaba furioso no solo contigo, sino consigo mismo.

–¿Por qué?

–Te ha subestimado. Ha sido un descuido enorme por su parte.

–¿Qué quieres decir?

–Aníbal es uno de los argentos más poderosos que conozco. Cuando mata a un rival, se queda con sus poderes. Por eso, siempre está informado de todo lo que somos capaces de hacer.

–¿Ese es su poder? ¿Robar a otros?

–Sí, por eso es tan peligroso. Sus poderes pueden llegar hasta límites insospechados si sigue matando.

–¿Qué poderes tiene? –preguntó Dánae, con curiosidad y miedo a la vez. Temía que alguna vez los usara contra ellos.

–Puede teletransportarse igual que Lucas, pero su mayor poder es la nigromancia.

–¿La nigromancia?

–Sí, puede realizar hechizos. De hecho, realizó uno muy fuerte en esta celda, para que yo no pudiera utilizar mis propios poderes. No puedo hacer nada con los elementos aquí dentro, así que nada puede ayudarme a salir.

–Pero yo pude emplear mi poder...

–Exacto, él no se dio cuenta de lo que eras capaz de hacer y no te anuló hasta que fue demasiado tarde. Por eso estaba tan enfadado.

–Tenemos que salir de aquí Axel, no podemos quedarnos. Este hombre es muy peligroso.

–Lo sé, yo no he dicho que no escapemos, solo he dicho que si nos pilla, nos saldrá muy caro.

La joven tragó saliva y asintió. Por mucho miedo que le dieran las represalias, tenían que intentarlo.

–¿Mañana por la noche? –sugirió la chica.

–Sí. Hoy será mejor que descansemos y lo planeemos todo.

Dánae sacó el trozo de tela con el mapa dibujado de debajo de su sujetador. Lo colocó sobre el suelo, dándole la espalda a la puerta y Axel se puso a su lado.

–¡Mira! –murmuró–. Aquí están representados también los pasadizos secretos y según el mapa...

–...tiene que haber uno justo aquí –dijo la joven, poniendo la mano sobre la pared que quedaba a su derecha.

–¿Pero dónde exactamente?

–No lo sé. Vamos, busquemos los dos.

Con aquella oscuridad apenas veía nada. Por eso, Dánae decidió poner ambas manos sobre la pared. Empezó a palpar todas las piedras que estaban a su alcance en busca de cualquier irregularidad. Axel hizo lo mismo, pero tan solo encontraron mugre y humedad en aquellos muros. Se quedaron mirando la pared fijamente, pensando en qué más podían hacer.

–Las filas superiores no las hemos podido revisar –dijo Dánae. Ninguno de los dos llegaba tan alto.

–Tengo una idea –dijo entonces Axel. Se arrodilló a su lado y Dánae lo miró sin comprender lo que estaba haciendo.

–¿Qué haces?

–Sube.

–¿Qué? –preguntó atónita.

–Súbete a mi cuello, así llegarás a las piedras de arriba.

–Pero peso mucho.

–No digas tonterías y súbete ya.

La joven obedeció y puso una pierna sobre su hombro. Axel puso la mano sobre su muslo. Después, hizo lo mismo con la otra pierna. Axel puso las manos en la pared para aguantar el equilibrio y se levantó como si nada, con la chica sobre sus hombros.

Dánae empezó a palpar la parte superior de aquellas paredes y pronto encontró una piedra sumamente extraña, con un pequeño recuadro incrustado en ella. Presionó sobre él e instantáneamente, un bloque de piedra se retiró, dejando al descubierto un estrecho pasadizo secreto similar a un conducto de ventilación, pero por dónde cabían perfectamente.

–Lo he encontrado –anunció con alegría en la voz. Escucharon ruidos en la puerta y Dánae cerró rápidamente la compuerta. Axel la bajó hasta el suelo y se sentaron rápidamente, como si no hubiera pasado nada. Dánae trató de respirar con normalidad. Si descubrían que habían encontrado una salida, estarían perdidos.

Sin embargo, nadie entró en la celda. Tan solo les lanzaron un plato con algo de comida por la trampilla de la puerta. Suspiraron aliviados. Dánae fue en busca del plato y se sentó junto a Axel. Se trataba de un mendrugo de pan y

una especie de sopa que no tenía demasiada buena pinta.

–Come –ordenó el chico–. No está tan malo como parece. Tienes que recobrar fuerzas.

La joven dio un sorbo de la sopa. Tenía razón. Todavía estaba débil después de la paliza que le había dado Aníbal. Sino, ya se hubiera metido por ese pasadizo. Sin embargo, sentía que si lo hacía esa noche, las fuerzas le fallarían. Era mejor esperar unas horas más. Cuando dio unos cuantos sorbos de aquel brebaje, se lo pasó a Axel. Compartieron la cena y después Dánae volvió a sacar el mapa.

–Bien, ya tenemos la salida –dijo Axel, señalando el pasadizo que habían descubierto–. Después, tendremos que seguir recto unos metros y girar a la derecha en el recodo. Al final de todo hay una salida que da al exterior. Esa será la ruta –explicó. La joven asintió. Parecía un buen plan.

–¿Y si nos descubren? –preguntó la joven con un hilo de voz. Llevaba haciéndose aquella pregunta desde el mismo momento en el que había propuesto aquella fuga.

–Será mejor que no pensemos en eso –susurró Axel, apoyándose contra la pared.

–¿No tienes miedo? Si se entera, podría matarnos –musitó Dánae, sentándose cerca de él. No quería sentirse sola. El chico la miró largamente.

–Si eso pasara, solo tengo miedo de no haber hecho una cosa antes –murmuró con voz ronca, sin quitarle los ojos de encima.

–¿El qué?

El chico no contestó. La miró con intensidad y puso sus manos en las mejillas de Dánae. Se acercó hasta ella tan rápidamente que la joven no pudo hacer nada por evitarlo. Sintió los labios de Axel sobre los suyos. Dánae se quedó sin respiración y notó que el corazón se le aceleraba en el pecho. Axel se separó de ella unos centímetros y la miró con aquellos ojos azules que la volvían loca.

–Será mejor que descansemos. Mañana será un día complicado –dijo él, cortando el momento.

Dánae no contestó, todavía sintiendo el sabor de sus labios. Se tumbó dándole la espalda, nerviosa. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué se había sentido así? Se maldijo al recordar una y otra vez aquella cercanía. Muy a su pesar, le había gustado. Y pensó en Mario, tan lejos y tan ajeno a todo aquello. Suspiró, echa un auténtico lío.

\* \* \*

–Dánae –escuchó la voz de Axel en la lejanía. La joven abrió los ojos, algo descolocada. Tardó unos instantes en recordar que estaba encerrada en una celda–. Ya ha llegado el momento –dijo en un susurro.

–¿Cómo? Pero si aún debe de ser de día.

–No, llevas todo el día durmiendo. Supongo que los golpes que te propició Aníbal te dejaron muy débil.

La joven se quedó unos minutos en silencio, tratando de recobrar por completo el control sobre su cuerpo y sus pensamientos. Estaba algo aturdida después de tantas horas durmiendo. Observó el plato de sopa fría al lado de la puerta. Hacía rato que habían traído la cena, así que no volverían a molestarlos aquella noche. Tenían vía libre para fugarse.

–¿Entonces ya es de noche?

–Sí. Es ahora o nunca.

La joven miró a Axel con decisión y asintió.

–Sube –le dijo. Repitieron la operación del día anterior y Dánae se subió a su espalda. Alcanzó a oscuras aquel pequeño resorte en la pared y lo presionó. La pared se retiró lentamente, dejando al descubierto el pasadizo–. Vamos, entra –apremió Axel. La joven puso una rodilla dentro del conducto y se agarró fuerte con ambas manos. Luego, metió la otra pierna, introduciéndose por completo en el hueco. Se giró y le tendió una mano a Axel, que se preparó para subir. Entonces, empezaron a oír jaleo fuera de la celda.

–Vamos, cógete –susurró Dánae con urgencia. Axel puso una mano sobre la de ella, pero miró dubitativo hacia la puerta–. Deprisa –insistió la chica, preocupada. El chico pegó un salto y se agarró con la otra mano al muro. Sin embargo, justo en ese momento la puerta de la celda se abrió de un golpe. Ambos miraron con espanto a Aníbal, de pie ante la entrada, observándolos furioso. Dánae volvió a dirigir la mirada hacia Axel y tiró con fuerza de su mano hasta subirlo casi a su altura. Sin embargo, el chico puso una mano sobre su cara y negó con la cabeza.

–Lo siento –susurró, soltándole la mano.

–¡No! –gritó la joven–. ¡Axel!

–¡Márchate!

–No puedo dejarte aquí.

–No puedes hacer otra cosa. Es inútil que te quedas. ¡Vete! –le gritó–. Nos volveremos a ver –añadió con seguridad.

Dánae se mordió el labio y cerró los ojos un instante, maldiciendo su suerte. Sabía que no tenía alternativa. Si conseguía escapar, por lo menos podría informar a sus compañeros de lo que había pasado y tratar de encontrar a Axel. Así que dio media vuelta, gateando lo más deprisa posible por el pasadizo. Escuchó gritos en la celda y trató de contener las lágrimas. Entonces, escuchó un ruido lejano detrás de ella. Alguien la estaba siguiendo. Giró a la derecha en la primera intersección que encontró, tal y como le había indicado Axel el día anterior. Continuó hasta que se topó con una antigua trampilla de madera por la que entraba un poco de claridad de la Luna. Tiró de la maneta y la puertecilla se abrió con un crujido, dejando al descubierto la frondosidad del bosque. Miró hacia abajo, debía de estar a un par de metros de altura. Saltó como pudo, cayendo de culo sobre un matorral. Se levantó y echó a correr dentro del bosque. Sacó el mapa y se situó gracias a un río que bordeaba el camino por el que iba, que reconoció rápidamente en el dibujo. Cambió de dirección, dirigiéndose adónde el plano indicaba que se encontraba la salida de la base de los Renegados. Escuchó pasos precipitados tras ella, que sonaban con fuerza. Quizá la seguía más de una persona. Llegó hasta una enorme puerta, cerrada, muy alta. Se agarró a un lateral y empezó a subir por ella como pudo. Cuando estuvo arriba del todo, dos Renegados la observaron desde el otro lado. Reconoció al chico contra el que Axel había luchado en Egipto y a la mujer de la ermita. Se tiró al otro lado de la puerta y cayó estrepitosamente. Se levantó rápidamente, cojeando un poco, y corrió hasta introducirse en la selva tropical. Cuando llevaba diez minutos corriendo, empezó a oír pasos tras ella de nuevo, acompañados de una respiración agitada. Alguien la había seguido también por la selva. Creía que esta vez se trataba de una sola persona. Iba completamente sin rumbo, se había salido fuera de los límites del mapa. No sabía cuánto tiempo llevaba corriendo, pero los pasos, cada vez más cerca, la invitaban a seguir adelante. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, distinguió entre la espesura los muros de Argentum. Se giró un instante y descubrió horrorizada que Aníbal la seguía de cerca. La joven empezó a correr con más velocidad ahora que sabía adónde ir. Se preguntó porqué no se teletransportaba como solía hacer. ¿Quizá ya no le quedaba energía para usar sus poderes? ¿Significaba eso que la había agotado contra Axel? Aquel pensamiento la horrorizó. ¿Y si lo había matado? Zarandeó la cabeza, quitándose esa idea de encima. Al cabo de unos minutos, se encontraba a muy poca distancia de los muros de Argentum. Sin

embargo, cuando le quedaban un par de metros para llegar, sintió la mano de Aníbal rozando su espalda. Gritó y se lanzó dentro de los muros de Argentum a través de la puerta que contenía la barrera invisible. Cayó sobre el barro del suelo, manchándose. Dio media vuelta, levantándose todavía alterada. Aníbal la miró gélidamente desde el otro lado, consciente de que nunca podría entrar ahí. Dánae tragó saliva al ver que tenía los nudillos manchados de sangre. ¿Habría descargado su ira contra Axel? La chica salió corriendo y se metió por la catarata, refugiándose en la sala principal de la cueva.



## CAPÍTULO 30

Lucas estaba sentado en una butaca de la sala principal de Argentum con las manos en la cabeza. Sus pantalones estaban manchados de barro de tanto recorrer la selva en busca de su hermana. Su pelo estaba completamente despeinado. Levantó la vista al oír ruido y vio a Dánae de pie en la puerta de la sala, sucia y llena de heridas. La chica pudo ver unas inmensas ojeras bajo los ojos sorprendidos de su hermano. No había dormido en días. Carlos, a su lado, no parecía tener mejor aspecto. Los dos hombres se levantaron inmediatamente y se acercaron hasta ella corriendo. Abril y Sibila, que estaban sentadas frente a ellos, también se incorporaron, nerviosas.

–¡Dánae! –gritó su padre, abrazándola. Se separó de ella y la miró atónito–. ¿Cómo has logrado escapar?

–Abril me ayudó a dibujar un mapa. Gracias a eso, descubrimos que había unos pasadizos... –explicó.

–¿Y Axel? –preguntó Sibila rápidamente, al percatarse de su ausencia. Dánae bajó la mirada.

–Él no ha podido escapar –dijo, con voz temblorosa–. Aníbal nos ha descubierto y él se ha quedado atrás para darme tiempo.

Todos permanecieron en silencio, sabiendo lo que aquello podía significar. Dánae cerró los ojos. Sibila fue la primera en hablar.

–¿Cómo pudiste abandonarle? –espetó.

–Estoy seguro de que Dánae hizo todo lo que pudo –intervino Lucas.

–Si muere, será tu culpa –soltó Sibila. Dánae contuvo las ganas de llorar. Aquello era justamente lo que sentía. Que lo había abandonado a su suerte.

–Estará bien –dijo Carlos, adivinando los pensamientos de su hija.

–Quizá podamos volver y sacarlo de allí –sugirió Dánae con voz temblorosa, sacando el mapa de su bolsillo.

–¿Sabrías situar dónde estaba su base? –preguntó Carlos, interesado.

Dánae lo miró horrorizada. Sabía cómo era por dentro aquel lugar, pero no tenía ni idea de cómo había llegado hasta Argentum durante su fuga. Al sentir a Aníbal pisándole los talones, había dado tantas vueltas que se había desorientado por completo. Se veía incapaz de deshacer el camino que había recorrido.

–No estoy segura –masculló, sintiéndose estúpida–. Era la primera vez que

estaba en esa parte de la selva y...

Sibila resopló, exasperada ante su incompetencia, pero no dijo nada.

–Tranquila, intentaremos descubrir algo con este mapa. Es mucho más de lo que teníamos antes –dijo Carlos, mirando severamente a Sibila de reojo–. Mientras tanto, debemos seguir recopilando los objetos, por si acaso.

–Mañana mismo iremos a por el sexto –dijo Lucas, sufriendo por su amigo. Dánae asintió, insegura sobre cómo había quedado su trato con Aníbal. ¿Les atacaría esta vez? ¿Habría cambiado de planes después de lo que había pasado?

–¿De qué objeto se trata? –preguntó Abril.

–Vayamos a mirarlo –dijo Dánae, metiéndose por el pasillo, deseando marcharse de la sala en la que se encontraba Sibila. Su hermano la siguió. Ambos entraron en el recinto circular. Dánae descubrió que alguien había colocado los cinco objetos legendarios sobre una estantería incrustada en la pared de piedra.

–¿Los has puesto tú ahí? –preguntó.

–Sí, creí que debían tener su propio espacio.

La joven los miró, pero no dijo nada. Se colocó frente al antiguo libro y lo abrió por la página en la que hablaba de los objetos.

### *EL OJO DE SHIVA*

*El tercer ojo de Shiva es el ojo de la sabiduría, conocido como bindi y asociado a la energía salvaje de este dios. Aquel que posea este legendario objeto durante el ritual, podrá ver más allá de lo evidente. El verdadero ojo de Shiva puede ser encontrado en Nanda Devi, uno de los picos más elevados del Himalaya, iluminado de una forma extraordinaria las noches de Luna llena.*

–Parece que esta vez tendremos que ir a buscar el objeto a lo más alto del Himalaya –dijo Dánae, un poco asustada. No le gustaban las alturas. La pared de la catarata de acceso a Argentum ya le parecía extraordinariamente alta. No quería ni imaginarse lo que sentiría en pleno Himalaya–. Será mejor que vayamos a decírselo a los demás –dijo Dánae, empezando a andar hacia el pasillo. Sin embargo, Lucas la detuvo agarrándola con suavidad por el brazo.

–Espera. ¿Cómo te encuentras? Apenas hemos tenido tiempo de hablar –dijo. Había visto cómo los ojos de su hermana habían perdido brillo desde el

secuestro de Axel, pero aquel día los veía especialmente apagados.

–Mal. No paro de pensar en Axel encerrado en aquella celda. No puedo creer que por unos instantes no pudiera venir conmigo –masculló.

–No pudiste hacer nada más –la consoló, dándole un abrazo.

–Pude haberle estirado y llevarlo conmigo. Quizá Sibila tenga razón.

–No le hagas caso. Os hubieran cogido a ambos y ahora tú no estarías aquí –dijo con seguridad.

–Eso no lo sabes.

–Claro que lo sé. Axel es la persona más analítica que conozco. Él sabía que los dos no lo hubierais conseguido. Por eso se quedó, para darte el tiempo que necesitabas.

–Pero temo que Aníbal haya descargado toda su furia sobre él.

–Aníbal es todo lo que tú quieras, pero no es estúpido. Sabe que Axel es un valor con el que puede jugar. No va a matarlo si no obtiene nada a cambio.

¿Qué había querido decir con que era un valor con el que podía jugar? ¿Su hermano sospechaba lo del chantaje?

–Eso espero –contestó Dánae, deseosa de cambiar de tema. Si seguían hablando de ello, quizá acabara confesándole la verdad. Y si Aníbal descubría que había roto su silencio, acabaría con Axel. De todas formas, su hermano tenía razón. Aníbal era inteligente. No arruinaría la oportunidad de conseguir el poder de los dos mundos por una estúpida venganza.

Cuando volvieron a la sala principal, Dánae les explicó a sus compañeros lo que habían descubierto sobre el sexto objeto. Se sentaron alrededor de la mesa situada en el centro de la sala principal.

–Mañana por la noche hay Luna llena –dijo Abril–. Según lo que dice en el libro, parece importante.

–Sí, no podemos esperar más –intervino Sibila, preocupada por Axel. Dánae la miró un instante y desvió la mirada al toparse con sus ojos celestes.

–Yo me encargaré del vestuario –dijo Lucas–. Creo que lo más sensato es que nos hagamos pasar por monjes.

–¿Qué? –dijo Sibila, atónita.

–Tiene razón. Lo más probable es que el tercer ojo esté en algún templo. Nos será más fácil acceder como monjes.

–¿Pero no van con la cabeza rapada? –preguntó Abril, algo preocupada.

–Podemos taparnos la cabeza con telas. Estaremos a muchos grados bajo cero, nadie iría con la cabeza al descubierto –explicó Carlos.

–Supongo que si no somos asiáticos no nos mirarán raro, ¿verdad? –comentó Sibila irónicamente. Dependiendo de la época a la que viajaran, era poco probable que alguien en el Himalaya hubiera visto nunca a un occidental.

–Viajaremos de noche y trataremos de estar lo más lejos posible de cualquier persona –dijo Lucas, viéndole sentido a las dudas de Sibila.

–Está bien. Iré esta misma noche a La Torre –dijo Carlos–. Quizá pueda ver algo. No sabemos si los Renegados vendrán.

Todos asintieron. Dánae trató de mantener una expresión neutra, pero este punto le preocupaba especialmente. No sabía si Aníbal pensaba seguir con su plan inicial y no hacer nada contra ellos sabiendo que ella le entregaría los seis objetos a cambio de Axel. Quizá había cambiado de opinión y esta vez pensaba oponer resistencia como en los tres primeros objetos.

\* \* \*

Ya estaba anocheciendo en Argentum. Dánae estaba sola en su habitación de La Torre. Carlos todavía no había aparecido. La joven estaba muy inquieta. Ya había pasado prácticamente un día desde su fuga y no había tenido noticias de Aníbal. ¿Por qué no había entrado en contacto con ella todavía? ¿Quizá debería intentarlo ella? No sabía qué hacer. Necesitaba saber si Axel seguía vivo. No podía olvidar aquellos ojos azules, el sabor de sus labios. Zarandeó la cabeza. No era momento para pensar en eso. Además, estaba con Mario.

Finalmente, decidió que debía hacer algo al respecto. No podía quedarse toda la noche despierta atormentándose con dudas. Así que cerró los ojos y se concentró. <<Aníbal>>. Al cabo de unos instantes, la voz del hombre apareció en la mente de la joven. <<¿Qué quieres?>>, dijo con una voz fría como el hielo. La intimidaba más que nunca. <<¿Axel está bien?>>. <<Si te refieres a que siga con vida, sí>>. Dánae tragó saliva, sin saber qué había querido decir exactamente. Nada bueno, eso seguro. <<Entonces, ¿nuestro trato sigue en pie?>>, preguntó dudosa. <<Sí. Nada ha cambiado>>, respondió. <<Está bien, te los traeré. ¿Cuándo y dónde?>>. <<Ve a la selva el martes que viene con los seis objetos, yo te encontraré>>. <<¿Por qué debería fiarme de ti después de lo que has hecho?>>, preguntó Dánae. <<No tienes otra opción>>. Y con esto, se esfumó de su mente. Dánae se giró y ocultó su rostro en la almohada. Le iba a servir en bandeja los seis objetos a los Renegados. Su única esperanza era averiguar cuál era el séptimo objeto y protegerlo a toda costa hasta que el día del ritual hubiera pasado.

Sin darse cuenta, Dánae se quedó dormida. Se despertó horas después debido a la luz del sol que entraba por la ventana. Se levantó de la cama y se arregló. Buscó a Carlos por todos lados, pero ya se había marchado. Lo único que encontró fue una nota suya en la puerta de la entrada. Los Renegados *no vendrán esta noche. Tenemos vía libre*. Sonrió. Por lo menos Aníbal no la molestaría en aquella misión.

La joven sentía que necesitaba ocupar su mente con otros temas que no fueran el secuestro de Axel ni los objetos milenarios. Necesitaba evadirse para no volverse loca, así que decidió ir a pasar el día a la Tierra. Tenía varios temas pendientes allí. Primero quería pasar un rato con su hermana. La última vez que había intentado ir a visitarla, Aníbal la había interceptado, así que hacía semanas que no la veía. Y también quería estar con Mario. Necesitaba aclarar sus sentimientos. Creía que verle y sincerarse con él podía ayudarla.

Salió rápidamente de La Torre y cruzó al mundo humano a través de El Paso. Hacía un frío horrible en la calle, así que caminó a paso ligero hasta su antigua casa. Cuando llegó, vio que el jardín, además de descuidado estaba completamente helado y cubierto de nieve. Nadie la había retirado de encima de las plantas. Tocó el timbre. Tardaron unos segundos en abrir la valla del exterior. Dánae respiró aliviada al ver que era Iris quien la esperaba en la puerta de la entrada. Cruzó el jardín y subió la pequeña escalera que la llevó hasta ella.

—Hola —dijo Dánae con una sonrisa triste, dándole un débil abrazo a Iris. Su hermana sintió al momento que la joven había perdido peso. No tenía buen aspecto. Su mirada estaba triste. Casi pudo reconocerse a sí misma en ella.

—Dánae, ¿estás bien?

La joven la miró a los ojos sorprendida. Si su hermana se había dado cuenta, realmente debía de tener muy mal aspecto.

—Sí, no es nada. He estado estudiando demasiado para los exámenes de la universidad —mintió. La verdad era que, con todo aquel embrollo, estaba perdiéndose gran parte de las clases y probablemente tendría que acabar recuperando la mayoría de las asignaturas—. ¿Y qué tal van las cosas por aquí?

—Mamá está insoportable —confesó, invitándola a sentarse en el sofá del salón con un gesto. Desapareció unos segundos en la cocina y volvió con unas bebidas.

—¿No está Minerva? —dijo, llamando a su madre por su nombre. Después de

todo lo que había pasado, se sentía incapaz de llamarla Mamá.

–No. Hoy estará fuera. Podemos estar tranquilas. Dánae, ¿seguro que estás bien? Te veo muy delgada.

–Los exámenes...

–No son los exámenes lo que te tiene así –la interrumpió–. Sé de lo que hablo.

–¿Qué quieres decir?

–Estás enamorada.

Dánae casi soltó una carcajada. Ojalá hubiera sido tan solo eso. Sin embargo, no podía contarle a su hermana la cruda realidad.

–Supongo –acabó diciendo, sin querer dar más explicaciones. Era lo mejor. Iris puso una mano sobre la de su hermana pequeña y la miró con una sonrisa tierna. Entonces, hizo algo que no había hecho en años. La abrazó con dulzura.

–Todo pasará. Aunque ahora te parezca imposible, el dolor se difumina con el tiempo –dijo suavemente. Dánae frunció el ceño. Enseguida se dio cuenta de que estaba hablando de su propia experiencia. No quiso decir nada más y se quedaron así un tiempo. Después, su hermana se levantó del sofá y puso una película. La vieron sin romper el silencio. Cuando terminó, Dánae se levantó del sofá.

–Debería irme.

–Está bien –contestó Iris con una sonrisa amable–. Espero que lo que te preocupa se solucione pronto –añadió, poniendo una mano sobre el hombro de la joven. La chica asintió y salió de la casa, caminando lentamente hacia el taller de Mario. Aquella visita le había dejado una sensación extraña en el cuerpo. Quizá fuera tan solo melancolía.

Cuando llegó al local de Mario, Dánae tocó el timbre. El chico apareció enseguida por la puerta.

–¡Hola! –saludó con su característica alegría.

–Hola –contestó la joven, intentando trazar una sonrisa. Sin embargo, él enseguida detectó que Dánae no estaba en sus mejores momentos.

–¿Te encuentras bien? –preguntó, pasando una mano por sus hombros y guiándola hasta el salón.

–Sí, tan solo me ha cogido un poco de frío –contestó.

–¿Has comido? –la chica negó con la cabeza–. Será mejor que te sientes. Voy a buscar algo caliente.

Mario volvió con un bol de sopa entre sus manos y algo para picar.

–Tómate esto. Seguro que después te encontrarás mejor.

La chica asintió y dio un sorbo de la sopa. Estaba exquisita y se la acabó enseguida. Cuando Dánae terminó de comer los canapés que el chico había traído de acompañamiento, Mario se levantó de la mesa y desapareció un momento por el pasillo. Volvió al salón con una pequeña caja entre las manos, envuelta con papel de regalo. Se sentó frente a ella y lo depositó sobre la mesa.

–Esto es para ti.

–¿Para mí?–preguntó, algo desconcertada.

–Ábrelo.

Dánae rompió el papel, con curiosidad. Descubrió una cajita de terciopelo negro. La acarició y la abrió con cuidado. Se quedó boquiabierta cuando observó lo que había en su interior. Un anillo. Era de plata y en el centro de la joya brillaba un pequeño diamante de color violeta. Por su forma se podía adivinar que tenía más de un siglo de antigüedad. Miró a Mario atónita.

–¿Por qué...?

–Simplemente lo vi y pensé en ti –contestó él, con una sonrisa afectuosa–. Me recordó al color de tus ojos.

–No puedo aceptarlo. Debe de ser valiosísimo...

–No te preocupes por eso. No hay nadie mejor que tú para llevarlo.

Mario cogió el anillo de la caja que sostenía Dánae. Le tomó la mano y le colocó el anillo con delicadeza en el dedo anular. Lo miró directamente a los ojos. Se sentía una persona horrible. ¿Cómo había podido dudar de sus sentimientos hacia él? Axel era atractivo, pero Mario era tierno y atento con ella. No podía hacerle daño. En cuanto consiguieran rescatarlo, se alejaría de Axel. Por el bien de todos.

–Gracias –respondió la chica, con un hilo de voz. Aquel no era el momento para decirle que Axel la había besado. Sería mejor olvidar lo que había pasado en la celda y mirar hacia delante.

\* \* \*

Aquel viernes de Luna llena anocheció temprano. Dánae llevaba horas en Argentum, sentada en una silla, reflexionando sobre lo que iba a hacer con aquellos cinco objetos legendarios que tanto trabajo les había costado conseguir.

Todos los guardianes, excepto Axel, estaban allí. De vez en cuando Dánae

sentía la mirada de Sibila, pero se esforzaba en ignorarla. Suspiró y miró el reloj. Ya era la hora. Se colocó una túnica larga de color rojo y naranja que le había dado Lucas hacía unas horas. Luego, se cubrió la cabeza con ella. Todos llevaban la misma extraña indumentaria. Realmente parecían monjes.

–*Kaish der weerap thowen jirins* –dijo Lucas, desapareciendo por la grieta espacio–tiempo. Los demás lo siguieron. Dánae fue la última en cruzar.

Aparecieron en la cima de una montaña muy elevada. El viento era cortante y había una tormenta de nieve. No había vegetación ni vida alrededor. Dánae sintió que le faltaba el aire. Apenas podía respirar ahí arriba. Sintió un leve dolor de cabeza. Miró a sus compañeros. No parecían estar pasándolo mejor que ella. Abril tuvo que aguantarse en Carlos, se sentía mareada. No podían ver nada alrededor.

–Será mejor que nos movamos –dijo Carlos, con voz clara por encima del viento.

Los demás lo siguieron. El hombre avanzó por la nieve y ascendió los metros que todavía quedaban hasta la cima. Aquella distancia resultó ser altamente compleja de recorrer debido a la oscuridad y la rudeza del suelo, con rocas afiladas que surgían en medio de las toneladas de nieve. Al cabo de unos minutos, que se hicieron eternos, llegaron a la cima. No había nadie ni nada allí. No se encontraron con ningún templo ni mucho menos con ningún monje. Nadie era tan osado como para vivir allí. Sin embargo, les llamó la atención un esplendoroso árbol situado en el centro de aquel pico. Estaba repleto de flores, como si estuvieran en primavera. ¿Cómo era posible que hubiera vida a siete mil metros? Al acercarse, observaron que del tronco de aquel árbol surgía un torso masculino cincelado en la madera.

–¿Tendrá alguna relación ese árbol con el ojo de Shiva? –susurró Carlos, descolocado.

–Probablemente –contestó Abril, aferrándose a él para entrar en calor.

–Sería imposible que un árbol normal viviera aquí en estas condiciones –añadió Sibila.

–Voy a acercarme –dijo Lucas.

–Iré contigo –repuso Dánae. Lucas la miró inseguro, pero acabó asintiendo. Se dirigieron sigilosamente hasta el árbol. De cerca, Dánae se percató de que no había tan solo un torso esculpido en el tronco, sino también un rostro. Era hermoso, de facciones perfectas y tenía los ojos grácilmente cerrados. Lucas tendió la mano hacia el tronco. Sin embargo, antes de que pudiera tocarlo, el



rostro esculpido en la madera abrió los ojos. Eran esmeraldas verdes. Y tenía un tercer ojo en la frente. Lucas se detuvo y Dánae dio un paso atrás, asustada. Su hermano decidió acercarse más, pero salió despedido hacia atrás. Cayó de culo en medio de la nieve, desconcertado. El árbol lo había rechazado. Dánae miró a aquel extraño hombre de tres ojos, evaluando su situación. Estaba bastante cerca de él. Se preguntó si a ella también la rechazaría. Sospechaba que no le haría daño. Sentía una extraña conexión con aquel árbol. De repente, su propio cuerpo empezó a moverse a su antojo, sin hacer caso de lo que dictaba su mente. Cerró los ojos, rindiéndose a aquella extraña sensación y tendió la mano hacia el tronco. Se sorprendió al notar el rugoso tacto de la madera en la yema de sus dedos. El árbol la había aceptado. Sus manos recorrieron el rostro de aquel hombre desconocido, acariciándolo con extraños movimientos, parecidos a una danza. Una luz amarilla brotó de sus manos y entonces, sintió un peso entre sus dedos. Y todo volvió a la calma. En el tronco de aquel árbol ya no había nadie y las flores empezaron a llenarse de escarcha y nieve.

Dánae cayó de rodillas sobre el suelo. Abrió los ojos desconcertada y dirigió la mirada hasta sus manos, entre las cuales sostenía una gema blanca con una espiral en el centro. El ojo de Shiva. La joven sonrió y acarició con suavidad la corteza del árbol. Dio media vuelta y se dirigió hasta sus compañeros, que habían observado la escena con una mezcla de fascinación y terror.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas, preocupado, cogiendo a su hermana por el hombro.

—Sí —contestó con una sonrisa. Por fin tenían los seis objetos. Por fin podría liberar a Axel, aunque aquello supusiera traicionar todo en lo que creía.

—Tenemos que averiguar a qué se debe esa extraña conexión que tienes con los objetos —dijo Carlos, interrumpiendo sus pensamientos.

—Podría ser peligroso —añadió Abril, inquieta.

—Será mejor que lo discutamos en Argentum —intervino Sibila, tiritando de frío. Todos asintieron y descendieron lo más rápido que pudieron hasta el punto en el que habían aparecido. Llegaron a Argentum helados. Por primera vez, Dánae agradeció aquel calor tropical.

## CAPÍTULO 31

Con el amanecer del martes llegaron grandes lluvias a la selva de Argenta. Dánae miró hacia el cielo desde la sala de astronomía de La Torre, pensativa. Había llegado el momento. Se cubrió con un chubasquero y se colgó una mochila vacía a la espalda. Empezó el camino en dirección a la cueva de Argentum. Al llegar, comprobó aliviada que no había nadie allí. La sala principal llevaba algunos días completamente vacía. Lucas y Carlos estaban ocupados recorriendo Argenta en busca de la guarida de los Renegados con la única ayuda del mapa que Dánae había dibujado en la celda y siguiendo sus ambiguas indicaciones. Abril y Sibila estaban intentando averiguar más cosas sobre el séptimo objeto en la Tierra, pero no parecían estar teniendo demasiado éxito. Dánae sabía que no tenía otra alternativa. No podía dejar que Axel pasara ni un solo día más en manos de Aníbal. Cogió una espada de la sala principal y se dirigió con decisión hasta la sala circular. Encontró los seis objetos depositados en aquella pequeña estantería que había diseñado Lucas. Se descolgó la mochila y la empezó a llenar con los objetos, con suma delicadeza para que ninguno saliera perjudicado. Trató de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Bajó por la catarata con cuidado y se introdujo en la selva, sin alejarse más que un par de pasos de la barrera invisible de Argentum. Si Axel estaba herido, por lo menos podrían llegar rápido a un lugar seguro. Además, les serviría de protección.

Dánae se quedó allí de pie, esperando inquieta. Aníbal le había dicho que la encontraría, pero no le había dado ninguna indicación. Suspiró, nerviosa.

Al cabo de unos minutos, se formaron ante ella dos figuras. Dánae sostuvo la respiración. Aníbal llevaba a Axel cogido por el hombro, atado e inconsciente. La chica quiso acercarse para socorrerle, pero se contuvo. Cualquier paso en falso podría ser fatal.

–¿Ya tienes los seis objetos? –preguntó el hombre impacientemente. Dánae asintió—. Bien. Dámelos.

–Primero quiero que liberes a Axel –exigió la joven. No volvería a engañarla.

–No me provoques y dame los objetos –insistió.

–¿Cómo voy a fiarme de ti después de lo de la celda? –preguntó molesta. Entonces, Aníbal lanzó a Axel hacia adelante, asqueado. El chico cayó sobre el barro como un plomo. Dánae corrió hasta él—. Axel –susurró, tumbándolo

boca arriba. Se sintió aliviada al comprobar que respiraba.

–¡Ahora dámelos de una vez! –gritó el hombre enmascarado, reclamando su parte. Dánae lo miró con el ceño fruncido, insegura de lo que debía hacer a continuación. Si se los daba, ¿quién le aseguraba que no los perseguiría y retendría de nuevo? Dánae miró hacia atrás. En realidad, tan solo la separaban un par de pasos de la protección de Argentum. Si le entregaba la mochila, después tan solo necesitaría un minuto para lograr escapar.

–Primero prométeme que nos dejaras marchar sin complicaciones –dijo la joven, tratando de ganar ese tiempo.

–Lo que tú quieras, pero no te lo volveré a pedir –dijo exasperado. Dánae dejó la mochila en el suelo y la lanzó hacia Aníbal. Agarró a Axel con dificultades y echó a correr lo más deprisa que pudo hacia la protección de Argentum. Aníbal inspeccionó el contenido de la bolsa con una sonrisa satisfecha, comprobando que estaban todos los objetos legendarios que la joven le había prometido. Cuando el hombre levantó la vista, Dánae ya estaba al otro lado de la barrera. Aníbal pareció contrariado y frunció los labios en una fina línea. La chica había sido inteligente esta vez. La joven no se quedó allí y caminó hacia la catarata con Axel a cuestas. Cuando llegó, deshizo el nudo de la cuerda que ataba los brazos de Axel y la pasó por la cintura y las piernas del chico, haciendo forma de arnés. Después, lo subió a su espalda y ató la cuerda a su propio cuerpo, asegurándose de que el chico quedaba bien sujeto a ella. Subió por la cascada con muchas dificultades, cargando con Axel a sus espaldas. Una vez arriba, lo llevó hasta su habitación y lo tumbó en la cama. Le quitó la camiseta destrozada y sucia. Fue en busca de un barreño de agua y algunas gasas. Luego, le limpió cuidadosamente las heridas del torso. Le lavó la cara. Apenas estaba reconocible. Tenía los labios y la nariz hinchados. Sus ojos estaban morados y probablemente no hubiera podido abrirlos aunque hubiera estado consciente. Parecía tener algunos huesos de la mano izquierda rotos. Dánae rompió a llorar, incapaz de saber si volvería a ser el de antes. Todo aquello había sido por su culpa. Se apoyó sobre su pecho y lo rodeó con los brazos, mojando su piel con las lágrimas.

–Axel –susurró entre llantos.

Entonces, notó una mano sobre su cabeza. Levantó la mirada. Axel estaba despierto. Consiguió entreabrir el ojo derecho en una mueca de dolor.

–Dánae –balbuceó–. ¿Estoy...? –Sin embargo, no pudo terminar la pregunta. Una horrible tos lo interrumpió.

–Estás en casa –dijo ella con ternura.

Le pareció entrever una débil sonrisa entre sus labios. Después, el chico volvió a sumirse en la inconsciencia.

\* \* \*

Aníbal entró por la puerta de su guarida con una sonrisa triunfal. Atravesó un largo pasadizo de piedra y llegó hasta una habitación amplia y decorada con ostentosa ostentación. En ella había un escritorio con un par de butacas y una estantería llena de manuscritos antiguos. Era su despacho.

Se quitó la máscara y suspiró, agobiado por el calor. Dejó la mochila sobre la mesa y la abrió con impaciencia. Sacó los objetos y los inspeccionó con detenimiento. Eran auténticos. Antes de que pudiera hacer nada más, alguien llamó a la puerta.

–Adelante.

Una mujer entró y se detuvo frente a él con una sonrisa al ver los objetos legendarios.

–Lo has conseguido.

–¿Lo dudabas?

–Claro que no... –contestó ella con voz sugerente, recorriendo el espacio que los separaba. Aníbal la cogió por la cintura y la miró. Era bastante mayor que él, pero era hermosa e inteligente como ninguna otra. La besó.

–Esto es gracias a ti –dijo él cuando se separó de la mujer–. Tú me has guiado desde el principio.

–No podía hacer otra cosa. Tras la muerte de Octavio, necesitábamos un líder, y tú eras perfecto.

Aníbal sonrió y volvió a dirigir su atención hacia los objetos.

–Necesitamos a la chica –dijo el hombre.

–Sí. El ritual es de aquí a poco –murmuró ella.

–En cuanto vuelva a verla, la secuestraré.

–¿No te da pena? –preguntó entonces la mujer.

Aníbal soltó una carcajada.

–No me digas que te has vuelto una sentimental.

–No me importa que muera, sabes que la he odiado desde el día en que nació. Pero pensé que tú...

–No digas tonterías –espetó, soltándola y volviendo hasta los objetos–. La quiero tan muerta como tú, solo que a su debido momento.

La pareja estaba tan ocupada con sus maquinaciones que no se percató de que

la puerta estaba ligeramente entreabierta. Tras ella, oculta en la oscuridad del pasillo, una joven de ojos azules los observaba con espanto. No podía permitirlo. No podía permitir que la chica muriera a manos de Aníbal.

\* \* \*

Pasaron tres días y tres noches hasta que Axel volvió a abrir los ojos. Dánae lo había estado cuidando completamente sola. Ninguno de los guardianes había aparecido por allí, todavía ocupados tratando de salvar a Axel con planes alternativos, cuando en realidad, ya estaba en casa. Sin teléfonos, Dánae no había tenido manera de avisarles de lo que había pasado. Había intentado contactar con Abril mediante telepatía, pero la conexión no parecía funcionar. Probablemente la chica estaría en la Tierra y no le llegaban sus mensajes. Había pensado en dejar una nota en casa de su hermano o de su padre, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde vivían, así que solo le quedó esperar. La chica le había curado minuciosamente las heridas cada día, hasta que consiguió que el hinchazón disminuyera notablemente. Le había inmovilizado todos los dedos de la mano izquierda. La tenía destrozada, aunque parecía que mejoraba poco a poco. También logró que fuera bebiendo agua. Sin embargo, no consiguió que probara bocado. Estaba demasiado dormido.

Aquella era la cuarta noche que Dánae pasaba a su lado, durmiendo en aquella butaca incómoda. Tenía la espalda destrozada.

Dánae escuchó el sonido de la ducha y abrió los ojos, algo descolocada. Miró hacia la cama. Axel no estaba. Debía de haberse despertado sin que ella se enterara. Vio luz en el baño y estuvo a punto de entrar, impaciente por hablar con él. Sin embargo, el hombre no tardó en salir. Tan solo llevaba una toalla de ducha alrededor de su cintura. Su aspecto era mucho mejor que hacía cuatro días.

—Por fin, bella durmiente —dijo Dánae con una sonrisa, levantándose de la silla para acercarse hasta él—. ¿Cómo estás?

—Mejor de lo que esperaba —repuso el chico—. He tenido una buena enfermera.

—Era lo mínimo que podía hacer después de lo que hiciste por mí.

El chico negó con la cabeza, restándole importancia.

—¿Cómo has conseguido liberarme? —preguntó entonces. Dánae tragó saliva.

—Es mejor que no lo sepas. Me odiarás.

—¿Cómo voy a odiarte por salvarme la vida? —dijo levantando su rostro por la

barbilla con la mano que no tenía inmovilizada. La chica lo miró directamente a los ojos y no pudo evitar contarle la verdad.

–Le entregué los seis objetos a Aníbal –confesó. Para su sorpresa, el rostro de Axel se mantuvo inexpresivo.

–Me imaginaba algo así –dijo.

–¿Sabías lo que Aníbal me había pedido?

–No, pero es lo que hubiera hecho yo en su lugar.

–No te compares con ese indeseable –musitó Dánae con cara de asco.

–No te preocupes. Lo único que tenemos que hacer es impedir que consiga el séptimo objeto.

–¿Cómo? –preguntó interesada–. ¿Sabes de qué se trata?

–Tranquila, yo me encargaré –dijo, sin contestar a su pregunta.

–Pero...

–Shhh. –La hizo callar poniendo el dedo índice sobre sus labios.

Dánae quiso insistir, pero se quedó mirando fijamente aquellos ojos azules que tanto la atraían. ¿Por qué la había besado en aquella celda? No había tenido el valor de preguntárselo. Axel recorrió los labios de Dánae con sus dedos. Se agachó hasta la altura de su rostro, sin dejar de observarla. Dánae sintió que le fallaban las piernas al tenerlo tan cerca. El chico se acercó todavía más a ella.

–No –dijo finalmente la joven, haciendo un esfuerzo supremo. Puso una mano en su pecho y lo apartó–. No puedo. Estoy con alguien.

–¿Te refieres al del taller? –preguntó, disgustado.

–Sí –contestó, un poco ofendida por el tono que había empleado.

–¿Esto es suyo? –preguntó, cogiéndole con fuerza la mano en la que llevaba el anillo que Mario le había regalado.

–Suéltame –espetó la chica, deshaciéndose de él, dispuesta a marcharse de la habitación. Abrió la puerta, pero se volvió a cerrar en un instante, con un golpe seco. Una mano la agarró por la cintura, dándole la vuelta. Su espalda quedó completamente apoyada contra la puerta. Sintió el pecho desnudo de Axel contra el suyo y se le entrecortó la respiración. No pudo evitarlo. No quiso evitarlo. Notó sus labios sobre los suyos. Cerró los ojos, dejándose llevar. Sintió un cosquilleo tan fuerte en el estómago que tuvo que separarse de él un instante para recuperar el aliento. Axel la miró intensamente. La joven se dio cuenta de que no podía continuar reprimiendo lo que sentía por él. Tomó a Axel por la nuca y lo atrajo hacia ella. Sentía la necesidad de

abrazarlo más fuerte, para asegurarse de que no era un sueño, de que él estaba allí con ella, de que no iba a esfumarse en cualquier instante. El hombre la besó con una pasión contenida durante meses. Dánae apenas podía coordinar sus pensamientos. Tan solo sabía que podría haber estado para siempre en sus brazos, sin pensar en nada más, en nadie más. Caminaron hasta la cama, besándose sin soltarse ni un momento. Dánae se sentó en el colchón y Axel se inclinó sobre ella. Él se separó un momento y la miró con una ternura que la joven nunca había visto antes en sus ojos. Axel acarició su rostro lentamente, como si estuviera memorizando cada uno de sus rasgos. Y volvió a besarla, esta vez con dulzura. Dánae entreabrió los labios y sintió la lengua de Axel en su boca, que aumentó la presión de sus besos. El chico deslizó su mano hasta el pecho de Dánae y después hasta su cadera, sin dejar de besarla. Le quitó la ropa con cuidado. La chica acarició aquellos brazos que había deseado tocar desde el primer día. Su espalda. Su torso. Axel se detuvo un instante al ver que las piernas de Dánae estaban temblando.

—¿Estás bien? —preguntó él, rompiendo el silencio.

—Sí —susurró, atrayéndolo de nuevo hasta ella, arrancándole de un tirón la toalla que llevaba anudada a la cintura. Y Dánae hizo el amor por primera vez.

\* \* \*

Una mujer enmascarada caminaba sigilosamente entre los árboles de la selva de Argenta. En su mano sostenía una carta algo arrugada tras horas y horas de darle vueltas entre sus dedos. No estaba segura de lo que estaba haciendo. Si le entregaba la carta a su destinatario, estaría traicionando a los suyos. Sin embargo, no podía permitir que la chica muriera. Era inocente.

Pronto llegó a un árbol con un tronco muy grueso, sobre el que había una pequeña choza. Tragó saliva. Inspeccionó aquella pequeña casa de barro y madera desde detrás de un arbusto. La hamaca colgante estaba vacía y no parecía haber nadie dentro. Tenía vía libre. Salió de su escondite y subió con agilidad por el tronco. Entró a la casa por la ventana y la inspeccionó. Aquel lugar estaba desangelado, pero allí dormía él. Caminó por la pequeña vivienda. Aquello era lo más cerca que había estado de él en años. Suspiró y se acercó a la mesa que había en el centro de la estancia. Entonces, sobre ella vio una foto de una joven de pelo rizado y ojos azules. Estaba arrugada de tanto mirarla. Sonrió con tristeza y dejó la carta justo al lado. Después, salió de la choza y se perdió entre la frondosidad de aquellos árboles tropicales.

\* \* \*

Carlos y Lucas entraron en la cueva de Argentum. Sus ropas estaban manchadas de barro tras días de búsqueda incansable por la selva. Abril ya estaba allí, esperándoles. Por la expresión de su rostro, no parecía haber tenido demasiado éxito en sus investigaciones.

–¿Cómo ha ido? –le preguntó a los chicos.

–Mal. Ni rastro de la guarida de los Renegados. Hemos buscado prácticamente por toda la selva y no hemos dado con ellos. ¿Y vosotras?

–Tampoco hemos encontrado nada. Empiezo a pensar que no existe información real sobre el séptimo objeto legendario.

–¿Y Sibila? –preguntó Lucas, al notar su ausencia.

–Ya sabes cómo es, nunca se rinde. Continúa en la Tierra, tratando de encontrar la información que necesitamos.

–Deberíamos pensar en alternativas. Hemos perdido tres días y Axel sigue retenido –dijo Carlos.

–Tienes razón –comentó Lucas, abatido. Le horrorizaba pensar que no pudieran salvar nunca a su amigo–. Voy a darme una ducha, a ver si se me aclaran las ideas.

Carlos y Abril asintieron. Lucas recorrió el pasadizo hacia la habitación de Axel para usar el baño.

\* \* \*

Dánae abrió los ojos lentamente. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Axel, que la observaba con una sonrisa en los labios. En aquel momento, la joven tomó plena consciencia de lo que había pasado entre ellos. Sintió que se ruborizaba.

–¿Llevas mucho rato despierto? –susurró, tapándose ligeramente con la manta.

–Un poco. Me gusta ver cómo duermes –confesó, acariciándole el pelo. Dánae se sintió en una nube.

Entonces, la puerta de la habitación se abrió y Dánae volvió bruscamente a la realidad. Era Lucas. Su hermano se había quedado paralizado en la puerta, atónito. Era difícil saber si por el mero hecho de que Axel se encontrara en casa o por verlo desnudo en la cama junto a su hermana.

–Lo siento –consiguió balbucear Lucas, cerrando de nuevo la puerta.

Dánae y Axel se miraron, sin saber muy bien qué hacer. Se vistieron rápidamente y acudieron a la sala principal de Argentum, donde encontraron



a Lucas en una butaca, con la cara desencajada. A su lado estaban Carlos y Abril, que daban vueltas alrededor de la sala, impacientes. Hacía escasos minutos que Lucas les había dado la noticia sobre la liberación de Axel.

–Hola –dijo Axel, aclarándose la garganta.

–No sé qué hacer, si darte un abrazo o un puñetazo –dijo Lucas, acercándose hasta él.

–Yo optaría por el abrazo –contestó Axel con una sonrisa. El hermano de Dánae pareció relajarse y abrazó a su amigo, tratando de olvidar la escena que acababa de presenciar en aquella habitación.

–¿Cómo has conseguido escapar? –le preguntó entonces Carlos, dándole un sonoro abrazo. Dánae sintió que se le helaba la sangre. ¿Axel le diría que su hija lo había traicionado? ¿Qué había robado los seis objetos?

–En realidad, ha sido Dánae la que me ha sacado de allí –explicó el chico, esquivando la verdad.

–¿Pero cómo? –preguntó Abril, desconcertada.

–No os enfadéis –susurró Dánae.

–¿Por qué deberíamos enfadarnos? –cuestionó Carlos.

–Le entregué los seis objetos legendarios a Aníbal a cambio de la vida de Axel –confesó la joven con un hilo de voz.

Ninguno dijo nada durante unos minutos. Lucas fue el primero en reaccionar.

–Entonces, era lo que pensábamos –concluyó.

–¿Cómo? –dijo Dánae, desconcertada.

–Carlos y yo creíamos que estaba pasando algo extraño. No era normal que los Renegados nos dejaran vía libre para robar los objetos sin oponer ningún tipo de resistencia.

–Sospechábamos que estaba chantajeando a alguien –añadió Carlos.

–Pues teníais razón –susurró Dánae–. Lo siento. Me hizo prometer que no hablaría con nadie sobre ello.

–Tranquila, todos hubiéramos hecho lo mismo –dijo Abril, con una sonrisa comprensiva–. Será mejor que vayamos a buscar a Sibila. Debe saberlo cuanto antes.

Axel y Dánae asintieron y vieron cómo los tres descendían por la catarata. Ninguno habló durante un buen rato, se quedaron los dos sentados en las butacas, mirando al horizonte de aquella magnífica y peligrosa selva.

–Voy a dejarlo con Mario –dijo entonces Dánae, sin apartar la vista de la lejanía. Axel no dijo nada. Tan solo tomó su rostro entre las manos y la

acercó hasta él. Dánae cerró los ojos ante el contacto de sus labios.

–¿Axel? –una voz femenina los sorprendió. Dánae se giró y vio con espanto que era Sibila–. ¡Estás aquí! –exclamó, sorprendida.

–Eso parece –respondió él, con una mueca, poniéndose en pie. Dánae también se levantó de la silla, tensa.

–¿Pero qué haces con ella? Te abandonó en aquella celda –soltó.

–No digas estupideces, Sibila. No me abandonó –le espetó–. De hecho, si me ves aquí es gracias a Dánae.

–¿Qué quieres decir?

–Pagó un rescate.

–¿Qué clase de rescate? –preguntó, frunciendo el ceño. Axel miró a Dánae a los ojos, de algún modo pidiéndole permiso para contar la historia. La joven asintió.

–Cambié los seis objetos legendarios por mi vida.

Sibila la escrutó con la mirada unos instantes y luego asintió.

–Por lo menos está aquí con nosotros –dijo con una serenidad pasmosa. Dánae estaba a punto de generarse una opinión positiva sobre Sibila, cuando la chica volvió a hablar–. ¿Puedo saber por qué os estabais besando?

–Creo que es obvio –respondió Axel.

Sibila los miró a ambos con desprecio y dio media vuelta, desapareciendo por donde había venido.

Dánae se dejó caer sobre una butaca, agotada ante tanta explicación. Axel se sentó a su lado.

–¿Por qué no quieres decirme cuál es el es el séptimo objeto? –preguntó, retomando la conversación que habían interrumpido con besos en la habitación.

–Es algo complicado –respondió él.

–¿Qué tiene de extraño ese objeto? –preguntó, sin comprender nada.

–Prométeme que intentarás mantener la calma.

–Me estás asustando.

–Y que no te molestará que te vigile a todas horas.

–Está bien. Te lo prometo –repuso impaciente.

–Dánae –dijo, acariciándole el rostro con delicadeza–. Tú eres el séptimo objeto.

–¿Qué? –preguntó incrédula. No podía haberlo entendido bien.

–¿Recuerdas aquel extraño incidente que tuviste con el jarrón? –La chica

asintió—. Ese jarrón era el séptimo objeto, pero te eligió a ti para que lo alojara en tu interior.

—¿Quieres decir que está dentro de mí?

—Sí.

—Aníbal lo sabe desde hace mucho tiempo —murmuró la joven, recordando aquel trato especial que siempre le había dado—. Por eso no quería matarme...

—Me extrañó tanto su actitud, que empecé a fijarme en ti. No tardé en ligar cabos. Aquella extraña conexión que tenías con los demás objetos no me parecía normal, así que investigué por mi cuenta. No tardé en descubrir la verdad oculta en el libro de Argentum.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —preguntó asustada, percatándose de lo que aquello significaba. Aníbal iba a tratar de secuestrarla por todos los medios para llevar a cabo aquel ritual milenario.

—Lo único que puedes hacer es no moverte de Argentum. Si necesitas salir, yo iré contigo.

—Ahora lo entiendo todo —susurró—. Por eso te empeñabas en vigilarme siempre.

—No quería que Aníbal te secuestrara, aunque me salió el tiro por la culata —dijo con una sonrisa amarga—. Al final conseguimos retenernos a los dos.

—Lo siento tanto, Axel. Todo esto ha sido culpa mía, debiste sufrir mucho en esa maldita celda.

—No importa, Dánae —dijo besándola en la frente—. La cuestión es que ahora estamos a salvo.

—¿Los demás saben lo que soy? —preguntó la joven, pensativa.

—No.

—Creo que de momento es mejor así —repuso ella. Lucas probablemente entraría en pánico si se enteraba, y su padre querría encerrarla bajo llave para protegerla. Y tenía cosas pendientes que hacer en la Tierra—. Si te parece bien, tan solo saldré de Argentum una vez hasta que pase la fecha del ritual —sugirió Dánae.

—¿Para qué necesitas salir? —preguntó Axel, inquieto.

—Me gustaría ser sincera con Mario —murmuró.

—Está bien —contestó. No le hacía gracia exponerse tanto, pero tampoco le gustaba que Dánae tuviera una relación con aquel chico mientras estaba con él. Cuanto antes terminaran, mejor para todos—. Te acompañaré mañana por la tarde.

\* \* \*

Lucas llegó a su choza con una sonrisa en los labios. Por fin Axel estaba en casa. No le importaba que Dánae hubiera cedido los seis objetos legendarios para ello. ¿Qué otra opción había tenido? Ahora lo único que tenían que hacer era conseguir aquel dichoso séptimo objeto y protegerlo a toda costa. Sin él, los Renegados nunca podrían llevar a cabo el ritual.

El hombre entró en su pequeña morada y se sintió extraño. No encontró nada revuelto, pero enseguida se percató de que alguien había estado allí. Descubrió una carta al lado de la foto y se acercó, con el ceño fruncido. Se sentó en una silla y abrió el sobre, nervioso. Aquello no podía ser nada bueno.

*Hay algo que debes saber sobre Dánae. Está en peligro. Mañana a las seis de la tarde nos vemos frente a tu casa. Sin armas.*

Lucas agradeció estar sentado. ¿Qué quería decir aquella nota? ¿Quién le escribía sobre su hermana? ¿De qué peligro estaba hablando? ¿Y por qué había citado que era un encuentro sin armas? ¿Acaso le estaba escribiendo un Renegado?

\* \* \*

Axel y Dánae ni siquiera se percataron del paso de las horas. Pasaron toda la noche y todo el día encerrados en la habitación, el uno en los brazos del otro. Cuando Dánae salió a la cocina en busca de algo de comer, se dio cuenta de que ya eran las seis de la tarde. Se apresuró en volver a la habitación dando un mordisco al panecillo que acababa de coger de encima del mármol.

—Es un poco tarde —dijo la chica en cuanto entró—. Será mejor que nos vistamos y vayamos a la Tierra. Necesito hablar con Mario.

Axel la miró desde la cama y resopló. No le apetecía nada que Dánae se viera con Mario. Aunque le costara reconocerlo, se moría de celos. Pero era algo que tenía que hacer. Se incorporó y alargó la mano hasta la camiseta y los vaqueros que estaban sobre la silla.

—Vamos.

Axel y Dánae avanzaron rápidamente por la selva. Cuanto menos tiempo pasaran allí, menos expuestos estarían a que aparecieran los Renegados. El hecho de saber que ella era el séptimo objeto, la ponía todavía más nerviosa. Sin embargo, no pasó nada. Cruzaron al otro lado de El Paso y les dio la bienvenida el helado aire del invierno de la Tierra.

\* \* \*

Lucas estaba nervioso, dando vueltas en círculo frente a su casa. No tenía ni la más remota idea de quién había escrito aquella carta. Apenas había podido dormir en toda la noche, pensando en ello. Entonces, vio una figura que se acercaba hacia él. Llevaba una túnica negra hasta los pies y una máscara cubriendo su rostro. Por su tamaño dedujo que era una mujer. Dio un paso atrás y se llevó la mano a la daga que ocultaba en su cinturón. Aunque aquella mujer le había pedido que fuera un encuentro sin armas, no era estúpido. Aquello podía ser una trampa.

–No voy a hacerte daño –dijo la mujer con una voz tan fina que se quedó parado. Nunca hubiera imaginado que una Renegada pudiera sonar así de dulce.

–Comprenderás que no me fie –repuso él.

–Por supuesto, pero no estoy aquí para pelear.

–¿Qué es lo que tienes que decirme? –preguntó intrigado.

–Es sobre Dánae. Está en peligro.

–¿Qué clase de peligro?

–Ella es el séptimo objeto.

–¿Cómo?

–Tu hermana es la pieza que le falta a Aníbal para llevar a cabo el ritual – aclaró la mujer–. Y si Aníbal utiliza a Dánae, ella morirá.

–No puede ser. Esto es todo una trampa –espetó Lucas, poniéndose tenso. Sin embargo, en el fondo sabía que algo pasaba con su hermana, aquella extraña conexión que tenía con los demás objetos no era normal.

–No tengo por qué mentirte.

–Entonces, ¿por qué traicionarías a los tuyos en favor de mi hermana?

La mujer no respondió. Se quedó quieta unos instantes y luego bajó la capucha que cubría su pelo, dejando al descubierto una bonita melena llena de ondas. Después, dirigió la mano hasta su máscara y la apartó con delicadeza.

Lucas se quedó paralizado, observando aquellos rizos, aquellos ojos azules que había creído que nunca más volvería a ver.

–¿Iris? –balbuceó.

–Lo siento.

–Pero... –Lucas seguía mirándola, sin comprender lo que estaba pasando. Tan solo quería abrazarla de nuevo. Habían pasado diez años desde la última vez, pero se sentía exactamente igual. No pudo evitar dar un paso adelante y

la joven se acercó hasta él.

–¿Fue por eso? ¿Por eso me dejaste? –murmuró. Iris bajó la mirada y asintió.

–Yo no quería hacer todo esto –murmuró.

–¿Entonces por qué lo hiciste?

–Me obligaron. Amenazaron con matarte si no me unía a la organización. Acepté, a cambio de que nunca te hicieran daño.

–¿Por eso nunca me han atacado a pesar de vivir en medio de la selva? –preguntó, atónito. Iris asintió.

–Puedo defenderme, Iris. No tienes por qué seguir con ellos.

–No conoces a Aníbal. Es capaz de todo –musitó, asustada.

Lucas se sentía extraño. Por un lado, quería abrazarla y prometerle que con él estaría a salvo, quería creer lo que le estaba diciendo. Pero por otro, Iris había pasado diez años con los Renegados. Quizá hubieran contaminado su esencia, quizá ella ya no era la joven que él recordaba.

–A lo mejor no quieres abandonarles, después de todo –soltó, poniéndola a prueba.

–¿Cómo puedes decir eso? Me conoces y sabes que...

–No. No te conozco –la interrumpió–. Aquello pasó hace diez años. La gente cambia.

–Lucas, por favor –murmuró, alargando su mano hasta la de él. El chico se estremeció ante su contacto. Iris lo miró con aquellos ojos celestes, suplicantes. Y vio que estaba diciéndole la verdad, por muy complicado que fuera todo aquello. No pudo evitarlo. Se agachó hasta ella y la besó, abrazándola con fuerza, no quería que volviera a desaparecer de su vida. Iris por fin se sintió en casa, entre sus brazos. Pasaron un rato así, saboreando sus labios después de tantos años.

–Será mejor que entremos –dijo Lucas, separándose ligeramente de ella–. Alguien podría vernos.

Subieron por el árbol y entraron en la choza. Se sentaron en las pequeñas sillas de al lado de la mesa y se quedaron unos instantes mirándose el uno al otro, reconociendo de nuevo sus rostros. Lucas quería volver a besarla, pero se contuvo. La vida de su hermana era su prioridad ahora.

–¿Qué pretende hacer Aníbal con Dánae?

–Le oí decir que quería secuestrarla en cuanto volviera a verla.

–Tengo que evitar que Dánae salga de Argentum –dijo, levantándose como una exhalación.

–Yo volveré a mi guarida para que no sospechen. Si descubro algo más, te escribiré.

\* \* \*

Dánae se paró frente a la puerta del taller de Mario y tragó saliva. No sabía cómo iba a explicárselo. Miró a Axel, que estaba a su lado, más serio de lo habitual.

–Te esperaré aquí –murmuró, dirigiéndose al banco de enfrente. La joven asintió y tocó al timbre, tratando de mantener la calma. Mario salió enseguida. Al verla, le sonrió cálidamente y se acercó para besarla, pero lo detuvo. Dánae vio de reojo cómo Axel se revolvía nerviosamente en el banco. Mario se percató de su presencia y lo miró con el entrecejo fruncido.

–Veo que tu primo ya ha vuelto.

–Sí –balbuceó la joven, viendo cómo Axel desafiaba a Mario con la mirada–. ¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo –dijo la chica, rompiendo el silencio tenso que se había formado.

–Claro –dijo, algo desconcertado. Dánae lo siguió por el pasillo y vio extrañada cómo Mario echaba el cerrojo. Hasta ahora nunca lo había hecho. Decidió dejar de pensar en tonterías y centrarse en lo que había ido a hacer, aunque no tenía ni idea de por dónde empezar. Llegaron hasta el salón. Esta vez, Dánae no se sentó en el sofá. Cuanto antes se lo dijera, mejor.

–Mario, he estado pensándolo mucho y creo que no somos del todo compatibles –dijo tensa. Mario la miró de un modo extraño, como si no comprendiera lo que le estaba diciendo.

–¿Qué quieres decir?

–Quizá no sea buena idea que estemos juntos.

–¿Me estás dejando? –preguntó incrédulo, con una voz fría que la dejó totalmente descolocada.

–Lo siento –se disculpó, quitándose el anillo y tendiéndoselo. El chico ni siquiera hizo el gesto de cogerlo, seguía de pie frente a ella. Dánae lo dejó sobre la mesita–. Necesitas a alguien que te corresponda como mereces, y yo no soy esa persona.

–Tú eres todo cuanto necesito –dijo, avanzando hacia ella. Dánae retrocedió unos cuantos pasos y topó con la pared. La estaba asustando.

–¿Mario? –preguntó desconcertada. Pero él continuó acercándose. Cuando estuvo a unos centímetros, la cogió con fuerza del brazo.

–¿Pensabas que ibas a poder abandonarme como si nada? –espetó, lanzándola

contra el sofá con una fuerza extraordinaria.

–¿Qué? –preguntó asustada, aterrizando sobre los cojines. ¿Dónde estaba aquel chico dulce y amable?–. Mario...

–Mario, Mario –dijo soltando una carcajada. Con tan solo oírle se le heló la sangre. No era la primera vez que escuchaba aquella risa siniestra.

–¿Aníbal? –preguntó, sosteniendo la respiración.

–Pensaba que no me reconocerías nunca.

–No puede ser... –murmuró incrédula–. ¿Qué has hecho con Mario? –preguntó con la voz entrecortada.

Aníbal se acercó hasta ella y la levantó del sofá de un tirón, agarrándola con fuerza para que no pudiera escapar.

–No le he hecho nada a tu querido Mario. Parece mentira que sea tan fácil engañarte –le susurró al oído.

–¿Qué le has hecho? –insistió, nerviosa.

–¿No lo entiendes? –dijo con aquella sonrisa cínica que había visto tantas veces bajo la máscara–. Aníbal es Mario y Mario es Aníbal.

–¡No! Eso no es cierto –exclamó disgustada, pensando en todo lo que había pasado entre ellos, en todos aquellos besos y abrazos–. Tú no puedes ser él...

–Te di un sinfín de pistas. Incluso te llegué a besar en Egipto, pensando que notarías las similitudes. Pero no. No sabes cuánto disfruté con ese juego.

–¿Cómo puedes ser tan ruin?

–Siento haberte decepcionado, pero ahora todo eso no importa. ¿Y sabes por qué? –Dánae sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de rabia. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Había caído en su trampa–. Porque tengo en mis brazos al séptimo objeto. Ni siquiera he necesitado el anillo.

–¿El anillo?

–El que te regalé. Bueno, el que Mario te regaló. Llevaba un pequeño localizador. Así podía saber dónde te encontrabas en todo momento.

Dánae no dijo nada. Estaba devastada. Se percató en ese instante de la magnitud de la tragedia. Todos estaban perdidos, por su culpa. Aníbal lo tenía todo para poder llevar a cabo aquel ritual milenario, que tendría lugar en apenas unos días. Y todo por no haber sido más observadora. Por no darse cuenta de que aquellos bonitos ojos color miel se escondían también bajo la máscara de Aníbal. Por no haber sabido ver su sonrisa retorcida en el rostro angelical de aquel chico. Por ser una imprudente y salir de Argentum. Tan solo tenía que haberse escondido unos días. Y ahora ambos mundos estaban



perdidos por su estupidez.

–¡Axel! –gritó con todas sus fuerzas, con la esperanza de que el chico la oyera.

–¡Cállate! –espetó Aníbal, propinándole un fuerte bofetada en la mejilla. La chica cayó sobre el sofá, con la mano en su rostro enrojecido. Iba a volver a gritar cuando escuchó un fuerte golpe en la puerta de la entrada. Axel la había echado abajo. El chico llegó jadeando hasta la habitación en la que se encontraban. Observó la escena perplejo, sin comprender por qué Dánae estaba tirada en el sofá con la mejilla enrojecida y Mario sosteniéndola por el brazo.

–Dánae –gritó alarmado, acercándose a ella y dándole un empujón a Mario para apartarlo de su camino. Axel ayudó a la chica a levantarse.

–¿Qué demonios está pasando?

–Mario es Aníbal –dijo Dánae, con la voz entrecortada.

Axel se quedó boquiabierto el tiempo suficiente para que Aníbal reaccionara. Movié la mano y de ella salió una fuerza invisible que estampó a Axel contra la pared, ante la mirada aterrorizada de Dánae. El joven se levantó enseguida, algo aturdido, y sacó una pequeña daga que llevaba oculta bajo la chaqueta.

–¿Qué pretendes hacer con eso? –dijo Aníbal con una sonrisa torcida–. Te advierto que esta vez no tengo tiempo para juegos –añadió, arrancando de un tirón una de las espadas que decoraban la pared de la estancia.

Aníbal embistió contra Axel sin darle tiempo a nada más. El joven paró el golpe como pudo con aquel pequeño cuchillo, pero salió de nuevo disparado hacia atrás. Aníbal había vuelto a usar la magia. Aterrizó en la pared más cercana a Dánae. Esta vez no se levantó tan deprisa y se llevó las manos a las costillas, tosiendo. Aníbal corrió hacia él con la espada dispuesta de manera mortal. No podría evitar el golpe. Dánae observó aterrada lo que estaba a punto de pasar. Tenía que hacer algo por evitarlo, algo rápido. No tenía tiempo para concentrarse y arrebatarle la espada de las manos a Aníbal, así que hizo lo único que se le ocurrió por salvar la vida de Axel. Se interpuso en el camino. Dánae sintió el frío filo de la espada penetrar en su barriga. Empezó a toser sangre. Su ropa pronto quedó teñida de rojo. Oscuro. Se llevó las manos a la herida.

–¡No! –gritó Axel, horrorizado.

Antes de caer, Dánae vio los ojos de Aníbal por última vez. Se había quedado paralizado, casi tan angustiado como Axel por lo que acababa de pasar. Si

Dánae moría, nunca podría llevar a cabo el ritual. Todo estaría perdido.

Dánae trató de mantenerse despierta, pero un cansancio terrible se apoderó de ella. Sintió que todo se desvanecía a su alrededor. No veía nada, no sentía dolor. Todo se volvió negro. La joven caminaba entre la nada, sin rumbo en medio de la oscuridad. Entonces, vio una pequeña luz en la lejanía. Corrió hacia ella con la esperanza de encontrar una salida. Sin embargo, una mano la retuvo a medio camino. Se giró, pero no vio a nadie. Y lo escuchó.

–Dánae. –Era la voz de Axel–. No te vayas, aguanta.

Estaba confundida. Quería ir hacia la luz. Parecía un lugar acogedor. Sin embargo, no quería dejar a Axel atrás. Consiguió entreabrir los ojos un instante. Vio el rostro de Axel borroso, mirándola con expresión de terror. La sostenía en brazos. Trató de hablar, pero tan solo pudo toser. Sintió una punzada de dolor en el vientre y perdió de nuevo la consciencia. Notó que alguien la llevaba corriendo en brazos. Poco después, escuchó unas voces en la lejanía, pero no pudo reconocerlas. Al final, se sumió en un profundo sueño. Oscuro. Sin luz.

\* \* \*

Lucas llegó a Argentum media hora más tarde. Se le cayó el mundo a los pies cuando descubrió que ni Axel ni Dánae estaban allí. Había llegado tarde.

## CAPÍTULO 32

Dánae notó un trapo húmedo en la frente y un leve dolor en el abdomen. Abrió los ojos lentamente y se encontró con una muchacha de cabello rizado ligeramente inclinada sobre ella. Le pareció joven, pero no podía estar segura. Su rostro estaba oculto tras una máscara de porcelana blanca, que no lograba ocultar unos preciosos ojos azul celeste. Era una Renegada. Nunca antes la había visto. Entonces, recordó lo que había pasado. Aníbal la había herido de manera letal. ¿Estaba muerta? Miró hacia su estómago, pero vio que no tenía ni un rasguño. Alguien con los mismos poderes que Sibila la había curado. ¿Habría sido aquella chica que la miraba fijamente? No comprendía nada. ¿Dónde estaba Axel? ¿Dónde se encontraba? Se incorporó ligeramente y miró a su alrededor. Estaba en una pequeña celda sin ventanas. La única decoración eran cuatro literas de madera vieja y un escritorio sobre el que había medicamentos, vendas y un cuenco con agua tibia. Parecía algo similar a una enfermería, aunque estaba pobremente iluminada con tan solo dos antorchas a cada lado. El ambiente era húmedo y cálido.

—¿Dónde estoy? —logró preguntarle a la chica de la máscara. Sin embargo, no contestó. Se levantó y desapareció por la puerta como si hubiera visto una aparición. Dánae se dejó caer de nuevo en aquella pequeña cama, totalmente desconcertada. Sentía su cuerpo pesado y adolorido. Apenas tenía fuerzas para ponerse en pie o tratar de descubrir dónde se encontraba. Antes de que pudiera intentar nada, la puerta se abrió de nuevo. Dánae se quedó congelada al ver entrar a Aníbal.

—Me alegra ver que estás viva —dijo el hombre, acercándose a su cama.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dánae—. ¿Cómo es posible que esté viva?

—No podía permitir que el séptimo objeto muriera antes del ritual —respondió.

—¿Pero cómo...?

—La chica que estaba contigo hace unos minutos te ha sanado.

—¿Qué le has hecho a Axel? —cuestionó nerviosa. ¿Habría terminado con él como pretendía? Tragó saliva, temiéndose lo peor.

—Nada, ha tenido suerte. Mi prioridad era mantenerte con vida.

—¿Él ha dejado que me llevaras contigo? —preguntó incrédula.

—Ese chico estaba desesperado. Sabía que era la única manera de que sobrevivieras, aunque supongo que intentará venir a buscarte esta noche.

–¿Esta noche?

–Hoy celebraremos el ritual.

–¿Qué? –preguntó atónita. ¿Había estado inconsciente casi una semana?

–Espero que estés preparada –concluyó, saliendo por la puerta. Dánae se quedó sola en la habitación. Miró alrededor nerviosamente, sin saber qué hacer. Entonces, un recuerdo desalentador vino a su mente. Unas palabras escritas en el libro de Argentum. *El séptimo sagrado unirá la leyenda, en su sacrificio y destrucción.* ¿Eso significa que iba a morir en aquel maldito ritual?

\* \* \*

Iris se encontraba en su pequeña habitación. No tenía ventanas. Realmente parecía una celda. Estaba sentada frente al escritorio, alumbrada tan solo por una vela. Escribía a toda prisa sobre el papel. Temía que alguien entrara y la descubriera. Cuando terminó, se escondió la carta en el bolsillo y salió sigilosamente por el pasillo, en dirección a la salida de la guarida de los Renegados. De camino, se topó con Bastian. Tragó saliva y trató de actuar con normalidad. El hombre tan solo le hizo un gesto con la cabeza y continuó caminando. Suspiró aliviada y se apresuró en salir a la selva. El viento que corría entre los árboles le pareció una bendición. Cuando estuvo lejos del edificio principal y se aseguró de que nadie la veía, echó a correr. Tenía que entregarle aquel mensaje a Lucas cuanto antes. La vida de su hermana corría más peligro que nunca.

\* \* \*

La noche llegó a una velocidad de vértigo. Dánae se había pasado el día recorriendo aquella celda en busca de un pasadizo, una abertura o cualquier cosa que pudiera ayudarla a escapar. Sin embargo, no encontró absolutamente nada. Mientras inspeccionaba el suelo en busca de alguna salida, Aníbal entró en la celda con una lámpara de aceite en la mano. La observó extrañado a través de su máscara al verla tirada en el suelo, pero no preguntó. Se acercó a ella sin mediar palabra y le ató las manos con una cuerda. La joven apenas puso resistencia, se sentía muy débil. El hombre cogió el extremo de la cuerda y estiró para que Dánae caminara tras él. Entraron por un oscuro pasadizo de piedras. Allí el aire era todavía más húmedo y asfixiante. Llegaron a una gran sala que parecía importante, aunque apenas estaba decorada. En ella les esperaban cuatro figuras enmascaradas: la chica que la había curado, el hombre que había luchado

contra Axel en Egipto, la mujer de la ermita y Bastian. Este último sostenía un pesado baúl entre sus brazos. Dánae los miró un instante y luego bajó la mirada, intimidada. Aníbal la hizo salir por una gran puerta de madera y la condujo hasta pleno bosque. Los Renegados les seguían a cierta distancia. Caminaron por un sendero entre los árboles durante un largo rato. A pesar del calor, Dánae estaba temblando. Se sentía fatigada y aterrada. No sabía lo que sucedería aquella noche, pero no pintaba bien. Llegaron hasta un claro. El silencio era inquietante. La joven miró al cielo y sintió miedo al ver la Luna llena mucho más grande de lo habitual con un color anaranjado completamente inusual. La chica de la enfermería encendió con armonía unas pequeñas antorchas que iluminaron progresivamente aquel lugar, tan hermoso como aterrador. Era un espacio circular con el suelo pavimentado en piedra antigua. Parecía tener miles de años. En el centro se encontraba un altar orientado hacia la estrella polar. A su alrededor había siete monolitos, distribuidos uniformemente.

–Coloca los objetos, Bastian –ordenó Aníbal. Aquel hombre corpulento abrió el baúl y sacó los objetos. Los colocó cuidadosamente uno por uno en cada pódium. Finalmente, se acercó hasta Dánae y la agarró del brazo, guiándola hasta el séptimo monolito. La obligó a subir y la joven se sintió estúpida allí arriba. Entonces, observó cómo los Renegados se alejaban del círculo, dejando a Aníbal solo frente al altar. El hombre se quitó lentamente la máscara y Dánae sintió repulsión al ver de nuevo la cara de Mario. No había sido una pesadilla. Realmente era él. Jamás hubiera podido imaginar a Aníbal con ese rostro equilibrado y hermoso. Nunca hubiera podido averiguar que se trataba de la misma persona. Dánae se percató de que la chica que la había curado la observaba con más atención que los demás. ¿Por qué? Parecía triste a través de su máscara. Dánae desvió de nuevo su atención hacia Aníbal. El hombre acababa de sacar un pergamino amarillento de debajo de su túnica y empezó a recitar unas extrañas palabras en un idioma totalmente desconocido para ella. Parecía una lengua arcaica. El hombre terminó de leer el papiro y se dirigió hasta la Venus. Se agachó hasta la figura y la besó. Después, hizo lo mismo con el collar de Nefertiti, el Santo Grial, el Cuerno de la Abundancia, la Excalibur y el ojo de Shiva. Finalmente, se detuvo frente a la joven, con una sonrisa siniestra. Le cogió el rostro con las dos manos y se acercó a ella. Sin embargo, no tuvo tiempo de besarla.

–¡Detente! –un grito lo interrumpió. Aníbal la soltó bruscamente y Dánae

miró desconcertada hacia la dirección de la que provenía aquella voz, intentando averiguar qué estaba pasando. Respiró aliviada al ver a su hermano aparecer de entre los árboles. Tras él reconoció a Carlos, Abril, Axel y Sibila, armados y listos para evitar que Aníbal terminara lo que había empezado. Sin embargo, los Renegados que se encontraban fuera del círculo trataron de impedir que se acercaran a ella para que su líder pudiera terminar el ritual. Sibila se abalanzó sobre el chico contra el que Axel había peleado en Egipto. El chico pareció asustado al principio ante la potencia de Sibila, pero consiguió equilibrar un poco la batalla. Abril se acercó a la mujer que había estado a punto de matarla en aquella ermita. Dánae nunca había visto a aquella chica dulce enfadada como lo estaba en aquellos momentos. Carlos se lanzó contra Bastian sin ni siquiera pensarlo. Sabía que, después de Aníbal, aquel hombre era el más peligroso de todos. Lucas, por su lado, se aproximó a la muchacha que la había curado en la celda. Todos estaban listos para la batalla. Dánae desvió rápidamente la mirada, en busca de Axel. Y lo encontró. El chico corría rápidamente hacia ella. Aníbal le lanzó un campo de fuerza para impedir que la alcanzara, pero él lo esquivó con agilidad. Logró llegar hasta la chica y rompió las cuerdas que la inmovilizaban de un rápido espadazo. No tuvieron tiempo de decirse nada. Aníbal estaba frente a ellos, listo para atacar. Axel lo miró con furia.

–No te darás por vencido hasta que te mate, ¿verdad? –le espetó Aníbal, irritado.

–Sal de aquí, Dánae –dijo Axel. La joven le obedeció sin rechistar y salió corriendo del círculo. Se acercó hasta donde se encontraban sus compañeros, enfrascados en plena lucha contra los Renegados. Observó cómo el chico de Egipto se veía obligado a retroceder cada vez más ante los fuertes embistes de Sibila. Sin embargo, Abril parecía tener problemas contra la mujer de la ermita. Escuchó su grito cuando la mujer la hirió en el brazo. Dánae recordó cómo la había vencido aquella vez, dejándola prácticamente sin vida. Tenía que ayudarla. Entró en el círculo de nuevo, tan solo un instante, y cogió la Excalibur de su monolito. No sabía si las leyendas que contaban sobre ella serían ciertas, pero esperaba poder vencerles con su ayuda. Se acercó hasta Abril y se colocó a su lado. Las dos chicas empezaron a luchar contra aquella mujer con una coordinación inaudita, como si se tratara de una danza. Poco a poco la fueron acorralando hasta un rincón alejado del claro, hasta que la tuvieron prácticamente inmovilizada contra el tronco de un árbol. Dánae dio

un fuerte enviste contra la espada de la mujer, que trató de detener la arremetida inútilmente. La mujer perdió su espada y acabó cayendo con gran estrépito sobre la hierba que cubría el suelo. Dánae observó cómo la máscara de la mujer se quebró en mil pedazos al impactar contra el suelo, dejando al descubierto su rostro. Unos ojos azules preciosos y fríos la observaban atentamente. Sobre ellos, caían unos espesos rizos, despeinados por la lucha. Aún así, seguía siendo elegante y hermosa. Debía de tener unos cincuenta años.

—¿Minerva? —murmuró Dánae después de unos segundos de silencio. No podía creer lo que veían sus ojos. Su madre adoptiva estaba luchando contra ellos—. ¿Tú?

\* \* \*

Carlos estaba sudando. Aquel hombre apenas había dado dos embistes, pero era fuerte. Aquella no sería una batalla fácil. Miró de reojo a Lucas. El chico no estaba luchando contra aquella chica enmascarada, sino más bien parecía estar dándole instrucciones. No entendió nada, pero Bastian aprovechó su distracción para propinarle una fuerte arremetida. Carlos la detuvo en el último momento, pero tropezó con un pedrusco y acabó cayendo al suelo. Sintió un fuerte golpe en la sien. Se llevó la mano a la zona y descubrió sangre en sus manos. No consiguió ver más. Se le nubló la vista y perdió la consciencia en apenas unos instantes.

—¡Carlos! —gritó Abril, corriendo hacia él. Dánae observó todo aquello horrorizada, todavía en shock después de haber descubierto que Minerva formaba parte de aquella organización, incapaz de moverse de dónde estaba. Lucas vio cómo Carlos caía y corrió a interponerse entre él y la espada de Bastian para evitar que lo asesinara. Aquel hombre corpulento miró al joven con desprecio y empezó a luchar contra él. Lucas aguantó con muchas dificultades. Bastian era mucho más fuerte y experimentado que él. Tan solo Carlos hubiera tenido alguna posibilidad de vencerle y parecía estar completamente fuera de combate. El chico fue reteniendo los golpes como pudo, hasta que de un hábil espadazo, Bastian lo desarmó. Lucas desapareció utilizando sus poderes y se materializó donde había caído su espada, dispuesto a retomar la pelea. Sin embargo, vio cómo la chica enmascarada que había estado a su lado todo el tiempo, desenvainaba su arma contra Bastian para darle el tiempo que necesitaba. Bastian pareció desconcertado al principio. La chica era uno de los suyos. Nunca le había gustado. Era

demasiado blanda, pero jamás hubiera pensado que tendría el valor suficiente para traicionarles. Torció una sonrisa.

–Parece que no eres tan mediocre después de todo –dijo.

La chica tragó saliva y se quitó la máscara. Necesitaría la máxima libertad de movimientos para lo que estaba a punto de hacer. Lucas observó el bello rostro de Iris. Aunque el chico sabía que había estado detrás de aquella máscara todo el tiempo, contemplarla de nuevo le hizo sentirse aún más inquieto. No quería verla luchar. Ella era pacífica y bondadosa. Sin embargo, Bastian no fue tan considerado. El hombre dio un par de estocadas y la chica consiguió defenderse. Pero entonces vio a su hermana pequeña mirándola con los ojos como platos a escasos metros de dónde se encontraba. Dánae acababa de inmovilizar a Minerva atándola a un árbol y apenas se había recuperado de la sorpresa. Y ahora acababa de descubrir que su hermana también estaba en el otro bando. Iris no tuvo tiempo a ver nada más. Sintió un dolor punzante en su pecho y vio la espada de Bastian moverse rápidamente. Cayó al suelo casi inmediatamente, cubierta de sangre. Lucas corrió hacia ella.

–¡Iris, no! –gritó el chico, con la voz rota.

Dánae no entendía nada. Estaba a punto de gritar. ¿Su hermana era una Renegada? ¿Les estaba ayudando? ¿Estaba muerta? ¿Su hermano la conocía? Abril, que sostenía la cabeza de Carlos en su falda, observaba todo aquello sin comprender lo que estaba pasando. El hombre abrió los ojos con el grito de Iris y miró a su alrededor, algo desconcertado. No tardó en comprender lo que pasaba y se puso en pie rápidamente.

–Espera –dijo Abril, al ver que Carlos pretendía volver a la lucha contra Bastian aún estando herido–. Iré contigo.

El hombre pareció estar en completo desacuerdo con la idea, pero no tenían tiempo de discutir. Bastian se estaba acercando hasta donde se encontraban Iris y Lucas para terminar lo que había empezado. Carlos y Abril llegaron hasta él y lo detuvieron, dejándoles tiempo para apartarse de la batalla. Lucas cogió a Iris en brazos y la llevó a un rincón apartado, a salvo de la espada de Bastian.

Sibila pareció darse cuenta de todo. El chico de Egipto estaba agotado, así que la joven decidió que había llegado el momento de terminar con aquello. Consiguió inmovilizarlo con un par de movimientos más y lo ató a un árbol, tal y como Abril y Dánae habían hecho con Minerva. Corrió hasta el lado de



Lucas, que sostenía el rostro de Iris con manos temblorosas.

–Iris, aguanta –murmuró, con lágrimas en los ojos. Sin embargo, la chica ni siquiera pudo responderle. Había cerrado los ojos y apenas respiraba. La herida de su pecho sangraba copiosamente. Lucas no podía creerse que después de tantos años separados, ahora que se habían reencontrado, el destino los separara para siempre de una manera tan cruel–. Sibila, sálvala, por favor –suplicó.

–No puedo. Es una de ellos.

–Por favor –insistió–. Nos ha ayudado. La obligaron a hacer todo esto. Hazlo por mí.

Sibila lo miró con el ceño fruncido. No entendía demasiado bien qué relación tenía Lucas con aquella chica, pero parecía desesperado. Lo conocía desde hacia años y le tenía aprecio. Confiaba en él. Nunca le pediría algo así sino fuera porque la chica realmente lo merecía.

–No la dejes morir –añadió, poniendo una mano ensangrentada sobre la de Sibila. La joven lo miró unos instantes y finalmente asintió.

–Déjame espacio –ordenó, poniendo las manos sobre el pecho de Iris.

\* \* \*

Dánae seguía en el árbol junto a Minerva, incapaz de moverse. Se dio cuenta de que se encontraba en estado de shock. Tenía que reaccionar pronto, no podía quedarse allí parada con todo lo que estaba pasando a su alrededor. Movi6 la vista hacia el círculo de piedras, en el que se encontraban Axel y Aníbal, en una batalla encarnizada. Ambos estaban sudando y llenos de pequeñas magulladuras. Dánae miró hacia su mano, todavía sosteniendo la Excalibur. Quizá aquello era lo que debía hacer. Sería mejor que quedarse allí quieta esperando al lado de aquella mujer que la había estado engañando durante toda su vida. Estaba sorprendida y furiosa a la vez. ¿Lo habían sabido Carlos y Lucas todo el tiempo? ¿Lo habían mantenido en secreto? ¿Por qué? Decidió guardarse todas aquellas preguntas para después y centrarse en la batalla. Corrió hasta el círculo con sigilo, aprovechando que Aníbal estaba completamente concentrado en Axel. El joven estaba luchando lo mejor que podía con tan solo la mano derecha. Todavía no había recuperado la movilidad de los dedos de la mano izquierda. Axel, que estaba de cara a ella, la miró frunciendo el ceño, sin comprender lo que pretendía hacer. La chica levantó la espada para clavársela a Aníbal por la espalda. No era un ataque valeroso ni digno de recordar, pero el hombre no esperaba su intrusión y

quizá fuera la única manera de vencerle. Sin embargo, a última hora, se movió ligeramente hacia un lado y tan solo pudo herirle en un brazo. Aníbal hizo un pequeño gruñido al sentir el filo cortando su piel y se giró hacia ella, furioso, con la espada en alto. En cuanto vio que se trataba de Dánae, bajó el arma.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó, dándole una bofetada. Pero la chica ni siquiera se dobló. Estaba harta de aquella situación. Aquello tenía que terminar. Todos y cada uno de los que había allí presentes la había engañado, de un modo u otro. Incluso su propia familia. Se sentía estúpida. Trató de atacar a Aníbal de nuevo, pero salió despedida hacia atrás. Axel observó cómo la chica se golpeaba duramente contra el suelo y miró a su contrincante furioso. Extendió la mano hacia Aníbal y, cuando el hombre se giró, Axel liberó una gran llamarada de fuego. Dánae se cubrió del calor como pudo con los brazos y cerró los ojos para protegerse del resplandor. Escuchó los gritos de Aníbal, agonizando bajo el fuego. La joven abrió los ojos y observó horrorizada cómo un Aníbal prendido en llamas corría hacia ella. Dánae se apartó rápidamente de su camino y el hombre se revolcó por el césped, intentando apagar el fuego que abrasaba su piel. Finalmente, lo consiguió, pero quedó inerte y completamente calcinado. Dánae tragó saliva, preguntándose si realmente estaría muerto. No era capaz de seguir mirando aquella escena dantesca, así que dirigió su vista hacia Axel. Corrió hacia él, asustada. La abrazó.

—Pensé que no volvería a verte —susurró el chico.

La joven levantó la mirada hacia Axel para encontrarse con aquellos ojos azules. Sin embargo, lo que vio la horrorizó. Aníbal. No estaba muerto. Se encontraba de pie justo detrás de Axel, con el rostro completamente irreconocible. Dánae emitió un pequeño grito al percatarse. Axel se giró y puso cara de disgusto al observar a su enemigo, todavía con vida.

—Esto no va a quedar así, desgraciado —masculló Aníbal con voz ronca, llevando su mano al pequeño frasco que siempre colgaba de su cuello. Sin embargo, antes de que pudieran hacer nada, el hombre desapareció ante sus ojos. Los chicos se miraron, desconcertados—. ¿Adónde ha ido? —preguntó Dánae, todavía asustada por aquella visión.

No tuvieron tiempo a decir nada más. Aníbal apareció de nuevo, esta vez justo al lado de Dánae. La chica gritó y comprobó asombrada que volvía a ser el hermoso Mario, con una tez completamente lisa y libre de quemaduras.

–¿Cómo...? –tartamudeó.

–Hice que Iris depositara parte de su magia curativa en una pequeña poción. Dánae comprendió entonces por qué Aníbal había llevado siempre aquel frasquito con él. Aquel era su seguro de vida. Su manera de sobrevivir a cualquier ataque. Sin embargo, lo había agotado. Aquella era la oportunidad perfecta para vencerle. Antes de que la chica tuviera tiempo de pensar en un ataque, Aníbal volvió a desaparecer. Axel empezó a mirar en todas direcciones, sin soltar a Dánae ni un solo instante. La joven se aferraba a su brazo, asustada y expectante a la vez. De repente, Dánae sintió una barrera de fuerza que la lanzó lejos de Axel. Cayó dando vueltas por el suelo, golpeándose en la cabeza. Notó como la sangre resbalaba por su sien, pero logró incorporarse, medio mareada. Observó con espanto a Axel desarmado frente a Aníbal, que le había atacado por sorpresa. Sintió que se le nublaba la vista y entonces vio una salpicadura de sangre y a Axel con el pecho atravesado por la espada, de rodillas en el suelo.

–¡Axel! –gritó, tratando de correr hacia él. Sin embargo, Aníbal le barró el paso. La agarró bruscamente por el brazo. Dánae sintió el odio más profundo que jamás pudo imaginarse. Decidió que debía usar sus poderes. Quizá aquella sería la única posibilidad de vencerle. Intentó visualizar la Excalibur que había perdido con la caída y pronto apareció en su mano. La aferró con fuerza y atacó al hombre, que la soltó al verla armada. Aníbal detuvo el golpe y luchó contra ella. Por primera vez, el hombre tuvo que concentrarse para pelear con ella. La chica había progresado mucho en los últimos meses. Dánae siguió atacando, sin cansarse. Estaba dispuesta a luchar hasta la extenuación. No iba a rendirse hasta que pagara por lo que le había hecho a Axel. A la vez que lo atacó con la espada, le propinó una fuerte patada en la rodilla. Aquello lo desequilibró y estuvo a punto de caer al suelo. Luego, la Excalibur brilló de una manera mágica que nunca antes había visto. La joven pudo ver, por fin, el miedo en los ojos de Aníbal. Y saboreó el momento. Bajó la espada a toda velocidad y partió en dos el arma del hombre. Dánae puso la Excalibur en el cuello de Aníbal, que se quedó completamente inmóvil, prácticamente aguardando a la muerte.

–No voy a matarte –dijo. Aquella afirmación pareció sorprenderle–. Sería demasiado fácil para ti. Te pudrirás en una mazmorra hasta el fin de tus días. Carlos, Abril y Lucas acudieron en su ayuda. Acababan de reducir por fin a Bastian y lo habían dejado atado junto a sus compañeros, así que estaban

libres para acudir en su auxilio. Y así lo hicieron. Carlos cogió una cuerda dorada e inmovilizó a Aníbal con la ayuda de Lucas. Aquel hilo que había puesto a su alrededor impediría que pudiera teletransportarse, pero seguía siendo poderoso, así que se quedaron vigilándole de cerca para evitar que utilizara ningún hechizo. Entonces, Dánae corrió hacia Axel. El chico estaba inconsciente, pero respiraba. Dánae le acarició la cara y el chico abrió los ojos lentamente.

–Tranquilo, te pondrás bien... –masculló, tratando de mantener la calma. Buscó a Sibila con la mirada. La joven estaba junto a Iris, que se encontraba tendida en el suelo, recuperándose. Sibila se levantó rápidamente al ver a Axel ensangrentado en el suelo y corrió hasta él. Se arrodilló al lado de Dánae.

–¿Puedes hacer algo por él? –preguntó con un hilo de voz. Sibila inspeccionó la herida y tragó saliva. Era mortal. Puso sus manos sobre el pecho de Axel y cerró los ojos, concentrándose. De sus palmas brotó una luz azulada y la herida empezó a cerrarse lentamente. Sin embargo, cuando apenas llevaba unos segundos, la luz se apagó de repente. Sibila tuvo que apoyarse en el suelo para no caer.

–¡No! –masculló la joven entre dientes.

Volvió a poner las manos sobre la herida, pero no brotó ninguna luz de sus palmas.

–¿Sibila? –preguntó Dánae, presa del pánico. La sangre seguía saliendo abundantemente del pecho de Axel.

–No... no puedo –susurró, incrédula–. No puedo salvarle.

–¿Cómo? –preguntó Dánae, negándose a la evidencia.

–He gastado todo mi poder con Iris.

Dánae sintió que le fallaban las fuerzas. Miró el rostro de Axel. Estaba consciente. Se había enterado de todo.

–No te pongas así –dijo el chico al detectar el temblor de sus labios–. Lo hemos conseguido. Hemos vencido.

–Pero...–La chica no pudo decir nada más y lloró, aferrada a su camiseta teñida de rojo. El chico le acarició la cabeza suavemente. Dánae lo observó unos instantes. Estaba cada vez más pálido. Lo besó entre llantos.

–Siempre te he querido, Dánae –susurró. Después cerró los ojos. La mano que tenía en la nuca de la chica se deslizó suavemente por su espalda hasta quedar inerte en el suelo.

–¿Axel? –preguntó aterrada. Lo zarandeó levemente, pero no hubo respuesta. Miró a su pecho, lleno de sangre. No respiraba. Se acercó en un vano intento de sentir los latidos de su corazón. Pero Axel se había ido. No volvería a oír su voz, ni a ver sus ojos, ni volverían a discutir nunca más. No volvería a besarla, ni a estrecharla entre sus brazos. Nunca. Se aferró a su cuerpo y lloró desconsoladamente.

Sibila observó en silencio el cuerpo inmóvil de Axel, con lágrimas en los ojos. ¿De qué habían servido sus poderes? A él no había podido salvarle.

Lucas llegó corriendo hasta ellas y se arrodilló al lado de Dánae, ante el cuerpo sin vida de su mejor amigo. Lo observó unos momentos, atónito. Luego miró a su hermana con los ojos llenos de lágrimas y la abrazó con fuerza. Dánae lloró durante un rato sobre su hombro.

–¿Por qué ha tenido que acabar así? –se lamentó entre llantos.

Y, de repente, una idea se formó en su cabeza. ¿Y si...? Miró hacia el círculo, con los objetos todavía cuidadosamente colocados en sus posiciones. Quizá podía funcionar.

–Lucas, ayúdame –ordenó, tirando de la mano de su hermano, poniéndose en pie.

–¿A qué? –preguntó con un hilo de voz.

–A salvar a Axel.

–¿Pero qué dices? –preguntó, mirándola entristecido—. Sé que duele, Dánae. Pero está muerto –dijo sosteniéndola con firmeza por los hombros.

–¡Ya lo sé! –dijo impacientemente—. Pero quizá con el ritual podemos revivir a Axel –sugirió. Su hermano se quedó en silencio, analizando su propuesta.

–No sabemos exactamente qué pasará si llevamos a cabo ese ritual –repuso Lucas, recordando lo que le había dicho Iris sobre el séptimo objeto.

–Y, aunque lo consiguierais, traer de vuelta de la muerte a alguien no es seguro –reveló Carlos—. Quizá ya no sea el mismo.

Dánae los miró, con ojos suplicantes.

–No me importa. Por favor.

Se escuchó una leve carcajada de Aníbal, atado al árbol más cercano. Carlos lo miró furioso.

–¿Hay algo que quieras decirnos?

–El séptimo objeto se destruirá durante el ritual –explicó Aníbal.

Lucas miró a Dánae con cara de circunstancias.

–No puedo hacer eso.

–Quizá también puedas revivirme –sugirió Dánae.

–¿Y si no? No me arriesgaré, eres mi hermana.

–No puedo vivir sin él, por favor –suplicó, tomando a Lucas por las manos.

–Si algo no sale bien, siempre podemos viajar en el tiempo a este mismo momento e impedir que Dánae se sacrifique –propuso Sibila. Por primera vez, la chica sintió que la apoyaba. Su hermano la miró, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

–No es mala idea pero... ¿y si viajáramos en el tiempo un poco más atrás para salvar a Axel? –sugirió entonces Lucas–. No arriesgaríamos la vida de Dánae y el efecto sería el mismo.

–No podemos volver a la batalla, Lucas. Es peligroso. Si algo saliera mal, si se produjera cualquier cambio en la lucha, podría morir más gente todavía. Incluso los Renegados podrían vencer. No solo nos arriesgamos a perder a Axel, podríamos cambiar el curso de la historia.

–Está bien. Llevaremos a cabo el ritual –accedió Lucas finalmente, a sabiendas de que si salía mal podrían volver atrás como había propuesto Sibila. Aquello no pondría en riesgo la historia.

Dánae sonrió. La joven se acercó al círculo, dejó la Excalibur en su sitio y se colocó en el séptimo pódium, esperando ansiosa a poder completar el ritual. Sentía miedo, pero la aterraba mucho más enfrentarse a toda una vida sin Axel.

Lucas se acercó al altar y recogió el papiro que Aníbal había dejado allí. Lo miró con el ceño fruncido, sin comprender demasiado bien aquel extraño idioma. Sin embargo, empezó a leer. Después, repitió exactamente lo que Aníbal había hecho. Besó objeto por objeto. Cuando llegó hasta Dánae, dudó unos instantes, inseguro de lo que iba a pasar con ella. Finalmente, se agachó ligeramente y la besó en la mejilla con suavidad. Al instante, todo se iluminó con un resplandor mágico. En la mente de Dánae resonaron como un eco lejano todos los recuerdos que el jarrón había depositado en su interior. Sintió un intenso dolor de cabeza y una fuerte presión en el corazón. Cayó de rodillas, incapaz de respirar. Lo último que vio fue a su hermano, mirándola asustado y tomándola en brazos.

## CAPÍTULO 33

Dánae notó una mano sobre su cara, golpeándola suavemente. Abrió los ojos aturrida y vio a Lucas. Su hermano la observaba expectante. Miró a su alrededor, confundida. Seguían en el círculo de piedra de la selva, pero ya estaba amaneciendo. Carlos, Abril y Sibila estaban a su lado.

–¿Estás bien? –preguntó su padre, preocupado.

–Sí –dijo incorporándose y llevándose una mano a la cabeza. De alguna manera, se sentía ligera, como si le hubieran quitado un gran peso de encima–. ¿Qué ha pasado? –preguntó, recordando de repente todo lo que había sucedido. La muerte de Axel. El ritual para conseguir revivirlo. Se sintió impaciente por saber si Lucas lo habría logrado.

–Después de besarte, te has desplomado. De ti ha salido una ráfaga de luz naranja en forma de jarrón. De él han manado un montón de recuerdos, voces y palabras que se han distribuido por los demás objetos. Luego, ha desaparecido –explicó Lucas detalladamente.

–¿Entonces no he muerto? –preguntó confundida.

–No. El séptimo objeto estaba dentro de ti, pero no eras tú exactamente –aclaró.

–¿Y Axel? –dijo nerviosamente. Todo aquello era por él, para poder devolverle a la vida. Tenía que haber funcionado.

–Está ahí –dijo Sibila, con voz queda. Dánae miró hacia donde la chica estaba señalando y descubrió el cuerpo de Axel tumbado en el centro del círculo. Estaba completamente quieto.

–¿No ha funcionado? –preguntó horrorizada.

–Sí. Axel respira –dijo Abril, tranquilizándola. La ayudó a levantarse y caminaron hasta él.

–¿Y por qué no...?

–No sabemos por qué no ha despertado –confesó Sibila.

–Quizá la magia lleve su tiempo –murmuró Dánae.

–Dánae, necesitas tener en cuenta que cuando despierte, es posible que Axel ya no sea el mismo. El retorno del mundo de los muertos es complicado y nadie conoce bien sus consecuencias –explicó Carlos.

Dánae tragó saliva y acarició el rostro de Axel, pálido y quieto.

–Será mejor que le llevemos a Argentum. Allí podrá descansar como es

debido –sugirió Lucas.

–Está bien. Abril, Sibila y yo llevaremos a los presos hasta La Torre –dijo Carlos.

Todos asintieron y empezaron a andar por la selva, tirando de los Renegados que caminaban tras ellos atados con cuerdas. Dánae y Lucas encabezaban el camino, con Axel en sus brazos. Iris les seguía de cerca. No quería separarse de ellos. Todavía se sentía en territorio enemigo y temía no ser bienvenida allí. Sin embargo, los compañeros de Lucas tenían otras preocupaciones. Debían guiar a los presos hasta La Torre, el único lugar en el que había mazmorras lo suficientemente seguras para encerrarlos. Allí podrían evitar que escaparan usando la magia. Cuando llegaron a una bifurcación en el sendero, se detuvieron.

–Nos separaremos aquí –dijo Carlos–. En cuanto estemos seguros de que los Renegados no pueden escapar, nos reuniremos en la cueva.

Lucas y Dánae asintieron y condujeron a Axel a través de la catarata hasta su habitación. Iris los siguió, pero se detuvo un instante ante la valla que protegía Argentum. Una fuerza invisible le impedía cruzar el umbral.

–No puedo pasar... –murmuró. Dánae cayó en la cuenta enseguida. Iris no era guardiana, no podía entrar.

–Dame la mano, Iris –le pidió Lucas. Dánae frunció el ceño, sin comprender lo que estaba haciendo, pero su hermana hizo lo que él le había pedido. Cuando sus dedos estuvieron entrelazados, Lucas pronunció unas extrañas palabras–. *Argentum offenis*.

Iris dio un paso adelante y pudo cruzar el umbral. La chica suspiró aliviada. No podría entrar y salir de Argentum a su antojo, pero por lo menos no se quedaría aislada en la selva.

Entre los tres llevaron a Axel hasta su habitación y lo tumbaron en la cama. Lucas dejó a solas a Dánae con el chico y volvió hasta la sala principal con Iris.

Dánae le quitó la ropa sucia a Axel, observando de nuevo su cuerpo. Lo tapó con una manta y le apartó su cabello rebelde de la frente.

–Pronto estarás bien... –susurró, dándole un suave beso en la mejilla. El chico no reaccionó. Dánae lo miró un poco preocupada, pero decidió dejarle dormir y volvió a la sala principal, donde Lucas e Iris la esperaban.

–Bueno, ¿vais a explicarme qué es lo que ha pasado aquí? –les dijo impacientemente, mirando extrañada hacia sus manos entrelazadas.



–Es una larga historia –dijo Lucas.

–Tenemos todo el tiempo del mundo –replicó Dánae, sentándose en una de las butacas de la sala. Lucas e Iris hicieron lo mismo.

–Te dije que una vez estuve enamorado de una chica. Era ella –confesó su hermano.

–Recuerdo el día que lo vi por primera vez –intervino Iris–. Yo tenía apenas dieciséis años. Parecía un día normal en el colegio, solo que iban a venir unos universitarios a explicarnos posibles caminos a seguir una vez termináramos el instituto. Recuerdo perfectamente cómo todo se quedó en silencio cuando Lucas entró en la clase, con aquellos ojos violetas –explicó detalladamente, rememorando el momento.

–Lo cierto es que mi discurso fue horroroso –dijo Lucas–. No pude concentrarme en lo que decía. Iris había acaparado toda mi atención.

–Después de la sesión de orientación, me acerqué a él con el pretexto de hacerle algunas preguntas, aunque mis intenciones eran otras –añadió Iris, con una sonrisa tímida.

–Acabamos intercambiando nuestros teléfonos y empezamos a quedar. Pronto nos enamoramos –continuó Lucas.

–Entonces, cuando pensaba que no se podía ser más feliz, Mamá me contó la verdad.

–¿Qué verdad? –preguntó Dánae, intrigada.

–Nuestra familia formaba parte de un grupo y yo también debía formar parte de él.

–¿los Renegados?

–Sí. Al principio estaba aterrada, pero pensé que podría escapar con Lucas de aquella locura. Fue entonces cuando descubrí accidentalmente que Carlos era uno de los guardianes de Argentum, los enemigos de mi familia. Y entonces cometí el mayor error de toda mi vida. Se lo conté a mi madre.

–¿Y qué pasó?

–Todos aquellos secretos salieron a la luz y empezaron las discusiones y peleas interminables. Carlos trató de convencer a Minerva de que abandonara a los Renegados, pero ella nunca accedió.

–¿Entonces Carlos siempre supo quién era ella? –preguntó atónita. ¿Cómo había podido dejarla en manos de una persona así? ¿Cómo la había dejado vivir tantos años bajo el techo de una Renegada? Iris adivinó sus pensamientos.

–Carlos jamás te hubiera dejado en manos de mi madre voluntariamente. Tan solo lo hizo porque Minerva le amenazó con matarte si te alejaba de ella. Creo que quería convertirte en una Renegada cuando te viera preparada. Así que Carlos decidió acceder a su chantaje para no ponerte en peligro.

–¿Y por eso nos dejó en aquella casa? –preguntó, todavía algo dolida con su padre.

–Sí, él solo quería que tuvieras una vida al margen de todo esto. Ya sabes que la Tierra en realidad nunca fue nuestro hogar. En cuanto te marchaste, Minerva prácticamente se trasladó de nuevo a Argenta. Igual que yo.

–Por eso estaba la casa tan descuidada...

–Sí, tan solo íbamos de vez en cuando. Tuviste suerte de encontrarnos las veces que viniste.

–¿Pero entonces Minerva nunca renunció a los Renegados? ¿Ni siquiera por nosotras?

–No. Aquel grupo lo era todo para ella. Era el legado de su familia. El legado de mi propio padre.

–¿Tu padre?

–Mi padre era Octavio –confesó. Dánae se quedó en silencio unos instantes, tratando de recordar dónde había oído antes aquel nombre. Y entonces le vino a la cabeza. Era el antiguo líder de los Renegados, el hombre que había precedido a Aníbal y que había muerto en aquella famosa batalla veinte años atrás.

–Lo siento –logró balbucear Dánae, incapaz de decir otra cosa. Su padre biológico había matado a Octavio y no sabía cómo sentirse al respecto.

–No era un buen hombre –repuso Iris, con la mirada vacía al recordarle–. Decidí que no podía soportar más aquella situación y hablé con Lucas para que nos fuéramos lejos de todo aquello –continuó, retomando su historia–. Creí morir cuando mi madre descubrió nuestra relación y me reveló quién era él en realidad. No tardé en darme cuenta de que aquello era imposible. Minerva arrancó aquel amor de raíz y me amenazó con matar a Lucas si volvía a vernos cerca. Todo aquello, como puedes suponer, me cambió la vida –explicó, todavía dolida al recordar la historia.

–Entonces, la poesía que leí...

–Sí, la escribió Lucas poco después de separarnos. Fue lo último que supe de él. Le dejé sin darle ninguna explicación y nunca llegó a saber quién era yo en realidad.

–Hasta que me escribió una carta hace unos días. Descubrió que los planes de Aníbal te pondrían en peligro, y decidió actuar por su cuenta.

–¿Por eso me encontrasteis? –preguntó Dánae, atónita con toda aquella historia.

–Sí. No lo hubiéramos logrado sin ella –repuso su hermano con una sonrisa dulce.

\* \* \*

Carlos, Abril y Sibila entraron en La Torre, arrastrando a Aníbal, Bastian, Minerva y a aquel joven Renegado hacia su interior. Les obligaron a bajar unas largas escaleras hasta unos profundos subterráneos. Las mazmorras. Abril miró aquel lugar y sintió un escalofrío. El ambiente era realmente tétrico. Carlos abrió una de las puertas y guió al chico más joven hasta su interior. Aunque las celdas no eran demasiado grandes y había algo de humedad, no eran tan sucias como las de la guarida de los Renegados. Además, en su interior se encontraba una cama individual y un pequeño aseo. Sibila instaló a Bastian en la celda de al lado. Después, Carlos cogió a Minerva por el brazo y la llevó hasta el calabozo de enfrente. Sabía que era peligrosa y que debían apartarla del resto. Aníbal se puso tenso al verles. Aquella mujer lo era todo para él, había sido su maestra, su guía, su amante. Trató de zafarse de las cuerdas, pero fue inútil. Abril lo miró con el ceño fruncido.

–¡Suéltala! –gritó Aníbal. Abril lo agarró con fuerza por la cuerda y el hombre reculó.

Carlos se giró y lo miró con dureza, pero no contestó. Después de todo lo que había hecho, no merecía ni siquiera palabras.

–¿Por qué me haces esto? –intervino Minerva–. Después de todo lo que fuimos.

–Tú lo has dicho, fuimos –espetó Carlos, inflexible, acompañándola hasta el interior de su celda–. Por aquel entonces, no tenía ni idea de lo que eras capaz.

–Carlos –suplicó, dejando a un lado todo su orgullo–. Tienes que entenderlo. Aquellos guardianes mataron a mi marido, al padre de mi hija.

La mujer lo miró con los ojos llenos de súplica y odio. El hombre dudó unos instantes, pero después cerró la puerta.

Abril escuchó los gritos desesperados de Minerva, pero trató de concentrarse en dirigir a Aníbal hasta una celda apartada, la más segura de todas. No

podían arriesgarse a que escapara. La joven tiró de él con fuerza, mientras Aníbal trataba de resistirse. Al final, Abril consiguió meterlo dentro y cerrar la puerta. Sibila se acercó hasta ella con un candado en las manos que brillaba con una luz anaranjada.

–¿Qué es esto? –preguntó con curiosidad.

–Es una cerradura que impedirá que utilice la magia –explicó Carlos, algo más repuesto de aquella escena. Abril asintió, comprendiendo que Aníbal nunca saldría de allí. Sibila puso el candado y lo apretó con fuerza.

\* \* \*

Iris y Lucas se habían marchado hacía rato. Dánae se había quedado pensativa en la misma butaca en la que llevaba sentada horas. Por fin había descubierto la verdad. Lo que había pasado con su familia diez años atrás. Por mucho que hubiera dejado volar su imaginación, jamás hubiera imaginado aquello detrás del divorcio de sus padres ni del carácter de su hermana. Suspiró, exhausta después de una larga noche y decidió darse una ducha para despejarse. Todavía llevaba la ropa manchada de sangre y barro. Se metió en la habitación y comprobó que Axel seguía exactamente en la misma posición en la que lo había dejado. No sabía si aquello sería bueno o malo. Se quitó la ropa y se metió en el baño. Se dio una buena ducha, limpiando con cuidado sus heridas. Salió hasta la habitación envuelta en una toalla y buscó algo de ropa en un cajón. Se colocó una camiseta de Axel y dio un respingo al ver al chico mirándola fijamente desde la cama, en silencio. Sus ojos azules parecían analizarla con desconfianza. Dánae sonrió.

–Axel, menos mal que...

–¿Quién eres tú? –preguntó secamente. La joven frunció el ceño y tragó saliva, recordando las palabras de advertencia de Carlos. Axel podría no ser el mismo después de retornar de la muerte.

–Dánae –contestó la joven con un hilo de voz.

–¿Dónde estoy?

La chica tuvo que apoyarse como pudo en el armario. Aquello no podía estar pasando. ¿No reconocía su propia habitación?

–En Argentum –respondió cuando se repuso de la sorpresa.

Axel frunció el ceño, como si no comprendiera nada de lo que le estaba diciendo.

–¿Quién soy? –preguntó después, completamente desorientado.

La joven se acercó al pie de su cama y se sentó a su lado. El chico retrocedió

ligeramente, como si su proximidad lo asustara.

–Tranquilo –dijo la joven con una voz más calmada de lo que realmente se sentía–. Te llamas Axel y estás en casa.

El chico la miró desconcertado, pero volvió a dormirse.

\* \* \*

Dánae caminaba hacia La Torre, abatida. Necesitaba contarle a alguien lo que había pasado. No podía creerlo. Axel estaba vivo, sí, pero ni siquiera recordaba quién era. Desconocía si aquella pérdida de memoria sería pasajera o permanente, pero la idea de que nunca la recordara le aterraba. ¿Y si su carácter no volvía a ser el mismo? Entonces ya no sería el chico del que se había enamorado, sería como si aquella noche hubiera muerto realmente. Llegó hasta el casco de piedra y al abrir, se encontró con Sibila en la puerta. La chica frunció el ceño al verla con el rostro desencajado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, temiendo que la recuperación de Axel no hubiera ido bien.

–Ha despertado –farfulló Dánae.

–Eso es bueno, ¿no?

–No recuerda nada.

–¿Qué?

–Ni siquiera sabía su nombre –musitó.

Sibila se quedó allí parada, sin saber muy bien qué hacer. Nunca había sentido simpatía por Dánae, pero no le gustaba ver a nadie así.

–Tranquila, Carlos sabrá qué hacer –contestó, volviendo a entrar en La Torre. Condujo a Dánae hasta adentro por el hombro y la llevó al piso de arriba por la escalinata, dónde se encontraban las habitaciones. Abrió una de las puertas y Dánae observó un pequeño despacho, con un escritorio y varias estanterías de madera. Todo era bastante antiguo. Carlos y Abril estaban sentados en un par de sillas, mirando unos planos.

–Hola, Dánae –saludó Carlos con alegría. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que algo no iba bien–. ¿Qué pasa?

–Axel ha perdido la memoria.

–¿Cómo? –preguntó Abril, descolocada.

–Al despertar no recordaba quién era. Ni siquiera me ha reconocido.

Abril se quedó en silencio, tan desorientada como ellas y miró a Carlos. Era el guardián más experimentado, quizá él tuviera las respuestas que necesitaban.

–Puede que sea algo temporal –dijo, no muy seguro. Dánae lo miró preocupada.

–¿Y si no recupera nunca la memoria?

–No te pongas en lo peor. Se lo iremos explicando todo a poco a poco. Seguro que pronto empezará a recordar.

Dánae asintió, todavía apenada.

–¿Ya habéis encerrado a los Renegados? –preguntó después.

–Sí. Están abajo –contestó Sibila.

–Carlos y yo hemos decidido instalarnos aquí –anunció Abril. Dánae se sorprendió ante la noticia, pero se alegró al saber que no volvería a pasar ninguna noche sola en aquel lugar.

–Así podremos asegurarnos de que los Renegados están bajo control –añadió Carlos.

–Me parece buena idea –dijo Dánae. Le hubiera gustado sonreír. Se alegraba por ellos. Pero no pudo. La situación de Axel la tenía completamente devastada–. Si no os importa, voy a volver a Argentum. Axel está solo.

–Será mejor que descanses –dijo Sibila, mostrando algo de humanidad–. Yo iré a cuidar de Axel.

Dánae quiso negarse, pero se sentía demasiado débil y aceptó.

\* \* \*

Dánae durmió durante horas, hasta que un trueno la despertó. Había tormenta en Argenta. Abrió los ojos algo desorientada y vio que ya era de noche. Se incorporó ligeramente. Sentía el cuerpo entumecido. Un relámpago iluminó la estancia y ni siquiera fue capaz de gritar cuando la vio. A los pies de su cama se encontraba una mujer vestida con un vestido blanco que le llegaba hasta los pies. Fue incapaz de situar su época, pero le pareció antiguo. Su cabello era increíblemente largo y brillante, negro. La observaba con unos ojos violetas muy similares a los suyos. Su cuerpo estaba iluminado por una ligera aura plateada. Dánae sintió el corazón desbocado en su pecho. Quiso llamar a Carlos, pero fue incapaz de emitir ningún sonido. Estaba demasiado aterrada ante aquella visión.

–No te asustes –dijo con voz angelical.

–¿Quién...? –consiguió balbucear.

–Soy Lenore.

Dánae tragó saliva. ¿Lenore? ¿La princesa que había asesinado a su propio padre por haber matado a su amante? Se agarró a la sábana y se tapó

ligeramente, como si aquel gesto absurdo la pudiera proteger de algo. La mujer sonrió con ternura.

–No estoy aquí para hacerte daño, tan solo quiero ayudarte.

–¿Ayudarme? –preguntó con un hilo de voz.

–Es horrible ver morir a la persona a la que amas –dijo con voz triste–. Yo nunca pude devolverle a la vida, pero tú lo hiciste, aún arriesgando la tuya propia.

–Pero...

–Lo sé. Él no te recuerda. –Dánae asintió, sintiéndose extraña. ¿Qué diablos hacía hablando de su vida amorosa con el fantasma de una princesa antigua?–. Pero hay una manera de que lo haga.

–¿De verdad? –preguntó, desesperada, dejando la sábana a un lado y acercándose ligeramente a ella.

–Dale esto y volverá a ser el mismo –susurró, desapareciendo ante sus ojos. Dánae encendió la luz, dudando de lo que había visto. ¿Quizá aquella visión había sido tan solo un sueño del que acababa de despertar? Pero entonces vio un pequeño frasco en el suelo. Saltó de la cama rápidamente y lo cogió. No decía nada en el bote, pero observó un extraño líquido de color púrpura en su interior.

\* \* \*

Dánae salió de La Torre con el primer rayo de luz del amanecer. Caminó a través de la lluvia, sin importarle demasiado el suelo embarrado o las gotas cayendo sobre su pelo. Llegó hasta la catarata y escaló con rapidez. La sala principal de la cueva estaba en completo silencio. Se dirigió hasta la habitación de Axel y descubrió al chico en la cama, todavía durmiendo. Sibila estaba en la butaca de al lado, traspuesta. En cuanto Dánae entró, la chica abrió los ojos.

–Buenos días –saludó Dánae. Sibila se limitó a hacerle un gesto con la cabeza y se puso en pie–. ¿Se ha despertado?

–No. Lleva así toda la noche –respondió Sibila–. Me marcho a casa, necesito dormir.

–Claro –repuso Dánae, dejándole libre el paso para que saliera de la habitación. Sibila se marchó sin despedirse y cerró la puerta tras ella. Dánae suspiró. No sabía lo que tenía que hacer. En su mano derecha llevaba el frasco que Lenore le había entregado, pero no estaba segura de si debía usarlo. Quizá las intenciones de la princesa fueran puras y tan solo quisiera

ayudarla. Pero, ¿y si tan solo estaba jugando con ellos? ¿Y si tan solo quería volverlos todavía aún más desdichados acabando con la vida de Axel? Quizá Lenore no quería que fueran felices porque ella no había podido serlo con Marcus. Dánae jamás se perdonaría darle una poción que le hiciera daño a Axel. Entonces, el chico abrió los ojos. La volvió a mirar con desconfianza.

–Hola –saludó Dánae.

–Tú otra vez.

–Sí. ¿Sigues sin recordar?

Axel se levantó rápidamente y Dánae no tuvo tiempo de reaccionar. La estampó contra la pared, poniendo sus manos alrededor del cuello de la chica.

–¿Por qué me retenéis aquí?

–No, yo no... –Al tenerlo tan cerca, Dánae pudo ver que sus ojos habían cambiado. No eran azules y calmados como siempre. Una ira que desconocía se había apoderado de ellos por completo. El Axel que ella conocía jamás hubiera hecho algo así. Sintió que le faltaba el aire. El chico aumentó progresivamente la presión alrededor de su cuello, hasta el punto en que la joven apenas podía respirar–. Axel, suéltame. Me haces daño –balbuceó con un hilo de voz.

Sin embargo, lo único que hizo fue enfurecerse más.

–¿Por qué no recuerdo nada? ¿Qué me has hecho? –gritó.

–Yo no... –Dánae sintió que se le nublaba la vista, pero justo en ese momento, la puerta de la habitación se abrió de par en par. Eran Lucas e Iris. Su hermano puso cara de espanto al ver que Axel trataba de asfixiarla, pero reaccionó deprisa. Se abalanzó sobre él y lo inmovilizó después de esquivar algunos manotazos furiosos. Iris cogió a la joven por el hombro y la llevó hasta la sala principal.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Iris, sentándola en una butaca. Dánae estaba aturdida.

–No lo sé. Él pensaba que era yo la que le había hecho eso...

–Tranquila, pronto volverá a la normalidad. Es solo algo transitorio –repuso Iris, tratando de animarla. Sin embargo, Dánae sabía que no era cierto. Aquella mirada de odio no la había visto nunca en Axel. Aquel hombre no era él. Era su cuerpo, pero su alma se había contaminado de alguna manera. Apretó el frasquito que todavía sostenía en su mano derecha. Quizá aquella era su única esperanza.

\* \* \*



Dánae preparó una infusión y algo de comer. Lo depositó todo en una bandeja. Miró a su alrededor y vio que Lucas estaba distraído con Iris. Si iba a hacerlo, aquel era el momento. Sacó el frasco de su bolsillo y lo abrió. Se quedó unos instantes paralizada, sin saber qué hacer. Axel estaba fuera de sí y probablemente aquella era su única oportunidad para hacerle volver a la normalidad. Sin embargo, le aterrizzaba la idea de que Lenore estuviera pagando su furia con ella. Recordó la imagen de la mujer. A pesar del susto del primer momento, le había parecido amable y dulce. Quizá realmente tan solo quisiera ayudarla. Y lo vertió. Removió la infusión con cuidado y se la entregó a su hermano. Sabía que no le permitiría entrar a dárselo ella misma después de lo que había sucedido.

–¿Puedes llevarle esto? –preguntó Dánae, con un hilo de voz.

–Claro –contestó Lucas, cogiendo la bandeja.

–Es importante que se tome la infusión –insistió–. Le ayudará a calmar sus nervios.

Su hermano asintió, sin sospechar nada. Desapareció por el pasillo y Dánae se sentó en la butaca a esperar, nerviosa. Apenas podía respirar.

–¿Estás bien? –preguntó Iris al verla tan pálida.

–Sí, todavía estoy un poco asustada.

–Es normal. No esperabas esa reacción.

–¿Y tú? ¿Cómo estás después de todo? –preguntó Dánae, cayendo en la cuenta de que no le había preguntado a su hermana sobre su nueva situación. Al fin y al cabo, había traicionado a los suyos por Lucas y por ella.

–Aún estoy algo confundida. Sé que he hecho lo correcto, pero me siento extraña aquí.

–¿Aquí? ¿En Argentum?

–Sí. Este no es mi sitio. No quiero tener nada que ver con proteger o dominar los mundos. Esa nunca fue mi intención. Tan solo quiero una vida normal.

–¿Eso quiere decir que vas a volver a la Tierra?

–No. Mi lugar está junto a Lucas. Me instalaré con él en la selva, lejos de Argentum y de Rocatia.

–¿Rocatia?

–Así es como llamábamos a nuestra guarida –explicó.

–Creo que es lo mejor para vosotros –concluyó Dánae con una sonrisa.

–Sí, por fin podremos ser nosotros mismos, sin batallas de por medio. Gracias al poder del ritual, Lucas podrá mantener al margen cualquier intento de

desequilibrar el mundo y proteger Argentum. Y yo tendré por fin la vida tranquila que siempre he deseado.

Dánae iba a felicitarles cuando Lucas apareció de nuevo en la sala con la bandeja. Los platos y la taza estaban vacíos.

–Ya está. El paciente se lo ha tomado todo –dijo con una sonrisa.

Dánae suspiró. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás.

## EPÍLOGO

Dánae puso la mano sobre el pomo de la puerta, temblorosa. No sabía lo que iba a encontrarse. Abrió y observó la habitación a oscuras. Axel estaba en la cama. Miró hacia atrás, insegura. Lucas e Iris se habían quedado dormidos en las butacas de la sala principal. Aquella era su oportunidad. Si les hubiera dicho que tenía intención de entrar, se lo habrían impedido. No hacía ni siquiera unas horas que Axel había intentado matarla. Sin embargo, Dánae necesitaba saber si aquella poción había funcionado. Cerró la puerta con sigilo y volvió a mirar al chico. Se le detuvo al corazón cuando lo vio incorporado en la cama. ¿Volvería a atacarla? Axel se levantó y avanzó hacia ella. Dánae se aguantó en el mueble, estaba temblando. Por lo menos aquel brebaje no lo había matado. Llegó hasta ella y la miró largamente a los ojos, con el ceño fruncido. Acercó una mano hasta ella y la chica cerró los ojos asustada, esperando el ataque. Pero tan solo sintió una caricia.

–¿Dánae? –susurró la voz ronca de Axel. La chica abrió los ojos. Se encontró con su mirada serena.

–¿Axel? ¿Me recuerdas?

–Cómo iba a olvidarte –dijo, abrazándola. Dánae lo sostuvo con fuerza y no pudo contener las lágrimas de alivio. Realmente era él. Volvía a ser él. Lenore no había mentido. Estaba allí gracias a ella–. ¿Por qué lloras? –preguntó, sosteniendo su rostro con las manos.

–Pensé que nunca volverías.

–¿Qué ha pasado? Lo último que recuerdo es que Aníbal me...

–Te mató.

–¿Cómo?

–No sobreviviste a las heridas.

–¿Entonces cómo estoy aquí?

–Lucas llevó a cabo el ritual para devolverte a la vida.

–¿Qué? Creía que el séptimo objeto se destruía con el ritual –exclamó alterado.

–Lo sé. Y se destruyó. Pero yo no sufrí ningún daño. El objeto tan solo salió de mi interior –explicó la chica, tranquilizándolo.

–¿Cuánto hace de eso?

–Una semana.

–¿He estado una semana inconsciente?  
–No exactamente.  
–¿Qué quieres decir?  
–Despertaste hace un par de días, pero no parecías tú.  
–¿Cómo?  
–No recordabas nada. Ni tu nombre, ni quién eras.  
–No puede ser. ¿Qué estás diciendo? –preguntó incrédulo.  
–Carlos dijo que devolver a la vida a alguien puede acarrear consecuencias imprevisibles. Supongo que se refería a esto.  
–¿Pero cómo he podido recordar?  
–Lenore se me apareció.  
–Esto va de mal en peor... –murmuró, llevándose las manos al cabello, nervioso.  
–Me dio una poción y me dijo que con ella volverías a ser tú mismo.  
–¿En serio?  
–Sí. Al principio no quise dártela. Temía que fuera una venganza o algo parecido.  
–No me extraña, con sus antecedentes...  
–Pero hace unas horas has intentado matarme.  
–¿Qué dices? Yo nunca te haría daño –repuso ofendido.  
–Lo sé, pero ese no eras tú.  
Entonces, Axel vio las marcas de sus dedos en el cuello de Dánae, con un ligero color morado. Alargó su mano hasta ellas y las acarició con cara de horror.  
–No puede ser. No recuerdo nada de eso. ¿Cómo pude hacerte esto? Lo siento, Dánae –se disculpó, abrazándola con cuidado–. Lo siento mucho –añadió, besándola dulcemente en los labios. Dánae cerró los ojos y se dejó llevar, volviendo a sentir por fin al verdadero Axel entre sus brazos.  
–Fue entonces cuando decidí que tenía que intentarlo –repuso, separándose ligeramente de él–. Así que preparé una infusión con la poción.  
–Y supongo que me la bebí.  
–Sí.  
–Quizá Lenore todavía crea en el amor después de todo.  
–Estoy segura de que sí.

FIN

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

[DESCÁRGALO AQUÍ](#)



[DESCÁRGALO AQUÍ](#)

